

RECORDAR PARA PENSAR

Memoria para la Democracia

La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina



Recordar para pensar Memoria para la Democracia

**La elaboración del pasado reciente
en el Cono Sur de América Latina**

Ediciones Böll Cono Sur

Ediciones Böll Cono Sur
Recordar para pensar - Memoria para la democracia.
La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina
Copyright Fundación Heinrich Böll Cono Sur
ISBN

2010, 1ª edición 1 000 ejemplares, Santiago de Chile, Chile
Edición: Tania Medalla, Alondra Peirano, Olga Ruiz, Regine Walch
Diseño de Portada: Anahí Saa
Diseño de interior: Jorge L. Roque M.
Fotografía: Claudia Feld, Elizabeth Jelin, Ludmila da Silva, Tania Medalla, Jorge Montealegre
Impresión: Gráfica Roque Ltda.

Nota Editorial: Los contenidos de cada artículo son responsabilidad del autor o autora y no reflejan necesariamente la opinión de la organización editora. El uso de los textos publicados en este libro es permitido y deseado a fin de informar y sensibilizar a más personas sobre el tema. Se solicita nombrar la fuente.
www.boell.cl

El presente libro reúne artículos presentados en el Taller Internacional *Recordar para pensar - Memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*, organizado en abril de 2009 por el Área de Memoria del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile y por la Fundación Heinrich Böll Cono Sur.

Esta actividad se realizó como parte de las actividades de la Red de Estudios de la Memoria (Programa Domeyko, subprograma Historias, Memorias y Derechos Humanos) y el Proyecto de Investigación "La risa y la vergüenza. Sobrevivir a la experiencia concentracionaria en los centros clandestinos de tortura y campos de detención en Chile, Argentina y Uruguay" (SOC 08/13-2).



HEINRICH BÖLL STIFTUNG
CONO SUR

Índice

Índice	7
Introducción	9
Michael Álvarez, Fundación Heinrich Böll Cono Sur	
Prólogo	13
Grinor Rojo, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile	
Capítulo I:	
Testimonios, archivos y soportes de/para las memorias	17
¿Qué papel cumplen los espacios para la memoria en nuestra sociedad?	19
Elizabeth Jelin	
El centro clandestino de detención y sus fronteras. Algunas notas sobre testimonios de la experiencia de cautiverio en la ESMA	23
Claudia Feld	
Exponer lo invisible. Una etnografía sobre la transformación de Centros Clandestinos de Detención en Sitios de Memoria en Córdoba-Argentina	44
Ludmila da Silva Catela	
Lugares de memoria de las violaciones a los derechos humanos: más allá de sus límites	57
Loreto López	
Capítulo II:	
Literatura y Memoria(s). Las huellas del terrorismo de Estado en la literatura del Cono Sur	67
Entre la ira y el arte del olvido: testimonio e imagen poética	69
Alicia Genovese	
Literatura y testimonio en el Cono Sur	77
María Teresa Johansson	
Memoria, identidad y militancia. Figuras de hijos de víctimas de la violencia de Estado en la narrativa argentina actual	90
Andrea Cobas	

Subjetividad, trauma y representación en <i>Amuleto</i> , de Roberto Bolaño	95
Alicia Salomone	
Escribir para resistir (Notas sobre las letras durante la dictadura uruguaya).....	105
Pablo Rocca	
Capítulo III:	
Imaginarios, representaciones culturales e intervenciones estéticas	117
Políticas culturales y autoritarismo: las búsquedas del consenso durante la dictadura uruguaya	119
Aldo Marchesi	
<i>Los Huevos del Plata</i> . Un desafío al campo intelectual uruguayo de fines de los sesenta	132
Vania Markarian	
Fotografía y memoria: La fotografía como soporte para la inscripción de las luchas por la memoria en las sociedades postdictatoriales en el Cono Sur.....	143
Tania Medalla	
Representaciones visuales humorísticas y evasiones imaginarias en la resistencia cultural de prisioneras y prisioneros políticos de Chile y Uruguay: acciones colectivas y condiciones para la resiliencia en la prisión política	155
Jorge Montealegre	
Pasado/presente en el Chile de hoy: <i>Políticas de memoria</i> en los discursos cotidianos	173
María José Reyes	
Capítulo IV:	
Militancias y violencia política. Nuevas preguntas acerca de las experiencias dictatoriales	181
Política, historia y memorias en el Uruguay postdictadura	183
Álvaro Rico	
Enemigos de guerra. Enemidad e identidad en el PRT-ERP	190
Vera Carnovale	
Olvidos, memorias y reinenciones del fuego. Resignificar la experiencia revolucionaria desde los cargos de gobierno hoy (Chile/ Uruguay)	206
Alondra Peirano	
Dictaduras personales. Dictaduras colectivas: mujeres militantes y movimientos sociales. Chile 1973-1989.....	221
Margarita Iglesias	
"El cordero nunca se salvó balando": reflexiones acerca de los relatos de un militante de la izquierda armada	230
Marina Cardozo	
Historias y memorias de traición. Reflexiones en torno a la <i>Conferencia de Prensa</i> de los cuatro miristas de 1975.....	249
María Olga Ruiz	
Autoras y autores	263

Introducción

La publicación que los lectores tienen en sus manos es resultado de una experiencia singular de intercambio y reflexión sobre el significado de la Memoria para la construcción democrática en el taller regional *Recordar para pensar-memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*, organizado por el Área de Memoria del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile y la Fundación Heinrich Böll Cono Sur, en abril del año 2009 en las salas de la Fundación Heinrich Böll en la Avenida Francisco Bilbao, Santiago de Chile.

Al mismo tiempo constituye el primer volumen de las “Ediciones Böll Cono Sur”, una nueva línea de publicaciones de la oficina regional para el Cono Sur en Santiago, con la que –a poco más de un año de abrir la oficina- queremos ofrecer aportes de reflexión y debate a toda la ciudadanía interesada.

Como fundación política alemana afiliada al Partido Verde, nuestra misión es incentivar la promoción de ideas democráticas, la participación ciudadana y el diálogo e intercambio internacional; nuestro trabajo se centra en fomentar los valores políticos de la ecología, la igualdad de género, la no violencia y la democracia. La Fundación Böll se entiende especialmente como una institución cuya finalidad es la cooperación para el fortalecimiento de los sistemas democráticos.

En ese contexto, la Fundación Heinrich Böll ha venido trabajando desde su creación en Alemania, pero también en muchos otros países, la relación entre políticas y prácticas de Memoria y el fortalecimiento de la democracia, entre otras muchas cuestiones.

Desde la experiencia alemana, con sus dos dictaduras –una de ellas, la primera, la más sangrienta del siglo XX- a modo de reflexión se podría constatar quizás dos dimensiones en la relación entre la Memoria, entendida como un “proceso” más amplio que involucra a la sociedad y al Estado en sus distintas articulaciones, y el desarrollo o fortalecimiento de la democracia.

La primera dimensión, la más importante para las víctimas, sería el reconocimiento institucional de los hechos, de las víctimas y de las responsabilidades, mediante un accionar de la justicia en juicios específicos.

Este reconocimiento institucional significa, al mismo tiempo, instalar una práctica de estado de derecho fundamental para el desarrollo de un sistema democrático –una experiencia que tampoco fue fácil en Alemania en el contexto específico de la posguerra y, de hecho, siguió durante muchas décadas. Además, el reconocimiento institucional abarca también la creación de espacios de memoria, tanto en lugares concretos como en el discurso de las instituciones públicas.

Más allá de los juicios o los espacios de memoria, pero sí impactados e incluso fomentados por éstos, la segunda dimensión de esta relación entre la Memoria y la democracia sería el debate público, controvertido y muchas veces doloroso, sobre el pasado, lo pasado como un elemento constitutivo en la creación de una nueva identidad post dictatorial, democrática.

Todo indica que este debate público no es un camino con un punto de partida y un punto final, sino un proceso más o menos largo, más o menos doloroso, más o menos conflictivo según las particularidades históricas. Un proceso, en todo caso, de continua construcción sobre un permanente intercambio o sobre una discusión; en el mejor de los casos sobre una reflexión colectiva en torno al significado y la interpretación del pasado, que siempre sienta las bases de una proyección para el futuro.

Nuevamente hablando de Alemania, esta dimensión fue quizás tan importante como la primera para la sociedad alemana en el desarrollo de su identidad y práctica democrática, y está claro que todavía hoy esta reflexión no ha terminado, así lo vemos en los debates en torno al monumento a las víctimas del Holocausto en el centro de Berlín, o el resurgimiento de tendencias neonazis, o en la discusión sobre el pasado de algunas personas como agentes de la policía secreta de la desaparecida Alemania del Este.

Y, a la vez, se hizo y se hace evidente que la ausencia de este debate o de esta reflexión dificulta el camino hacia la democracia o, como muestra la reciente experiencia española, surge inesperada y repentinamente con fuerza cuando por diversas razones no se ha abordado la temática a su debido tiempo y momento.

Cabe suponer, entonces, que también en el contexto regional del Cono Sur –siempre teniendo en cuenta las particularidades específicas nacionales– esta reflexión pública de la cual forma parte la investigación historiográfica puede significar un elemento constitutivo de una nueva identidad democrática, post dictatorial. No obstante, y de forma asincrónica a la creciente dinámica de judicialización de responsabilidades concretas en materia de violación de derechos

humanos, esta reflexión-debate es muy reciente en algunos de los países de la región y está todavía estrechamente ligada en sus distintos aportes, incluso en el rechazo al debate, a posturas políticas e ideológicas determinadas. El gran desafío consiste en ir desarrollando en la reflexión del pasado, con una proyección hacia el futuro, un marco valórico y ético fundamental e incuestionable, constitutivo de la sociedad, del Estado, del país en el que queremos vivir, como un proyecto común. Una concepción de una democracia-estado de derecho que ofrece un marco de garantías institucionales claras e irrevocables de los derechos ciudadanos y humanos, en un sentido más amplio, puede y debe ser la base sobre la que se construya este proyecto común.

Es por eso que como Fundación Heinrich Böll siempre hemos apoyado activamente la reflexión sobre el pasado y su legado, y siempre enfocado a construir una práctica de debate que fortalezca la realidad democrática.

Un elemento importante en este contexto es fomentar la reflexión de aquellas nuevas generaciones que no han vivido directamente las secuelas de los sistemas represivos, lo que produce un enriquecimiento notable del debate con nuevas y a veces inesperadas miradas y enfoques, como pudimos constatar tanto en el taller que fue punto de partida de esta publicación, como en los distintos artículos de este libro, que además tiene una dimensión de intercambio regional ejemplar.

No queremos finalizar sin nuestros más sinceros –y sumamente merecidos– agradecimientos a las autoras y los autores de esta edición y a las y los participantes del taller regional *Recordar para pensar- memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*, tanto como a la Facultad de Filosofía y Humanidades y el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, por esta cooperación tan fructífera.

Michael Álvarez
Director de la Oficina para el Cono Sur de la Fundación Heinrich Böll

Diciembre 2009

Prólogo

¿Por qué tuvieron que hacerse las investigaciones que contiene este libro? ¿Por qué tienen que publicarse ahora sus resultados? Hablan estas investigaciones de dos cronotopos, a veces de uno, a veces del otro y a veces de la relación que el segundo tendría que establecer con el primero. Es “el allá y el entonces” de las dictaduras conosureñas, esas epidemias que asolaron geografías y poblaciones en Uruguay, Argentina y Chile desde principios de los setenta y hasta fines de los ochenta del siglo XX, y es “el aquí y el ahora” de las postdictaduras, desde fines de los ochenta hasta hoy. Lo que cruza la relación entre uno y otro de estos dos cronotopos son las persecuciones, la cárcel, la tortura y el asesinato, y lo que nosotros podemos o debemos hacer hoy respecto de todo eso. El aquí y el ahora se ve obligado así a elegir. Eligen los que prefieren olvidar y los que quieren recordar, los que prefieren hacer borrón y cuenta nueva –ya que hay que mirar hacia el futuro y a la obsesión de recordar la consideran un fastidio, o porque lo recordado los perturba o porque estorba la exitosa realización de sus proyectos–, y los que por el contrario piensan que no hay futuro sin pasado, que el acto de recordar no sólo no nos hace ningún daño, sino que constituye una práctica de humanidad de la que no cabe prescindir sin poner en grave riesgo la salud individual y social.

Por cierto, quienes contribuyeron con sus trabajos a la confección de este libro pertenecen al segundo de estos dos grupos. Creen firmemente que es preciso indagar en lo que pasó, en cuáles fueron las lógicas que lo justificaron y los procedimientos que se usaron y cuáles sus consecuencias (y no sólo en términos del horror, sino también en el de la simultánea activación de un espíritu resistente, que aun en circunstancias de adversidad extrema fue capaz de recurrir a pequeñas acciones, a mínimas actitudes de repudio, pero que eran una demostración palpable de la reserva de dignidad y de fuerza a la cual, hasta en las peores condiciones, podemos recurrir los seres humanos). Creen, en seguida, que con los resultados de la indagación se debe construir un archivo y que ese archivo hay que divulgarlo y enseñarlo. Y algo más: creen que el mismo debe mantenerse siempre, *por siempre*, en actividad.

Y aquí es donde yo tengo que tirar una nueva raya: entre los que quieren recordar y (o para) marmolizar (y, al marmolizar, dejar de recordar, es decir, *olvidar de otro modo*) y los que quieren no sólo respetar los derechos de la memoria sino entender que la memoria es un depósito de energía, un estímulo para la acción. Esta segunda postura importa no sólo una muestra de elevación moral y coraje, sino que pasa, a mi juicio, por una sospecha de parte de quienes la hacen suya. Sospechan ellos que eso que ocurrió allá y entonces no fue una excepción, que había ocurrido antes y que puede ocurrir (¿está ocurriendo?) después. Las persecuciones, la cárcel, la tortura y el asesinato, en un grado que será directamente proporcional a la mayor o menor estabilidad (¿gobernabilidad?) del sistema, le son consustanciales. El sistema capitalista no puede persistir en lo que es sin mantener esa inminencia atroz a su disposición. No es cierto que la democracia sea su complemento y su compromiso. Las dictaduras de los setenta y ochenta nos enseñaron que el capitalismo amenazado no se detiene ante nada, que puede por eso aparecerse de nuevo, entre nosotros, en cualquier momento. Al acto de recordar tenemos que pensarlo entonces como una actividad que no cesa, que no se resigna a la rigidización. Dicho esto mismo con el lenguaje de la teoría política: en el capitalismo el Estado de excepción no es el otro diametralmente opuesto del Estado de derecho. El Estado de derecho en el capitalismo puede transformarse, e incluso podríamos decir que es, siempre, en la trastienda de su ser él mismo, un Estado de excepción.

De aquí que mantenernos en guardia acabe por ser una necesidad ineludible, *porque esa y no otra es la sociedad en la que estamos viviendo*. Debemos negarnos así, como hacen las personas que escribieron este libro, a que, con el pretexto de honrar a las víctimas, su recuerdo se convierta en un archivo pétreo y aparte. El memorial de cemento y el museo son indispensables (eso y mucho más, los nombres de las ciudades y las calles, los de los parques y las escuelas, por ejemplo), pero no son suficientes. Además de construirse con el cuidado y el detalle que la seriedad de la tarea demanda, al archivo de la memoria que nosotros queremos no le está permitido el descanso, su deber es estar movilizándose siempre, en el cotidiano de todos los días y en todos los espacios, en la casa y en la calle, en el trabajo y en las instituciones, contribuyendo de ese modo a la formación de una conciencia democrática, pero también de una conciencia alerta, para la cual la palabra fascismo atraiga imágenes e ideas de aparición intolerable.

Pero admitamos que esto no es algo que vaya a darse por sí solo, que la lucha por la hegemonía en el pasado se reedita en la lucha por la hegemonía en el presente. Un pasado que fue muchos pasados, reaparece en un presente que es muchos presentes. Y sólo uno de estos presentes es el nuestro, un presente cuyos supuestos hay otros que no comparten, como he dicho, y que por consiguiente ellos tratarán de suprimir. Para que sus proyectos se lleven a cabo con la expedición que

ellos desean, a esas personas les hace falta un territorio que esté libre de obstáculos, entre los cuales un lugar de privilegio lo ocupan aquellos que la memoria les crea. El capitalismo, lo escribí en otra parte, es un sistema que no puede dejar de reinventarse. Si se fatiga, sucumbe. Por eso, el capitalismo genera una cultura del cambio continuo, que se halla estructuralmente amarrada a un programa de negación de la memoria. La sistemática liquidación del pasado y la apuesta al presente, como si éste fuera sólo un momento en el tránsito hacia el progreso futuro, en el que se hallaría alojada la felicidad, pero una felicidad que por una nada extraña paradoja no nos llega jamás, forma parte de esa visión de mundo. La misma posee un domicilio conocido e ignorarlo en nuestros análisis es exponernos al error. Porque competir es la ley suprema del sistema, y para competir él necesita innovar, dejar atrás lo que fue. El olvido de eso que fue constituye así la puesta en acto de su naturaleza más profunda. No es que esos otros quieran olvidar sólo porque tienen un peso sucio en la conciencia, lo que también puede ser efectivo, ni sólo porque no quieren avergonzarse o sufrir (“no lo vi,” “no me consta”, “no sabía”), lo que asimismo se encuentra dentro de todo lo probable. Quieren olvidar sobre todo porque el tipo de sociedad que desean requiere, como si se tratara de un alimento esencial, de la contribución del olvido.

Esto significa que la investigación del pasado, y el declarado propósito de que ese pasado se constituya en una fuerza viva en la configuración del presente, es un elemento constitutivo de las luchas políticas actuales. Es un elemento constitutivo de *nuestra* lucha política. Está ligado inextricablemente a nuestro deseo de construir un tipo de sociedad distinta de ésta en la que estamos viviendo. Esa sociedad a la que aspiramos será una sociedad en la que existiremos como sujetos enteros, con un presente del que el pasado es una parte irrenunciable, y con un futuro al que ambos, pasado y presente, habrán contribuido por igual.

Los ensayos que contiene este volumen se adentran en el campo problemático que acabo de cartografiar desde ángulos diversos, temporales, espaciales, disciplinarios. Se encontrará aquí al politólogo culturalista, el que sostiene, y con razón, que las dictaduras no carecieron de un proyecto cultural (Marchesi); a los poetas y los críticos literarios que saben que el arte suele ver más o ver otras cosas de lo que ven las disciplinas científicas (Genovese, Montealegre, Johansson, Cobas, Salomone, Medalla, Rocca); a la latinoamericanista que compara conductas disímiles entre los guerrilleros de entonces, convertidos hoy, muchos de ellos, en diputados, en senadores y hasta en presidentes de la república (Peirano); vemos aquí asimismo al tenaz constructor del archivo, el que contra viento y marea juntó pieza con pieza y dato con dato, y ahora nos entrega los resultados de su trabajo con la satisfacción de haber cumplido un deber de salud pública (Alvaro Rico); a quienes recorren los centros de detención, los palacios del horror, y se plantean la pregunta del cómo

convertir hoy a esas cicatrices abyectas, a esas “marcas” siniestras, en “sitios de la memoria” (da Silva Catela, Jelin, Feld, López); tampoco falta el trabajo acerca de la participación de las mujeres en la lucha por el cambio y la suerte que ellas corrieron (Iglesias); ni los que se ocupan de las políticas de la memoria (Reyes); ni los que recogen el hilo de los testimonios (Cardozo); por último, el estudio los intelectuales y su relación con la política en la antesala del desastre (Markarian) y el de los partidos revolucionarios y sus (tan insignificantes hoy día) discrepancias (Carnovale), completan el cuadro.

Termino con una nota autobiográfica: yo quise también, hace ya más de treinta años, después del golpe chileno y de la temporada que por su causa tuve que pasar en la cárcel de Valdivia, escribir acerca de estos temas. Leí todo lo que estaba entonces disponible y me puse después frente a la máquina de escribir. No me salió ni una palabra. ¿Era que la materia era indecible de suyo o era que yo estaba aún demasiado cerca de los hechos? No lo sé. Siento, sin embargo, que con la escritura de este prólogo, cuya encomienda agradezco a Olga Ruiz, que fue quien me la hizo, he empezado por fin a pagar esa deuda.

Grínor Rojo
Director del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos
de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile

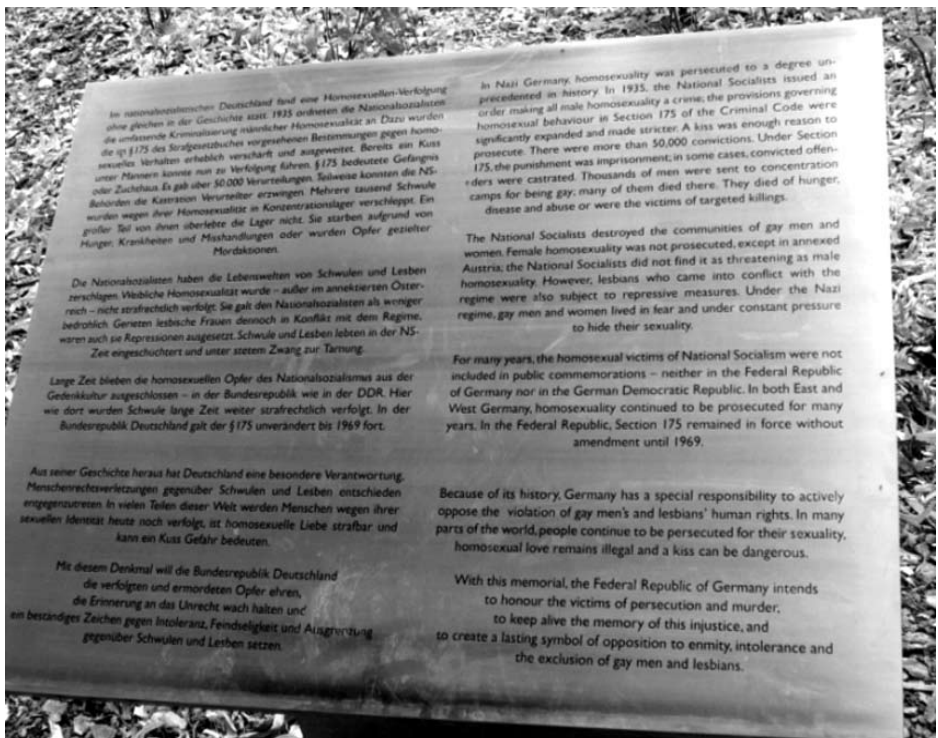
Diciembre de 2009

Capítulo I: Testimonios, archivos y soportes de/para las memorias

¿Qué papel cumplen los espacios para la memoria en nuestra sociedad?

Elizabeth Jelin*

¿Espacios para la memoria? Lo primero que asocio es mi visita a un memorial en Berlín. Es el Memorial que recuerda a las víctimas homosexuales del exterminio nazi. La placa que acompaña al Memorial da cuenta de su sentido.



* Investigadora CONICET-IDES, Buenos Aires, Argentina.

Traduzco:

En la Alemania Nazi la homosexualidad fue perseguida en una magnitud desconocida hasta entonces en la historia. En 1935, el Nacional-Socialismo promulgó una orden por la cual la homosexualidad masculina se convirtió en un crimen; las normas que definían la conducta homosexual, regidas por la ordenanza 175 del Código Penal, fueron expandidas de manera significativa y hechas más estrictas. Un beso se tornó motivo suficiente para ser perseguido. Hubo más de cincuenta mil condenas. El castigo era la cárcel; en algunos casos, los condenados eran castrados. Miles de hombres fueron enviados a campos de concentración por ser gay; muchos de ellos murieron allí. Murieron de hambre, enfermedad y abuso, o fueron víctimas de asesinatos planificados.

Los Nacional-Socialistas destruyeron las comunidades de hombres y mujeres gay. La homosexualidad femenina no fue perseguida, excepto en la anexada Austria. Los Nacional-Socialistas no la concibieron tan amenazante como la homosexualidad masculina. Sin embargo, las lesbianas que se opusieron al régimen fueron reprimidas con encono. Bajo el régimen Nazi, los hombres y mujeres gay vivían con miedo y bajo una constante presión que los llevaba a ocultar su sexualidad.

Durante muchos años, las víctimas homosexuales del Nacional-Socialismo no fueron incorporadas a las conmemoraciones públicas –ni en la República Federal ni en la República Democrática Alemana. Tanto en el Este como en el Oeste la homosexualidad continuó siendo perseguida durante muchos años. En la República Federal, la sección 175 siguió vigente sin cambios hasta 1969.

Debido a su historia, Alemania tiene una responsabilidad especial para oponerse activamente a la violación de los derechos humanos de los hombres gay y de las mujeres lesbianas. En muchas partes del mundo, se sigue persiguiendo a la gente por su sexualidad, el amor homosexual continúa siendo ilegal y un beso puede ser peligroso.

Con este memorial la República Federal Alemana intenta honrar a las víctimas de la persecución y el asesinato, mantener viva la memoria de esta injusticia, y crear un símbolo duradero de la oposición al odio, la intolerancia y la exclusión de hombres gay y mujeres lesbianas.

El memorial consiste en un cubo ligeramente inclinado (¿desestabilizante?) de unos cuatro metros de altura. Tiene una ventana por donde se puede mirar hacia adentro, y lo que se ve allí es un video de un beso.

¿Por qué elijo este memorial para hablar sobre el sentido de los espacios de memoria en la sociedad? Son varios los motivos. El primero tiene que ver con el enorme impacto emocional que me provocó la visita. Sencillo, pocas palabras, mucho mensaje. Hay tres o cuatro motivos adicionales, importantes cada uno de ellos, que generan preguntas abiertas a la reflexión, al diálogo y también a la controversia.



El memorial está en un parque, frente al Memorial a las víctimas judías del Holocausto, que es mucho más grande y conocido. No es el lugar donde ocurrieron los hechos, sino un pedazo de espacio público urbano, céntrico, a un par de cuadras de la emblemática Puerta de Brandemburgo. La pregunta se impone: ¿qué diferencia hace que el lugar elegido haya o no sido “el lugar de los hechos”? ¿Es necesario o importante sacralizar los espacios o lugares donde ocurrieron los hechos? ¿Se necesita la literalidad, la ruina, el testimonio intransferible, o valen también los espacios simbólicos?

El memorial se inauguró en 2008, casi setenta años después de los acontecimientos. ¿Cuáles son los tiempos y los ritmos de la memoria? ¿Por qué la urgencia y el apuro en marcar e intentar cristalizar procesos que tienen una historicidad y una temporalidad que no necesariamente son lineales? No puedo imaginar que algo así pudiera haber sido hecho a pocos años del final de la guerra y la caída del Nazismo. Porque, como dice el texto de la placa, la persecución de la homosexualidad no terminó con el Nazismo, sino que siguió mucho tiempo más, y sigue todavía.

De hecho, un par de meses después de su inauguración –en agosto de 2008 y nuevamente en diciembre de 2008– el vidrio que cubre la ventana apareció roto. La

información periodística señala que alguien tiró piedras y rompió ese vidrio, y hubo actos de desagravio, en los que participaron autoridades oficiales abiertamente homosexuales. El conflicto y la controversia, ¿son sobre el pasado, o actualizan marginalidades, discriminaciones y prejuicios de hoy?

Finalmente, vuelvo al texto de la placa. Su mensaje es un mensaje que amplía el sentido específico y literal de las víctimas del Nazismo. A través de él, se le concede a Alemania una responsabilidad frente a la humanidad en su conjunto, sin restringirla a sus víctimas directas. Y quizás este sentido más universal, más “ejemplar” (en el sentido de Todorov) y orientado al horizonte de futuro más que a la reiteración del pasado, es el que, a la larga, habría que esperar de los diversos y múltiples “espacios para la memoria”.



El centro clandestino de detención y sus fronteras.

Algunas notas sobre testimonios de la experiencia de cautiverio en la ESMA¹

Claudia Feld *

La Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) funcionó durante la última dictadura militar argentina (1976-1983) como un Centro Clandestino de Detención, Torturas y Exterminio (CCDTyE²), por el que pasaron alrededor de cinco mil detenidos, de los cuales sobrevivieron cerca de doscientos³.

Algunos de los sobrevivientes de ese centro aportaron sus testimonios desde muy temprano (incluso durante la dictadura) ante organismos nacionales e internacionales de derechos humanos⁴. Más tarde, muchos testimoniaron ante la CONADEP (1984) y luego en el juicio a los ex comandantes (1985).

Antes de que se conocieran las imágenes fotográficas tomadas por la CONADEP en el interior del Casino de Oficiales y de que –muchos años más tarde– se

* Investigadora CONICET-IDES, Buenos Aires, Argentina.

1 Agradezco a Nadia Tahir, a Luciana Messina y a Mariana Crocchia por sus comentarios significativos a versiones anteriores de este texto.

2 Por razones de facilidad de escritura, en este texto alternaremos esta sigla con la denominación “centro clandestino de detención”, sin que eso implique alterar de modo alguno la categoría que corresponde.

3 El problema de la indeterminación de los daños provocados por la represión clandestina no se reduce a la cuestión de la cantidad exacta de desaparecidos. Sin embargo, las oscilaciones de las cifras subrayan la importancia simbólica de esta indeterminación que es producto del sistema de “hacer desaparecer” personas y borrar las huellas de la actividad represiva. El cálculo de la cantidad de desaparecidos de la ESMA no surge, por lo tanto, de una fuente “oficial”, sino de los testimonios de personas que estuvieron cautivas allí y que sobrevivieron. La cantidad de sobrevivientes tampoco es fácil de calcular, porque no todos han prestado testimonio y algunos de los que sí dieron testimonio no pueden asegurar en qué lugar preciso estuvieron cautivos. La CONADEP cuenta con 201 testimonios de sobrevivientes de la ESMA, y es de esa fuente de donde sacamos la cifra expuesta más arriba.

4 Nos referimos, por ejemplo, al testimonio de Horacio Domingo Maggio, evadido de la ESMA, ante la C.A.D.H.U. en 1978 y al de tres mujeres liberadas (Ana María Martí, Alicia Milia de Pirlés y Sara Solarz de Osatinsky) que testimoniaron en la Asamblea Nacional de Francia el 12 de octubre de 1979.

popularizaran las imágenes fílmicas de ese lugar tomadas después de 2004, a través de documentales y programas de televisión⁵, el interior del centro clandestino de detención de la ESMA pudo hacerse “visible” a través de esos testimonios. Acompañados muchas veces con planos y croquis del Casino de Oficiales, estos testimonios construyeron tempranamente una clara topografía del CCDTyE, que señalaba sus sectores, la funcionalidad de sus espacios, y describía la “vida cotidiana” en la ESMA a través del uso de sus lugares. En dichos testimonios, esta topografía fue fundamental para denunciar el sistema de cautiverio y torturas instaurado allí, y también para darle credibilidad a la palabra de los testigos. En efecto, la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) verificó en 1984, en el edificio que todavía seguía en poder de la Armada, que los lugares que describían los testigos verdaderamente existían y que –a pesar de que la Marina negaba que habían sido utilizados como centro de detención y de que se habían suprimido los



ESMA Casino de Oficiales

5 En marzo de 2004, gran parte del predio de la ESMA dejó de pertenecer a la Marina y fue destinado a un “Museo de la Memoria” que todavía se halla en construcción. En ese momento, las cámaras de cine y televisión pudieron ingresar por primera vez al Casino de Oficiales y filmar los espacios que habían funcionado como centro clandestino. Para un análisis de las imágenes fotográficas tomadas por la CONADEP, ver Crenzel, Emilio, “Las fotografías del *Nunca Más*: Verdad y prueba jurídica de las desapariciones”, en Feld y Stites Mor (comps.), *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente*, Buenos Aires: Paidós, 2009; para un análisis de las imágenes televisivas del Casino de Oficiales posteriores a 2004, ver Feld, Claudia, “‘Aquellos ojos que contemplaron el límite’: La puesta en escena televisiva de testimonios sobre la desaparición”, en *El pasado que miramos*, ob. cit.

rastros materiales de la actividad represiva– los sobrevivientes que testimoniaban habían estado cautivos en ese sitio.

En el año 2004, cuando el Casino de Oficiales fue destinado a un “Museo de la Memoria”⁶, cuya gestión está a cargo del gobierno nacional, del gobierno de la ciudad de Buenos Aires y de organismos de derechos humanos⁷, los testimonios se reavivaron ante la posibilidad que empezaron a tener los sobrevivientes de recorrer nuevamente estos espacios –ahora vacíos– para recordar y relatar qué había sucedido en cada lugar.

El propósito del presente trabajo es analizar la descripción de estos lugares que se encuentra en algunos testimonios de sobrevivientes vertidos antes de 2004, en diversos ámbitos y por distintos medios⁸. Mi intención no es abordar esta topografía en su dimensión de soporte de la verdad y de la explicación sobre el cautiverio clandestino, ni tampoco –por ahora– analizar la lógica interna o la construcción de estos testimonios; sino examinar estos relatos para pensar el modo en que esa topografía que construyen nos permite acceder a otras zonas,

-
- 6 El “Museo” en la ESMA fue creado el 24 de marzo de 2004. El predio de la ESMA se terminó de desocupar en octubre de 2007, fecha en que se abrió al público la visita del ex centro clandestino. Aunque algunas muestras y exhibiciones tienen lugar en algunos edificios de la ESMA, todavía el “Museo” no ha tomado su forma final. Existen numerosas propuestas al respecto y son objeto de vivos debates entre instituciones y actores interesados. Para una síntesis de esas propuestas, ver: <http://www.derhuman.jus.gov.ar/espacioparalamemoria/>
- 7 En el predio de la ESMA funciona hoy el sitio llamado “Espacio para la Memoria y para la promoción y defensa de los derechos humanos”. El 20 de noviembre de 2007 se constituyó el “Ente Público Espacio para la Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos” como ente de derecho público interjurisdiccional, con autarquía administrativa y económico-financiera, autonomía en los temas de su incumbencia y capacidad para dictar su propia reglamentación. El Ente está conformado por un órgano ejecutivo integrado por un representante del Poder Ejecutivo Nacional delegado en el Archivo Nacional de la Memoria y un representante del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires delegado en el Instituto Espacio para la Memoria. Este órgano ejecutivo incluye un representante del Directorio compuesto por doce Organismos de Derechos Humanos y un Consejo Asesor formado por sobrevivientes del ex CCDTyE ESMA. La misión de dicho Ente es la definición y ejecución de las políticas de memoria en la ex ESMA, como asimismo la refuncionalización de la totalidad del predio.
- 8 Hemos seleccionado el testimonio de Ana María Martí, Alicia Milia de Pirlés y Sara Solarz de Osatinsky, realizado ante la Asamblea Nacional de Francia el 12 de octubre de 1979, publicado por C.A.D.H.U., “Testimonios de los sobrevivientes del genocidio en la Argentina”, 1979; dos testimonios realizados en el juicio a los ex comandantes de 1985 (Víctor Bastera, el 22 de julio de 1985, y Carlos Muñoz, el 23 de julio de 1985); los testimonios de Munú Actis, Cristina Aldini, Liliana Gardella, Miriam Lewin y Elisa Tokar, en *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001. Nos basamos también en diversos fragmentos testimoniales reproducidos por la CONADEP (*Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires: EUDEBA, 1984) y por Pilar Calveiro (*Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Colihue, 1998). Estos testimonios han sido seleccionados en función de cubrir una diversidad de modalidades (testimonio judicial, comisión por la verdad, libro testimonial, investigación sociológica, etc.) y un amplio período de tiempo que abarca desde 1979 hasta 2001. Sin embargo, hemos excluido testimonios realizados después de la reapertura de la ESMA (2004), para no incluir –por ahora– en nuestro análisis relatos hechos por ex detenidos-desaparecidos que han vuelto a visitar los lugares. Estimamos que estos relatos generarían una descripción bastante diferente de la que aquí examinamos. En este trabajo, por lo tanto, nos limitamos a analizar testimonios cuyas descripciones del sitio provienen exclusivamente del recuerdo de la experiencia de cautiverio en ese lugar.

más difíciles de visualizar, del sistema de cautiverio clandestino que funcionó en la ESMA. A saber, a las fronteras difusas entre el “adentro” y el “afuera”, entre la “vida concentracionaria” y la “vida normal”⁹. ¿Cómo convivían secuestrados y torturadores en un mismo edificio? ¿Cómo se segmentaban esos espacios? ¿De qué manera ingresaban al centro clandestino de detención las circunstancias de la “vida normal”?

El dispositivo de cautiverio instaurado en la ESMA no respondía a un molde único. Las situaciones resultaron singulares para cada detenido-desaparecido y las modalidades de reclusión fueron variando con el tiempo, a lo largo del período dictatorial. Por esa razón, lo que aquí examinaré no es una muestra representativa. Presentaré algunas notas y descripciones con el fin de aproximarme a esta experiencia compleja. Retendré solamente ciertas características basadas en el uso del espacio, sabiendo que muchas de ellas necesitan todavía una elaboración, un desarrollo mayor y una vinculación con el contexto –tanto histórico como político– en que ocurrieron estas experiencias. En todo caso, este trabajo presenta las primeras observaciones de una investigación que se inserta en una preocupación más amplia acerca del vínculo entre testimonio, espacio e imagen en el trabajo de la memoria sobre el CCDTyE que funcionó en la ESMA.

El predio de la ESMA

La Escuela Superior de Mecánica de la Armada, encargada de la formación de futuros suboficiales de la Marina, fue emplazada en un terreno de diecisiete hectáreas, con varios edificios y vastos jardines, cuyo frente da hacia la avenida del Libertador de la ciudad de Buenos Aires.

Dentro de ese predio, varios lugares fueron mencionados por los relatos de los sobrevivientes como sitios vinculados a la actividad represiva¹⁰. Los testimonios

9 A pesar de que la categoría de “campo de concentración” no es inmediatamente aplicable a los centros clandestinos emplazados por la dictadura en Argentina, mantenemos la noción de “vida concentracionaria” o “dispositivo concentracionario” utilizada por Pilar Calveiro en su análisis de los centros clandestinos de detención del período dictatorial. Aunque “vida concentracionaria” y “vida normal” no son categorías netamente separadas (y eso es lo que intentaremos explorar en este trabajo), reservamos la primera noción para las prácticas, acciones y percepciones más específicas vividas por los secuestrados en el interior de un centro clandestino (sufrimiento de torturas, maltratos, abusos de todo tipo, presencia de asesinatos, desconocimiento de la propia situación, incertidumbre sobre el futuro, amenaza de muerte, etc.).

10 Todo el predio de la ESMA, incluido el campo de deportes, funcionó como CCDTyE. El Casino de Oficiales fue su base operativa y centro de concentración, tortura y exterminio de detenidos. Entre las dependencias de la ESMA que mencionan los testimonios, además del Casino de Oficiales, figuran: el edificio denominado “Sanidad” donde funcionaban los consultorios médicos, odontológicos y la enfermería; un edificio en el que funcionaba la Imprenta; la Escuela de Guerra Naval; el denominado Pabellón Coy (ubicado detrás de la Casa de Suboficiales); el Departamento de Ingeniería, en donde se fabricaron elementos utilizados para la práctica represiva; el Taller de automotores, en donde se realizaban las operaciones que les permitían disfrazar los autos robados; la Plaza de Armas, en donde a veces aterrizaban helicópteros con secuestrados; el Comando de Operaciones y el Campo de deportes, en donde se supone que fueron incinerados los cuerpos de personas asesinadas en la ESMA.

Fuente: <http://www.derhuman.jus.gov.ar/espacioparalamemoria/>



Avenida del Libertador con la ESMA

señalan como epicentro de esta actividad al llamado Casino de Oficiales, una casa de tres pisos destinada inicialmente a la vivienda de los oficiales y ubicada en la parte norte del predio, con el frente hacia la avenida del Libertador y visible desde la calle. Además de haber sido utilizado como centro de torturas y cautiverio clandestino, el Casino de Oficiales sirvió también durante la dictadura como “central de inteligencia” para las acciones represivas del sector de la Armada que funcionaba allí –Grupo de Tareas (GT) 3.3.2 y Servicio de Inteligencia Naval (SIN)–, y en un momento preciso se constituyó en centro operativo para el proyecto político de quien fue Comandante en Jefe de la Armada entre 1976 y 1978, el almirante Emilio Massera.

Las descripciones de los testigos coinciden en señalar un sótano en el que se practicaban las torturas; un tercer piso con una zona –a la que se denominaba “Capucha”– en la que se mantenía cautivos, inmovilizados y encapuchados a los detenidos-desaparecidos; y un altillo –al que se accedía por una escalera desde el tercer piso– que se denominó “Capuchita” y funcionó como lugar de cautiverio y torturas para personas secuestradas por otras fuerzas: “Se destinó hasta principios de 1979 a albergar prisioneros, ya fueran secuestrados por el Servicio de Inteligencia Naval y por otras fuerzas, como así también por el GT 3.3.2, cuando se ‘saturaba’ la Capucha”¹¹.

11 Fuente: <http://www.derhuman.jus.gov.ar/espacioparalamemoria/>

El sótano y el tercer piso eran grandes espacios, con poca luz, que habían sido divididos mediante tabiques para conformar pequeños compartimentos: en el caso del sótano, se habían construido pequeñas piezas donde se torturaba, pero también –en distintos momentos de la dictadura– hubo cuartos para oficinas, una enfermería y un laboratorio fotográfico; en el tercer piso, en el ala del edificio que se denominó “Capucha”, los compartimentos –con tabiques de un metro de alto– conformaban una suerte de “cuchas” en donde los secuestrados debían mantenerse acostados, inmóviles y en silencio la mayor parte del tiempo.

En la ESMA, como en otros centros clandestinos, fue común el uso de paneles de madera aglomerada para construir separaciones que muy rápidamente podían ser desarmadas y rearmadas con otro diseño. A través de los años y ante la necesidad de “disfrazar” la actividad represiva, se fueron produciendo modificaciones y reformas que afectaron, sobre todo, al sótano y al tercer piso del Casino de Oficiales¹².

Varios testimonios describen el tránsito entre el sótano y el tercer piso como una rutina constante, especialmente en los primeros días de cautiverio¹³. Esto es, el tránsito permanente entre los interrogatorios y la inmovilidad. El cuerpo de los secuestrados, engrillado, encapuchado, llevado y traído como un objeto, desfigurado por los tormentos, era sometido a lo que Pilar Calveiro llamó “un proceso de desaparición de la identidad”¹⁴. En ese proceso se buscaba “quebrar” a la persona física y psicológicamente, pero también impedirle reconocer el espacio en donde se hallaba, embotar sus sentidos, evitar su orientación, “desterritorializarla”. Muchos de los secuestrados que estuvieron poco tiempo en la ESMA y luego sobrevivieron, y que pasaron fundamentalmente por este tránsito entre el sótano y el tercer piso, reconocieron más tarde el lugar con cierta dificultad, mediante conjeturas y algunas señas aisladas¹⁵, o directamente no pudieron reconocerlo.

La gran mayoría de los secuestrados efectuó durante días este tránsito entre el sótano y el tercer piso, para luego ser asesinados a través de diversos procedimientos que fueron cambiando con el tiempo. Hubo, sin embargo, un pequeño grupo que,

12 La reforma más importante se realizó en 1979, ante la visita a la Argentina de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA. En esa oportunidad, los prisioneros fueron llevados a una isla de Tigre y el Casino de Oficiales fue reformado para cambiar los espacios ya reconocidos y denunciados ante organismos internacionales, por personas que habían estado cautivas en la ESMA. Sobre el traslado a Tigre, ver –entre otros– el testimonio de Carlos Muñoz en *Diario del Juicio* n° 24, 5 de noviembre de 1985, Versión Taquigráfica de la Sesión del 23 de julio de 1985, p. 458. Ver también Verbitsky, Horacio, *El Silencio*, Buenos Aires: Sudamericana, 2005.

13 Por ejemplo, el testimonio de Víctor Basterra en el Juicio a los ex comandantes, repite varias veces en el relato de esos primeros días frases como “me suben al tercer piso”, “me bajan al sótano”, etc. Ver *Diario del Juicio* n° 23, 29 de octubre de 1985, Versión Taquigráfica de la Sesión del 22 de julio de 1985, p. 435.

14 Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Colihue, 1998, p. 47.

15 Esto dura hasta la actualidad, en que algunos ex detenidos-desaparecidos solicitan recorrer el edificio (hoy transformado en sitio de Memoria) para reconocer los lugares y tratar de obtener informaciones sobre su cautiverio. Por ejemplo, Mariana Crocchia, que se desempeña como guía del sitio, relata el caso de un hombre que, al reconocer el suelo de baldosas de “Capucha” en una visita realizada en 2008, pudo confirmar su suposición de que había estado cautivo en la ESMA.

en algún momento de su cautiverio, ingresó a lo que los marinos llamaron “proceso de recuperación”. Para esta minoría, empezó a funcionar un sistema que incluía una serie de situaciones y de actividades efectuadas en otros espacios de ese mismo edificio. Es a este grupo, que en la jerga de la ESMA se denominó “Staff”, al que voy a referirme a continuación¹⁶.

“Materia gris esclava”

Dice el testimonio de tres mujeres liberadas de la ESMA en 1979:

A principios de 1977 la ESMA, bajo el control directo del Almirante Massera, sin abandonar el principio de exterminio masivo, se plantea para un grupo de secuestrados un nivel superior de aniquilamiento: ganarlos en el plano político-ideológico para incorporarlos en el futuro proyecto político de Massera. O en su defecto, para utilizarlos intentando desmentir –aunque no fuera más que en parte– el exterminio. [...] Somos parte de ese proyecto de “recuperación” que la Marina pone en marcha. Este grupo de elegidos seguimos quedando con vida y el régimen para nosotros era cada día menos severo, sin dejar de convivir con la presencia constante de la tortura y la muerte de quienes continúan siendo capturados y asesinados¹⁷.

A este grupo de detenidos-desaparecidos se le encomendó tareas de distinto tipo, que en todos los casos consistieron en la realización de trabajo esclavo: los secuestrados no tenían ninguna potestad para negarse a hacerlas y la amenaza permanente para quien no realizara estas tareas era la muerte. Las principales tareas de este trabajo esclavo fueron “intelectuales”: “clasificación de noticias de todo el mundo sobre Argentina, traducciones y tarea de oficinas, clasificación de la biblioteca formada por los libros habidos en las casas de los secuestrados”¹⁸. También se les encargó la elaboración de documentación falsa, tanto para los marinos que actuaban encubiertamente en Argentina y en otros países, como para los detenidos liberados. Esta falsa documentación se utilizó, por lo tanto, para encubrir la actividad represiva, pero también para realizar delitos “comunes” que llevaron a cabo en la ESMA los miembros del Grupo de Tareas como, por ejemplo, la venta de propiedades inmuebles o de automóviles robados a los desaparecidos¹⁹.

16 A pesar de que la CONADEP informó sobre la existencia de más de trescientos centros clandestinos de detención durante la dictadura militar en Argentina, este “proceso de recuperación”, tal como se describe aquí, sólo se instauró en la ESMA. Ana Longoni menciona proyectos similares en La Perla (Córdoba), Campo de Mayo y Quinta de Funes. Ver, Longoni, Ana, *Traiciones*, Buenos Aires: Ed. Norma, 2007, p. 105. Es necesario aclarar que la categoría “Staff” fue creada por los represores y que los secuestrados no tuvieron ningún poder de decisión con respecto a formar parte o no de ella. Por otra parte, el pertenecer a este grupo tampoco garantizaba la supervivencia, ya que muchos de los detenidos y detenidas que pertenecieron al “Staff” luego fueron asesinados y permanecen desaparecidos.

17 C.A.D.H.U., “Testimonios de los sobrevivientes del genocidio en la Argentina”, 1979, p. 6 (reproduce el testimonio de Ana María Martí, Alicia Milia de Pirls y Sara Solarz de Osatinsky realizado ante la Asamblea Nacional de Francia el 12 de octubre de 1979).

18 C.A.D.H.U., *ob. cit.*, p. 8.

19 Ver, al respecto, el testimonio de Víctor Bastera, *ob. cit.*

Algunos miembros del “Staff” comenzaron a ser liberados hacia fines de 1978 “en forma aislada e individual, dentro y fuera del país”²⁰.

Muchos de estos sobrevivientes testimoniaron inmediatamente después, otros más tarde, haciendo frente a las acusaciones y estigmatizaciones de traición que pesaban sobre ellos²¹. En este trabajo, voy a dejar de lado la problemática ligada al acto mismo de testimoniar que ha sido un núcleo fundamental en la cuestión de la supervivencia de los secuestrados del “Staff”, para centrarme solamente en el tema del espacio, ya que es a los sobrevivientes de ese grupo a quienes debemos las descripciones más precisas de los lugares y de la “vida cotidiana” dentro de la ESMA. Aunque las tareas esclavas que realizaban los miembros del “Staff” se desarrollaban en otros lugares, inaccesibles para los secuestrados inmóviles en “Capucha” o en “Capuchita”, seguían teniendo el acceso restringido o prohibido a muchos sitios y no se podían mover con total libertad: en general, dependían de los guardias para ir de un lugar a otro.

En 1977, se construyó en el tercer piso, en el ala opuesta a “Capucha”, la zona denominada “Pecera” que constaba de varios cuartos muy pequeños separados por paneles de acrílico. Allí se encontraban los miembros del “Staff” que realizaban una “tarea intelectual” vinculada con el proyecto político de Massera (entre otras actividades: lectura y clasificación de informaciones, traducción de material, armado de discursos y artículos que serían publicados en la prensa como parte de la campaña de propaganda de Massera). Un puesto de guardia separaba la “Pecera” de la zona de “Capucha”. Algunos de estos secuestrados dormían en “Capucha”, en una parte en la que se habían armado camas en pequeñísimos cuartos (denominados “camarotes”). No ocupaban, precisamente, el mismo lugar que los otros, pero a veces –dependiendo de los guardias que estuvieran allí– tenían la posibilidad de interactuar. Aunque les estaba prohibido hablar con los detenidos-desaparecidos de “Capucha”, en los testimonios se mencionan conversaciones, intercambios de datos y de nombres que luego sirvieron a los sobrevivientes para brindar a los organismos de derechos humanos listas de personas desaparecidas en la ESMA²².

Estos secuestrados también “convivían”, en ciertos momentos, con sus captores. En el tercer piso, una serie de lugares como el comedor eran compartidos por detenidos del “Staff” y por guardias y oficiales que se desempeñaban en oficinas del tercer piso²³.

Otros secuestrados, generalmente los que estaban destinados a falsificar documentación de oficiales y personas liberadas, realizaban esas actividades en el sótano, donde existió –en un momento preciso– un laboratorio fotográfico y

20 C.A.D.H.U., *ob. cit.*, p. 8.

21 Ver Longoni, *ob. cit.*

22 Por ejemplo, Elisa Tokar relata que “recogía números de teléfono de los compañeros que estaban en Capucha para, cuando salía, poder llamar a los familiares y decirles que sus hijos o hijas estaban secuestrados en la ESMA” (en *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 114).

23 Según el testimonio de Víctor Bastera (en *Diario del Juicio*, *ob. cit.*, p. 438), en la parte central del tercer piso había un sector de Inteligencia, donde cumplían tareas oficiales de la Armada.

antes había funcionado una imprenta²⁴. La circulación de los secuestrados por el sótano dependía de los horarios y de la permisividad de los guardias. A veces podían moverse con cierta libertad y a veces eran llevados por los guardias, de un lugar a otro, con los ojos vendados²⁵.

Tal como recuerda Munú Actis, en el sótano convivían con la tortura que se aplicaba a detenidos-desaparecidos en otras piezas y que era audible en todo el lugar.

Y ponían esa radio a todo volumen, que nunca paraba de gritar, como gritaban los que estaban torturando, como seguramente grité yo, como habrán gritado todos. Todo el tiempo estábamos metidos en medio de ese dolor y de la angustia sin límites de saber que un compañero estaba pasando por lo que uno había pasado. Verlos ir y venir, entrar y salir... De pronto se iba el que torturaba y al rato volvían dos, tres o cuatro juntos y todo comenzaba otra vez. [...] ¡Cómo pudimos convivir con esa pesadilla! ¡Cómo no enloquecimos! ¡Y cuando traían a viejos! ¡O a niños! No puede ser...²⁶.



Sótano del Casino de Oficiales de la ESMA

-
- 24 “(en el sótano) había un sector Fotografía, había un lugar que le decían la imprenta, que en realidad –según me habían dicho– había funcionado una imprenta ahí, ahora en ese momento había muy pocas maquinarias, había un mimeógrafo electrónico, y un procesador de sténcil” (Victor Basterra, en *Diario del Juicio*, *ob. cit.*, p. 437).
- 25 “Cuando a mí me dejan comenzar a circular por el sótano, digamos agosto o septiembre de 1978 (...) yo dormía en la Enfermería, me ponían *anteojitos* y me cruzaban a la huevera...” (Munú Actis, en *Ese infierno...*, p. 149). “Anteojitos”, en la jerga de la ESMA significa: “especie de antifaz de género oscuro, sin orificios para los ojos, que se utilizaba para impedir la visión del entorno” (Fuente: *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 316).
- 26 Munú Actis, en *Ese infierno...*, *ob. cit.* p. 138.

También eran testigos del momento preciso y especialmente violento en el que nuevos secuestrados eran introducidos a la ESMA:

...En el Sótano cada tanto el ambiente se enrarecía porque *caía* la gente secuestrada... ¡Era espantoso! Había días que estaba un poco más aliviado, se llegaba a un punto de calma y de rutina, y, de golpe, ¡se armaba!... (...) Tenías la tremenda sensación de que en determinados momentos quedabas en manos de gente aun más descontrolada²⁷.

En una ala de la planta baja que se encontraba encima del sótano, se instaló la central de Inteligencia de la Marina. Era un gran salón que también fue compartimentado con tabiques y quedó una parte amplia para realizar actos y ceremonias de todo tipo, y una parte con pequeñas oficinas²⁸. En ellas, se planificaban los operativos de secuestro, además de otras acciones vinculadas con el robo y la estafa, y también se tomaban decisiones que afectaban a todo el funcionamiento del centro clandestino de detención. Aunque era un lugar de acceso restringido a los secuestrados, algunos de los que estaban en el llamado “proceso de recuperación” fueron destinados allí. En la jerga de la Marina, se denominó a ese sitio “El Dorado”.

Me asignaron al Dorado, donde tuve que hacer fotocopias, pasar textos a máquina, sobre todo armar ejemplares del famoso Dossier²⁹ y, lo más terrible, desgrabar conversaciones pinchadas, de las que no se entendía nada, pero siempre sobrevolaba el temor de estar perjudicando a alguien sin saberlo. La mayoría de los días hacíamos tareas rutinarias, de oficina, salvo cuando se presentaba una demanda puntual, que podía resultar inofensiva en esos términos o generar una gran tensión por el riesgo que implicaba³⁰.

Estos secuestrados “convivían” con los oficiales de mayor rango del Grupo de Tareas. En ocasiones, eran testigos de la planificación de operativos de secuestro y escuchaban, “del otro lado del tabique”, las conversaciones –a veces muy tensas– entre los oficiales al preparar dichas operaciones³¹. Por otra parte, tal como relata

27 Liliana Gardella, en *Ese infierno...*, *ob. cit.* p. 136.

28 “Había una mampara: de un lado estaban las oficinas y del otro armaban los operativos. [...] El Dorado era un espacio muy grande, con una división. La parte de adelante había quedado como un salón, que es donde estuvo Massera. Tenía una entrada por la derecha y una por la izquierda; la izquierda era Comunicaciones, donde se escuchaban las radios con las que se mantenían en contacto. Yo nunca entré ahí, sólo escuchábamos los sonidos. En la de la derecha estaba la oficina central, que era la de Mariano o Selva, según quién estuviera a cargo de Todo el Grupo de Tareas. Había otra oficina chiquita donde guardaban trastos. Dividían con mamparas que solían cambiar de lugar...” (Liliana Gardella, en *Ese infierno...*, p. 153).

29 Se refiere a un dossier con la historia de la organización Montoneros que, bajo las órdenes del Grupo de Tareas, confeccionaron en la ESMA algunos miembros del “Staff”.

30 Cristina Aldini, en *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 145.

31 “[Cuando preparaban un operativo] se encerraban. A veces con Jorgelina escuchábamos el quilombo del otro lado del tabique. El Dorado estaba dividido” (Liliana Gardella, en *Ese infierno...*, p. 153).

Cristina Aldini, veían a los secuestradores salir hacia esas operaciones de secuestro y volver de ellas, dando cuenta de qué había pasado en cada una de esas acciones:

Era muy penoso permanecer en ese lugar porque, como los [oficiales] “operativos”³², se concentraban en un espacio contiguo en el mismo Dorado, se vivía permanentemente el clima de salida y regreso de la *patota*; ésa es una de las escenas de mayor impotencia y angustia que recuerdo³³.

Como puede observarse, a pesar de la compartimentación de espacios, de tareas, y de maneras en que se llevaba a cabo el llamado “proceso de recuperación”, existían fronteras “porosas” entre los distintos tipos de secuestrados: muchas veces, transgrediendo las reglas, se veían, se reconocían y conversaban entre ellos.

Pero la porosidad de las fronteras era más compleja en el caso de la convivencia con los captores. Varios testimonios –especialmente de mujeres– dan cuenta de la angustia del trato diario con los victimarios³⁴. No sólo por el miedo y por la conciencia de estar sujetos a la voluntad arbitraria de los represores (que podían torturarlos, castigarlos, incluso matarlos), sino también por la dificultad para demostrarles –sin pasarse al otro “bando” y sin traicionar sus propios principios ni a sus compañeros– que se estaban “recuperando”³⁵: que resultaba exitoso el procedimiento puesto en marcha en la ESMA por el cual se les extraían saberes (a veces técnicos, a veces intelectuales, a veces políticos) y se les inculcaba la ideología y los valores sostenidos por la Marina³⁶.

32 “En la jerga de la ESMA, los ‘operativos’ eran los oficiales y suboficiales del Grupo de Tareas dedicados a la planificación y ejecución de operaciones que incluían violación de domicilio, saqueo de viviendas y secuestro de personas” (Fuente: *Ese Infierno...*, *ob. cit.*, p. 310). En la jerga de la militancia, se llamó “Patota” al grupo represor (Fuente: *Ese Infierno...*, *ob. cit.*, p. 316). “La *patota* era el grupo operativo que ‘chupaba’, es decir que realizaba la operación de secuestro de los prisioneros, ya fuera en la calle, en su domicilio o en su lugar de trabajo” (Pilar Calveiro, *ob. cit.*, p. 34).

33 Cristina Aldini, en *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 146.

34 “Creo que una de las cosas más difíciles de sobrellevar fue la relación perversa con los tipos, con los represores, que en otros Campos parece que no existió, o por lo menos no con las mismas características” (Elisa Tokar, *Ese infierno*, p. 98).

35 Este “doble juego” del “Staff” es analizado sutilmente por Ana Longoni (*ob. cit.*). Consistía en “colaborar en ciertos aspectos acotados y simular recuperación y colaboración en otros, entorpecer en la medida de lo posible la acción represiva al tiempo que se aparenta ‘recuperación’” (p. 105).

36 Básicamente, se trataba de que respondieran al proyecto político de Massera, que intentaba generar una salida de la dictadura hacia la socialdemocracia, liderada por él y con el apoyo de las bases peronistas: “La existencia de este grupo de sobrevivientes sólo puede comprenderse dentro de los proyectos políticos de la Marina, y más especialmente de Massera, de las contradicciones que tiene con el Ejército y su postulación como recambio político, buscando captar sectores importantes del Movimiento peronista” (C.A.D.H.U., *ob. cit.*, p. 7). Para un detalle sobre el proyecto político de Massera, ver Claudio Uriarte, *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Buenos Aires: Planeta, 1991.

La necesidad de la reja

Una de las sobrevivientes habla de la “falta de reja”. Si en una prisión común existen rejas que separan a los presos de sus captores, en la ESMA la inexistencia de esa clara frontera generaba angustia en muchos secuestrados, que no terminaban de situarse espacial y simbólicamente en un lugar separado del de sus captores.

En España, cuando fui a declarar como testigo de los crímenes de lesa humanidad perpetrados por las Juntas, hablé con una piba que estuvo secuestrada en el Banco un mes y medio. Ella decía: “¡Ustedes no tenían rejas, eso era peor!” [...] Decía que la reja cuidaba su salud mental. Hablaba de la reja simbólica que establecía quién era quién. El carcelero era el carcelero³⁷.

Sin embargo, si nos referimos puntualmente a la utilización y compartimentación del espacio en el Casino de Oficiales de la ESMA, la “reja” de algún modo existía. Pero no era ni estable ni fácilmente asible para los detenidos-desaparecidos. Los integrantes del Grupo de Tareas la cambiaban de lugar, la desplazaban y la iban situando donde ellos decidían. Eran ellos los que daban entrada o no a los secuestrados en los diferentes espacios del Casino de Oficiales. Y esto no respondía a una lógica que los detenidos-desaparecidos pudieran conocer o comprender. Algunos de los cautivos no iban a “Capucha”, otros no podían entrar al “Dorado”, otros no podían salir del sótano, y otros se desplazaban por todos esos lugares según el momento y la oportunidad que dictaran los represores.

Por otra parte, había espacios reservados para los oficiales a los que no accedían los secuestrados. En la planta baja, en el ala norte, funcionaban las oficinas de la plana mayor de la ESMA. Era un sector denominado “Los Jorges” porque varios de esos oficiales se llamaban “Jorge” de nombre de pila (Jorge Vildoza, Jorge Acosta, Jorge Radice). En el primero y el segundo piso, con amplias ventanas que dan hacia la avenida del Libertador y que son las más visibles desde la calle, vivían los oficiales de la Marina en habitaciones especialmente acondicionadas para ellos. Una muestra de hasta qué punto estos dos pisos eran “invisibles” para los secuestrados (aun para aquellos que formaban parte del “Staff”) es que ambos están ausentes en los planos de la ESMA que acompañan las primeras denuncias de los sobrevivientes³⁸. Sin embargo, se sabe que el tránsito permanente de los secuestrados entre el tercero y la planta baja o el sótano se hacía a través de una escalera que pasaba por el primero y el segundo piso. Es claro que los detenidos no podían ver ni acceder a ese espacio “intermedio” que sí controlaban los verdugos.

Eran los represores los que ponían las fronteras físicas y simbólicas, y también los que las sacaban provisoriamente. Algunos testimonios relatan que, a veces, los

37 Elisa Tokar, en *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 108.

38 Por ejemplo, los planos reproducidos en C.A.D.H.U., *ob. cit.*, pp. 89 a 97. Dice el testimonio: “Subiendo por la escalera central antes descrita, contando desde la planta baja dos pisos más –donde hay dependencias de oficiales que desconocemos–, se accedía al tercer piso” (p. 25, enfatizado nuestro).

marinos generaban situaciones para compartir momentos con los secuestrados casi como si fueran “pares”: festejaban algún cumpleaños, celebraban una Navidad, salían con alguna detenida a comer a un restaurante.

Ellos todo el tiempo desvirtuaban la situación. Venían, te molían a palos y a las dos de la mañana te sacaban, te subían a un auto, te llevaban a cenar. Te sentaban a la misma mesa, te convertían en par, comías la misma comida, querían que opinaras, y después vuelta para Capucha³⁹.

Pero todo eso estaba rodeado por la amenaza, implícita o explícita, de la tortura y la muerte para aquellos que no demostraban haberse reformado en el “proceso de recuperación”.

Miriam Lewin, por ejemplo, subraya el carácter obligatorio que tenían las órdenes de los marinos para los secuestrados, aún aquellas que suponían salidas y supuestas “diversiones” compartidas con ellos. Cuenta que le decían:

¡Vestite rápido, preparáte y vamos! Un “no” significaba la *capucha*, el *traslado*, la muerte... O te vestís y vamos a bailar o significa que no sos recuperable, te aplico un *pentonaval* y te *mando para arriba*, ¡montonera de mierda!⁴⁰.



Capucha en el Casino de Oficiales de la ESMA

39 Munú Actis, en *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 108.

40 Miriam Lewin, en *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 100. Las cursivas del original corresponden a la jerga de la ESMA y se refieren al asesinato de prisioneros adormecidos que eran arrojados al mar desde aviones en vuelo. Ver más abajo, nota 42.

Muerte en la ESMA

Los sobrevivientes que realizaron trabajo esclavo en los distintos lugares del Casino de Oficiales dan testimonio del proceso de aniquilación que allí se realizaba, en sus diferentes etapas: el secuestro (cuyas acciones se presenciaban y sufrían en la planta baja y el sótano), la tortura (visible y audible en el sótano), el cautiverio (especialmente, en el tercer piso).

Lo único que, en su gran mayoría, no relatan estos testimonios es el asesinato, que se llevaba a cabo fuera de la visibilidad de los demás detenidos: a veces afuera del Casino de Oficiales, a veces afuera de la ESMA, y otras veces en el mismo Casino de Oficiales, en sectores restringidos para los miembros del "Staff". Como ocurrió en otros centros clandestinos de detención instaurados por la dictadura, la muerte, omnipresente en la ESMA, muy pocas veces era visible.

Uno de los procedimientos más usuales por los que se asesinaba gente fue lo que, mucho después, se conoció como "vuelos de la muerte": los secuestrados eran bajados al sótano, adormecidos mediante una inyección, subidos a camiones que los depositaban en un aeropuerto donde se los metía en aviones. Desde esos aviones, se los arrojaba, adormecidos y todavía vivos, al mar o a las aguas del Río de la Plata. Si bien las personas que iban a ser asesinadas salían de "Capucha" y eran inyectadas en el sótano, estas acciones no eran presenciadas directamente por los otros secuestrados⁴¹.

Por otra parte, según los testimonios, los represores no mencionaban qué estaba ocurriendo: en general, se decía que esos detenidos iban a ser "trasladados". El "traslado" era el eufemismo con el que los represores se referían al asesinato de los secuestrados.

Según comentarios de los mismos oficiales, se llevaba a la gente al sótano, allí el médico Tomy, Carlos Capdevilla, un Tte. de fragata, les aplicaba una inyección de pentonaval⁴², así les llamaban los militares, y diciéndole a la gente que bueno... que se iban a ir en libertad o que los iban a trasladar a otro lugar, a una granja de recuperación, la gente se dejaba inyectar, y posteriormente eran trasladados en un helicóptero y arrojados al mar...⁴³.

De esta manera, la muerte se experimentaba en la ESMA como una nueva desaparición. Los secuestrados, ya desaparecidos para el mundo exterior, eran ahora

41 Los testimonios hablan de ruidos que se escuchaban, de un ambiente muy tenso, de momentos en que no los dejaban circular por el Casino de Oficiales porque se estaba realizando un "traslado", etc.

42 "Pentonaval", en la jerga de la ESMA significa lo siguiente: "Inyección de pentotal –cuyo efecto no es directamente letal sino anestésico– administrada a los secuestrados con orden de *traslado*, antes de proceder a la eliminación de los cuerpos, generalmente arrojándolos al mar en los *vuelos*. La terminación 'naval' se refiere a su uso por parte de la Marina y era aplicada a todos los medicamentos que se administraban allí". Fuente: *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 317.

43 Carlos Muñoz, en *Diario del Juicio*, n° 24, *ob. cit.*, p. 455.

sustraídos del Casino de Oficiales y nadie volvía a saber de ellos. A veces, los oficiales mentían sobre determinadas personas, diciéndoles a los miembros del “Staff” que esos individuos asesinados estaban bien y habían sido liberados:

Éstos [los marinos] no solamente no te admitían que los habían matado, sino que además te decían que estaban bien, te contaban anécdotas, conversaciones. No decían “están en Devoto” o “los pasamos *por derecha*”, decían que los habían llevado a una casa, ayer estuve con Fulana y te manda saludos... ¡Era terrible! Sostenían que la gente estaba viva, que gozaba de buena salud y que se llevaba bien con ellos⁴⁴.

Dentro mismo de la ESMA es probable que se hayan cometido otros asesinatos, ya que hay testimonios (no de sobrevivientes, sino de soldados que actuaron allí) de que se quemaban cadáveres en el campo de deportes, bastante alejado del Casino de Oficiales⁴⁵.

Pero incluso dentro del Casino de Oficiales circulaban rumores de personas asesinadas cruelmente en el sótano y en la planta baja, especialmente en el Dorado. Por ejemplo, el testimonio de Elisa Tokar acerca de la muerte de una secuestrada apodada Loli, relata:

Se dice que le dieron 220 voltios y la mataron. Ahí abajo, en los Jorges... [...] O en el Dorado. No me acuerdo quién lo contó, pero se supo. La mataron ahí, no la llevaron a ningún lado. Y a Ricardo también. Decían que Ricardo, a pesar de todo lo que le daban, seguía puteando a los milicos. Eso se conoció ahí, un rato después de que sucedió⁴⁶.

Otro testimonio relata la muerte de dos secuestrados en El Dorado:

Tres días después el Oficial de la Policía federal Roberto González (alias “Federico”), miembro del GT, busca a Edgardo Moyano y Ana María Ponce, diciendo que serían trasladados a La Plata. Edgardo y María no regresaron más. Luego nos enteramos por el Oficial de la Prefectura Gonzalo Sánchez (“Chispa”) de que habían sido ahorcados en dependencias de la ESMA, en el lugar llamado “El Dorado”, ubicado en la planta baja del Casino de Oficiales. Otra versión, dada por los guardias, asegura que fueron muertos con descargas eléctricas en “El Dorado”⁴⁷.

Es importante notar que, si bien los represores compartían alguna información con los secuestrados y escondían otra sin saber que los detenidos de algún modo lograban tener acceso a ella, la cuestión del asesinato era ocultada más escrupulosamente. Era negada de modo sistemático, aludida mediante eufemismos (como “traslado” o “mandar para arriba”, etc.) y conocida sólo mediante

44 Liliana Gardella, en *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 95.

45 Ver testimonio de Jorge Carlos Torres, reproducido en CONADEP, *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires: EUDEBA, 1984, p. 137.

46 Elisa Tokar, en *Ese infierno...*, *ob. cit.*, pp. 104- 105.

47 C.A.D.H.U., *ob. cit.*, p. 62.

rumores⁴⁸. Sin embargo, la muerte operaba como amenaza permanente para los secuestrados.

La excepción más evidente a esta regla de negación e invisibilidad de la muerte fue la exhibición del cadáver de Horacio Domingo Maggio a los miembros del "Staff". Maggio había logrado escapar de la ESMA el 17 de marzo de 1978 y dio su testimonio ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos denunciando lo que ocurría allí.

Dice el testimonio de tres mujeres liberadas en 1979:

El 4 de octubre [de 1978] fue vuelto a capturar y muerto por fuerzas del Ejército. Su cadáver fue entregado en la ESMA. La ambulancia en que lo llevaron a la ESMA fue colocada en el playón de estacionamiento del Casino de Oficiales. Todos fuimos obligados a desfilar ante el cadáver mutilado de Horacio Domingo Maggio, quien tenía la cabeza destrozada por un escopetazo⁴⁹.

Maggio no había sido asesinado por el Grupo de Tareas de la ESMA. Sin embargo, la exhibición de su cuerpo acribillado debía operar como advertencia para cualquiera que intentara fugarse, testimoniar, y traicionar el "proceso de recuperación" al que se los estaba sometiendo.

"Del otro lado de la pared": el CCDTyE y la ciudad

La superposición de contrarios de una manera incomprensible, el hecho de estar dentro de una especie de útero cerrado por fuera de las leyes, del tiempo y del espacio, acentúa la sensación de que el campo constituye una realidad aparte y total (...). Sin embargo, el campo está perfectamente instalado en el centro de la sociedad; se nutre de ella y se derrama sobre ella. Quizás es el hecho de permanecer tan apartado, al mismo tiempo que está en medio, lo que más enloquecedor resulta para el prisionero, lo que produce la sensación de irrealidad⁵⁰.

Aunque la ESMA se regía por sus propias leyes, incomprensibles para el afuera y aunque los secuestrados estaban literalmente atrapados en ese lugar, las fronteras entre el centro clandestino de detención y la ciudad que lo rodeaba también fueron porosas.

Hay muchas maneras de analizar esas fronteras difusas entre el CCDTyE y la sociedad. Se podrían examinar, por ejemplo, los modos en que el centro clandestino de detención era visible desde afuera: ubicada en una avenida de gran tránsito, en una zona residencial de Buenos Aires, la entrada a la ESMA podía verse desde la calle y desde la vereda de enfrente. El personal que trabajaba en la ESMA,

48 "Ellos no precisaban qué significaba el traslado, ellos decían te metemos un pentonaval, y te vas para arriba, todo lo demás lo pudimos deducir nosotros con el tiempo y con la charla de distintos oficiales" (Testimonio de Carlos Muñoz, en *Diario del Juicio*, n° 24, *ob. cit.*, p. 455).

49 C.A.D.H.U., *ob. cit.*, pp. 66 y 67.

50 Pilar Calveiro, *ob. cit.*, p. 86.

afuera del Casino de Oficiales, también ha sido testigo de lo que allí ocurrió⁵¹. Las preguntas que surgen, en este punto, tienen que ver con las diversas maneras en que la sociedad civil argentina fue testigo de la desaparición de personas, los modos en que colaboró con el terrorismo de Estado, o al menos no lo denunció. Estas preguntas no son privativas de este CCDTyE, ya que muchos otros se emplazaron en Buenos Aires y otras grandes ciudades de la Argentina durante la dictadura.

Se podrían también analizar los modos en que el “poder concentracionario” (según la denominación de Pilar Calveiro) se instala en la sociedad, produciendo prácticas y discursos funcionales a los objetivos de represión y desaparición. Calveiro analiza en detalle este proceso. El centro clandestino de detención, argumenta, logra diseminar el terror mediante una conjunción de exhibición y secreto, en la que la sociedad sabe y no sabe al mismo tiempo, ya que recibe una información que le ofrece tantas certezas como dudas acerca del destino de los desaparecidos. De este modo, el “poder concentracionario” impacta en el conjunto de la sociedad:

El campo de concentración, por su cercanía física, por estar de hecho en medio de la sociedad, “del otro lado de la pared”, sólo puede existir en medio de una sociedad que elige no ver, por su propia impotencia, una sociedad “desaparecida”, tan anonadada como los secuestrados mismos⁵².

Sin embargo, no me internaré en estas pistas. Me interesa, en cambio, detenerme en una cuestión que tal vez es más específica de la ESMA y es el modo en que los miembros del “Staff” podían percibir la ciudad que los rodeaba. ¿Cómo entraba la ciudad al centro clandestino de detención y de qué manera ellos salían, siendo todavía detenidos-desaparecidos de la ESMA, hacia la ciudad? ¿Dónde terminaba el centro clandestino de detención y dónde empezaba el afuera?

La sola demarcación de uno o varios edificios de la ESMA no da la idea de hasta dónde se extendía el centro clandestino de detención. Los testimonios dan cuenta de las numerosas salidas que los secuestrados hacían hacia afuera de la Escuela de Mecánica, sin que por eso la situación de cautiverio se viera terminada o interrumpida. Durante los operativos de secuestro, en algunos momentos de la dictadura, ciertos detenidos fueron sacados de la ESMA para “marcar”, señalar, a los posibles blancos, muchos de ellos compañeros de militancia de los secuestrados⁵³, en salidas que se denominaron “paseos” o “lancheos”⁵⁴. También, para algunos

51 “Cuando un secuestrado fue conducido al consultorio odontológico [en la ESMA, fuera del Casino de Oficiales], se lo anotó en libro de registro con un nombre falso. Una prisionera fue llevada con grilletes en las piernas, y custodiada por integrantes del GT con armas largas. Los profesionales que allí se desempeñaban conocían la procedencia de estos ‘pacientes’”. Fuente: <http://www.derhuman.jus.gov.ar/espacioparalamemoria/>

52 Calveiro, *ob. cit.*, p. 147.

53 Según puede suponerse a partir de los testimonios de sobrevivientes brindados a la CONADEP, la mayor parte de los secuestrados y desaparecidos en la ESMA eran de identidad peronista y muchos de ellos pertenecieron a la organización Montoneros (agrupación peronista de izquierda, protagonista de la guerrilla urbana iniciada en la Argentina a fines de los años sesenta y durante la primera mitad de los setenta).

miembros del "Staff", había salidas que tenían que ver con supuestas "diversiones" o recreaciones que decidían los marinos: ir a bailar, cenar afuera en restaurantes caros, etcétera. Estas salidas no sólo desplazaban la frontera del centro clandestino de detención hacia cualquier lugar de la ciudad, sino que nuevamente creaban confusión en cuanto a la diferenciación entre captores y secuestrados.

Elisa: Sí, sentías que en lugar de estar en ese restorán de lujo querías volver a la ESMA, al Campo de Concentración; ése era el lugar que te correspondía en tu condición de secuestrada.

Munú: Todo era mucho más claro cuando uno estaba en el Sótano o en Capucha. Uno sabía: éste es un represor y yo soy una secuestrada. Cuando te sacaban, modificaban toda la situación, te colocaban en el lugar de un par. Te sacaban, te sentaban al lado de ellos, te daban la misma comida. Imagino que esto nos generaría un alto grado de confusión⁵⁵.

Algunos secuestrados del "Staff", pasado un cierto tiempo desde el comienzo del llamado "proceso de recuperación", eran sacados de la ESMA para visitar a sus familiares y pasar uno o dos días con ellos. Eran siempre vigilados, de lejos o de cerca, y estaban obligados a regresar a la ESMA. En esas "visitas" se producían extrañas situaciones de detenidos-desaparecidos compartiendo un día con su familia y con un oficial armado que estaba ahí para custodiarlo.

Carlos Muñoz relata:

...El 22 de abril [de 1979], acompañado por un suboficial al cual le decían Chacho, fui a mi casa (...) A la casa de mis padres, en Flores; ese día cumplía años mi madre y tenemos una cena, que era medio también una locura, porque estábamos mi mujer, mi madre, mis hermanos, este suboficial y yo, comiendo todos juntos, no había nada de qué hablar; después de eso vuelvo a salir, aproximadamente un mes después, yo no recuerdo las fechas, esta vez me acompaña un oficial de la Policía de Río Negro, que estaba trabajando en Inteligencia al cual le decían David (...). Me llevan en auto hasta mi casa e inclusive en todo momento me muestran que tienen una pistola, que tienen una ametralladora abajo del asiento, me dicen que no me haga el vivo... (...).

54 "Lancheopaseo: operativo de búsqueda de potenciales detenidos sin un objetivo fijo, en el que los secuestrados eran llevados a circular por la vía pública, generalmente en automóvil o en un vehículo tipo Trafic preparado para tal fin" (Fuente: *Ese infierno...*, ob. cit., p. 317). Para testimonios sobre estos operativos, ver por ejemplo *Ese infierno...*, ob. cit., pp. 143-144. Según estos testimonios, muchos secuestrados del "Staff" ponían en juego toda una serie de estrategias para realizar estas acciones sin participar realmente en la delación y sin poner en riesgo a sus compañeros. Los testimonios reproducidos en *Ese infierno...* (ob. cit.) hablan de la diferenciación entre los secuestrados que sí colaboraban y los que solamente simulaban colaborar en estos operativos (pp. 143-144). Es útil establecer aquí otra distinción entre los distintos tipos de detenidos en el Casino de Oficiales de la ESMA: además del "Staff", cuyas características hemos descrito, había un grupo mucho más pequeño de detenidos que colaboraban abiertamente y sin reticencias con los marinos. En la jerga de la ESMA, ese grupo se llamó "Mini-Staff". Según Pilar Calveiro, se trató de "alrededor de una decena de hombres y mujeres, todos ellos conversos, con más o menos convicción, a la causa militar" (Calveiro, ob. cit., p. 118).

55 Elisa Tokar y Munú Actis en *Ese infierno...*, ob. cit., p. 179.

A partir de la cuarta o quinta visita [fui solo]; puedo recordar una visita en la cual ellos van, me dejan y me dejan solo y me dicen que no salga a la calle. Me quedo 12 horas en la casa de mis padres, pero sin que nadie me custodie, y a partir de ahí empiezo a salir solo, o sea, me sacan en auto hasta... a veces me llevan a mi casa, a veces me dejan en la calle Cabildo para que tome un colectivo, y empiezo a salir solo, hasta que al final, cada dos fines de semana, un fin de semana lo pasaba afuera⁵⁶.

Según varios testimonios, de esas "visitas" algunos detenidos traían comida, tortas, cosas dulces para compartir con los que se habían quedado dentro de la ESMA⁵⁷. Unos pocos, como Víctor Bastera, aprovecharon también esas "visitas" para sacar ocultas en sus ropas fotografías y documentación que luego sirvieron como prueba de los crímenes cometidos allí⁵⁸.

Por último, existió un sistema de libertad vigilada que tuvo modalidades distintas pero que consistió, esencialmente, en que ex detenidos-desaparecidos de la ESMA seguían "trabajando" en dependencias vinculadas a la Marina o seguían recibiendo visitas o llamados de miembros del Grupo de Tareas, aun cuando supuestamente ya no estaban cautivos.

El mundo exterior se filtraba dentro del centro clandestino de detención de distintas maneras. Además de las noticias, rumores y humores que circulaban entre los oficiales y que los secuestrados debían descifrar cotidianamente para saber a qué atenerse⁵⁹, había noticias que llegaban a través de los diarios que leían en la "Pecera" algunos miembros del "Staff". Diarios que a veces traían informaciones falsas sobre la suerte de personas secuestradas en la ESMA:

...A los pocos días, aparece en el diario una noticia diciendo que José María Salgado había muerto en un enfrentamiento con la Policía.

Nosotras afirmamos –porque hemos compartido con él los gritos de la tortura y el silencio en Capucha– que esa noticia es falsa. Que José María Salgado estaba vivo en la ESMA y que ésta lo entregó a Coordinación federal⁶⁰.

En los operativos de secuestro, las casas de las víctimas eran casi siempre saqueadas: la "patota" se llevaba muebles, libros, ropa, objetos de todo tipo. Todos esos objetos se depositaban en una zona del tercer piso, vecina a la "Pecera", llamada "Pañol". El Grupo de Tareas comercializaba con esos objetos, pero además muchos de ellos eran utilizados dentro del centro clandestino de detención: muebles, sábanas, televisores, artefactos de todo tipo que provenían de la casa de los secuestrados.

56 Carlos Muñoz, en *El Diario del Juicio*, n° 24, *ob. cit.*, p. 459.

57 Ver *Ese infierno...*, *ob. cit.*, p. 118.

58 Testimonio de Víctor Bastera, *ob. cit.*, pp. 438 - 440.

59 "Tratábamos de saber lo que estaba pasando, porque de ese saber dependía, o uno suponía que dependía, si seguiría viviendo, si su historia continuaría. [...] Saber por ejemplo si el 'Tigre' se había enojado, si Massera tenía poder o ya no lo tenía. Teníamos todas las neuronas puestas en eso, aunque no sé hasta qué punto éramos conscientes del peligro que corríamos" (Munú Actis, en *Ese infierno...*, p. 139).

60 C.A.D.H.U., *ob. cit.*, p. 64.

Eran esos mismos objetos los que utilizaban los oficiales y los miembros del “Staff” en su “vida cotidiana” dentro de la ESMA.

Liliana: Lo que no era propio del mobiliario de la Marina, era robado.

Elisa: Los escritorios de la Pecera y todo lo que estaba en la parte de adelante: la mesa, las sillas... ¿Se acuerdan de la hamaca? La hamaca de Pecera. [...] Una hamaca colgante, de mimbre, y dos sillones; eso era de Chiche.

Munú: ¡Y ella estaba detenida ahí!

Elisa: ¡Era terrible! ¡El afuera, adentro! Sus hijos y su marido andaban sin casa⁶¹.

Este tránsito de objetos desde el afuera hacia el adentro –sobre todo a través de saqueos realizados por el Grupo de Tareas– y estas noticias falseadas que ingresaban en el Casino de Oficiales, producían en los detenidos-desaparecidos una extraña sensación de desarticulación, no sólo de las fronteras entre el adentro y el afuera, sino de descomposición del mismo espacio exterior al centro clandestino de detención, como si todo el afuera estuviera de pronto contaminado por la experiencia del campo. Como si el centro clandestino de detención se extendiera en el espacio indefinidamente.

A modo de conclusión: La última frontera

A través de este breve recorrido puede observarse la complejidad de la experiencia de cautiverio en la ESMA y algunas de sus características específicas como el llamado “proceso de recuperación”. Aunque la categoría de “desaparecido” remite inmediatamente a una ausencia, a algo que difícilmente podría inscribirse en la materialidad de un territorio, el análisis pormenorizado del funcionamiento del centro clandestino de detención permite dotar a esta categoría de materialidad y anclarla en un imaginario espacial. Esto ha sido posible principalmente a través de los testimonios de quienes pasaron por la experiencia del cautiverio. Estos testimonios, en sus diferentes configuraciones textuales y en las diversas etapas en que fueron vertidos, han constituido un elemento fundamental en el proceso de conocer y calificar un espacio en el que las huellas del cautiverio han sido borradas.

En el caso de la ESMA, estos testimonios permiten también aprehender los diversos niveles en que operaba la disposición espacial y las distintas maneras en que se producía simultáneamente **una jerarquización, una organización y una dislocación** de estos espacios. La materialidad espacial del centro clandestino de detención no solamente expresa y permite hacer “visibles” las relaciones que se tejieron en su interior, sino que ha sido constitutiva de ellas. El carácter difuso, poroso, flexible y opaco de las fronteras y límites entre los diferentes espacios y las diversas personas que los ocupaban formó parte del núcleo mismo del sistema de desaparición y de la modalidad específica que adquirió en la ESMA (especialmente,

61 Diálogo entre Liliana Gardella, Elisa Tokar y Munú Actis, en *Ese infierno...*, p. 123. Enfatizado nuestro.

el llamado “proceso de recuperación”). Sin embargo, a pesar de esa opacidad, los límites –aquello que hacía que un secuestrado no perdiera su carácter de secuestrado– seguían operando⁶².

Estas fronteras porosas pueden reconocerse en distintos niveles: entre el llamado “Staff” y el resto de los secuestrados, entre los secuestrados (en sus diferentes categorías) y los represores, entre el centro clandestino de detención y la ciudad que lo rodeaba.

El factor más notorio en la porosidad de estas fronteras fue el de la circulación de elementos entre el adentro y el afuera; personas, noticias y objetos que circulaban en los dos sentidos: “entraban” y “salían” secuestrados, “salían” los escritos producidos por el “Staff”, “entraban” noticias falsas, “entraban” bienes robados, “salían” objetos que los detenidos “sustraían” a los marinos (las pocas fotos y documentos que ellos pudieron sacar de allí). En casi todos los casos, quienes imponían los sentidos de circulación de estos elementos eran los represores, salvo en las pocas ocasiones en que los secuestrados pudieron en cierta forma “resistir” y traspasar de algún modo esas fronteras por decisión propia: cuando alguien logró fugarse del centro clandestino de detención, cuando sacaron documentos u objetos de allí, o cuando pudieron simular su recuperación.

Sin embargo, a pesar de esa porosidad en los límites, la desaparición también se define por un núcleo duro, por una frontera contundente que sólo los represores decidían cuándo se traspasaba: ese límite era la muerte. En forma de rumor, de amenaza explícita o velada, de ausencia repentina de personas que hasta hacía poco habían estado cautivas allí, invisible para los secuestrados, ocultada por los represores, la muerte era la gran frontera que operaba en la ESMA y que desde ese sitio se extendía como advertencia hacia el resto de la sociedad. Ni totalmente vivos, ni todavía muertos, los secuestrados habitaban un espacio intermedio, el territorio complejo y doloroso de la desaparición.

62 Surgen aquí una serie de categorías a interrogar que agregan aun más complejidad a la problemática que estamos tratando. Nos referimos a las nociones de “colaboración”, “traición” y “zona gris”, tal como han sido trabajadas en la bibliografía referente a centros clandestinos en Argentina y a la experiencia concentracionaria en general. Para la noción de “traición” en Argentina, véase Longoni, Ana, *ob. cit.* La noción de “zona gris” ha sido propuesta por Primo Levi (*Les naufragés et les rescapés. Quarante ans après Auschwitz*, Paris: Gallimard, 1989). En esta presentación, hemos dejado voluntariamente de lado esta problemática para abordar específicamente la cuestión del espacio y el territorio en la ESMA. Sin embargo, no podemos dejar de mencionarla y de subrayar la dificultad para examinar una experiencia que se desarrolló siempre en el límite entre la vida y la muerte.

Exponer lo invisible

Una etnografía sobre la transformación de Centros Clandestinos de Detención en Sitios de Memoria en Córdoba-Argentina

Ludmila da Silva Catela *

La memoria y sus dueños

Como un álbum de familia o como objetos que heredamos de nuestros antepasados, la memoria carga con la identidad y los recuerdos. En los álbumes de familia se registran los “buenos momentos”, se ocultan las peleas y disputas familiares y pasan al olvido aquellos hechos cotidianos que “no merecen” ser registrados, preservados. Los objetos que heredamos pueden estar ocultos en el fondo de un cajón, llenos de polvo en el desván y de repente, por un evento fortuito, por situaciones afectivas punzantes o por placer, pueden volver a la luz para ser apreciados durante un tiempo. Su sola presencia provocará memorias de una historia familiar, evocará una identidad colectiva.

Sin embargo, ni el álbum de fotos refleja la realidad de lo retratado ni los objetos retienen el ambiente en los que fueron usados y las causas, el sentido o la historia del momento en el que fueron adquiridos. Ellos están presos de los limitados y arbitrarios significados que hoy somos capaces de refractarles; están a merced de una dialéctica incesante entre pasado y presente, es decir, una relación de tiempo que varía según los momentos, individuos y grupos que gravitan en torno a ellos. En ese vaivén caen en el olvido ciertos hechos e ideas y se recuperan representaciones más estables, pero que, como en los mitos, nunca se tornan presentes del mismo modo. La memoria resuelve pues la tensión homeostática entre el recuerdo y el olvido.

* CONICET/UNC. Archivo Provincial de la Memoria-Córdoba.

No son otros los procesos cognitivos y culturales que subyacen a la producción de la memoria de un pueblo, de una nación. La memoria familiar es un laboratorio de ideas y recursos para imaginar y reconstruir aquello que en una nación se produce y construye en torno a la idea de memoria, a lo que se recuerda, lo que se silencia u olvida. Producto de la interacción y la construcción entre la subjetividad de los individuos y las normas colectivas, sociales, políticas, religiosas y jurídicas, el trabajo de la memoria fabrica las identidades sociales, enunciando tanto lazos de pertenencia como relaciones de diferenciación. Como en las memorias familiares, las memorias nacionales pueden responder a tres tipos de funciones: transmisión, reflexión y reminiscencia.

La necesidad de memorias implica, por otro lado, reconocer su carácter social y colectivo. Si bien sabemos que el individuo porta sus memorias, las produce y las comparte, no podemos poner en duda que la memoria está arraigada y situada allí donde compartimos espacios, lazos de pertenencia, solidaridades y sociabilidades. Si la memoria posibilita la creación de espacios de cohesión familiar, social, nacional, es justamente esta fuerza la que permite entender por qué en los períodos sociales más calmos tiene menor visibilidad y en los momentos de tensión y crisis –cuando las identidades y pertenencias se desestabilizan y desestructuran– adquiere mayor fuerza y visibilidad.

La cuestión entonces es plantear preguntas que permitan entender la selectividad de los procesos de memoria en palabras de Ricoeur (2004), ¿de qué hay recuerdo? ¿de quién es la memoria?

Según apunta Elizabeth Jelin, “en los procesos de construcción de memorias, hay parte de los actores, en diversos escenarios, cuyas luchas son por intentar imponer **una y su** versión del pasado como hegemónica, legítima, ‘oficial’, normal, verdadera o parte del sentido común aceptado por todos. Y esto es y será siempre cuestionado y contestado por otros” (2002). Esto arrastra consecuencias metodológicas en el análisis. Siguiendo a esta misma autora, se pueden distinguir algunos ejes. Primero, partir de una noción en plural, “las memorias”, para poder abordar los procesos ligados a sus construcciones en escenarios políticos donde se desatan las luchas sobre los sentidos del pasado; segundo, abordar el tema desde una perspectiva histórica, es decir en un devenir que implica cambios y elaboraciones en los sentidos que individuos y grupos específicos dan a esos pasados en conflicto; tercero, considerar las memorias no sólo como fuentes históricas, sino como fenómenos históricos, a partir de los cuales podemos reconstruir la génesis social del recuerdo como problema social; cuarto, reconocer que el “pasado” es una construcción cultural siempre delimitada y representada desde el presente.

Una característica que delimita el campo de estudio sobre los CCD convertidos en sitios de memoria implica en primera instancia analizar cuántas memorias se ponen en juego y se presentan en el campo de lucha por definir **cuáles son los lugares que deben ser “recuperados”**; **quiénes deben formar parte de esos espacios** y finalmente, **qué relatos deben incorporarse**. Todo esta selección implica entonces

dejar por el camino lugares que no serán incorporados, actores que no son llamados a dialogar y relatos que serán excluidos. Dicho en otras palabras, la conquista de marcas y de sitios de memoria, implica entre otras cuestiones, poner en relieve por lo menos tres tipos de memoria que entran en la disputa: las dominantes, las subterráneas y las denegadas.

En esta presentación realizaré una primera etnografía sobre los ex centros clandestinos de detención que hoy son sitios de memoria en Córdoba. Concentraré la mirada en tres espacios diferentes. Me refiero a los ex centros clandestinos de detención: La Perla, la D2 y Campo de la Rivera¹.

Una historia de la conquista. Cómo los CCD se “transformaron” en sitios de memoria

Sabemos que los sitios de memoria no se construyeron de un día para el otro, ni de manera aislada. Están atados a demandas sociales, a voluntades políticas, a coyunturas históricas nacionales e internacionales, a modas estéticas y a la posibilidad de disponer de recursos humanos y económicos para que sean posibles. Tanto como la memoria, deben ser historizados para comprender el lugar que hoy ocupan en las ciudades de Argentina.

Si cualquier extranjero visita Buenos Aires, Córdoba o Rosario, y recorre sus calles, seguramente se tropezará con plazas de la memoria, memoriales con listas interminables, escuelas rebautizadas, graffitis y dibujos, baldosas, sitios y museos de la memoria. Estos constituyen sin duda la imposición de nombres, imágenes y señalizaciones en el espacio público. Raramente el visitante logrará desentrañar esa selva de símbolos, pero tienen una lógica y un tiempo específico, están atados a actores singulares y a disputas de memorias particulares.

En un breve recorrido por las décadas post dictadura, podemos distinguir tres momentos, que no son los únicos y definitivos en el análisis, pero pueden proveernos de indicios de los puntos sobresalientes en la línea de tiempo de la memoria en Argentina.

El primero está situado en el momento del retorno de la democracia. En ese momento la preocupación que movilizaba a los distintos actores era la búsqueda

1 Estos ex centros clandestinos de detención tienen historias disímiles en relación a sus orígenes. El D2 era el área de inteligencia de la policía de la provincia de Córdoba y se dedicó a reprimir y perseguir líderes políticos, sindicales, estudiantes desde la década del treinta. En 1974 constituyó en su sede del Pasaje Santa Catalina un verdadero CCD, las personas eran secuestradas ilegalmente, llevadas al lugar, tabicadas y torturadas hasta que se decidía su destino final: la libertad vigilada, la cárcel, o la muerte. El Campo de la Rivera era una prisión militar, que funcionaba previamente al golpe de Estado. Según los testimonios recogidos por el APM ya desde 1975 funcionó como un CCD y a partir de 1976 la relación entre Campo de la Rivera y La Perla era muy fluida en el intercambio y distribución de prisioneros. La Perla fue el CCD más importante de la provincia. Se supone que por allí pasaron dos mil presos políticos, un alto porcentaje de los desaparecidos de la provincia vivieron sus últimas horas de vida en ese lugar. No se sabe mucho sobre el origen de la construcción, pero una de las hipótesis es que fue construida específicamente para funcionar como CCD. Tanto Campo de la Rivera como La Perla estaban bajo el control del Tercer Cuerpo de Ejército.

de la verdad. La pregunta central era ¿qué había pasado con los desaparecidos?, sumado a la necesidad de un juicio a los culpables. En la Argentina de la transición, apunta Schindel, “las políticas de Estado sobre el pasado debieron responder a las demandas por encarar los crímenes de la dictadura por vía investigativa y judicial. No hubo lugar en la agenda para la cuestión de cómo hacer materialmente visibles las huellas del terrorismo de Estado en la Ciudad”. Si bien esto es cierto, es necesario decir que las imágenes de las fosas clandestinas en los cementerios fueron una de las huellas más evidentes, que mostraron justamente las ciudades durante esos primeros años de democracia. También uno puede rastrear en los diarios y en el propio informe de la CONADEP la importancia que tuvieron en ese momento los presos políticos como los principales testigos de los lugares que habían sido CCD. Son de esos años las primeras imágenes que revelaban la existencia de estos lugares “clandestinos”; muestran los rastros de la violencia en la materialidad de las construcciones que habían servido para la represión clandestina del Estado². Así fueron reconocidos, señalados e inscriptos en el informe de la CONADEP. Sin embargo, en ese momento no fueron pensados como lugares de memoria, sino como prueba jurídica.

Es a partir de 1996, con la conmemoración de los veinte años del golpe, cuando aparecen en el espacio público una serie de marcas que, a diferencia de los años anteriores, parecían decir que ante la *posibilidad del olvido* (con las leyes de punto final, obediencia debida e indulto), la materialidad de la memoria debía sostener los relatos sobre el pasado. Una característica particular de ese momento está delimitada en relación a quienes eran los productores o “emprendedores de memoria”. Aquellos que llevaron adelante las marcas y eligieron los espacios para hacerlas. Por primera vez, los compañeros de los desaparecidos, la mayoría sobrevivientes de los CCD, desde sus lugares de trabajo –principalmente la universidad, escuelas, colegios– promovieron el recuerdo de los muertos. Placas, plazas de la memoria y homenajes en los barrios fueron las principales marcas que a partir de allí comenzaban a producir una cultura material de la memoria. También nacieron en este contexto los escraches, inventados por la organización HIJOS, cuyo objetivo principal fue la señalización, la marca de los lugares, casas, barrios, donde vivían los represores; bajo la consigna *si no hay justicia hay escrache*, inauguraron otra forma de marcas de la memoria contra el olvido y sobre todo contra el silencio de quienes eran los que habían ejecutado los secuestros, la tortura, la desaparición³. Por otro lado, desde algunos municipios o gobiernos provinciales, se comenzaron a señalar cementerios donde había fosas clandestinas y ex centros clandestinos de detención: por ejemplo las comisarías en La Plata, el Cabildo Histórico en Córdoba, la cárcel UP1, entre otros.

De alguna manera, fueron “pequeñas marcas de la memoria”, surgidas de grupos de amigos o de militancia y sobre todo orientadas a rescatar memorias locales, a volver a reunir en una comunidad imaginada a los que ya no estaban, o a señalar

2 Para un análisis del uso y objetivo de las fotografías de los CCD en el Informe CONADEP ver el minucioso trabajo de Crenzel (2009).

3 Para un análisis sobre el escrache ver da Silva Catela (2001).



Primera marca pública en Córdoba. Unidad Penitenciaria 1.

tímidamente los lugares donde estos “compañeros” habían sido desaparecidos o asesinados. En el caso de las memorias en las universidades y colegios, el nacimiento de la agrupación HIJOS fue uno de los disparadores de la recuperación de esas pequeñas memorias. Las preguntas a los “amigos” de sus padres, la pertenencia de ellos como alumnos de esas facultades, terminó resultando en esta práctica memorialista.

Fue a partir de este siglo que se intensificó, o mejor, se creó una **política estatal de la memoria**, que emanada del Estado nacional y los gobiernos provinciales, presionados por el movimiento de derechos humanos, puso el sello y pasó a “institucionalizar la memoria”. Si el retorno de la democracia se caracterizó por la búsqueda de los rastros del horror y la demanda de juicio y castigo; los veinte años inauguraron la producción de las “pequeñas memorias y sus marcas” y los treinta años del golpe en el año 2006, celebró las “memorias monumentales” y dominantes.

Se pueden distinguir por lo menos cinco acciones que caracterizan esta nueva política de la memoria emanada desde el gobierno nacional y los provinciales:

- 1- La creación de un nuevo feriado nacional, para tornar el 24 de marzo como el día de la “Verdad, la Memoria y la Justicia”.
- 2- La institucionalización de dicha fecha, obligando a que sea recordada en las escuelas primarias y secundarias, para lo que se aportan diversos materiales pedagógicos: publicaciones, manuales, videos, etc.

- 3- La inauguración de manera oficial de la reconversión de ex CCD en sitios de memoria, iniciando la serie con el Espacio para la Memoria y la Promoción de los Derechos Humanos con y en la E.S.M.A.
- 4- La creación del Archivo Nacional de la Memoria, institución que se replicó como modelo, en archivos provinciales de la memoria y secretarías de derechos humanos donde no existían.
- 5- Todo esto acompañado y legitimado por presupuestos, que conforman parte de las planificaciones anuales de gobiernos provinciales y del nacional.

Para lograr una descripción densa, debería poder profundizar un poco más el análisis, pero considero que toda esta política de *estatización de la memoria* tiene una clara ambición *fundacional*, al mejor estilo de invención de una nueva tradición. Si no, vale hacerse la siguiente pregunta: ¿Por qué crear archivos de LA MEMORIA en vez de depositar los fondos documentales sobre la represión en los archivos nacionales y provinciales ya existentes?

De esta forma, los interlocutores para las señalizaciones y la confección de cómo deben ser los sitios de memoria, dejaron de ser los organismos de derechos humanos y pasaron a ocupar ese rol las comisiones provinciales y los funcionarios públicos. Estos últimos, mayoritariamente "compañeros" de los desaparecidos, buscan en los familiares de desaparecidos la legitimidad para sus acciones y la validación de sus marcas de memoria con la presencia de estos, como oradores o principales actores, en los actos públicos. Los que produjeron las memorias más locales, allá por el vigésimo aniversario, pasaron nuevamente a un segundo plano, de alguna forma volvieron a ocupar el lugar que históricamente les fue otorgado, el de la producción de *memorias subterráneas*, muchas veces silenciadas por el peso de la culpa de haber sobrevivido y de la sospecha de la colaboración. En la fase opuesta, la memoria de los familiares pasó a compartir con el Estado una *memoria dominante*, la que se impone a través de un feriado nacional, de una fuerte política de educación, y la creación de instituciones destinadas a la producción de "la memoria", que pueden resumirse de la siguiente manera:

- 1- Limita una temporalidad que no puede traspasar las fronteras de la dictadura: 1976-1983, borrando así, otras temporalidades: los años previos al golpe y los posteriores al retorno de la democracia.
- 2- Propone un relato para los sitios de memoria circunscripto a lo que fue y se entiende como terrorismo de Estado.
- 3- Reconoce, centralmente, un tipo de víctima: los desaparecidos, dejando de lado o silenciando a otras víctimas como asesinados, exiliados, sobrevivientes.
- 4- Habla de la violación a los derechos humanos, haciendo un uso monopólico del término exclusivamente para enunciar el pasado reciente, más específicamente desde el 76-83.
- 5- No deja espacio y, por lo tanto, silencia el tema de la lucha armada y junto a este silencio, estigmatiza a los que sobrevivieron y a los que participaron de las acciones políticas y armadas en los años setenta.

Estas políticas en torno a los sitios de memoria se imprimen desde el Estado nacional, más específicamente desde un área del Archivo Nacional de la Memoria en encuentros semestrales; en reuniones elaboradas por una Red Federal de Sitios de Memoria; pretendiendo imprimir marcas similares para todos los sitios; creando desde el Ministerio de Educación un Mapa geomorfológico de Sitios de Memoria que se provee como herramienta pedagógica en las escuelas, etc. Lo interesante es que los agentes que llevan estas políticas adelante, sumado a las historias particulares de cada lugar y al peso de las memorias locales, hacen que esta “institucionalización de la memoria” no se dé de manera homogénea como sería deseable para quienes las han diseñado. Esto dependerá básicamente de dos cuestiones centrales: 1- de los actores que pasen a conformar el “equipo de trabajo” y 2- el origen de los recursos financieros para llevarlos adelante.

Tres sitios de memoria: la arqueología, el deber y el uso

Los sitios de memoria han adquirido en Argentina una centralidad inusitada como arquitecturas del recuerdo. Se plasman allí las luchas que los organismos de derechos humanos han llevado adelante en estos últimos treinta años. Una de las características singulares de este proceso es que pasaron a ser instituciones del Estado, generando así un diálogo entre la sociedad civil (o parte de esta) y los estamentos del legislativo, ejecutivo y judicial.

En la provincia de Córdoba tres ex centros clandestinos de detención (CCD) se convirtieron en sitios de memorias. El primero fue el CCD donde había funcionado el Departamento de Investigaciones de la Policía de la Provincia (D2), el cual se transformó en marzo de 2006, por medio de la Ley 9286 (votada por unanimidad por la legislatura de la provincia) en el Archivo Provincial de la Memoria y Sitio de Memoria ex D2. Esta misma ley constituyó la Comisión Provincial de la Memoria que en marzo de 2007 recibió del gobierno nacional el predio del ex CCD La Perla, hoy constituido en un Espacio para la Memoria y la Promoción de los DDHH. Finalmente, la CPM determinó que el predio donde había funcionado el CCD Campo de la Rivera debía transformarse en un museo de memoria. Esta decisión se basó en la magnitud de la represión desatada en este espacio, así como la centralidad que tuvo el mismo, en relación al trabajo represivo conjunto que tenía con La Perla durante los años setenta⁴. Para poder transformar ese espacio en sitio de memoria, la CPM realizó

4 La elección de los espacios que en el pasado fueron CCD y hoy se convertirán en sitios de memoria no se da sin conflictos. En la ciudad de Córdoba por ejemplo se generó un intenso debate en torno a la Unidad Penitenciaria N 1. El gobierno provincial impulsó un proyecto para vender la cárcel, que se encuentra en el Barrio San Martín y con el dinero “construir” nuevos edificios carcelarios. Esto significaría borrar las huellas de lo que allí pasó durante la dictadura, ya que fue el predio que albergó a la mayoría de los presos políticos de la provincia. Sumado a esto, en dicho lugar fueron asesinados veintinueve presos políticos, con lo cual se lo considera como un CCD. Los familiares nucleados en torno a la memoria de estas víctimas y muchos presos políticos reivindican el predio carcelario para generar un espacio de memoria. El debate aún no está cerrado, pero demuestra que las tensiones siempre estarán presentes en la elección de qué lugares pasarán a ser espacios de memorias y cuáles simplemente contarán con una marca o seguirán siendo otro tipo de instituciones como cárceles y comisarías.

junto a los vecinos del barrio, una serie de trámites frente a los ministerios de educación, para que las escuelas que funcionaban en el lugar obtuvieran nuevos edificios. Así durante el año 2009, Campo de la Rivera se transformó en el tercer sitio de memoria de la provincia de Córdoba.

Estos lugares tienen desarrollos diversos, tanto en relación a la función social que pretenden cumplir, así como a la visibilidad pública y a las formas de trabajo que cada espacio propone. Vamos a proponer en este texto tres clasificaciones diferentes para observar y comprender las formas en la que estos tres sitios de memorias se inscriben en el paisaje urbano.

En la clasificación propuesta, considero que los tres espacios parten de relatos diversos sobre el pasado reciente y su relación con el presente. Mientras el APM presenta una "arqueología de la memoria", rescatando capas de las historias presentes, tanto de su edificio como de los períodos de violencia de la provincia de Córdoba, y de esta forma, no restringe su mirada a los años comprendidos entre 1976-1983; el Espacio para la Memoria y la promoción de los derechos humanos La Perla, construye un relato más "literal" enfocándose en el período consensuado como "terrorismo de Estado" (1976-1983) y construyendo un relato acotado a los eventos que se sucedieron en el CCD La Perla⁵. Ya el Campo de la Rivera, se presenta como un espacio de "conflicto de memorias" entre las memorias del pasado reciente y las reivindicaciones de los vecinos del lugar sobre los derechos humanos hoy⁶. La territorialidad donde están anclados estos tres espacios de memoria no es un dato menor. Mientras el APM está localizado en pleno centro de la ciudad, entre la Catedral y el Cabildo histórico de Córdoba, La Perla está aislada del centro y en una ruta que une uno de los lugares de mayor turismo de la provincia como es la Ciudad de Carlos Paz. Campo de la Rivera, en cambio, se encuentra en el seno de una de las zonas más pobres de la ciudad, donde confluyen barrios y villas miserias. Esta "realidad geográfica" sin duda condiciona tanto los diálogos establecidos con el entorno, como los públicos que habitan los espacios. Mientras La Perla por su condición de "aislamiento" es la más difícil de analizar en relación a los diálogos con el entorno, las formas que adquiere este en La Rivera son casi directas, ya que la Red de la Quinta (una organización que nuclea a diversas instituciones, ONGs y organizaciones de derechos humanos), se constituye como el principal espacio de debate sobre el destino de ese espacio de memoria, el cual inicialmente está disponiendo su mirada en dos ejes, por un lado recuperar lo que allí pasó en la década del setenta, pero además generar un nexo con el presente y trabajar con las generaciones más jóvenes a partir de talleres de formación y arte.

5 La noción de derechos humanos y memoria nos plantea la ya clásica pregunta respecto a sus usos en un sentido "literal" o "ejemplar", al decir de Todorov (2000). La cuestión es si los individuos, los grupos sociales o el Estado optan por un uso "literal" recuperando todos los detalles, agotando la memoria en sí misma, como un evento que no puede ser comparado con otros, o se opta por un uso "ejemplar", en el sentido de pensarla como un modelo que permita comprender principalmente situaciones nuevas, del presente, sacrificando la singularidad del suceso en sí mismo.

6 Para un análisis sobre este espacio de memoria puede consultarse el video: *Campo de la Rivera: un campo, dos testimonios, muchas historias*. APM, 2008.

En cuanto al APM, si bien se podrían analizar muchos temas en relación al diálogo con el "otro", por la diversidad de públicos que lo visitan, el trabajo sistemático con las escuelas, las actividades constantes de arte y exposiciones temáticas, etc.; me gustaría simplemente señalar aquí que más allá de los "controles" que cada sitio quiera elaborar sobre su relato, tanto la recepción de los espacios como las batallas de memorias que se entablan no siempre son controlables. Para esto daré dos ejemplos del APM. En marzo de 2009, con motivo de las conmemoraciones del 24 de marzo, se realizaron diversas actividades dentro y fuera del APM. Entre ellas, una exposición de fotos en el Pasaje Santa Catalina, al aire libre. Luego de varios días de exposición, una mañana toda la muestra estaba "intervenida" con dos tipos de fotocopias pertenecientes al "Movimiento por la verdad histórica"⁷, movimiento que nuclea a familiares de militares y de otras víctimas. Las mismas contraponían a las memorias que se reproducían allí otros discursos en clara batalla por los significados del pasado reciente en Argentina. Como puede verse en las fotos, una de ellas decía:



Exposición de fotos en el Pasaje Santa Catalina. Intervenida por el Movimiento para la verdad histórica, marzo 2009

7 Este movimiento, conocido también como "Memoria completa" reivindica la memoria de las víctimas, previas a 1976, supuestamente asesinadas por movimientos guerrilleros. Hablan de "memoria completa" para hacer referencia, sobre todo, a la memoria que, emanada desde el Estado, no reconoce más que "una parte de la historia". Para un análisis sobre dicho movimiento y la construcción de *memorias denegadas*, se puede consultar da Silva Catela (2008).

“Ni 30.000 desaparecidos, ni jóvenes idealistas. Basta de Mentiras”. Este tipo de intervenciones efímeras sobre los sitios de memorias son una clara muestra de las disputas que se generan en espacios que se constituyeron dentro de las políticas de memoria estatales.

En otro orden simbólico, hubo un uso “incontrolable” de las memorias que el sitio ex D2 instituyó, pero que demuestra que no puede controlar sus reinterpretaciones públicas. Me refiero a la serie de postales del Mac Donald “Córdoba me encanta”. Entre las intervenciones al edificio de lo que fue el ex CCD, el APM propuso la construcción de un memorial, el mismo consta de los nombres de todos los asesinados y desaparecidos de la provincia de Córdoba desde el *Cordobazo* (mayo de 1969) hasta el retorno de la democracia (1983). Este memorial está inscripto sobre las paredes del ex CCD y asemeja a tres grandes huellas digitales con todos los nombres y apellidos ordenados por año de desaparición o asesinato. Paradojalmente, una de estas huellas fue tomada por la cadena alimenticia Mac Donald para decir “Córdoba me encanta”... dentro de una serie de postales *Puertas y Ventanas*. Difícil saber qué motivó esta elección, pero sin duda pone en cuestión la recepción de lo que los sitios de memoria pueden generar en el espacio público y los riesgos de la banalización a la que pueden estar expuestos los memoriales convertidos en postales turísticas.

El APM y sitio de memoria ex D2 se percibe a sí mismo como un espacio donde se amplían las fronteras de la memoria. Si bien la ley que lo constituye delimita el período desde 1976-1983, quienes llevan adelante este espacio de memoria, consideran que comprender el proceso político en la provincia de Córdoba implica, entre otras cuestiones, retrotraerse por lo menos hasta la Revolución Libertadora-derrocamiento de Perón (septiembre de 1955). De la misma forma, consideran que en los relatos presentes en este ex CCD no pueden estar sólo las voces de los ex presos políticos, sino también la de los presos comunes, los homosexuales, las prostitutas, las minorías étnicas, principales focos de la represión de la policía de la provincia de Córdoba y especialmente del departamento de inteligencia (D2). Nada se da sin conflictos. Así, menos que afirmar LA MEMORIA, este sitio pretende la confrontación constante con el pasado y las memorias que surgen de su interpretación. La generación de preguntas que pueden surgir de la lectura de un libro, presente en la Biblioteca de Libros Prohibidos de APM; de las señalizaciones dispersas por el lugar que evitan una guía cerrada y de relato único; o de la sala de “Vidas para ser contadas” donde álbumes de fotos de desaparecidos y asesinados acercan al visitante a los detalles más cotidianos de la vida de esos seres humanos; pueden asegurar de alguna forma múltiples sentidos subjetivos de la visita al lugar⁸. Más que una memoria cristalizada, se propone un caleidoscopio de memorias que cada uno formará, sobre una base común, de acuerdo a los sentimientos, las posturas políticas, las creencias y los saberes previos con los que se accede a este lugar.

8 Para una visión general del APM y sus propuestas educativas puede consultarse la página web: www.apm.gov.ar

En contraposición, podemos analizar los otros dos sitios de memorias, más anclados a un modelo “tradicional” y “literal” de la memoria del pasado reciente. Sobre todo La Perla –ya que Campo de la Rivera todavía es un sitio en “construcción”– impone un relato más pegado a lo que “allí pasó”, respetando las fechas “dominantes”, 1976 como inicio de la tragedia, reivindicando la memoria de los que por allí pasaron, proponiendo visitas guiadas con un guión “cerrado” y usando, hasta el momento, el espacio como un lugar de duelo y homenaje a los desaparecidos de dicho CCD. Es difícil determinar si esta elección se modificará con el tiempo, pero por el momento podríamos arriesgarnos a decir que es el espacio de memoria que, de alguna forma, reproduce el “modelo oficial” de lo que “debe ser un sitio”. Desde su origen, con un gran acto monumental con la presencia del Presidente Néstor Kirchner, hasta el uso en la publicidad oficial del gobierno de la provincia de Córdoba, La Perla corre el riesgo de sucumbir a una memoria literal y oficial. Dependerá, sin duda, de los actores que llevan adelante esa propuesta y que cuentan con capitales culturales y políticos para poder hacerlo.

De esta forma, el caso de La Perla puede ser considerado como la reproducción más directa de la memoria dominante. Usa el mismo nombre que el resto de los sitios impuesto por la política nacional de memoria: la misma señalización –un gran monumento de cemento– utilizado para todos los sitios “recuperados” por el gobierno nacional y que sirve para demarcar como un modelo sitios como Campo de Mayo, la Cacha, etc. La señalización es acompañada de una ceremonia similar para cada sitio, caracterizada por la presencia de los funcionarios del Estado y el uso de la propaganda oficial. Por otro lado, el uso de las categorías ya consagradas, como la noción de terrorismo de Estado, abunda en sus textos institucionales y folletos de difusión.

Como ya se dijo, se recuerda exclusivamente a las víctimas comprendidas entre los años 1976-1983. En conclusión, la memoria que se construye está anclada en la literalidad de lo que allí pasó. Es interesante observar que mientras los trabajos del sitio del D2 no son “cooptados” por la propaganda oficial, La Perla fue motivo de spots publicitarios tanto del gobierno nacional como provincial. Otra característica singular es que quienes trabajan en La Perla provienen en el 80% de la militancia de organismos de derechos humanos, mientras en el sitio del D2 la proporción es de 50%. Esta variedad en la conformación de quienes piensan y producen significado en ambos lugares se refleja en el tipo de propuesta en juego, así como en los relatos contruidos en los sitios.

No podemos en este texto avanzar demasiado en la comparación con el sitio Campo de la Rivera, ya que todavía no se encuentra abierto al público, sin embargo, se puede decir que este territorio de memoria desde su inicio fue un lugar de conflicto, un lugar olvidado por el Estado y que carga con un cierto estigma por estar localizado en un espacio urbano marginal, al fin de cuentas allí “están los pobres”, los “narcos”, los “punteros políticos”. Sin dudas, es el espacio que genera mayores desafíos en relación a qué hacer con ese lugar y sobre todo, cómo y desde qué lugar hablar, discutir, proponer proyectos en relación a los “derechos humanos” en un contexto donde no están cubiertas las necesidades básicas de la mayoría de

la población de los alrededores del sitio de memoria. Sólo a modo de ejemplo, dos días después que la escuela se mudó del lugar, algunos vecinos invadieron el edificio y se robaron buena parte de lo que estaba disponible⁹.

A modo de cierre

Las marcas públicas de la memoria, sea en una baldosa o en un museo, recuerdan a la comunidad imaginada de la Nación, que esas desapariciones fueron posibles dentro de sus fronteras. Interpelan, por lo menos a aquellos que los visitan, sobre la posibilidad de que esta experiencia puede volver a repetirse, aunque metamorfoseada. Tienen además, por lo menos la intencionalidad de concretar sus acciones en cuatro esferas de la memoria: 1- Imprimiendo la idea de un patrimonio que es de todos: valorizando y abriendo al público los lugares en los cuales el pasado reciente de violencia política dejó sus huellas. 2- Ejercitando una vigilancia conmemorativa. No hay lugares de memoria activos, sin conmemoración. Para salvar a la memoria del olvido hay que recordar regularmente los eventos que son eficaces simbólicamente. Ceremonias anuales como el 24 de marzo, o las del 29 de mayo en Córdoba, por el cordobazo. 3- Investigar para conocer, denunciar, aportar a la justicia. Todos los sitios tienen como misión la investigación sobre los crímenes de lesa humanidad. Entre otras cuestiones, se los crea, junto a los archivos provinciales de la memoria para que “aporten datos a los juicios”. 4- Finalmente, la acción pedagógica. Ningún espacio de memoria es imaginable sin el deber de la transmisión. Poder transmitir, fundamentalmente a las generaciones nacidas posteriormente a los eventos que se recuerdan, es un mandato obligatorio. Las formas de hacerlo son múltiples, desde exposiciones a acciones que impliquen la participación activa de docentes y alumnos, etc. Estos elementos están presentes en las proposiciones y en las prácticas de la mayoría de los objetivos y en las leyes de creación de estos sitios de memoria. Lo interesante es la variación de respuestas que se dan en cada caso particular, como intenté mostrar.

Así, los CCD, hoy convertidos en sitios de memoria, revelan lo que todos “no vieron”, haya sido así o no, no importa. Se transforman también en una búsqueda constante del mantenimiento del lazo social que une a los muertos (desaparecidos y asesinados) con los que están vivos y pretenden evocar continuamente la pregunta “¿cómo fue posible?”. Sin embargo, me gustaría volver al título de este primer esbozo de etnografía, para decir que estos lugares de memoria, junto a las políticas de las cuales nacieron, también revelan el lado más complejo de la memoria: el de su manipulación, el de la imposición de unas voces sobre otras (la sangre por sobre la alianza, la amistad, etc.), el de la monopolización de las palabras memoria y derechos humanos para referirse sólo al pasado reciente, en fin, de las inevitables relaciones de poder, que implica la imposición de memoria en el espacio público.

9 El mismo proceso de “desmantelamiento” de los lugares se dio en la D2, siendo que la policía que ocupaba el lugar lo dejó literalmente destruido llevándose inodoros, redes de cables, pisos, ventanas, etc. De la misma forma el Ejército Argentino, “dueño” de La Perla la desmanteló antes de irse del lugar.

Bibliografía

Da Silva Catela, Ludmila, "Violencia política y dictadura en Argentina: de memorias dominantes, subterráneas y de-negadas". En *Dictadura e Democracia na America Latina*. Fico et all (Org.). Rio de Janeiro: Editora FGV, 2008.

Da Silva Catela, Ludmila, *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*. La Plata: Al Margen Editorial, 2001.

Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI España y Argentina Editores, 2002.

Pollak, Michael, *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen Editora, 2006.

Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*. Buenos Aires: Ediciones Paidós Asterisco, 2000.

Lugares de memoria de las violaciones a los derechos humanos: más allá de sus límites

Loreto López G. *

Desde que se iniciara el proceso de transición a la democracia tras diecisiete años de dictadura, en Chile, como en otros países del Cono Sur que vivieron experiencias de terrorismo de Estado, se ha desplegado un trabajo de memoria en torno a lugares considerados significativos para las experiencias de violaciones a los derechos humanos. En el caso chileno, este trabajo ha estado liderado principalmente por la sociedad civil, que ha tensionado la intervención del Estado más allá de las políticas de reparación desde un punto de vista simbólico, recomendadas por los informes de verdad.

La paulatina formación de un calendario conmemorativo vinculado al pasado represivo, compuesto por fechas consideradas como emblemáticas por ciertos sectores de la sociedad, la marcación de lugares en el intento por territorializar la memoria, los usos de esas fechas y lugares a través de performances o teatralidades que organizan y emiten un discurso sobre el pasado, así como la proliferación de páginas webs y blogs, publicaciones y reportajes, dedicados a testimoniar, denunciar, convocar o combatir posiciones, han dado origen a un *espacio público de la memoria*, en el cual el pasado se manifiesta como un tiempo presente.

En este contexto, se ha trascendido a la memoria como *forma de resistencia* frente al carácter clandestino que adoptó la acción represiva durante la dictadura, como *reclamo por la verdad* sobre el destino de las víctimas y la información sobre los crímenes, y como *demanda de justicia* que apunta a que los delitos cometidos por el Estado no queden impunes (Vezzetti, 2006), sino que se ha avanzado hacia acciones destinadas a favorecer criterios y valores específicos para la representación del pasado en el espacio público del presente ante la sociedad chilena en su conjunto.

De esta manera, al ir más allá de la denuncia, se plantean nuevos desafíos para las memorias de las violaciones a los derechos humanos.

* Antropóloga Universidad de Chile.

Para el caso de los lugares de memoria¹, la acción de recuperación de ex centros de detención, tortura y desaparición de la dictadura (ex CDT), ha debido incluso buscar alternativas que logren desmarcar esta acción de las medidas de reparación simbólica que ha caracterizado a la erección de memoriales, por cuanto no sólo se pretende constituir espacios dedicados al homenaje y recuerdo de las víctimas, sino que lugares que propongan una serie de otros usos y significados.

Si bien a la fecha existe conocimiento de diversos recintos que operaron como centros de detención, secretos o no², y a algunos de ellos se tiene acceso público, el único lugar que en Chile ha desarrollado una gestión dirigida a transmitir la memoria por la vía de acciones deliberadas de atención de visitantes junto a una serie de



Sala de la Memoria, Parque por la Paz Villa Grimaldi

- 1 De acuerdo a la definición propuesta por Pierre Nora, los lugares de memoria se refieren a un conjunto amplio y diverso de marcas y registros en los cuales la memoria se establece o “deposita” a través de un referente delimitado en el tiempo y el espacio, lo que Ricoeur (2004) llamó “objetos simbólicos de la memoria”. Desde el punto de vista topográfico, los lugares constituyen “marcas” en el espacio (y también en el tiempo), al asociarse a acontecimientos significativos para una memoria, confluyendo en ellos dimensiones material, simbólica y funcional.
- 2 Según los informes de verdad, la red de recintos de detención llegó a contar con 1.156 establecimientos distribuidos a lo largo y ancho del país. Según el Informe sobre Prisión Política y Tortura, la distribución nacional de recintos de detención habría sido la siguiente: I región, 49, II región, 44; III región, 31; IV región, 39, V región, 124; VI región, 60; VII región, 96; VIII región, 156; XI región, 85; X región, 138; XI región, 21; XII región, 42, Región Metropolitana, 271. *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*. Chile: Ed. Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2004, pp. 306-545.

otro tipo de actividades, ha sido el Parque por la Paz Villa Grimaldi, emplazado en el lugar de funcionamiento del Cuartel Terranova, más conocido como “Villa Grimaldi”, ex CDT a cargo de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) durante los primeros años de la dictadura.

Villa Grimaldi es emblemático no únicamente por las características y dimensiones de la actividad represiva que allí se desarrolló³, sino porque fue el primer ex CDT recuperado tras la dictadura, muy tempranamente, y porque en su caso se puede apreciar la trayectoria de diversas memorias interviniendo en un mismo espacio. A su vez, ha sido precursor de otras acciones de recuperación y de un modo de actuar por parte del Estado que ha evitado establecer un procedimiento generalizado para enfrentar la emergencia de este tipo de marcaciones públicas.

Como otros centros, Villa Grimaldi era una propiedad particular antes del Golpe que pasó luego a manos de la DINA, posteriormente a la Central Nacional de Informaciones (CNI), luego al Servicio de Vivienda y finalmente a una empresa constructora de propiedad del último director de la CNI que, tras arrasar con el sitio, proyectaba edificar un conjunto habitacional. Sin embargo, gracias al movimiento ciudadano empujado por la otrora Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Reina y Peñalolén, compuesto por pobladores, iglesias y organizaciones de base de esas comunas, así como familiares de las personas detenidas desaparecidas y ejecutadas, sobrevivientes, organizaciones de derechos humanos, personalidades del mundo de la cultura y la política, coordinado con instituciones del Estado, fue posible recuperar el sitio en los primeros años de la democracia, rescatándolo de su desaparición final y definitiva.

En este caso se contó con el apoyo del Estado quien, a través del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, expropió el sitio que hoy es de propiedad pública, y permitió que el año 1994 las puertas del ex centro de detención fueran abiertas a la ciudadanía, el que posteriormente fue transformado en el Parque por la Paz Villa Grimaldi, inaugurado y abierto a la comunidad el año 1997⁴.

A la distancia, pareciera que el proceso de visibilización y recuperación hubiese fluido con facilidad, sin embargo por la resistencia que hasta el día de hoy ha manifestado el Estado por emprender acciones coordinadas en relación con los ex CDT, es evidente que hacia principios de la década de los noventa la recuperación de Villa Grimaldi se constituyó en una acción civil y colectiva de gran envergadura que debió desplegar múltiples y variados esfuerzos en diversos frentes, a contrapelo de un discurso oficial que llamaba a “resolver el problema” de derechos humanos a través de la reconciliación.

3 Se calcula que más de cuatro mil prisioneros y prisioneras habrían pasado por el lugar, y existe información de la desaparición y ejecución de 229 personas.

4 Al momento de la recuperación la mayor parte de las instalaciones originales del centro de detención no existían, pues habían sido deliberadamente arrasadas, de manera que las alternativas de intervención espacial consideraban o bien la reconstrucción exacta del lugar, o bien una reinterpretación espacial, como finalmente se hizo, lo que ha significado debates en torno a las formas de representación de la memoria y la experiencia del lugar.

Tal como ocurrió con la casa de José Domingo Cañas, ex Cuartel Ollagüe, en Villa Grimaldi se vivió un clímax a raíz de la inminente destrucción del lugar, lo que sin embargo no impidió la continuación de las demandas por su recuperación y apertura.

La condición de arrasamiento del sitio, que lo diferencia de otros casos como el de Londres 38 y Nido 20⁵, abrió el espacio para reflexionar tempranamente acerca de la forma en cómo se realizaría la marcación del lugar en ausencia de las edificaciones originales. Esta es sin duda una de las características más sobresalientes del proceso de reaparición de Villa Grimaldi, puesto que lo que apareció ante los ojos del público el año 1994 y luego en 1997, nada parecía tener que ver con el ex CDT.

La acción de recuperación del ex CDT puede ser entendida no únicamente como la empresa que evitó la pérdida de uno de los recintos represivos más importantes de la dictadura, sino como la necesidad de un escenario público y común⁶, manifiesto en una dimensión topográfica, para las memorias de las violaciones a los derechos humanos que permita a su vez la transmisión del pasado y la aproximación de diversas experiencias ajenas a lo específicamente ocurrido en dicho emplazamiento.

Cuando se produjo la apertura de Villa Grimaldi en 1994, muchas de las personas que habían pasado por ahí, y que por lo tanto disponían de una memoria del “adentro” del sitio, encontraron el lugar irreconocible. Por su parte, quienes habían elaborado una memoria a partir de los extramuros, parecían tener una visión menos clara y específica de aquel interior, pero más precisa en relación con las consecuencias que para la comunidad local había tenido la presencia de un lugar siniestro en el sector.

La convivencia entre estas experiencias del pasado, fue determinando la configuración de lo que hoy se conoce como el Parque por la Paz Villa Grimaldi, y que plantea interrogantes acerca del alcance y resonancia de las memorias que han significado el sitio como lugar de memoria.

5 Previo al Golpe, Londres 38 había sido la sede del Partido Socialista, afectada luego por los decretos de confiscación de bienes de partidos, sindicatos u otras dependencias asociadas a instituciones civiles adheridas o que apoyaban a la Unidad Popular, se convirtió en un centro de detención, el que luego de cesar sus actividades represivas fue traspasado al Instituto O'Higiniano durante la dictadura. Durante los primeros años de democracia el Partido Socialista tuvo la oportunidad de recuperar el inmueble gracias a la Ley de 19.568 de Restitución o indemnización por bienes confiscados por el Estado, sin embargo prefirió una indemnización económica, a raíz de lo cual ante la posterior demanda de recuperación del lugar emprendida por colectivos de familiares, amigos y sobrevivientes del aquel ex CDT, el Estado debió comprar la propiedad al Instituto, permitiendo el acceso a un sitio que se había conservado con mínimas alteraciones en el tránsito de sede de partido a centro de detención y posterior dependencia del Instituto O'Higiniano.

6 En este sentido, los lugares actúan como nudos convocantes o referentes que permiten encuadrar la memoria, y dotarla a la vez de una narrativa contenida en la propia vivencia del lugar. Lo que Pollack denomina *encuadramiento de la memoria*, y que da origen a una *memoria encuadrada*, se refiere a un “trabajo de control de la imagen” que “implica una oposición fuerte entre lo ‘subjetivo’ y lo ‘objetivo’, entre la reconstrucción de hechos y las reacciones y sentimientos personales.” Pollack, M., *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al margen Pollack, 2006, pp. 26-27.

En un principio, prevaleció una perspectiva que intentó vincularse con un uso ejemplar de la memoria a través de la transformación “de un lugar de muerte en un lugar de vida”, pasar de una situación de violencia a una situación de paz⁷. A la vez, disponer de un mensaje lo suficientemente universal como para permitir la identificación de sectores que no habían vivido en carne propia la experiencia de la tortura o la desaparición, consideradas más restrictivas o “menos convocantes”.

Es así que la organización general del Parque responde a una propuesta simbólica que en su traducción concreta, no rescató literalmente las experiencias vividas por las personas que permanecieron detenidas en el ex CDT.

Esta visión, que prevaleció durante los primeros años de apertura del Parque, fue siendo intervenida paulatinamente tanto a través de superposiciones de nuevos elementos como de performances vinculadas principalmente con la identidad trágica del sitio, que reclamaban la visibilidad de señales que identificaran explícitamente al lugar con aquel pasado siniestro, representado por las violaciones a los derechos humanos perpetradas en él.

De esta manera, a lo largo de los años se fue agregando una serie de nuevas materialidades referidas específicamente a la experiencia vivida “dentro” del ex CDT, tales como:

- Marcaciones de sectores a nivel de suelo, obligando al visitante a bajar la vista, tal como ocurría con los prisioneros que al estar vendados sólo podían entrever hacia sus pies.
- Maqueta del ex centro de detención.
- Reconstrucción de la Torre de agua desde donde desaparecieron parte de los prisioneros del lugar y modelo de celda de detención.
- Muro de los nombres, que al estilo de los memoriales financiados por el Estado en el marco de las acciones de reparación, indica el nombre de los detenidos desaparecidos y ejecutados en el lugar.
- Monumento Rieles de la Bahía de Quintero: recinto cúbico que conserva y exhibe los rieles encontrados gracias a la investigación judicial del Juez Juan Guzmán, en la Bahía de Quintero, atribuidos a restos de rieles de tren a los que fueron atados cuerpos de detenidos para ser arrojados al mar.
- Recuperación de restos de escalinatas de la antigua casona de Villa Grimaldi
- Recuperación de uno de los antiguos accesos del ex centro de detención (acceso oriente).

7 “El acontecimiento recuperado puede ser leído de manera literal o ejemplar. (...) ese suceso, es preservado en su literalidad (lo que no significa) su verdad, permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo. (...) O bien, sin negar la propia singularidad del suceso, decido utilizarlo, una vez recuperado, como manifestación entre otras de una categoría más general, y me sirvo de él como de un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes.” Todorov, Tzevan, Los abusos de la memoria. Barcelona: Editorial Paidós, 2000, pp.30-31.



*Reconstrucción de la celda en el Patio de los abedules.
Parque por la Paz Villa Grimaldi*

A estas intervenciones se unen otras relacionadas con la vivencia de familiares de víctimas, como la Sala de la memoria, que recuerda a detenidos desaparecidos o ejecutados del lugar, en la identidad que portaban previo a ser victimizados.

Por otra parte, al constituirse en un espacio de acceso público y con condiciones de infraestructura y equipamiento que permiten el desarrollo de diversas actividades conmemorativas y culturales, el Parque se abre a usos que van desde el duelo hasta la denuncia y posicionamiento de otro tipo de temáticas vinculadas con los derechos humanos, aunque prevalecen las actividades enmarcadas en las memorias de las violaciones a los derechos humanos ocurridas entre 1973 y 1990.

Si bien actualmente los recorridos al Parque guiados por sobrevivientes, familiares u otros actores con conocimiento de su historia y hechos, han intentado aunar las diversas intervenciones, la narrativa del lugar está circunscrita fundamental o exclusivamente, a lo ocurrido al interior del sitio, convirtiendo a quienes no vivieron las experiencias narradas en meros espectadores de una tragedia que no comparten.

Sin duda que aquella narrativa cumple con una función ilustrativa respecto del pasado, no obstante en la medida que se reitera sistemática y compulsivamente, parece distanciarse cada vez más de los amplios sectores de la sociedad que no tienen a la tortura, la muerte y la desaparición como experiencias centrales de sus memorias del pasado represivo. Se trata de una memoria "banal", en palabras de

Lechner, aquella que “en ausencia de sangre visible, no deja reflexionar sus daños” haciendo “de las personas una especie de espectadoras del naufragio ajeno”⁸.

Ahora bien, estos reparos tienen que ver con la función de los lugares de las memorias de las violaciones a los derechos humanos en el espacio público de las memorias en el contexto actual, interrogante que subyace a la vocación política de estos lugares y sus emprendedores.

Al respecto, puede decirse que el reordenamiento actual de este espacio ha ido expulsando poco a poco la urgencia de la denuncia o la demanda de reconocimiento público de los hechos negados durante la dictadura, para plantear nuevos desafíos a estos sitios, con el fin de evitar su osificación como vestigios de un pasado que ya se ha dejado atrás.

La declaración del Parque por la Paz Villa Grimaldi como Monumento Nacional el año 2004, y la visita oficial de la presidenta Michelle Bachelet el año 2006, han garantizado públicamente su reconocimiento como patrimonio nacional, sin embargo en un contexto donde las señales del pasado represivo son tratadas como hechos aislados de una política que no se reconoce abiertamente como terrorismo de Estado en su alcance y generalización, lugares como los ex CDT recuperados pueden aislarse de la sociedad desconociendo una parte fundamental de su identidad como centros de detención, cual era aterrorizar a la población más allá de la violencia ejercida contra los directamente afectados o las víctimas reconocidas por los informes de verdad.

La recomposición de una relación entre el “adentro” del centro y el “afuera” de él, tomando como base la experiencia del pasado, o el rol de estos lugares en el terrorismo de Estado, permitirían replantear su función al interior de la sociedad actual, y más aún abrir espacios para experiencias del terror que no se agotan en acontecimientos donde se transita por el límite entre la vida y la muerte.

La precisión histórica del sitio, que en la actualidad descansa en la literalidad de los testimonios de los sobrevivientes, puede ser administrada según los desafíos que los emprendedores decidan enfrentar con el fin de buscar puentes comunicantes con memorias banales, por ejemplo, pero también desde lecturas actuales del pasado. En este orden, adquiere relevancia pensar en la memoria como una acción del presente sobre el pasado, atendiendo a los denominados *marcos sociales de la memoria* propuestos por Halbwachs⁹, los que no sólo sirven para organizar o significar el recuerdo, sino que permiten actualizar visiones del pasado en función de los valores del presente.

A su vez, este carácter “activo” de la memoria permitiría poner en perspectiva a los lugares de memoria con una finalidad de resonancia cultural más sustantiva,

8 Lechner, N., *Las sombras del mañana: La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: Editorial LOM, 2002, pag. 72.

9 “Si bien lo que vemos hoy se sitúa en el contexto de nuestros recuerdos antiguos, estos recuerdos se adaptan, sin embargo, al conjunto de nuestras percepciones actuales. Todo sucede como si confrontásemos diversos testimonios. Como en lo básico concuerdan, aun con algunas divergencias, podemos reconstruir un conjunto de recuerdos con el fin de reconocerlo.” Halbwachs, M., *La memoria colectiva*. España: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pag. 25.

abandonando la pugna con las memorias antagónicas que desconocen el pasado que intenta divulgar, situación que ha persistido en parte importante de las memorias felices de la dictadura que reiteran sintomáticamente los principios e interpretaciones que fueron planteadas durante la década de los setenta y repetidas hasta el cansancio durante los últimos treinta años¹⁰.



*Reconstrucción de la antigua torre de agua,
Parque por la Paz Villa Grimaldi*

10 La vivencia del período de la Unidad Popular como una catástrofe nacional, los supuestos planes golpistas del propio gobierno de la UP, la condición inhumana de sus adherentes, y una serie de lecturas que están claramente detalladas en el Libro Blanco del Cambio de Gobierno y recuperadas en sitios webs como Despierta Chile, entre otros.

Es evidente que en los ex CDT se vivieron las experiencias límite más representativas de la dictadura en su política de terrorismo de Estado, sin embargo, al pensar en aquellos lugares como eslabones de una cadena más amplia de acciones de aterrizamiento social, sería posible intentar reconstruir una experiencia colectiva de un pasado que hasta hoy parece estar restringido al cuerpo de víctimas garantizadas por las acciones oficiales de reconocimiento emprendidas por el Estado y por el propio habitus de los sectores que sufrieron aquellas experiencias límite.

Para el caso de Villa Grimaldi, significaría en parte rescatar la memoria reciente de la movilización ciudadana que la salvó de la desaparición definitiva, reconociendo y legitimando las memorias construidas fuera de los muros del ex CDT pero en torno a la acción que transcurría en su interior de manera ejemplar. Este paso permitiría comprender luego, cómo incorporar otras experiencias vinculadas con el terrorismo de Estado en diversas formas e intensidades, intentando poner en práctica un trabajo de memoria de mayor alcance y significado para el propio lugar, donde no sólo se apele a la garantía oficial del sitio a través de una declaratoria de Monumento Nacional, sino que a través de él puedan convocarse.

Bibliografía

Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*. Chile: Ed. Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2004. Disponible en <http://www.gobiernodechile.cl/comision%5Fvalech/>

Halbwachs, M., *La memoria colectiva*. España: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

Lechner, N., *Las sombras del mañana: La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: Editorial LOM, 2002.

Pollack, M., *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al margen, 2006.

Ricoeur, P., *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2004.

Todorov, T., *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Editorial Paidós, 2000.

Vezzetti, H., *Pasado y presente: Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI., 2003.

**Capítulo II:
Literatura y Memoria(s).
Las huellas del terrorismo de Estado
en la literatura del Cono Sur**

Entre la ira y el arte del olvido:

Testimonio e imagen poética

Alicia Genovese *

En una experiencia reciente tuve la oportunidad de incluir el género testimonio como parte de un programa de literatura para gente joven; universitarios que se encontraban, por su edad y por sus lugares de origen, lejos de las realidades que aparecían documentadas. Se analizaron testimonios de presas políticas en la Argentina, así como testimonios de algunas víctimas y familiares de víctimas de los crímenes de mujeres en Ciudad Juárez. La recepción, en los mejores casos, era políticamente correcta, sin que esto generase demasiado compromiso emocional. En general, la respuesta podía resumirse en un enunciado tipo: eso les pasa a otros en un estado de excepción. Frente a la recepción pasiva que producía la lectura reiterada de detenciones injustificadas, de tortura y condiciones indignas de encierro carcelario, en el caso de las presas políticas, el desplazamiento de aquella actitud pudo producirse con la lectura de los momentos de esparcimiento, cuando las presas organizaban torneos de vóley, en ocasión de producirse un casamiento dentro de la cárcel con una serie de permisos especiales, pero donde hubo fiesta, festejo a pesar de las condiciones de excepción. Lo mismo en el caso de las mujeres de Juárez, el testimonio de una madre que recordaba la infancia de su hija, aquello que le gustaba hacer, los juguetes con los que le gustaba jugar, aquello que resumía una anécdota doméstica, era capaz de conmover a través de la identificación y recuperar **por omisión** la memoria del horror.

En esos momentos, percibí una recepción más comprometida con lo que estaban leyendo, que esas chicas y chicos con otra realidad podían cruzar la frontera de sus actualidades para dimensionar la historia. Justamente, cuando los testimonios dejaban de serlo, cuando se descargaban de la obligación de presentar los hechos directamente vinculados a la tortura o el encierro, cuando sus protagonistas dejaban

* Alicia Genovese. Departamento de Literatura, Universidad Kennedy, Buenos Aires, Argentina.

de ser víctimas o al menos se descargaban de ese pesado lastre. Los testimonios, en esos momentos, hablaban más del reacomodamiento subjetivo, de la reconstrucción vital producida después del horror, de los recursos humanos desconocidos que aparecen en momentos límite, de la imposibilidad del aniquilamiento absoluto, de la pelea para no ser un nuevo cautivo, ya no del horror sino de su imagen.

En un sentido amplio, esas imágenes, surgidas dentro de las secuencias narrativas de un testimonio, podrían considerarse similares a las que elabora la poesía. Lo son en el sentido en que la imagen poética busca decir a través de lo oblicuo y lo indirecto. Decía la poeta norteamericana Emily Dickinson: "Tell all the truth but tell it slant" (Di toda la verdad pero dila al sesgo, oblicuamente). Como si la anécdota de una niña permitiese ver, en su sombra, lo monstruoso. Como si mirar de costado la muerte o la sordidez de la prisión, posibilitase ver un reservorio vital, pocas veces percibido. Una apertura del deseo hacia una nueva deriva de la subjetividad, su línea caótica hacia el futuro y su afirmación del futuro.

La imagen poética busca muchas veces poner en relación la percepción inmediata con otras series de percepciones, como un volver a mirar y empujar la mirada hacia otro sitio, así se puede cargar con otras significaciones, en otras aguas y otros objetos. La poesía es también reflexión, en el sentido etimológico de *reflexio*¹, cambio de dirección. Esto hace de la imagen poética una imagen abierta, con muchas estratificaciones de sentido. A veces, la excesiva literalidad del testimonio puede producir una reacción de rechazo que lleva a obviarlo, más allá de que constituya un necesario material de archivo. La memoria, decía Bergson, "no es una facultad de clasificar los recuerdos en un cajón o de inscribirlos en un registro", no es el amontonamiento del pasado. Así enmarcaba la idea de memoria como duración: "La duración es el progreso continuo del pasado que corroe el porvenir y que se hincha al avanzar"².

Conservo en mi memoria muchas imágenes de la producción poética de los ochenta que decían el horror desde otro lugar: una mujer haciendo las tareas domésticas, cuidando a sus hijos dentro de la casa y la persiana baja, todo a oscuras. Otra, la de un pájaro llevando uno o dos pichones en el pico después de atacar un nido. Los chillidos de otro pájaro puestos en relación asociativa con las "Madres" locas de Plaza de Mayo. Otra, la de un hombre a la mañana frente al espejo y mirando su cabeza que ha sido apaleada por todas las ideologías, en ese presente, final; una imagen reiterada como una letanía en un poema que describe muchas cosas y vuelve a decir una y otra vez hay cadáveres. Otra: un hombre en el exilio que ya ha decidido volver recibe una carta de su madre poco después de enterarse de su muerte. A partir de allí toda una serie de interrogantes sobre qué significa ser hijo lejos del cuerpo materno. Una mujer que piensa en su exilio desde los cambios de

1 **Reflexión** (s. XVI) tomado del latín tardío *reflexio* "cambio de dirección", también "volverse sobre sí, meditación". Baumgartner, Emmanuèle et Philippe Ménard, *Dictionnaire Etymologique et Historique de la Langue Française*. Paris: Libraire Général Française, 1996.

2 Bergson, Henri, *Memoria y vida. Textos escogidos por Gilles Deleuze*. Madrid: Alianza, 2004. p. 55.

tren en las fronteras europeas. De la poesía de los noventa, conservo la imagen de un padre que transmite a su hijo en medio de una mudanza la costumbre militar de rodear todo lo crece con alambres. Pero la lengua poética, dado los muchos factores que pone a funcionar (tono, léxico, dicción, sintaxis, etc.) exige, al menos fragmentariamente, la cita textual.

recibí tu carta 20 días después de tu muerte y
cinco minutos después de saber que habías muerto
(...)
debo haber sido muy feliz adentro
tuyo/ habré querido no salir nunca de vos/ me
expulsaste y yo lo expulsado te expulsó/
¿esos son los fantasmas que me persigo hoy
mismo/ a mi edad ya/ como cuando nadaba en tu
agua?/ ¿de ahí me viene esta ceguera, la lentitud
con que me entero, como si no quisiera, como si
lo importante siga siendo la oscuridad que me
abajó tu vientre o casa?/ ¿la tiniebla de
grande suavidad?/ ¿donde el lejano brillo no castiga con
mundo piedra ni dolor? ... (Juan Gelman 9)

...
y mientras pasaban
sirenas y disparos, ruido seco
yo estuve lavando ropa,
acunando,
cantaba
y la persiana a oscuras. (Irene Gruss 17)

...
la casa era de una familia de militares
que la habían habitado antes.
dentro de la maceta entre la tierra pusieron alambres
las flores crecieron así
los militares ponen alambres en todo lo que crece (Martín Rodríguez 19)

...
Cruza un aguilucho
con lento vuelo preciso. Lleva el coro
demente de la madre, y un pichón,
o dos, en el pico. (Diana Bellessi, "Cacería" 39)

Bajo las matas
En los pajonales
Sobre los puentes
En los canales
Hay Cadáveres

En la trilla de un tren que nunca se detiene
En la estrella de un barco que naufraga
En una olilla, que se desvanece
En los muelles los apeaderos los trampolines los malecones
Hay Cadáveres (Néstor Perlongher 51)

Barcelona-Lyon

a mi edad la gente encuentra finalmente
una casa fija y un lugar claro en su generación
habla de amigos y bares muertos y de ex maridos
y no de visitas a amigas dispersas por el mundo
de la misma explicación con el mismo hombre
a esta edad se debe llegar a un país a un partido
y no a estos viajes
en trenes nocturnos con cambios en la frontera (Juana Bignozzi 36)

Cabeza final

Modelada por la época,
apaleada por todas las ideologías,
no conoció la alegría de lo posible.
Sin música, inestable
como un comediante fracasado
esta cabeza calva toca a su fin.
En el melodrama matinal del baño (Joaquín Giannuzzi 68)

Estas son algunas de las imágenes poéticas que podrían elegirse para hablar de una época. También elegiría los títulos de algunos de los libros donde están incluidas: *Alambres*, *Tributo del mudo*, *El mundo incompleto*. Hay en su concentración algo de la fuerza emocional no dicha que atravesó una época y que es recuperada en el presente de los poemas.

Frente a la reacción visceral que generan ciertos hechos de extrema violencia, la primera respuesta verbal es el desborde del grito, la ira, la furia y también su contraparte: la impotencia, el enmudecimiento, el silencio. La inscripción de esos hechos en su camino hacia la reflexión y el pensamiento se produce de muchas maneras. Dar cuenta de ellos a través del testimonio, de la historia vivida, aportar el dato particular, el informe detallado de los sucesos constituye la materia prima insustituible para crear de un modo amplio justicia: ya sea condena jurídica, como

reconocimiento y apoyo personal a los que sufren. Así cumplió su objetivo el *Nunca más*, en Argentina, por ejemplo, así lo siguen cumpliendo publicaciones como los Testimonios de presas políticas durante la última dictadura editados no hace tanto tiempo, en el 2006³, por sólo hacer dos menciones.

El testimonio, el diario íntimo, la carta son géneros que cumplen con el objetivo de dar fe, atestiguar, confirmar lo sucedido, narrar a veces una historia a la que, desde otros discursos, se la despoja o se le retacea su estatuto de verdad. Pero alejados esos hechos de su inmediatez, reconocidos social o políticamente, leídos con su letra y su firma, los testimonios pueden pasar a ser parte de la quietud del inventario y el archivo. Pueden resultar, a veces, sólo el amontonamiento inerte de sucesos, una isla de lo monstruoso que nadie quiere visitar. Aunque hayan cumplido y sigan cumpliendo su objetivo también resultan en su acotamiento comunicativo insuficientes para crear memoria. Giorgio Agamben considera, a partir de Auschwitz, que los testimonios de los sobrevivientes presentan una aporía, siempre hay una laguna, algo que no puede ser testimoniado y que necesita ser escuchado en lo no dicho. Como si el horror no pudiese ser testimoniado ni desde dentro por el propio testigo, ni tampoco desde fuera por el *outsider*. A pesar de la literalidad y la presencia corporal del testigo persiste en los testimonios, según Agamben, lo no dicho.

Hay un desafío que implica crear memoria entre la ira y el olvido, como puntos extremos. Entre la ira o la furia con su escasa capacidad de verbalización, como reacción directa o violencia primaria frente a los hechos y entre el silencio como laguna, como amnesia, como sobreadaptación que conduce, proyectada en un futuro, al olvido liso y llano. Los testimonios, al mismo tiempo que propician la difusión y visibilidad de los hechos, la utilidad de la prueba, crean, por otro lado, un límite de difícil desprendimiento angustioso y degradante. La construcción de una memoria desprendida de la inmediatez, una memoria ligada, pero también autonomizada de su archivo de dolor, de su pantano de sufrimiento como identidad fija, precisa imágenes más complejas que la del registro minucioso. No las imágenes puras que sólo pueden quedar adheridas a la contemplación del pasado con su fecha y su hora, sino imágenes selectivas, impuras pero que puedan alojar el pasado con sus brillos y necesarias oscuridades en la materialidad del presente. Que la memoria no convierta la escena del presente en simple sobrevida o mero espacio de supervivencia, sino en un espacio abierto irradiado por el pasado hacia su proyección. Un espacio dúctil y plástico capaz de transformarse, capaz de alojar la ausencia, capaz de interrogar lo no dicho y seguir interrogándolo en el tiempo.

Después de la violencia política vivida particularmente en los países del Cono Sur, las inscripciones literarias hacen su propio camino. En la ficción novelesca como en las imágenes que la poesía elabora, el lazo se ata y se desata de lo testimonial. Las imágenes con las que trabaja la poesía captadas a través de su materialidad lingüística,

3 *Nosotras, presas políticas (1974-1983)*. Buenos Aires: Nuestra América, 2006.

modeladas con las palabras, transformadas a través de su sintaxis, a través de los tonos graves o leves que les imprime a la lengua la subjetividad de quien escribe, transforman lo dicho. La poesía, desde siempre, ha construido imágenes saturadas de sentido, que operan evocaciones y recuperaciones. El romanticismo inglés del siglo XIX estuvo muy atento a la relación entre la perturbación inmediata que producen ciertos hechos y la posibilidad de escribirlos y constituir el poema. Atento a la reacción emocional que provoca lo otro, a su excepcionalidad y a la posibilidad de verbalizar esa vivencia. Wordsworth, uno de esos poetas, recomendaba escribir en un segundo momento de la emoción, en el momento en que esa emoción podía ser evocada. En el prefacio de sus *Lirical Ballads* dice que la poesía es la recolección en calma de sentimientos poderosos. Wordsworth definía de esta manera un aspecto importante de la imagen poética, específicamente de la poesía lírica, el trabajo con la distancia y con la proximidad. Nombrar es establecer distancia, mediatizar, pero también mantener cercanía alojando esa emoción que continúa. La mayor o menor cercanía del objeto deseado en la poesía amorosa, la aceptación de la muerte y la pérdida en la elegía, la visión de una realidad que provoca una reacción visceral intensa en la poesía más objetiva, forman parte de los trabajos diurnos y nocturnos con los que se enfrenta la escritura de poesía. Mnemosine, para los griegos la encarnación de la memoria, es la madre de las musas; con este origen materno pareciera haberse impreso en la poesía desde su nacimiento el poder de evocar. No sólo en los cantos épicos, sino también en la lírica. Como si todo aquello que es parte de la percepción directa en la creación literaria ya estuviese marcado por cierta distancia y cierta evocación.

Hay otra imagen de la mitología clásica, que ha tenido infinitas versiones literarias y ha hablado y seguirá hablando del olvido y la memoria justamente por ese poder de proyección hacia adelante que tiene la imagen poética, un mito es también en un sentido amplio, una imagen poética. Esa imagen es el Leteo o río del olvido. De las aguas del Leteo beben las almas para olvidar lo vivido en su vida pasada, para purificarse y reencarnar hacia otra vida. El mito de raíz platónica hace del Leteo el río de los muertos, es atravesado por Caronte en su barca cargada de cuerpos (ya sin peso) llevándolos hacia la otra orilla. La creencia es retomada por Virgilio en *La Eneida*, también por Dante en *La divina comedia*, y es la que reaparece en un famoso poema de Francisco de Quevedo en el siglo XVII. Quevedo retomaba la idea de cruzar el Leteo y en ese poema la pasión amorosa no perece en sus aguas, el amor es percibido como la posibilidad de lo eterno, como duración, como vencedor del olvido.

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no de esotra parte en la ribera
dexará la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dexarán, no su cuidado;
serán ceniza, pero tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Estas eran las conversaciones con la muerte que mantenía un poeta como Quevedo. Es este un poema de amor que se mira en la proyección de la muerte, o es un poema sobre la muerte que sólo puede mirarse desde la mayor experiencia vital, el eros.

El olvido puede ser traducido en términos de procedimientos literarios como omisión o como elisión que necesariamente construyen de manera selectiva una imagen y en este sentido hay un arte del olvido que es un arte de la omisión. Hasta el realismo más literal trabaja con ellos, la imagen fotográfica del realismo también recorta la mirada o enfoca un detalle. La memoria, en términos literarios, con su amplia capacidad de recuperación sensorial de una realidad puede traducir y, hasta cierto punto construir, hechos y realidades muy sutiles, un olor, una sensación táctil, por ejemplo. La omisión en la imagen poética posibilita una lectura inédita puesta en otras épocas y en otras circunstancias. En una lectura futura, que es la nuestra en relación al 1600, el poema de Quevedo, además de la circunstancia puntual del poema de amor, podría extenderse en su sentido si se asociase esa “ceniza enamorada” con una época de exterminio de gente joven, en su mayoría. En una lectura estricta, sería una desvirtuación, pero esto explica hasta cierto punto el poder de proyección de la imagen poética.

La poesía, como otras artes, con su salida de “marco” de las memorias sociales que operan instituciones como la escuela, la iglesia, los partidos, la familia⁴, tiene un enorme poder. La imagen poética, con su posibilidad de síntesis y su margen de autonomía de los usos sociales que tienen otros discursos posee un enorme poder, el poder de que lo inexplicable siga siendo pregunta, el poder de lo permeable, de lo abierto, de lo que no puede cerrarse o clausurarse. La imagen poética puede presentizar, siempre es un aquí y un ahora, un tiempo recuperado que se proyecta, un presente que constituye una confluencia, una aleación de pasado y futuro y un desafío a la férrea metalurgia de separación temporal.

4 Jelin, Elizabeth, “¿Quiénes? ¿Cuándo? ¿Para qué? Actores y escenarios de las memorias”. En prensa en Ricard Vinyes, ed., *El estado y la memoria*. Barcelona: RBA, 2009. p. 13.

Los géneros del yo, que tanta difusión han adquirido en la posmodernidad, y que parecieran en principio los más cercanos para recuperar los hechos históricos, ya resultan limitados, en un punto, para la construcción de "memoria". Una memoria que reconstruya subjetivamente fuerzas vitales, una memoria capaz de mediaciones simbólicas que produzcan desplazamientos, el entendimiento entre lo dicho y lo no dicho, entre lo literal y lo simbolizado, ese tipo de entrecruzamientos.

Bibliografía

Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Pretextos, 1999.

Bellessi, Diana, *Tributo del mudo*. Buenos Aires: Sirirí, 1982.

Bergson, Henri, *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Buenos Aires: Cactus, 2006.

Bergson, Henri, *Memoria y vida. Textos escogidos por Gilles Deleuze*. Madrid: Alianza, 2004.

Bignozzi, Juana, *Interior con poeta*. Buenos Aires: Libros de Tierra Firme, 1993.

Gelman, Juan, *Carta a mi madre*. Buenos Aires: Libros de Tierra Firme, 1989.

Giannuzzi, Joaquín, *Violín Obligado*. Buenos Aires: Libros de Tierra Firme, 1984.

Gruss, Irene, *El mundo incompleto*. Buenos Aires: Libros de Tierra Firme, 1987.

Jelin, Elizabeth, "¿Quiénes? ¿Cuándo? ¿Para qué? Actores y escenarios de las memorias". En prensa en Ricard Vinyes, ed., *El estado y la memoria*. Barcelona: RBA, 2009.

Perlongher, Néstor, *Alambres*. Buenos Aires: Último Reino, 1989.

Rodríguez, Martín, *Agua negra*. Buenos Aires: Siesta, 1998.

Literatura y testimonio en el Cono Sur

M. Teresa Johansson *

La década de los sesenta configuró el campo cultural poniendo en el centro la figura del escritor comprometido. El testimonio comenzó a escribirse entre los clamores de la emancipación de las clases obreras y campesinas y la valoración de la cultura popular. En el contexto del programa revolucionario, la literatura debía rearticular la representación del sujeto popular en personajes con historias ejemplares o bien debía develar una verdad de injusticia oculta. Esta dimensión política guió tanto los aspectos temáticos del testimonio como su factura discursiva tensada por la relación entre oralidad y escritura, la inflexión referencial de la escritura y su impulso manifiestamente performativo. En el testimonio, los roles de autor e informante, de enunciación y autoría se entrelazan y diversifican, según Achugar: “[a]mbos sujetos presuponen la constitución y la participación de un sujeto social complejo (letrado más voz marginada) en la esfera pública”¹. Por otra parte, el testimonio coincidió, no sólo con un tiempo social particular para el continente, sino que con giro de época vinculado a los medios de comunicación y al nuevo periodismo.

En este itinerario fundacional cabe destacar algunos hitos de esta “primera ola testimonial” en el Cono Sur, entre los cuales está el adelantado libro *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh publicado en Buenos Aires en 1957. Rodolfo Walsh inauguró el género de la investigación periodística con este texto. Producto de una empresa personal de investigación sobre los fusilamientos clandestinos ejecutados en 1956 por la policía la noche del levantamiento militar contra el régimen antiperonista del general Aramburu, Walsh publicó una crónica periodística que descubrió públicamente la verdad de los hechos a partir la existencia de sobrevivientes y denunció a los culpables en un texto de acusación al Jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires, coronel Fernández Suárez. En sus orígenes se trata de una suma de folletos mal impresos, en un soporte material semiclandestino, sin autoría. Tras causar un gran impacto social y una vez publicado como libro se

* Doctorado en Literatura. Universidad de Chile.

1 Achugar, Hugo, “Historias paralelas/historias ejemplares: la historia y la voz del otro”, en: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XVIII, n° 36, Lima, 2° semestre, 1992. p.51

convirtió en un modelo del género del reportaje. Otro texto fundacional fue *La rebelión de los cañeros* de Mauricio Rosencof, libro publicado en Montevideo en 1969, que compila crónicas sobre el levantamiento de los trabajadores agrícolas que marcharon desde el norte fronterizo hacia Montevideo, publicadas inicialmente en el semanario *Marcha* durante la década de los sesenta. Un tercer ejemplo de relato testimonial, es el libro *Chacón* de José Miguel Varas publicado en Santiago en 1967, y basado en entrevistas biográficas a Juan Chacón, dirigente comunista. El libro es el formato más clásico de la biografía de un personaje que representa tanto una identidad particular como una colectividad política. La figura de Chacón refracta una historia colectiva a partir de una biografía individual, por las páginas atraviesan la conformación del movimiento obrero, el crecimiento del partido comunista y la resistencia a la represión sistemática sorteada a lo largo del siglo veinte.

Dada la vitalidad de estas formas textuales en todo el continente, a inicios de los setenta y bajo la promoción de Ángel Rama, Casa de las Américas institucionalizó la categoría del testimonio, premiando en 1970 a la periodista uruguaya María Ester Giglio por su libro-reportaje *La guerrilla tupamara*. No cabe duda que su institucionalización fue un gesto político que sirvió para potenciar un sentido de comunidad latinoamericana y un estatuto de prácticas discursivas amplias, así llamadas contrahegemónicas. En este contexto, el testimonio fue definido por tanto por su parentesco con el reportaje como por un carácter anverso a la autobiografía, en el que se reconocía una “nueva praxis discursiva” vinculada con la crónica y la escritura documental, cuya génesis se remitía a los orígenes de la conquista en los documentos y crónicas coloniales, escritos por quienes denunciaban los abusos cometidos a los indígenas². Sin embargo, tal como lo sostiene Mabel Moraña si bien la existencia de los textos documentales tenía larga data al interior de la literatura latinoamericana, fue a partir de la Revolución Cubana que comenzó su protagonismo como género³. Los libros fundacionales son *Biografía de un cimarrón* y *La canción de Rachel* de Miguel Barnet, a los que sigue *Hasta no verte Jesús mío* (1969) o *Las noches de Tlatelolco* (1971) de Elena Poniatowska, entre otros. En el testimonio, al decir de Moraña, en la década de los setenta “se consagra el género como una alternativa a las formas tradicionales de la novela burguesa y en gran medida, como alternativa también a la narrativa del Boom, cuya plataforma técnica y temática difiere en más de un sentido de la asumida por la modalidad testimonial”⁴.

El año en que el premio de Casa de las Américas en la categoría testimonio recayó en el libro de Giglio, en la categoría de Poesía fue premiado Carlos María Gutiérrez (1926-1991) con el poemario *Diario de Cuartel*. Carlos María Gutiérrez, también periodista, había vinculado los oficios de la escritura a la acción política y

2 Cf. Jara, René; Hernán Vidal (eds.), *Testimonio y literatura*. Minneapolis: Institute for the study of ideologies and literature, 1986.

3 Moraña, Mabel, *Memorias de la generación fantasma*. Montevideo: Editorial Mote Sexto S.R.L., 1988.

4 *Ob.cit.*, p. 163.

en 1958 había permanecido en Sierra Maestra junto a Fidel Castro y al Che haciendo un libro de entrevistas. Militante del MLN, fue tomado prisionero a fines de la década de los sesenta y, tras permanecer meses prisionero, fue liberado y escribió el poemario. Este texto prefiguraba, desde otro género literario, una posición de escritura donde la voz del sujeto letrado emanaba de la experiencia de violencia política. Fue así que junto a la institucionalización del testimonio como categoría literaria, la década de los setenta inauguró una importante transformación para los géneros referenciales y también autobiográficos en la narrativa del Cono Sur. En los nuevos contextos sociopolíticos, el letrado no prestaría ya escritura y autoría a un sujeto popular, a un protagonista oprimido, tornando audible una voz silenciada, sino que desde ahora en adelante, las condiciones políticas del Cono Sur harían coincidir la figura del escritor con la del protagonista oprimido, sobreviviente de las políticas de represión impuestas por las dictaduras militares y su relato se volvería autobiográfico⁵.

Se originó así una transformación en el campo de relaciones entre sujeto autorial, experiencia de represión, escritura-testimonial y memoria traumática. La apertura de la vastedad de la significación del término testimonio se hizo aún más compleja, integrando como nunca antes los vínculos entre arte y vida. Esta radical condición de época puede evidenciarse siguiendo el itinerario de los tres autores de testimonios del Cono Sur antes referidos. A modo de ejemplo extremo, recordemos que el día 24 de marzo de 1977, en un nuevo gesto testimonial, Rodolfo Walsh envió la *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar* a todas las redacciones de diarios argentinos y extranjeros, constituyendo un Yo Acuso realizado en condiciones extremas de violación al estado de derecho. El texto después de realizar una denuncia radical que terminaba inscribiendo la conciencia absoluta de su autor respecto de una posición testimonial, que más allá de ser testigo de hechos y otorgarles relato, comprometía la vida en el acto. La *Carta abierta* lo denunció todo y abordó con un análisis agudo, la cuestión fundamental de las dictaduras del Cono Sur, lo que Walsh denominó la creación de condiciones para el ejercicio de "la tortura sin límite" y la producción de nueva figura de la violencia en el sistema totalitario, el desaparecido: "De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda una ley que fue respetada aún en las cumbres represivas de anteriores dictaduras"⁶. En ese vínculo entre desaparición y tortura, Walsh describe la cuestión medular de la nueva fuerza represiva: "han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal,

5 Para la discusión ver: Beverly, John, editor del número monográfico sobre testimonio de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* N° 36. Lima, segundo semestre de 1992. Narváez, Jorge. "El testimonio 1972-1982. Transformaciones en el sistema literario", en Jara René; Hernán Vidal (eds.), *Testimonio y Literatura*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986. Epple, Juan Armando, "Acercamiento a la literatura testimonial en Chile". *Revista Iberoamericana* 168-169: 1995. Concha, Jaime, "Testimonios de lucha antifacista". *Araucaria* 4: 1978. Morales, Leonidas, "Género y discurso: el problema del testimonio", *Mapocho* 46, 1999, entre otros.

6 Walsh, Rodolfo, *Operación masacre*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2005. p. 227.

metafísica en la medida en que el fin original de obtener información se extravía". Al día siguiente de fechada esta *Carta abierta*, tras su envío a las redacciones de periódicos, Walsh fue herido en una emboscada, asesinado y desaparecido.

En esta historia de la infamia, después de ser uno de los dirigentes históricos del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, Mauricio Rosencof pasó doce años en calidad de rehén de la dictadura uruguaya, incomunicado en un calabozo. Tras su liberación en 1985 otra significación del testimonio se actualizó en su producción literaria, pues desde la posición del cronista pasó a la del testigo sobreviviente que publica su testimonio en distintos registros, el primero es *Memorias del calabozo* en coautoría con Eleuterio Fernández Huidobro, un libro basado en un diálogo donde repasan sus doce años de cautiverio como "rehenes" de la dictadura. En cierto sentido, este es un texto que extrema la matriz de lo testimonial. Se trata de un material en bruto que no soporta la posición más distanciada de la escritura inscrita en la mano del autor. Aquí la palabra ha pasado por varios estadios y soportes antes de ir a parar al libro. Es la transcripción de una grabación, la que a su vez es un registro de un diálogo, el que a su vez es la memoria de otras conversaciones en clave de "golpes en la pared" que tenían lugar en prisión como único sistema de comunicación entre los muros de los calabozos. La memoria de esta conversación va hilando reflexiones en torno a una condición de vida sustraída del mundo, de la naturaleza, de toda actividad humana, donde el único objeto es una capucha que deben ponerse cuando se abre la puerta. En este contexto, los autores ironizan: "Llegamos a redescubrir el estoicismo. A descubrir la ataraxia y la apatía"⁷. Se trata de un documento único, también por su carácter antropológico.

Por su parte, entre 1973 y 1990, José Miguel Varas entra en un dilatado silencio. Como ocurre con otros escritores no publicará en sus años de exilio ningún libro, a excepción de *La voz de Chile* editado por la Agencia de Prensa Nóvosti en Moscú en el año 1977. El libro es una compilación de cartas enviadas desde Chile y el extranjero al programa radial que fueron leídas a todo el mundo y reproduce una serie de imágenes de la época sobre campos de prisioneros, hallazgo de cuerpos y acciones militares. En él Varas toma la posición del compilador. Durante casi veinte años, abandonó las publicaciones literarias. Es interesante constatar que treinta años después de la publicación de este libro, en su recientemente editada novela *Milico*, su novela sobre el golpe, Varas incorpora una de las cartas compiladas en *La voz de Chile*, la carta de "María" que inicia el libro. En este escrito, María muestra la barbarie en el relato –subjetivo– de su visita solitaria a la morgue los días posteriores al golpe. En un nuevo gesto testimonial, Varas inserta esta carta en su novela, originando una trama de voces que constituyen la escritura de la memoria.

Después de la década de los setenta, en el campo cultural del Cono Sur, la presencia del "letrado militante y solidario" se transformó en las figuras límites del

7 Rosencof, M. y Fernández Huidobro, *Memorias del Calabozo*, Montevideo: Ediciones de la Banda oriental. p. 74.

“desaparecido”, “el rehén encapuchado”, “el prisionero”, “el exiliado”, modificando sustantivamente el carácter de la escritura testimonial. A partir de entonces se ha configurado un corpus inacabado en el que el testimonio se develó como escritura de sobrevivientes que intentaron representar la experiencia traumática. De este modo, el gesto de la escritura testimonial se tornó autobiográfico: un relato de la violencia sobre el cuerpo, en primera persona, que paulatinamente fue pasando de una memoria episódica a una memoria vinculada en la historia de vida.

Tras varios decenios de producción testimonial en América Latina pueden identificarse algunas tendencias en un campo que alberga vastas orientaciones textuales, temáticas e ideológicas. Por una parte, una matriz de alto rendimiento es aquella que sigue las estéticas testimoniales de filo más político. La escritura de la experiencia de prisioneros militantes realizadas por profesionales docentes y periodistas por lo general anclan su voz en la historia de la colectividad, destacan la fortaleza moral y la solidaridad, la historia de la resistencia en una voz comunitaria que opera con categorías explícita o veladamente ideológicas. La historia de los reconocimientos institucionalizados confirma la interrelación entre campo literario e impronta militante en un corpus que sigue creciendo hasta nuestros días. Si en el año 1976, Casa de las Américas otorgó el premio testimonio a Aníbal Quijada, periodista y militante comunista por su texto *Cerco de púas*, treinta años después, en el año 2007 el mismo premio fue concedido a la uruguaya Edda Fabbri, militante tupamara, por el relato *Oblivion*, testimonio de un decenio de prisión política que mantiene un tributo a un nosotros colectivo que, tres décadas más tarde, relata escenas relativas a la cotidianeidad y a la convivencia más que a las categorías de oposiciones ideológicas.

Junto a escrituras autobiográficas sobre las violaciones a los derechos humanos, coexistió la tendencia testimonial vinculada con el periodismo llamada reportaje y con novela documental. Las nuevas condiciones sociopolíticas del fin dictatorial y de los primeros años de postdictadura hicieron particularmente necesarios estos textos, dadas las condiciones de censura, desinformación y falta de procesos judiciales. Fueron emblemáticos los libros de investigación periodística, *La noche de los lápices* (1986) de María Seoane y Héctor Ruiz Núñez de la Plata, (llevada al cine por Héctor Oliveira) y las investigaciones de la periodista Patricia Verdugo, entre los que sobresalió el libro reportaje *Los zarpazos del puma* (1989) sobre los crímenes cometidos en 1973 contra presos políticos durante la operación Caravana de la muerte; *Un grito desde el silencio* (1998) de Nancy Guzmán, relato de la investigación periodística sobre el asesinato de B. van Schouwen, dirigente del MIR, y su colaborador Patricio Munita.

Por otra parte, una tercera forma de la escritura testimonial, así llamada en algunos casos, novela testimonial, por su carácter de mayor ficcionalización se conservó en la producción de la década de los ochenta. En estos casos, el letrado mantuvo una posición múltiple, de editor y creador, de una narrativa que está a medio camino entre lo documental y lo ficcional. Siguiendo la metodología de la novela testimonial tradicional, el escritor trabajó con material de entrevistas y de

documentación de testigos primarios, pero se permitió la complejidad ficcional en su composición narrativa. Con estos procedimientos el uruguayo Fernando Butazzoni articuló esa historia macabra relatada en *El tigre y la nieve*, publicada durante el año 1986. A partir de testimonios y fuentes documentales, el libro narra lo acontecido en el campo de concentración de La Perla, Córdoba. Su narrador relata de manera mediada e indirecta la historia de la protagonista Julia Flores al interior de los campos de prisioneros políticos, exponiendo los límites humanos, el aislamiento total y los silenciados conflictos de género. Esta narración es un relato enmarcado en un presente de sobrevivencia en el exilio, habitando frías ciudades suecas, que muestra los estados post-traumáticos y la imposibilidad de la recuperación síquica de las víctimas. En esta misma orientación puede anotarse el libro de Miguel Bonasso *Recuerdo de la muerte*, publicado en 1984 e inscrito en la tradición de la novela de no ficción.

De esta manera y atendiendo a la vastedad de orientaciones textuales vinculadas a una noción amplia de testigo, en el testimonio de las últimas décadas en el Cono Sur pueden reconocerse tres orientaciones fundamentales: el relato de las víctimas de la violencia política, las narrativas referenciales de reportaje de investigación y la novela testimonial.

El primer corpus de los relatos de carácter autobiográfico y referencial con función de denuncia fue inicialmente publicado en el exilio, como lo constata una serie de textos chilenos, entre los que se encuentran: *Tejas Verdes, diario de un campo de concentración en Chile* de Hernán Valdés (1974), *Cerco de Púas* del periodista Aníbal Quijada, *Prisionero de guerra* de Rolando Carrasco (Moscú, 1977), y de Alejandro Witker, *Prisión en Chile* (México, 1977), entre otros. También fue relativamente temprano el testimonio del periodista argentino Jacabo Timerman *Preso sin nombre, celda sin número* publicado en Estados Unidos en 1981, de la profesora de literatura Alicia Partnoy, *The little school*, publicado en el mismo país en 1986. Se suman a estos escritos, el libro *Pasos bajo el agua* de la escritora argentina Alicia Kozameh, editada en Buenos Aires 1987 y *Una sola muerte numerosa* de Nora Strejilevich.

Ante estas producciones testimoniales, que siguieron creciendo durante la década de los ochenta, la crítica literaria no quedó en silencio. Por el contrario, consideró relevante incorporar estos textos dentro de sus preocupaciones teóricas, valorando estos testimonios, problematizando las categorías genéricas e historizándolos en relación con algunos antecedentes de los períodos nacionales o republicanos donde la experiencia de prisión fue objeto de relato. Es interesante consignar en el campo de la literatura chilena el temprano artículo de Jaime Concha publicado en la revista *Araucaria*, en el que sostiene que el discurso testimonial fundacional de esta nueva escritura es el discurso de Allende enunciado durante el bombardeo al Palacio de La Moneda. En estos ejercicios críticos, más que cercar el campo de "lo literario" puede constatar una apertura al análisis de configuraciones textuales diversas.

Cuando ya ha sido completado un primer corpus testimonial en Chile, Ariel Dorfman propone un deslinde entre textos guiados por un "código político" y otros

guiados por un “código literario”⁸, separando a *Tejas Verdes* de Hernán Valdés del resto de la producción testimonial y dedicándole uno de sus mejores análisis. Según Dorfman, en *Tejas Verdes* la escritura se instala al interior del campo literario, respetando sus condiciones de autonomía, oponiéndose al discurso ideológico por la presencia de una escritura subjetiva y una mayor conciencia de la mediación lingüística en la elaboración de sus procedimientos textuales. Otros autores, entre los que se encuentra Idelber Avelar, han leído en estos textos un discurso de ideología militante. Avelar en su libro *Alegorías de la derrota la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo* (2000), en una rápida mirada a varios textos testimoniales, los ha identificado por su retórica cristiana, heroica y militarista que contaba las atrocidades de los regímenes militares en el mismo lenguaje promovido por la dictadura. Por su parte, Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo* (2005) reconoce el uso de una retórica realista romántica, de carácter subjetivo y afectivo cuyas posibilidades de representación son problemáticas al limitar la comprensión del tenor de una época.

Iniciado el nuevo siglo, es posible sostener que la literatura testimonial dista de ser un corpus cerrado, sino que se presenta como un campo aún en construcción, en el que se constatan nuevas modulaciones del testimonio, alejadas ya de una primera función de denuncia. Los textos de una literatura testimonial tardía se inscriben más claramente en el registro de una escritura literaria que asume tanto la autorrepresentación como la posición del testigo, entendida como palabra de verdad debida, pero que puede ser interrogada desde su condición de texto literario y desde su condición de testimonio. Su lenguaje se vincula con los procesos lingüísticos de introspección y retrospección guiados por ciertos procesos de cura psicológica, donde lo fundamental es la capacidad del sujeto de narrar desde las imágenes de la memoria para integrar el episodio traumático, pero a la vez, estos textos manifiestan una capacidad creadora del lenguaje que interroga los procedimientos de representación de la experiencia en el espacio de la mediación lingüística.

Tras pasados por el paso del tiempo y por un proceso de resignificación de la experiencia de la violencia y el trauma en el decurso biográfico, se abren otras perspectivas y otros registros discursivos, donde el episodio narrado es menos referencial y más simbólico, donde las retóricas militantes ceden su lenguaje a otras hablas o bien donde los afectos ceden lugar a problemáticas ensayísticas que integran la posibilidad de expresión subjetiva y colectiva diversa. Si bien el primer corpus de testimonios ya ha sido completado –al menos en lo que se refiere a su finalidad de denuncia–, es posible constatar que el campo de las escrituras de los sobrevivientes de la represión dictatorial continúa en construcción, acompañando los procesos de recuperación de la memoria social desde nuevas posiciones de autoría.

8 Dorfman, A., “Código político y código literario. El género testimonio en Chile hoy”. En Jara, Rene; Hernán Vidal (eds.), *Testimonio y literatura*, Mineapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986.

En este contexto, las obras literarias que revisaremos a continuación exponen una pluralidad de retóricas textuales e imaginarios simbólicos. Algunas producciones testimoniales tardías inscritas en el campo literario exponen ciertas rupturas, ya sea en términos de los cruces entre géneros literarios, ya sea asumiendo imaginarios simbólicos alternativos en la representación de la experiencia límite, o bien trasladando a los fenómenos de la voz narrativa, la imagen poética o la transgresión lingüística, la representación de la violencia en el testigo. Son varios los autores que sitúan la autoría testimonial y que no desvinculan la pregunta por el testimonio de una pregunta por los procedimientos estéticos de la representación, entre ellos, Jorge Montealegre en Chile y Carlos Liscano en Uruguay, Susana Romano en Argentina.

Episodios de la memoria: intertextualidad e historia de vida en Jorge Montealegre

Frazadas del Estadio Nacional de Jorge Montealegre, publicada treinta años después del golpe de estado en Chile, es el testimonio de la reclusión política del autor, apresado cuando era aún estudiante secundario. Basándose en *Chacabuco*, su temprano testimonio inédito que fuera presentado ante una comisión internacional de derechos humanos en 1974, Jorge Montealegre publica en 2003, *Frazadas del Estadio Nacional*, un escrito donde se conjuga tanto el relato autorreferencial como el texto periodístico de investigación y el trabajo ensayístico en el que se inscribe una representación de identidad colectiva articulada con un yo autobiográfico. En este segundo testimonio, se construye un espacio autobiográfico donde la identidad del narrador-protagonista se vuelve doble, produciendo un encuentro entre el adulto que rememora y el joven ingenuo y amedrentado, víctima de la violencia política que permaneció recluido y fue torturado en el Estadio Nacional. “En ese retorno, soy el Joven y el viejo bajo la misma manta: nos cobija la memoria, soy el mismo”⁹. Reaparecen los rasgos militantes, cristianos, afectivos y también un romanticismo ingenuo y positivo en la mirada de la juventud articulando el relato de un “chiquillo entumido” y amedrentado. La distancia histórica permite que estos elementos se incorporen en una perspectiva biográfica más amplia y se liguen con una impronta ensayística sobre temas relativos a la destrucción de los espacios urbanos, los contextos de relaciones sociales y las nociones de identidad, ciudadanía, religiosidad, lenguaje que a través de un texto expone una forma intersubjetiva.

En *Frazadas del Estadio Nacional*, Montealegre articula un testimonio desde una memoria meditada que se nutre de otros textos y dialoga con una conciencia madura que ha intentado entender algunos fenómenos a la vez que recuerda una historia singular, íntima, afectiva y personal instalando continuidades con el presente. La recuperación del pasado se realiza desde una memoria tardía y reflexiva que fundamentalmente redime y tiende a situar el episodio de violencia extrema en la

9 Montealegre, J., *Frazadas del Estadio Nacional*, Santiago: Lom, 2003.

perspectiva de una historia de vida. El lugar de la enunciación se instala en la figura de un joven bajo la frazada, representando con ello a aquel lugar dual de terror e intimidación despojado de los atributos humanos de "rostro" y "mirada", desde ahí se recupera la vivencia del episodio traumático, instalado en el decurso biográfico con un rasgo de compasión e intercalando escenas de una historia social referidos con un gesto comunitario. En este sentido, a partir de una experiencia individual se accede a cuestionamientos en torno a la construcción de la memoria social, incorporando una doble mirada que remite a una historia biográfica y también a una historia nacional en un registro donde se entrecruza la crónica y el autorretrato afectivo, interesado en el despojo de un carácter heroico, que plantea tensiones en las retóricas testimoniales, sin abandonar algunas de sus matrices históricas.

La violencia y la lengua en Carlos Liscano

Dentro de la vasta producción narrativa del uruguayo Carlos Liscano, que recorre imaginarios vinculados al poder y el absurdo de los sistemas punitivos, fundamentalmente desde una forma narrativa en que predomina la desafección, *El lenguaje de la soledad* y *El furgón de los locos* son los únicos textos que el autor refiere como testimoniales. Testimonios de trece años de reclusión política en el Penal de Libertad, nombre que en palabras de su autor no puede más que considerarse un "lamentable oxímoron"¹⁰.

En el ensayo "El lenguaje de la soledad", Liscano despliega una teoría negativa del lenguaje a partir de un ácido y sagaz trazado por la sobrevida en el Penal de Libertad. Liscano sostiene que en un lugar donde todo está determinado para lograr un uso demolidor y denigrado del lenguaje, aparecerá, como un reverso, toda su resistencia y fuerza generativa inalienable. En un dominio de violencia que es el lugar del no lenguaje, de la pérdida del nombre propio, de la palabra vigilada, las oportunidades para hablar son pocas y el tiempo es escaso: en algunos tiempos sólo se permite media hora a la semana de una conversación restringida a dos personas. En estas condiciones de coerción y crueldad, extrañamente el lenguaje no abdica, no se retira.

El ensayo de Carlos Liscano presenta el reino de la violencia como el lugar del no lenguaje. Los presos y sus pertenencias están identificados con un número; la llamada, el vocativo, es ese número que cerciora y recuerda la pérdida del nombre propio. Dado que lo más reprimido y vigilado en la cárcel es la palabra, las oportunidades para hablar son pocas y el tiempo es escaso. Se permite sólo media hora y un poco más para conversaciones que deben restringirse a dos personas. En ellas, según expone Liscano, se habla sin pausa, para esperar que semanas después el interlocutor conteste. El contenido de la conversación entonces, no puede ser vano. El lenguaje no puede ser el uso de fórmulas de interacción socialmente normadas, tampoco puede ser un juego llano, pedestre, insustancial. El lenguaje se aleja así de

10 Así lo denomina el autor en su ensayo "El lenguaje de la soledad", en *El lenguaje de la soledad*, Montevideo: Cal y Canto, 2000.

su degradación cotidiana en la comunicación ordinaria, de su vacío de experiencia, para volverse de cara al dominio del sentido y en él reiterar el acto primigenio de nombrar: “El paisaje del lugar era un yermo de metal y rejas, poblado de soldados, perros, garrotes y reglamentos. El prisionero iba a consagrarse durante años a inventar la realidad, a nombrar lo que no existía para que comenzara a existir”¹¹.

El libro de Carlos Liscano *El furgón de los locos*, publicado en el año 2001, es un texto que cruza testimonio y autobiografía y expone una forma particular de elaboración lingüística y de retórica testimonial en un estilo comedido, sin emoción. En *El furgón de los locos* se presenta un espacio autobiográfico amplio en su temporalidad que narra fundamentalmente episodios de prisión y liberación y se detiene en las condiciones de tortura. El texto se construye mediante una serie de fragmentos de memoria lacónicos, que no se ajustan a una linealidad temporal, representando una experiencia personal.

En *El furgón de los locos* aparece una posición de sujeto autorial que se vincula con la experiencia traumática y con la intención de narrar desde la memoria. Esta intención toma la forma de literatura autobiográfica en un texto traspasado por un temple de duelo absoluto, que narra fundamentalmente la experiencia de la prisión, la liberación y la tortura. *El furgón de los locos* se instala en un límite de lo que podría denominarse como la tradición del género testimonial sobre violencia política, pues transita otra modalidad discursiva que ha abandonado tanto las retóricas militantes como la función de denuncia y el obligado tributo al *nosotros* epocal, voz de un colectivo que delimita un lugar ideológico; no participan del espacio textual ni las matrices ideológicas con resabios de movimientos insurgentes ni los sueños utópicos o el martirologio cristiano.

En la larga prisión gravita un duelo nunca manifiesto e interminable. El narrador relatará cómo durante el presidio se entera del fallecimiento de su madre y, años después, del suicidio de su padre. En ambas escenas, la respuesta ante la muerte será el silencio y la contención del lenguaje y la emoción porque las condiciones imponen la negación del duelo, de la expresión. “Acaban de decírmelo y decido que aquí no ha ocurrido nada. Me cierro, como una piedra. Quedaré así años”¹².

Fragmentada está la segunda parte de este testimonio titulado “Uno y el cuerpo”, donde el narrador se detiene en la reminiscencia de la tortura. Mediante el ejercicio de un “pensar rememorante”, que se hace cargo de un quehacer crítico, Liscano –en un lenguaje límpido, breve, preciso– expone la vivencia física y psicológica de la tortura. “Es probable que el torturador se haga un concepto del ser humano al que sólo él puede acceder. Infligir dolor tiene que ser una experiencia única. Ver a un hombre, o a una mujer, que en el momento de ser detenido lleva una vida normal, convertido en piltrafa dolorida, carne humillada que grita, que suplica, que se arrastra, tiene que dar una visión del ser humano que la vida en sociedad no permite”¹³.

11 Liscano, C., “El lenguaje de la soledad”. *ob.cit.*, p. 27 (El destacado es nuestro).

12 Liscano, Carlos, *El furgón de los locos*, Montevideo: Planeta, 2001, p. 30.

13 *Ob. cit.*, p. 119.

Como núcleos de esta rememoranza se despliega el aspecto fundamental de su poética, la relación de “el preso” con el lenguaje. De esta manera, deja entrever que todo el contexto de la tortura tiene que ver con el lenguaje: con hablar o no hablar; con que el cuerpo resista al unísono el dolor y la palabra. Liscano muestra que “el preso” conoce mejor que nadie el valor de las palabras. El libro culmina con un fragmento en el que se da cuenta de la complejidad de articular esta escritura anclada en el cuerpo y en los vestigios de la memoria. El cierre de *El furgón de los locos* ha hecho evidente que la experiencia traumática acaba por imponerse a la narración, vinculando vida, memoria y relato. Una vez que el episodio debe integrarse, pese a su resistencia en el decurso de una vida, una particular forma de la autobiografía surge, originada en “un viaje a los límites de la lengua”.

La transgresión retórica en Susana Romano

La transgresión de las retóricas testimoniales y la violencia en el lenguaje se inscribe en *Procedimiento: memoria de la Perla y la Ribera* de Susana Romano¹⁴. En la tapa del libro está instado el gesto de ruptura que provoca perplejidad. La tapa deshojada mediante una rajadura expone un movimiento de fuerza sobre el libro que metaforiza su tensión interna. El título, en una suerte de oxímoron, expone una confusión: procedimiento y memoria son palabras que pertenecen a esferas excluyentes.

Tras un dato de ubicación geográfica, el texto está emplazado en un presente del campo de concentración que coincide con el lugar de la enunciación, funcionan en él un sinnúmero de deícticos, indicios de persona, tiempo y lugar que remiten a una permanente duración de la enunciación en el espacio de la reclusión. En *Procedimiento*, la sintaxis quebrada y las enumeraciones de imágenes y figuras retóricas para decir el horror de manera indirecta, sugerida, trasladada, se levantan finalmente como una materialidad lingüística que cerca al lector, lo deja dentro como a los personajes, sin destino. *Procedimiento* no traza itinerario ni ordena la progresión narrativa, sino que se mueve en formas circulares y fragmentarias, breves diálogos entre mujeres –“monjas”, “judías”, “semimuertas”– e interrogadores –también denominados “Profesor”, “Padre”, “roter”– instalados en un mismo registro de voz poética que les confiere a unos autoridad sobre la lengua del lugar y a otros, el deber de la respuesta. Se trata aquí de una pluralidad de voces, donde la representación del yo personal es expuesta entre paréntesis y convive con un sujeto de la enunciación que desde una mirada semiomnisciente ve tanto el lugar nefasto como la naturaleza “árboles frondosos acallando disparos estampidas de estampidos”, y es sensible al consuelo y a las lamentaciones, figurando una voz de presencia comunitaria: “Acá marchando a tumbos, reptamos obedientes en procesión larval, paseo de manada de hembras de corral. De bruces, tropezones,

14 Romano, S., *Procedimiento: memoria de la Perla y la Ribera*, Córdoba: El emporio Ediciones, 2007.

desplomes, ajustes y remedios llevamos caminatas en uniforme clave que acaban en caída de miembros con marcas como en hierras, efluentes de orificios; fosas emanando hedores, humores, estropicios impregnados de olor a miedo, andrajos mancillados de animal, asustan a morgueros, sus listas, sus guantes, sus prácticos traslados de cuerpos”¹⁵.

Por otra parte, es posible sostener que el texto supera una narrativa del cuerpo en tanto unidad última de identidad o autoreconocimiento y pone en su lugar, el cuerpo en su fragmentación total, bajo el signo de la ajenidad o la contradicción. *Procedimiento* presenta un ritmo de imágenes vertiginoso que a la vez se paraliza en su exceso y levanta un lenguaje infranqueable que expone en la materialidad de su factura, en el propio sistema de simbolización, un encierro asfixiante. Susano Romano ha hecho consonante el quiebre interior de una experiencia que se resiste a su integración en el decurso vital con la ruptura en el lenguaje que cerca la representación de la experiencia límite, en el entendido de que esta no puede develarse mediante la ilusión referencial.

Conclusiones

Los actuales procesos socioculturales de elaboración de la memoria social han tenido como correlato, sobre todo en Argentina y Uruguay, un cierto auge editorial de reediciones de testimonios, rescate de nuevas y diversas memorias cuya función de denuncia es ya secundaria, y publicación de una nueva literatura testimonial, escrita por autores que buscan estrategias retóricas para representar la experiencia límite de los campos de concentración dictatoriales y que han asumido la necesidad de testimoniar con artificio literario, ampliando los límites impuestos por un primer mandato de verosimilitud. Estas híbridas producciones textuales develan excepcionales figuras de los letrados, un cruce entre el testimonio y la autobiografía en la literatura contemporánea del Cono Sur que permiten repensar, por una parte, las categorías de testimonio, sujeto popular y escritor comprometido y, por otra, las de subjetividad, experiencia límite y representación.

Una nueva forma testimonial se escribe, no ya como testigo de la experiencia de otros, sino que desde dentro de una subjetividad demolida por la violencia que asume la experiencia del trauma producto de las políticas represivas de los sistemas totalitarios como constitutiva de una historia de vida, pero que sobre todo se pregunta por la mediación del lenguaje en el proceso de escritura.

15 *Ob.cit.*, pp. 32-33.

Bibliografía

Achugar, Hugo, "Historias paralelas/historias ejemplares: la historia y la voz del otro", en: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XVIII, n° 36, Lima, 2° semestre, 1992, pp. 49-71.

Avelar, Idelber, *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Editorial Cuarto propio, 2000.

Concha, Jaime, "Testimonios de la lucha antifascista", *Revista Araucaria* N 4, 1978, pp.129-147.

Dorfman, Ariel, (1986). "Código político y código literario. El género testimonio en Chile hoy", Jara, Rene y Hernán Vidal (eds.), *Testimonio y literatura*, Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986. pp. 170-234.

Jara, René Vidal, Hernán (eds.), *Testimonio y literatura*, Minneapolis: Institute for the study of ideologies and literature, 1986.

Liscano, Carlos, *El furgón de los locos*. Montevideo: Planeta, 2001.

Liscano, Carlos, *El lenguaje de la soledad*. Montevideo: Cal y Canto, 2000.

Montealegre, Jorge, *Frazadas del estadio nacional*. Santiago: LOM, 2003.

Moraña, Mabel, *Memorias de la generación fantasma*. Montevideo: Editorial Mote Sexto S.R.L., 1998.

Romano, Susana, *Procedimiento: memoria de la Perla y la Ribera*. Córdoba: El Emporio Ediciones, 2007.

Rosencof, Mauricio y Eleuterio Fernández Huidobro, *Memorias del Calabozo*, Montevideo: Ediciones de la Banda oriental, 2005.

Rosencof, Mauricio, *La rebelión de los cañeros*, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2000.

Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2005.

Varas, José Miguel, *Chacón*, Santiago: LOM, 1998.

Walsh, R, *Operación masacre*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2005.

Memoria, identidad y militancia. Figuras de hijos de víctimas de la violencia de Estado en la narrativa argentina actual

Andrea Cobas Carral *

Desde finales de los noventa, varias novelas argentinas configuran un tipo de personaje hasta el momento ausente dentro del corpus de textos literarios sobre la violencia de Estado: la figura del hijo que –emprendiendo una búsqueda que el texto construye casi siempre siguiendo ciertas matrices del policial– quiere saber acerca del pasado de sus padres para indagar en él los rasgos de su propia identidad y las huellas en su presente de la violencia de Estado. *A veinte años*, *Luz* de Elsa Osorio (1998), *Ni muerto has perdido tu nombre* de Luis Gusmán (2002), *El secreto y las voces* de Carlos Gamerro (2002), *Kamchatka* de Marcelo Figueras (2003), *La casa operativa* de Cristina Feijoó (2006), *Presagio* de Susana Cella (2007), *La casa de los conejos* de Laura Alcoba (2007), *76* y *Los topos*, ambos de Félix Bruzzone (2008) forman parte de un corpus cuya extensión señala la relevancia de una zona novedosa respecto de las representaciones de la violencia de Estado en la narrativa argentina de los últimos años. El objetivo central de nuestro trabajo es abordar una de esas novelas, *Ni muerto has perdido tu nombre* de Luis Gusmán, para analizar en ella algunas cuestiones recurrentes en la narrativa que conforma el corpus citado: los modos diversos de construcción de la memoria; las formas de figuración de la militancia; y las maneras en que se reconstruyen la identidad y la historia familiar.

“Nada de lengua; todo ojos; guarda silencio”: el verso de Shakespeare con que se abre *Ni muerto has perdido tu nombre* de Luis Gusmán condensa con exactitud los sentidos hegemónicos de la narración a la que sirve de epígrafe¹. La mirada –pero también aquello que puede ser visto– emerge entre la palabra y el silencio como una herramienta a medias eficaz para desmontar el juego de dobles, de réplicas y de apariencias que compone el texto en su representación del pasado reciente y de sus

* Universidad de Buenos Aires y Conicet.

1 La cita –que en la novela es acompañada sólo por el nombre de autor– corresponde a un parlamento de Próspero del Acto IV de *La tempestad*: “¡No tongue! ¡All eyes! ¡Be silent!”. Debo la referencia a Carolina Fernández.

ramificaciones en la Argentina de los noventa. Compuesta por capítulos muy breves, la novela construye su argumento mediante los cruces entre cuatro personajes que tras veinte años transitan las calles de una Buenos Aires en la que el tiempo parece detenido en sus espacios fijando la esencia de los seres que la pueblan. Cuatro personajes que –en un segundo momento– convergen en Tala, pueblito perdido en la geografía nacional, que es el escenario del horror del pasado y de la impunidad del presente. Varelita es un represor que no se adapta a los tiempos democráticos y que vive del rédito económico que obtiene extorsionando a sus antiguas víctimas y a sus familiares. Ana Botero, nombre de guerra que Laura Domínguez utiliza durante un solo día de 1977, es acosada por Varelita –su torturador veinte años antes– quien le exige dinero a cambio de datos sobre Íñigo, su marido desaparecido. Federico Santoro, joven hijo de padres también desaparecidos, decide tras la muerte de su abuela, buscar a Ana Botero, la mujer que –veinte años antes– lo entrega a sus abuelos luego de rescatarlo de la chacra “Colina Bates” en la que sus padres e Íñigo se esconden y en la que, un día más tarde, son secuestrados y llevados a la cantera del pueblo donde los asesinan. Por último, Aguirre –ocupante desde el 77 de la chacra “Colina Bates”– es un represor reconvertido en ciudadano más o menos respetable y que siente la necesidad de comunicarse con su antiguo compañero de torturas Varelita –al que secundaba bajo el apodo de Varela– cuando se siente desbordado por la presencia de Ana Botero y de Federico Santoro, quienes retornan a la chacra de la que huyeron veinte años antes trayendo con ellos un pasado que Aguirre no está dispuesto a revivir. Las biografías y los derroteros de Varelita, Ana Botero, Federico Santoro y Varela se constituyen en puntos de referencia que la novela enlaza componiendo una urdimbre cuya textura muestra los indicios de un tiempo otro que sigue operativo y que condiciona las articulaciones del presente.

En *Ni muerto has perdido tu nombre* todo parece tener dos caras: cada identidad se bifurca, cada hecho se repite, cada espacio se revisita. Máscaras, nombres de guerra, viejas fotografías se muestran en el presente del relato como el retorno de otro tiempo cuya vigencia se torna opresiva en una circularidad difícil de quebrar. Así delineadas las conexiones entre los personajes, la novela pone en escena los límites para la elaboración colectiva del pasado traumático: en una sociedad en la que las víctimas son forzadas a convivir con sus victimarios impunes, el saldo de cuentas con el pasado –de ser posible– sólo se realiza en términos individuales. El itinerario vital que la novela propone para Federico Santoro es una muestra de eso.

“Un día va a venir Ana Botero y te va a explicar lo que pasó” (22) repite la abuela de Federico casi como una muletilla con la que evadir las preguntas que su nieto le formula acerca de la desaparición de sus padres². Hasta la muerte de su abuela, para Federico sus papás son un enigma sostenido apenas por una vieja fotografía ante la cual la abuela enciende cada día una vela, costumbre con la que funda un rito familiar que, tras su muerte, Federico continuará. Es en la

2 Luis Guzmán. *Ni muerto has perdido tu nombre*. Los datos completos de los libros citados en este trabajo se consignan en la bibliografía. En adelante se señala en el cuerpo del texto el número de página entre paréntesis.

reafirmación de ese gesto donde el joven halla las claves para llenar los vacíos de su propia biografía: envuelta en una vela que enciende a sus padres, encuentra una carta en la que su abuela al fin descubre para él parte de esa historia silenciada. En una novela en la que la palabra escrita cumple un papel central, la carta de la abuela constituye el primer eslabón de una búsqueda que permite iniciar un camino que –paradójicamente– obliga a Federico a desandar el itinerario recorrido veinte años antes en compañía también de Ana Botero. Esa suerte de viaje especular en el que casi todo deviene versión invertida es para Federico el pasaje a un espacio donde el horror puede ser contradictoriamente conjurado: el pueblo de Tala contiene a un tiempo la iniquidad del pasado que se materializa en las personas de Varela y Vareleta, en la chacra usurpada, en el silencio de todos pero también, es el hallazgo de la cantera, siniestra tumba en la que al fin Federico puede corporizar los restos de sus padres desaparecidos por la violencia de Estado.

El segundo paso en el camino que Federico emprende en la exploración de su historia familiar se opera ya no como el acto solitario y privado que conforma el ritual cedido que ejecuta ante la foto de los padres, sino que, por el contrario, la indagación alcanza un carácter a la vez colectivo y público: por primera vez en su vida, Federico decide participar de una marcha organizada por hijos de desaparecidos. Asumiendo la desconfianza que le genera toda acción política, Federico encuentra en la manifestación un fenómeno social que lo excluye pero del que quiere sentirse parte: “Experimentó cierto escozor cuando se dio cuenta de que no conocía ninguna de las consignas que gritaban y, por vergüenza, comenzó a mover los labios como si él también las repitiera” (28). La simulación –que entra en serie con los juegos de máscaras y con los nombres falsos– deviene mímica que el texto liga con otro ritual –esta vez, antiguo y propio– que un Federico niño ensaya ante la imagen de sus padres: “Me pasaba horas ante la foto [...] como si fuera un espejo. La luz de la vela deformaba sus caras. [...] Ante la foto empezaba a hacer mímica. Quería encontrar un parecido. No de mí hacia ellos sino de ellos hacia mí” (122-123). Entre el silencio y la mueca muda, Federico –como agente activo de su propia historia– busca articular los rasgos de una identidad que se le vuelve esquiva en sus vacíos. Si, por un lado, la muerte de la abuela posibilita el descubrimiento de la carta, texto en el que esos huecos de sentido comienzan a llenarse, por otro, la participación de Federico en la marcha culmina también con un hallazgo textual que ilumina su biografía: el expediente que un abogado de derechos humanos guarda sobre sus padres, el matrimonio Santoro-Ovide: “A cada vuelta de página Federico iba viendo pasar su vida” (50).

La reaparición de Ana Botero ante Federico se constituye en la novela como el momento fundamental respecto del proceso en el que el joven busca reescribir los blancos de ese pasado que lo inmoviliza: “Estuve demasiado tiempo quieto, caminando en el mismo lugar” (64) le dice a Ana durante su primer encuentro. Esa charla con Ana Botero, la mujer que en la imaginación de Federico posee todas las claves que le permitirán entender su vida, resulta conflictiva en tanto es –al mismo tiempo– decepción e impulso. Decepción ya que la narración de ese día de

1977 en que huyeron de Tala no le brinda a Federico las pistas para descifrar una historia aún para él escurridiza. Pero por eso mismo, también es impulso puesto que el encuentro con Ana le deja entrever a Federico la necesidad de asumirse como artífice y protagonista de su propia exploración del pasado. Saciado de palabras, Federico clausura su reunión con la mujer pidiéndole una foto que sumará a la de sus padres. Así, ya en su hogar, ejecuta por última vez la ceremonia transmitida por su abuela: ante la trilogía de rostros que lo miran desde el pasado, Federico enciende una vela antes de partir hacia Tala: “Cerró la puerta de su casa y sintió que por primera vez había abandonado la máquina de caminar” (70). Así, Federico cierra el círculo cuyo trazado se inicia con la muerte de la abuela y principia la etapa final de la trayectoria que operará como un pasaje hacia la recuperación de la historia de su familia más allá de la ciudad de Buenos Aires.

Tala, pueblo que parece girar en torno de la cantera que le sirve de centro, se vuelve peculiar por la costumbre de sus habitantes de caminar con los rostros tapados. La medida que no pasa de ser una prevención ante el polvo que sobrevuela el pueblo y que proviene de los trabajos en la cantera es, en el marco de los sentidos que la novela diseña, una pieza más que perturba la mirada de Federico. Espacio de dobles, de ocultamientos y de apariencias engañosas, Tala es para Federico –y por contraste– el sitio de su afirmación: “Desde que llegó a Tala, Federico sintió que debía usar su apellido en vez de su nombre” (79). La cantera que el texto describe como la “puerta de una ciudad amurallada” (73) es el límite que el joven debe franquear en su búsqueda casi iniciática de la verdad sobre la muerte de sus padres. En Tala “es como si todo pasara dos veces” (136) le confiesa Federico a Ana Botero. Entre las repeticiones que el texto presenta quizá la más significativa sea la que lleva adelante Federico recién llegado a Tala. El joven se propone repetir el viaje de sus padres entre la chacra “Colina Bates” y la cantera. Para ello, resuelve usar su cuerpo como instrumento al servicio de esa reiteración. Federico intenta transitar el camino que sus padres recorrieron veinte años antes empujados por Varela y Vareleta: “sacó un pañuelo del bolsillo y se vendó los ojos. Caminó así unos metros. Cuando se quitó el pañuelo de los ojos se dio cuenta de que, después de dar un rodeo, se encontraba en el mismo lugar. Como cuando caminaba sobre la cinta sin fin” (85-86). Así, duplicación, circularidad y frustración parecen filiarse en una sucesión que Federico sólo podrá romper renunciando a la mera repetición. Si Tala es el espacio en donde todo parece pasar dos veces, para Federico la clave estará en la creación de un acto único y original que le permita imponerse sobre esa realidad circular y opresiva en la que el pasado parece enquistarse sin cambios ni mediaciones. Será en la cantera donde Federico realice ese pasaje: “Federico buscaba en las piedras una respuesta que Ana Botero no podía darle” (121). Sobre esas piedras horadadas por la dinamita, Federico inscribe con un aerosol los apellidos de sus padres en un gesto doblemente direccionado: hacia ellos, en tanto la escritura pública del nombre propio quiebra veinte años de borramiento y, hacia él mismo, por cuanto la recuperación de sus padres a través de la fijación que implica el hallazgo de la tumba funciona como anclaje de su propia identidad. En su ensayo *Epitafios*, Luis

Gusmán sostiene: "se trata de devolver un nombre y una historia, función que el epitafio condensa de manera ejemplar" (344). Así, la escritura de los epitafios es en *Ni muerto has perdido tu nombre* el único acto de justicia posible al que puede aspirar Federico en una sociedad que en los noventa vuelve palpable la brutalidad del pasado en la desmemoria del presente.

La novela de Luis Gusmán es parte de un corpus textual en el que podemos hallar algunas recurrencias. Más allá de las diferencias generacionales –y biográficas– que distinguen a los autores señalados al inicio, sus textos forman un sistema que encuentra en la figura del hijo un actor altamente productivo en términos de representación de la violencia de Estado. La evocación de la voz y de la mirada infantiles que proponen Marcelo Figueras, Cristina Feijoó y Laura Alcoba o la figura del hijo adulto que desde el presente del relato emprende un viaje en busca de su identidad que formulan Carlos Gamerro, Elsa Osorio, Luis Gusmán y Félix Bruzzone son estrategias de construcción del relato que coinciden en la exposición de algunos rasgos presentes en casi todos los textos del período. La puesta en escena de estrategias diversas respecto de la recuperación ficcional de la memoria; el nombre como borramiento, como marca o como escamoteo que hace ingresar en los textos el tema de la identidad que con él se asocia; el cruce genérico que tensiona en la ficción los discursos de la memoria; el desplazamiento como búsqueda a medias policial, a medias iniciática; la militancia paterna y la propia como zonas de conflicto; la pulsión amnésica de los noventa son algunos de los ejes que las novelas revisitan una y otra vez para constituir un corpus que no deja de acrecentarse y manifiesta así la vigencia estética de una zona medular del campo cultural argentino que la literatura de los últimos años explora para transformar, perturbar o revisar los modos de representación de la violencia de Estado hegemónicos hasta finales de los años ochenta.

Bibliografía

Alcoba, Laura, *La casa de los conejos*, Buenos Aires: Edhasa, 2007.

Bruzzone, Félix, *Los topos*, Buenos Aires: Mondadori, 2008.

_____, *76*, Buenos Aires: Tamarisco, 2008.

Cella, Susana, *Presagio*, Buenos Aires: Santiago Arcos, 2007.

Feijoó, Cristina, *La casa operativa*, Buenos Aires: Planeta, 2006.

Figueras, Marcelo, *Kamchatka*, Buenos Aires: Alfaguara, 2003.

Gamerro, Carlos, *El secreto y las voces*, Buenos Aires: Norma, 2002.

Gusmán, Luis, "Postfacio. El derecho a la muerte escrita" en *Epitafios. El derecho a la muerte escrita*, Buenos Aires: Norma, 2005.

_____, *Ni muerto has perdido tu nombre*, Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

Osorio, Elsa, *A veinte años, Luz*, Buenos Aires: Planeta, 2006.

Subjetividad, trauma y representación en *Amuleto*, de Roberto Bolaño

Alicia Salomone *

Roberto Bolaño (1953-2003) llega con su familia a México en 1968 y en 1973 retorna a Chile, su país natal, para participar del proceso político que encabezaba la Unidad Popular¹. Tras ser testigo del rápido tránsito entre la revolución y la contrarrevolución, y luego de permanecer una temporada en las cárceles pinochetistas, vuelve a México donde iniciaría una vida de escritor. Estas dos fechas, que marcan hitos en los que se juega el destino de la izquierda latinoamericana de los setenta, no sólo dejan huellas profundas en la biografía de Bolaño, sino que se convierten en motivos que él elabora de modo recurrente en su literatura: por un lado, la masacre de estudiantes mexicanos en Tlateloco, por otro, el golpe militar chileno con su secuela dictatorial de dieciocho años.

Los hechos de Chile, Bolaño los tematiza en varios cuentos y dos novelas: *Estrella distante* (1996) y *Nocturno de Chile* (2000). Los de México, aparecen referidos en *Los detectives salvajes* (1998) y en *Amuleto* (1999), un relato que amplifica un fragmento breve de *Los detectives...*, hasta convertirlo en un texto autónomo de gran complejidad formal y temática que resignifica el texto original entregándole un sentido nuevo. En *Amuleto*, por otra parte, ambos momentos históricos confluyen y se ligan estructuralmente, transformando el curso existencial de dos de sus protagonistas: septiembre de 1968 torcerá el rumbo de la narradora Auxilio Lacouture, al igual que el golpe de Estado de 1973 transformará al joven poeta Arturo Belano en un ser distinto: un hombre que, habiendo presenciado el horror y vivenciado el miedo a grado límite, queda sumido en el mutismo y la incapacidad de volver a comunicarse con quienes antes habían sido sus amigos. De él dice la narradora:

“... en enero de 1974, llegó Arturito de Chile y ya era otro.
Quiero decir: era el mismo de siempre pero algo había cambiado o había crecido

* Académica del Departamento de Literatura y del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile. Este trabajo se enmarca en el desarrollo del Proyecto DI (U. de Chile) N° 07/16-2.

1 Respecto de la relación de Roberto Bolaño con su país natal, véase el estudio de Grínor Rojo: “Bolaño y Chile”, en *Anales de Literatura Chilena* N° 5, 2004.

o había cambiado y crecido al mismo tiempo [...] Quiero decir: todos esperaban de alguna manera que él abriera la boca y contara las últimas noticias del Horror, pero él se mantenía en silencio como si lo que esperaban los demás se hubiera transmutado en un lenguaje incomprensible o le importara un carajo". (69)

En el marco de este trabajo lo que me interesa es revisar dos problemáticas relacionadas: por una parte, el modo en que se configura la subjetividad de la narradora-protagonista de la novela, Auxilio Lacouture, cuya vida queda trastornada por los hechos trágicos del 68 mexicano. Por otra parte, observando el plano de la enunciación, busco indagar en cómo se aborda en el texto la representación literaria de vivencias traumáticas. Pues, si bien la novela de Bolaño posee un neto carácter ficcional, al mismo tiempo instala un doble diálogo con la literatura que aborda las consecuencias de la violencia política en la tardo-modernidad latinoamericana. A nivel de los contenidos, ello se expresa en la relación que tiene la trama con el hecho referencial que motiva el discurso de la hablante: la represión en la UNAM y la masacre de la Plaza de Tlatelolco. En términos del lenguaje, por su parte, el vínculo con lo testimonial se evidencia en las estrategias enunciativas que adopta la voz de la hablante, donde se ponen en juego modalidades que son frecuentes en los testimonios y que tienen que ver, más ampliamente, con los procesos complejos de recuperación de una memoria traumática.

Nora Strejilevich, refiriéndose al testimonio, señala que en su intento por dar cuenta de una verdad propia, este tipo de textos suelen irrumpir en desorden, plagados de quiebres y silenciamientos, y presentar imágenes sensoriales, muchas veces vagas, que pueden aparecer y difuminarse como en los sueños, lo que pone de manifiesto la existencia de ciertas fallas o huecos en las conexiones con la vida cotidiana². Por su parte, Dominick La Capra (1998), quien trabaja con la noción de trauma a partir de la experiencia del Holocausto, extendiendo a nivel colectivo el significado de este concepto en el psicoanálisis freudiano, sostiene que la violencia política suele producir efectos en la subjetividad de las víctimas que se exteriorizan en el lenguaje. Sometidos a experiencias que bordean no sólo el límite entre la vida y la muerte, sino la propia diferencia entre razón y sinrazón, los sobrevivientes de genocidios y represiones suelen mostrar rupturas en la memoria, que se expresan como quiebres en la continuidad entre el presente y esa zona del pasado en la que quedó radicada la vivencia del dolor, a la cual no se quiere volver a acceder. Por eso mismo, el recuerdo suele ser reprimido, denegado, y así opera como una zona opaca a nivel de la conciencia, bloqueando la posibilidad de que los y las sujetos elaboren lo vivido mediante un trabajo de duelo que haga factible su reconstitución identitaria.

Como decíamos más arriba, un aspecto que es clave en la novela de Bolaño, y que se manifiesta desde su primer enunciado, es la particularidad que asume la articulación de la voz de la narradora. La que apela a múltiples recursos enunciativos,

2 Strejilevich, Nora, *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*, Buenos Aires: Catálogos, 2006, p. 14.

entrecruzando palabra y silencio en la prosecución de un relato oscilante y muchas veces enrevesado, que constantemente escamotea aquello que, desde su dimensión consciente, tiene urgencia de comunicar. El perfil ambiguo y contradictorio de esa voz queda explícito desde un comienzo, cuando la narradora nombra el tipo de relato que quiere acometer, definiéndolo como “una historia de terror”, “una historia policiaca, un relato de serie negra y de terror” y, finalmente, como “la historia de un crimen atroz”³. Si los dos primeros enunciados parecen remitirnos directamente a cierta tradición de literatura masiva, la inclusión de la subjetividad de la hablante: “Soy yo la que habla, y por eso no lo parecerá” (11), junto con el agregado del adjetivo “atroz”, desestabilizan esa impresión primera, dejándonos en la incertidumbre de un relato que se interrumpe y toma una vía incierta a través de una larga digresión:

Esta será una historia de terror. Será una historia policiaca, un relato de serie negra y de terror. Pero no lo parecerá. No lo parecerá porque soy yo la que lo cuenta. Soy yo la que habla y por eso no lo parecerá. Pero en el fondo es la historia de un crimen atroz.

Yo soy la amiga de todos los mexicanos. Podría decir: soy la madre de la poesía mexicana, pero mejor no lo digo. (11)

De este modo, la palabra de la hablante genera una ruptura que suspende el desarrollo de la trama que había iniciado, redirigiéndola desde el asunto anunciado (una historia de terror) hacia los avatares de la propia biografía: “Yo soy la amiga de todos los mexicanos. Podría decir: soy la madre de la poesía mexicana, pero mejor no lo digo” (11). Una vez abierto este nuevo carril narrativo, lo que comienza a desplegarse es un conjunto de relatos fragmentados, muchas veces inconexos o contradictorios, y frecuentemente tragicómicos, donde la protagonista se dibuja en distintas situaciones y tiempos: entre otras, a su llegada a México en los años sesenta tras un viaje aventurero por el continente; en su relación con poetas y artistas españoles exiliados en México, particularmente Pedro Garfías y León Felipe; en su vinculación con la bohemia de los jóvenes poetas de los años setenta, a quienes acompaña, con afecto maternal, en su iniciación vital y literaria, y con los que recorre incansablemente las calles y tugurios del DF mexicano. Toda una serie de situaciones que se irán anudando progresivamente a otras más oscuras y tortuosas, acorde avance el relato y se profundice su sentido trágico, como ocurre con la acechanza de que es objeto una noche por parte de un asesino anónimo; o la intimidad casi mortífera que le depara un encuentro con el desquiciado hijo de la pintora Lilian Serpas, Carlos Coffeen Serpas: una inminencia trágica que ella ve espejeada en ciertos signos funestos del escenario urbano, pero que desestima para seguir adelante hacia una aventura peligrosa, de la que, sin embargo, logra salir ilesa:

3 Bolaño, Roberto, *Amuleto*, Barcelona: Anagrama, 1999, p. 11. De aquí en adelante, los números de página se agregan entre paréntesis a continuación de la cita en el cuerpo principal del texto.

Y hacia la casa de Lilian Serpas me vi caminando aquella noche, amiguitos, impelida por el misterio que a veces se parece al viento del DF, un viento negro lleno de agujeros con formas geométricas, y otras veces se parece a la serenidad del DF, una serenidad genuflexa cuya única propiedad es ser un espejismo. (110)

La buena suerte que acompaña a Auxilio durante esa noche funesta, sin embargo, no es casual sino una necesidad básica del relato pues, incluso a pocas páginas de concluirse la novela, todavía no comprendemos cabalmente el sentido de una trama que ha dejado en suspenso una línea que se preveía principal. Ello, en tanto no ha logrado evidenciarse el asunto que quiere referir esta mujer que satura el texto de palabras sin alcanzar a nombrar, tras su catarata verborrágica, aquello que parece acosarla pero que no logra transformarse en discurso. Ahora bien, es precisamente ese motivo el que termina por develarse en los últimos fragmentos del texto, demostrando que la identidad de esa historia tan dramáticamente anunciada (“esta será una historia de terror”) no era falsa, ni tampoco constituía una mera estrategia para mantener en vilo la atención del lector, sino que, por el contrario, era el punto nodal al que se encaminaba toda la tensión de la novela.

El modo en que acontece esa revelación, sin embargo, no tiene que ver con una exposición de tipo lineal ni analítica sino que acontece a través de la emergencia de una imagen: es decir, por medio de una figuración alegórica que ilumina un proceso social ocluido; un hecho trágico que, por mediación de la voz de la hablante, puede recuperar su forma y visibilidad histórica⁴. Así es como la novela logra reponer un hecho siniestro pero negado (*umheimlich*): la historia de un crimen atroz y absurdo, inenarrable desde una lógica representacional que intentara establecer un vínculo estable, transparente, entre las palabras y los hechos. Un crimen que consistió en la eliminación de cuajo, a manos de la maquinaria represiva de un Estado autoritario, de toda una generación de jóvenes rebeldes en aquel fatídico mayo mexicano de 1968. La narradora, que ha sobrevivido a esa experiencia de muerte por haber permanecido oculta en un baño del cuarto piso de la Facultad de Filosofía y Letras mientras se producía la irrupción militar a la UNAM, se convierte, por la fuerza de los hechos, en la única testigo habilitada para transmitirla, en una testigo secundaria que dará testimonio por quienes ya no pueden hacerlo por sí mismos.

La posibilidad de articular algún tipo de relato articulado sobre esos hechos supone, sin embargo, un proceso complejo y sin seguridad de éxito, en tanto implica, por una parte, la incierta posibilidad de recuperación de una memoria doliente

4 Como sostiene Patrick Dove refiriéndose a la ficción testimonial contemporánea, la producción de discurso no necesariamente garantiza la transmisión de la experiencia vivida; y, en muchos casos, el silencio puede ser más “fiel” al pasado que el lenguaje descriptivo. De allí, concluye que, en tanto el pasado traumático es un resto “indigesto” para los procesos cognitivos y mnemónicos, la literatura debe enfrentar en sí misma los límites de la representación y, por ende, su contribución al rescate de la memoria debería pensarse no sólo en términos de lo que las palabras dicen, o sugieren veladamente, sino de lo que *no* dicen en cada afirmación. Dove, Patrick, “Narrativas de justicia y duelo: testimonio y literatura del terrorismo de Estado en el Cono Sur”, en Jelin, Elizabeth y Ana Longoni (editoras), *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Madrid: Siglo XXI, 2005, pp. 132-133.

que está al acecho, pero siempre en fuga; y, por otra parte, supone encontrar los modos en que esa experiencia pueda ser traducida a un lenguaje expresable y comprensible. En esto consiste el largo proceso de elaboración del duelo al que asistimos en la novela: la ardua labor que despliega la hablante frente a las evocaciones que confusa, pero reiteradamente, se cuelan en su mente como indicios de la inevitabilidad de su presenciamiento: sentimientos y sensaciones quinésicas que ella experimenta de vez en vez, anticipando la emergencia de aquello que aun no puede ser nombrado conscientemente. Al cabo, sin embargo, terminarán por configurarse esas imágenes que pondrán palabras a su memoria traumática: la que ella guarda por haber presenciado el sacrificio de aquellos cuerpos jóvenes. Imágenes que ella logra construir mediante un trabajo de la memoria que la compele a asumir una postura ética y política no sólo frente a los hechos de los que fue testigo sino respecto del papel o función que a ella misma se tiene reservada en esta historia.

La dificultad que supone representar literariamente esta narración que relaciona traumas, memorias e imperativos ético-políticos, pero que, al mismo tiempo, como señala María Martha Gigena⁵, se desplaza de la referencialidad evidente de una denuncia llana, queda plasmada en la materialidad misma de la novela. Esto es lo que explica ese rasgo estructural que Celina Manzoni descubre en ella: que no puede avanzar de modo directo, y que por eso se desplaza con un movimiento espiralado o mediante un curso vacilante en el que abundan las repeticiones y contradicciones de situaciones y personajes⁶. Por eso mismo, en la configuración del mundo imaginario de la hablante las divisiones estrictas entre espacios y tiempos se desdibujan, y las dimensiones temporales (pasado, presente y futuro) necesariamente aparecen entremezcladas. Así, el despliegue de ese mundo interno, que da forma al contenido diegético mayor de la novela, se articula estructuralmente como un largo rodeo o disgresión que permite unir su inicio sorpresivo y su trágico final. Entre uno y otro punto tiene lugar la exposición de la serie de aventuras que protagoniza Auxilio y que son presentadas por ella como una serie de microrrelatos que enlazan narraciones dispersas, situadas en tiempos y espacios múltiples, y donde aparecen personajes reales o ficticios. Todo un tejido narrativo que, en su íntima imbricación, va permitiendo a la narradora acercarse progresivamente al núcleo doloroso de su recuerdo.

En este proceso de rememoración hay una escena que es clave, tanto por su reiteración obsesiva, como por el hecho de que vuelve a emerger siempre que alguna sensación, gesto o evento hace trastabillar la estabilidad emocional de la protagonista, provocándole el recuerdo. Esta es la escena de su permanencia en el baño de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras; el lugar donde ella

5 Gigena, María Martha, "La boca negra de un florero: metáfora y memoria en *Amuleto*", en Manzoni, Celina (editora), *La fugitiva contemporaneidad. Narrativa latinoamericana, 1990-2000*, Buenos Aires: Corregidor, 2003, p. 29.

6 Manzoni, Celina, "Reescritura como desplazamiento y anagnórisis en *Amuleto*", en Manzoni, Celina (editora), *Roberto Bolaño. La escritura como tauromaquia*, Buenos Aires: Corregidor, 2002, p. 178.

se esconde de la represión y donde decide poner en acto su propio ejercicio de resistencia frente a la barbarie que allí se estaba desplegando. Así, sentada en el sanitario con las piernas levantadas para no ser descubierta, se dispone a participar de un parto y de un nacimiento: de un hecho de violencia inaugural que abriría una nueva época en nuestra historia contemporánea.

Y yo, pobre de mí [...] levanté (silenciosamente) los pies como una bailarina de Renoir, como si fuera a parir (y de alguna manera, en efecto, me disponía a alumbrar algo y a ser alumbrada) [...] y me disponía moral y físicamente, llegado el caso, a no abrir, a defender el último reducto de autonomía de la UNAM, yo, una pobre poetisa uruguaya, pero que amaba México como la que más, mientras esperaba, digo, se produjo un silencio especial, un silencio que ni los diccionarios musicales ni los diccionarios filosóficos registran, como si el tiempo se fracturara y corriera en varias direcciones a la vez, un tiempo puro, ni verbal ni compuesto de gestos o acciones, y entonces me vi a mí misma y vi al soldado que se miraba arrobado en el espejo, nuestras dos figuras empotradas en un rombo negro o sumergidas en un lago. (33)

El momento y el lugar en donde Auxilio encuentra refugio en esos días de sangre, y donde logra resistir gracias al poder de la poesía, de su recuerdo y de su escritura⁷, se dibuja como un ámbito que, al decir de Celina Manzoni, es a la vez privilegiado y atroz: un espacio que, como el *Aleph* borgeano, es un lugar nimio pero que contiene en su interior todas las posibilidades del tiempo y el espacio. En este sentido, la imagen que nos ofrece la narradora permite reconfigurarlo como un cronotopos necesariamente fracturado, que es homólogo a la quiebra de su conciencia, y a través del cual opera ese “estallido de la memoria” que constituye el objeto principal de la novela⁸. Por eso mismo, dice Manzoni, los recorridos de la conciencia memoriosa de la hablante por entre medio de las distintas fragmentaciones temporales y espaciales, en pos de capturar simultaneidades y sucesiones desde todas las posibilidades que ofrecen el rombo del tiempo y el trizamiento del espejo, van delineando al propio texto como un *aleph* de la desesperanza: “Espejos astillados, cuerpos fragmentados, tiempo y espacio condensados en torno a un punto que lo contiene todo: 1968”, dice Manzoni⁹. Una representación que, por su misma condición catastrófica, en el sentido benjaminiano del término, termina por abrirse a la posibilidad de la utopía.

No se equivoca María Martha Gigena¹⁰ cuando en su análisis de la novela pone en duda la cordura de la narradora, afirmando que Auxilio oscila entre la poesía y la locura, asumiendo al mismo tiempo el papel de profetisa. En efecto, desde el

7 “¿Cuántos versos me sabía de memoria? Me puse a recitar, a murmurar los que recordaba y me hubiera gustado poder anotarlos, pero aunque llevaba un Bic no llevaba papel. Luego pensé: boba, pero si tienes el mejor papel del mundo a tu disposición. Así que corté papel higiénico y me puse a escribir” (145).

8 Manzoni, *ob. cit.*, pp. 180-181.

9 *Ob. cit.*, p. 182.

10 Gigena, *ob. cit.*, pp. 18-19.

cruce carnavalizado entre estos papeles, y por haber estado, y seguir estando, como en una nave del tiempo desde la que puede observarlo todo¹¹, dentro del baño de la Facultad de Filosofía y Letras, Auxilio se convierte en esa figura que no sólo logra observar los hechos que están aconteciendo en la ciudad de México, sino que también es capaz de avizorar los cataclismos sociales y políticos que, entre finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, darían inicio a la tardo-modernidad latinoamericana. Una época post-catástrofe en la que los sujetos, como explica en su estudio Rodrigo Ramírez, se hallan arrojados a la intemperie de un tiempo sin destino, vagabundos en un territorio abierto, lleno de cicatrices y de muertos a la vuelta de la esquina¹².

Volviendo a la proposición de Gigena, me interesa especialmente la conexión que ella establece entre locura, poesía, profecía y feminidad: una coincidencia poco frecuente en nuestra literatura, y más escasa aún en la escritura de varones. En busca de antecedentes, no puedo menos que detenerme en los poemarios de Gabriela Mistral, un referente literario importante para Bolaño. En este sentido, me interesa particularmente el libro *Tala* (1938) por tratarse de un texto donde aparece toda una galería de mujeres proféticas, a la vez que desamparadas: mujeres latinoamericanas exiladas de su tierra y de su lengua, que sólo en la locura logran obtener reinos verdaderos¹³.

A mi entender, la narradora de *Amuleto* guarda cierta afinidad con las figuras mistralianas, incluso si esas identificaciones son pensadas desde su torsión irónica. Por otra parte, en el relato también aparecen otras figuras femeninas que, al igual que ella, también se sitúan a considerable distancia de los moldes tradicionales de género-sexual, sea por su condición de artistas o por llevar una vida excéntrica. Refiriéndose a la identidad de la voz narrativa, María Martha Gigena sostiene que, una vez fundada textualmente: "Me llamo Auxilio Lacouture y soy uruguaya" (11), la voz de la protagonista puede hablarse como otra, en tanto el yo como hueco puede ser llenado con otro nombre, expandiéndose al modelo del "yo es otro". Desde esta perspectiva, la palabra de Auxilio se refracta en las de las otras mujeres con quienes ella entra en relación, produciéndose una resonancia anafórica que Gigena detecta en la voz de la narradora y que la multiplica espejeadamente en las de otras diversas: "yo Remedios Varo, yo Leonora Carrington, yo Eunice Odio, yo Lilian Serpas"¹⁴.

11 "No sé por qué recuerdo esa tarde. Esa tarde de 1971 o 1972. Y lo más curioso es que la recuerdo desde mi mirador de 1968. Desde mi atalaya, desde mi vagón de metro que sangra, desde mi inmenso día de lluvia. Desde el lavado de mujeres de la cuarta planta de la Facultad de Filosofía y Letras, mi nave del tiempo desde la que puedo observar todos los tiempos" (52).

12 Para una lectura de la novela desde las coordenadas ideológicas de la postmodernidad, ver: Ramírez Morales, Rodrigo, *Memoria, intemperie y sobrevivencia en Amuleto*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2008, manuscrito.

13 Al respecto, cfr.: Mistral, Gabriela, "Todas íbamos a ser reinas", *Tala*, Santiago de Chile: Andrés Bello, 1989.

14 Gigena, *ob. cit.*, p. 20.

Auxilio, por otra parte, no sólo se relaciona con estas mujeres de manera real o imaginaria: es decir, en tanto personas o fantasmas de personas, sino que entabla diálogos explícitos con los objetos simbólicos que ellas producen, con algunos de los cuales establece intensos vínculos simbólicos. Esta característica se subraya en el caso de Remedios Varo, una pintora catalana exiliada en México a raíz de la Guerra Civil Española, que también poseía poderes proféticos y que fallece antes del arribo de la narradora a México, pero con quien ella puede hablar en sueños o viajando en su “nave del tiempo”. Y es, precisamente, mientras observa el último cuadro de la artista cuando la hablante anticipa la anagnórisis que acontecerá al final de su relato; una intuición que, sin embargo, termina por ocluirse pues aún no era tiempo para su recuperación completa:

Y entonces Remedios Varo levanta la falda de la gigante y yo puedo ver un valle enorme [...] y la sola visión de ese paisaje me produce angustia, pues yo sé [...] que lo que la pintora me muestra es un *preámbulo*, una escenografía en la que se va a desarrollar una escena que me marcará a fuego, o no [...] lo que intuyo más bien es un hombre de hielo, un hombre hecho cubos de hielo que se acercará y me dará un beso en la boca, en mi boca desdentada [...] Yo sé que ese paisaje, ese valle inmenso con un ligero aire de fondo renacentista, *espera* (94).

Los cruces intertextuales entre el discurso literario y el discurso plástico no son infrecuentes en la escritura de Bolaño. Como descubre Joaquín Manzi¹⁵, este recurso suele operar en sus textos mediante la instalación de una “intertextualidad desplazada”, que remite el discurso narrativo hacia otros campos de la expresión estética, apelando a un género para trasponerlo luego hacia otro. Este procedimiento, que se pone en juego cuando la protagonista “ingresa” al cuadro de Remedios Varo, vuelve a aparecer al final del relato cuando, a través de la recreación onírica (e irónica) de una escena semejante a las que pintaba el Dr. Atl (1875-1964), ella puede dar forma a la escena temida y tan largamente anunciada; una imagen que, sin embargo, tampoco puede emerger con palabras o contornos muy precisos. Si la propia hablante, en la vigilia, se reconoce a sí misma como incapaz de olvidar nada (144), enmarcando su papel en una ineludible misión testimonial: “yo soy el recuerdo” (146), no obstante, ella se ve imposibilitada de recuperar enteramente lo vivido y, por ende, tampoco puede articular un discurso lineal sobre lo que va a referir. Interferida por estas pulsiones encontradas, será nuevamente en el discurso onírico, y por medio del desplazamiento que ofrece una representación alegórica, como finalmente la imagen ocluida logrará expresarse:

Supe entonces que el quetzal y el gorrión que estaban sobre la rama, metro y medio por encima de mí, eran los únicos pájaros vivos de todo aquel valle. Y supe que la sombra que se deslizaba por el gran prado era una multitud de jóvenes, una inacabable legión de jóvenes que se dirigía a alguna parte. [...] Estaban cantando. Los niños, los jóvenes cantaban y se dirigían hacia el abismo. Me llevé una mano a

15 Manzi, Joaquín, “El secreto de la vida (No está en los libros)”, en Manzoni, Celina, *Roberto Bolaño. La escritura como tauromaquia*, Buenos Aires: Corregidor, 2002, p. 161.

la boca, como si quisiera ahogar un grito, y adelanté la otra, los dedos temblorosos y extendidos como si pudiera tocarlos [...] Y los oí cantar, los oigo cantar todavía, ahora que ya no estoy en el valle.

Quisiera concluir este trabajo con una referencia a lo que entiendo podría definirse como el carácter feminocéntrico de esta novela de Bolaño; una característica que, lejos de ser tomada como un elemento excepcional, debiera interpretarse como un rasgo recurrente en un escritor que suele dejar en claro su distancia frente a los patrones genérico-sexuales tradicionales. En el caso particular de esta novela, sin embargo, esta recurrencia debe ser explicada en términos de las limitaciones que presenta el lenguaje para referir significados que exceden las posibilidades de lo decible dentro de la lógica falocéntrica que lo domina. Así, el discurso de la novela parece optar por un tipo de enunciación que permite acoger y legitimar una voz que obsesivamente se desplaza hacia los desbordes de una locura codificada como femenina. Observado desde esta perspectiva, el lenguaje delirante de la novela adquiere otra inteligibilidad, especialmente si lo observamos a la luz de las nociones que, sobre la escritura *femenina*, proponen autoras como Hélène Cixous, Julia Kristeva y Luce Irigaray. Es decir, como una textualidad que (independientemente del sexo biológico de su productor/a) busca connotar lo derrotado, lo denegado, lo nocturnal, lo agónico, lo a-lógico, en definitiva, aquello que carece de representación dentro del orden simbólico occidental. Una textualidad que, al mismo tiempo, en su ausencia de codificación, también emerge como un espacio "*in the wilderness*" desde donde connotar un mundo que aún no ha sido construido ni representado; un mundo que, desde un deseo ético a la vez que estético, bien podría prefigurarse en el lenguaje.

Desde este lugar de enunciación femenino, por tanto, como desde ciertas imágenes y construcciones simbólicas que se articulan alegóricamente en el plano del enunciado es como tiene lugar el despliegue de este relato, callado, de derrota y sacrificio. Una tragedia que ha marcado la subjetividad de la narradora, instalándose como un trauma que no puede nombrarse conscientemente, pero que, sin embargo, como retorno de lo reprimido, va colándose progresivamente entre los hilos de su voz quebrada, por entre medio de sus sueños y alucinaciones, hasta lograr una representación posible que evita su clausura histórica. De este modo, la narradora, en un gesto afín al de la hablante del "Nocturno del descendimiento" mistraliano, que toma en sus brazos al Cristo derrotado y muerto en la cruz: "...bulto vencido en una cuesta / que cae y cae y cae sin parar"¹⁶, también se hace cargo, maternalmente, de aquellos fantasmales cuerpos jóvenes para reponerlos simbólicamente. Unos jóvenes de los cuales sólo logra recuperar, por un instante o refracción, el momento previo a su muerte prematura e inconsciente, y una voz: su último canto o su última poesía. Única reliquia o amuleto posible, pues, en tanto huella de una ausencia, de una tachadura o palimpsesto, ese canto ya no puede devolver sus cuerpos sino sólo convocar nuevas palabras.

16 Mistral, *ob. cit.*, pp. 32-33.

Bibliografía

Avelar, Idelber, *Alegorías de la derrota. La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000.

Bolaño, Roberto, *Amuleto*, Barcelona: Anagrama, 1999.

Dove, Patrick, "Narrativas de justicia y duelo: testimonio y literatura del terrorismo de Estado en el Cono Sur", en Jelin, Elizabeth y Ana Longoni (editoras), *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Madrid: Siglo XXI, 2005, pp. 131-165.

Gigena, María Martha, "La boca negra de un florero: metáfora y memoria en *Amuleto*", en Manzoni, Celina (editora), *La fugitiva contemporaneidad. Narrativa latinoamericana, 1990-2000*, Buenos Aires: Corregidor, 2003.

La Capra, Dominick, "Historia y memoria después de Auschwitz", en *History and Memory after Auschwitz*, Cornell University Press, 1998. En: www.cholonautas.edu.pe (consulta del 12.10.2007).

Manzi, Joaquín, 2002, "El secreto de la vida (No está en los libros)", en Manzoni, Celina, Roberto Bolaño. *La escritura como tauromaquia*, Buenos Aires: Corregidor, 2002.

Manzoni, Celina, "Reescritura como desplazamiento y anagnórisis en *Amuleto*", en Manzoni, Celina (editora), Roberto Bolaño. *La escritura como tauromaquia*, Buenos Aires: Corregidor, 2002.

_____, "Recorridos urbanos, fantasmagoría y espejismo en *Amuleto*", en Manzoni, Celina (editora), *La fugitiva contemporaneidad. Narrativa latinoamericana, 1990-2000*, Buenos Aires: Corregidor, 2003.

Mistral, Gabriela, *Tala*, Santiago de Chile: Andrés Bello, 1989, 2ª edición.

Ramírez Morales, Rodrigo, *Memoria, intemperie y sobrevivencia en Amuleto*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2008, manuscrito.

Rojo, Grínor, "Bolaño y Chile", *Anales de Literatura Chilena* N° 5, 2004.

Strejilevich, Nora, *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*, Buenos Aires: Catálogos, 2006.

Escribir para resistir (Notas sobre las letras durante la dictadura uruguaya)

Pablo Rocca *

Cuando se habla de cualquier manifestación artística durante una dictadura hay que ser más prudente que cuando se consideran tiempos de, digamos, vigencia del derecho. Y mayor cautela aún cuando se incurre en cualquier intento de periodización, o en cualquier trazado de líneas dominantes y subalternas. Antes que nada, como es obvio, porque el corte de la libre circulación de las ideas y de sus productos veda la cómoda fórmula de pensar sólo en lo publicado. En momentos en que lo público se hace espacio de riesgo, hasta el solitario acto de escribir se mueve en territorios que van del temor a ser descubierto en el círculo privado hasta la autorrepresión, en caso de que se pueda difundir lo que se hace. Por eso, como nunca, las categorías historiográficas clásicas tiemblan. O se tambalean.

El caso uruguayo durante el ciclo dictatorial que corre entre 1973 y febrero de 1985 viene de perillas para pensar estas posibilidades y estos límites. Propongo ver este caso en cuatro frentes no necesariamente contiguos: 1) la producción que salió a la luz pública en Uruguay en la dictadura; 2) lo que escribieron quienes *no* estuvieron presos pero que por su alto riesgo sólo se publicó después del 1° de marzo de 1985; 3) lo que se escribió en la cárcel y se filtró clandestinamente o, más probablemente, salió con la liberación del cautivo; 4) lo escrito en el exilio, por uruguayos o sobre Uruguay, publicándose en el país o fuera de él, durante el régimen o en el ya largo tiempo posterior a su extinción.

Como se ve, estamos ante algo mucho más complejo que lo que aquí se desarrollará. No quiero ni puedo hacer un panorama, una síntesis o siquiera una sinopsis. El riesgo del inventario y de las consiguientes ausencias devoraría el espacio que razonablemente puede admitirse para un artículo. Y, sin embargo, quiero dejar constancia de que aún no se ha hecho en relación a Uruguay el mapa del campo letrado en esta dura etapa. Ya no, digamos, en la fundamental y necesaria función contrastiva con semejantes situaciones en Brasil, Argentina y Chile, dado el notorio

* Departamento de Literaturas Uruguayas y Latinoamericanas, Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.

aire de familia de los regímenes autoritarios de la época; ni siquiera se ha hecho una cartografía comprensiva de la situación nacional, en un momento de frecuente y a menudo continuo cierre de fronteras culturales, así como de eliminación lisa y llana de medios y modalidades expresivas que, paradójicamente, nacionalizaron a la fuerza un proceso que gozaba de una apertura regional y general avanzada en los años anteriores. Una especie de sístole y diástole de lo local y lo regional en esta época, la construcción de una mirada comparativa con los contextos vecinos depararía hallazgos, como a simple vista se puede suponer y como, por ejemplo en relación al caso brasileño, abrió camino el ensayo breve, pero lúcido y pionero de Flora Süssekind, publicado originalmente en 1985, *Literatura e vida literária. Polêmicas, diários & retratos*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar ed.

Quisiera exponer algunas notas provisionales que tocarán algunos aspectos de las dos primeras de las cuatro series antedichas: la difusión pública de la producción cultural, en particular literaria en el más amplio sentido del huido término, y ciertos textos publicados entonces por quienes no fueron arrasados por la política represiva. La escritura, en suma, que además de hacerse a sí misma admite, a veces, la posibilidad de proyectarse como acto de resistencia.

Antes de junio del 73 existían limitaciones severas a la libertad, pero nunca como desde ese momento se generalizó la persecución de todo tipo¹. Menos cuidado se ha tenido en observar los sufrimientos y los daños padecidos por la cultura y la educación. Fueron destituidos miles de profesores y maestros, emigraron cientos de intelectuales; otros tantos cientos fueron encarcelados; otros se vieron obligados a llamarse a silencio; se clausuraron decenas de medios de prensa y varios teatros, y sus bienes fueron confiscados; miles de libros fueron sacados de circulación y transformados en pasta de papel. Otros se hicieron cenizas. Tenemos, ahora, gracias al esfuerzo de investigación coordinado recientemente por Álvaro Rico, algunos documentos que acreditan estas prácticas que muestran el dual carácter de una actividad represiva programada y, a la vez, antojadiza, según los criterios o los gustos de jefes militares o policiales de distinto grado. Referiré sólo dos historias

1 Baste recordar que en Uruguay el golpe de Estado se venía perfilando desde principios de los sesenta, y que fue el presidente constitucional Juan María Bordaberry quien quebró la institucionalidad democrática y que el anterior jefe de Estado, Jorge Pacheco Areco, fue embajador del régimen *de facto* hasta que, en 1982, decidió volver al país para convertirse en uno de sus interlocutores y ventrílocuos. Baste recordar, también, que muchos dirigentes de primera fila del Partido Nacional se sumaron a los cuadros de la dictadura. Nutrida bibliografía se ha producido en los últimos años sobre el tema. Remito, al respecto, a los trabajos de Gerardo Caetano y José Pedro Rilla (en particular su *Breve historia de la dictadura*, Montevideo: Banda Oriental, 1988), Álvaro Rico, Clara Aldrighi, Romeo Pérez, Vania Markarián, entre otros. En septiembre de 2006 se dio inicio a un curso, emitido por el canal de televisión oficial los fines de semana, destinado a maestros de Primaria y profesores de Enseñanza Secundaria. Las declaraciones sobre la historia política reciente del profesor Carlos Demasi, uno de los coordinadores de esta actividad, despertó las iras de los legisladores de los partidos blanco y colorado y de su prensa, que llegaron a pedir la destitución del mencionado docente. Un documento que circuló por Internet y, luego en medios impresos, firmado por medio millar de profesionales de todo el mundo, protestó contra esa iniciativa que tenía pocas posibilidades de ejecución dado el notorio respeto del actual gobierno del Frente Amplio al ejercicio de la libertad de expresión.

ilustrativas de ese programa y ese antojo en el adentro de la vida en la cárcel y el afuera, el de la vida de la calle. La psicóloga Sonia Mosquera, quien fue recluida en la cárcel para presas políticas en 1972, me contó que en la primera mitad de 1975 las autoridades quemaron *toda* la biblioteca del Penal de Punta Rieles en un lugar que podía apreciarse desde cualquiera de los pabellones. La incinerada biblioteca fue sustituida por otra, de poco más de un centenar de volúmenes de doctrina fascista, excluyendo todo otro discurso, en especial novelas. Sólo en 1981, y por presiones de la Cruz Roja, ingresó una donación de dos mil libros, lo que significa que durante más de un lustro las presas no pudieron leer más que los textos de esa biblioteca nazificada². En ese año terrible de 1975, que el régimen denominó “Año de la orientalidad”, otro testigo y protagonista de esos años, el profesor Diego González Gadea, se ganaba la vida vendiendo libros usados en la Feria de Tristán Narvaja. Un domingo fue detenido y conducido a la Jefatura de Policía por el “delito” de ofrecer a la venta ejemplares de *Cuadernos de Marcha*. En el baño para los presos, colgadas de un gancho de metal, las toallas eran otros ejemplares de esa revista. Mientras tanto, en un rincón del patio, miembros de la policía de “inteligencia” encendieron un fuego para un asado con otros muchos libros confiscados³.

Estos dos solitarios pero significativos ejemplos muestran que súbitamente, un enorme capital cultural acumulado durante más de un siglo se vino abajo. Por lo menos en lo que refiere a sus formas de circulación y las posibilidades de libre transmisión en la cadena de la cultura. Incluyamos en esta quiebra el acoso moral que supone. Antes de los actos de reparación a la verdad a que se ha asistido en Uruguay desde 2005, el pasado más oscuro no se desvaneció porque, entre otros lenguajes, la literatura se encargó de interpelarlo y reconstruirlo sin pausas. No significa esto una petición ni una postulación de poética realista. Aun formas alegóricas y hasta fantásticas del discurso literario en Uruguay se han religado, conscientemente o no, con el referente de la crueldad. En un tiempo de silencio y de sospecha se produjo una brusca rotación: se pasó del movimiento especular del signo y su significante, al empleo de la metáfora, la sugerencia, la entrelínea, la polivalencia. La literatura, en cierto modo, vino a ocupar un lugar que a las ciencias sociales le estaba vedado. O, como ha señalado Beatriz Sarlo en relación al caso argentino, por aquellos tiempos la literatura anticipaba el saber sobre el pasado y eso sostenía su empresa

2 Cfr. Mosquera, Sonia et al, “Mano a mano: un lenguaje para resistir”, en: *Cuadernos de historia reciente, 1968 Uruguay 1985*. Montevideo, N° 1, 2006, pp. 11-22. En la misma revista consúltense otros testimonios, y el importante trabajo de Albistur, Gerardo, “Autocensura o resistencia. El dilema de la prensa en el Uruguay autoritario”, *loc. cit.*, pp. 111-136.

3 Recabé el testimonio de Sonia Mosquera el 5 de octubre de 2006. El catálogo de la biblioteca del Penal de Libertad, donde estaban recluidos los presos políticos de sexo masculino, así como el registro de otras actividades culturales, todas ellas con severos controles, fue publicado en Phillipps-Treby, Walter y Tiscornia, Jorge, *Vivir en libertad*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2003.

El testimonio de Diego González fue expresado en entrevista colectiva que le realizamos en junio de 2006, recogida en Rocca, Pablo (editor), *Revistas culturales del Río de la Plata (Campo literario: debates, documentos, índices, 1942-1964)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental/Comisión Sectorial de Investigación Científica/Universidad de la República, 2009.

reconstructiva. Hoy esa empresa sólo puede sostenerse en la calidad de la escritura, ya que un saber circula hasta en las formas más banales de los textos de memoria y el periodismo-ficción audiovisual. [...] En los ochenta faltaba discurso social. Hoy se difunde en todos los géneros imaginables⁴.

Antes, en los sesenta, la literatura había conjugado el verbo en tiempo presente: el futuro *ahora*, el capitalismo sería derrotado de un momento a otro y el arte tenía que rendirse frente a esa evidencia⁵. Tal fervor fue arrancado de cuajo por la dictadura y con estas mutilaciones infligidas en el cuerpo físico y en el cuerpo del discurso, sonó la hora del mesurado repliegue hacia otros tiempos no menos conflictivos, pero lo suficientemente alejados como para evitar la acción de la censura. Así, por ejemplo, abundó la canción y la narración sobre las guerras civiles de fines del siglo XIX y principios del XX, en las que se puso en práctica lo que Mijail Bajtin llamó el “hipérbaton histórico”, procedimiento que “consiste en representar como existente en el pasado lo que, de hecho, sólo puede o debe ser realizado en el futuro; lo que, en esencia, constituye una meta, un imperativo y, en ningún caso, la realidad del pasado”⁶. Dicho de otra manera: la aspiración a la libertad y a la consiguiente destitución del autoritarismo presente, se asoció traslaticiamente con la experiencia de bando en armas (el saravismo) que se alzó en 1897 contra el *status quo* (el gobierno despótico de Juan Idiarte Borda y en 1904 contra el intransigente gobierno de Batlle y Ordóñez). Hubo, también, formas elípticas de aludir al presente, especialmente en la poesía, que se pliega y se reabre, como en las líneas últimas de “Valorar valores” de Amanda Berenguer:

por una letra	se pierde	una palabra
por una palabra		una sentencia
y por una sentencia		la vida ⁷

De pronto, múltiples comunidades culturales originarias de una misma matriz cultural y lingüística se deslocalizaron sin poder dialogar entre sí por causa del aislamiento y el severo control del Estado policial. El caso pone otra vez en cuestión el concepto clausurado de nación, que venía problematizándose, por otra vía, cuando en los sesenta se había integrado a la búsqueda latinoamericana del destino local. La dictadura encerró a muchos y diseminó a muchos otros por distintos puntos del planeta. Eso continuó aun después del fin del régimen y se reintensificó después, a consecuencia del fracaso de un país que, agobiado por una

4 Sarlo, Beatriz, “Sujetos y tecnologías. La novela después de la historia”, en: *Punto de Vista*, Buenos Aires, N° 86, diciembre de 2006, p. 2.

5 Entre la bibliografía reciente sobre el punto en América Latina, consúltese Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

6 Bajtin, Mijail, *Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación*, Madrid: Taurus, 1989. (Traducción de Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra). Sobre el tema en particular, cfr. ROCCA, Pablo, “Travesías de un caudillo mítico (Notas sobre la literatura del saravismo)”, en: *Organon. Revista do Instituto de Letras da Universidade Federal do Rio Grande do Sul*, vol. 17, 2003, pp. 93-99.

7 Berenguer, Amanda, *Poesías (1949-1979)*, Montevideo: Arca, 1980, p. 14.

deuda externa pesadísima y pronto más desarticulado por políticas neoliberales, no le dieron cabida a quienes retornaban ni a muchos que debieron emigrar para vivir en condiciones favorables o, simplemente, para sobrevivir. Entre ellos, claro, un enorme número de escritores.

A pesar del arroyo y de la habilidad de varios discursos para burlar al autoritarismo, es evidente que el fin de la libre circulación de las ideas desde 1973 fue un golpe fatal para la vida cultural. Un hecho emblemático fue la clausura del semanario *Marcha*, ocurrida en noviembre de 1974, con lo que el régimen quebró el eje de discusión por el que se había desplazado la cultura uruguaya, especialmente su literatura, por lo menos desde 1950⁸. Estranguladas las revistas, cercenada la prensa, la dictadura obliteraba exitosamente el diálogo, con lo cual conseguía fracturar el contacto de los más jóvenes con sus posibles maestros. El tajo fue profundo, sobre todo en el campo de la crítica y el pensamiento: sea por la retirada de dos generaciones influyentes, sea por el exilio masivo de mayores y hasta de muy jóvenes talentosos⁹. En pocos años, el viejo país radical y abierto pareció esfumarse. Ese país en el que, no obstante, una derecha solapada que aún no se ha estudiado como sería menester, fue capaz de imaginar un proyecto tan ferozmente antidemocrático.

De un extremo al otro, entre el estreno autoritario y el inicio de su disipación, la muerte de dos escritores parece como si la realidad hubiera imaginado dos metáforas. La misma noche del día del golpe falleció Francisco Espínola, y su velatorio se convirtió en una oportunidad para que se realizara la primera manifestación opositora al régimen naciente. En el otro polo, quien había sido el mayor intérprete cultural en la predictadura, Ángel Rama, después de largo exilio murió en un accidente de aviación el 27 de noviembre de 1983, el mismo día que se celebraba el gran acto que desde el Obelisco de Montevideo juntó a más de medio millón de personas.

En buena medida, la censura alcanzó sus objetivos: logró perjudicar a los más jóvenes quebrando o dañando gravemente la cadena de la memoria. De este modo, se atentó contra un público fomentado a lo largo de años, con altos niveles

8 Cfr. Rocca, Pablo, *35 años en Marcha (Crítica y literatura en el Uruguay y en el semanario Marcha, 1939-1974)*, Montevideo: División Cultura de la IMM, 1992. Herrera, Nicolás Ariel, *El pueblo desarmado. Uruguay 1970-1973. Testimonio de Marcha*, Montevideo: Imprenta Tradinco, 2004.

9 La lista de los exiliados es inabarcable. Considérese, apenas, la salida del país de filósofos fundamentales como Arturo Ardao y Manuel A. Claps; de historiadores como Lucía Sala, Juan A. Oddone, Blanca Paris y Julio C. Rodríguez, de críticos literarios y profesores de decisiva importancia como Ángel Rama o de críticos e investigadores jóvenes como Jorge Ruffinelli, Hugo Achugar, Gabriel Saad, Edmundo Gómez Mango, Norah Giraldi, Martha Canfield, Mabel Moraña, para sólo dar algunos ejemplos. Ya en democracia, pero sin poder retornar al país, a fines de 1985 y de 1986, respectivamente, murieron Emir Rodríguez Monegal y Carlos Martínez Moreno. Escritores clave como Juan Carlos Onetti, quien fue encarcelado con Mercedes Rein por premiar el cuento de Nelson Marra ("El guardaespaldas") que la dictadura consideró "osceno", se exilió en España, donde murió en 1994 rehusándose a volver a su país de origen. Mario Benedetti corrió peligro de vida desde que fue requerido por la dictadura en 1973. Debíó salir a Buenos Aires y, de ahí, a Perú, Cuba y España. Regresó a Montevideo en 1985. Otros intelectuales de largo magisterio y prestigio murieron en este período: Emilio Oribe y Alberto Zum Felde en 1976; Carlos Real de Azúa en 1977; Roberto Ibáñez en 1978; Juana de Ibarbourou en 1979, convertida en un personaje oficial por la dictadura; el doctor Carlos Quijano, fundador de *Marcha*, quien murió en México en 1984, a pocos meses del fin del régimen que lo expulsó del país.

de alfabetización y de promoción de la cultura letrada. A esto debe agregarse la creciente y paralela pérdida de poder adquisitivo de las capas medias, que habían sido el mayoritario y aun multitudinario sector consumidor de los bienes culturales. La caída en la cantidad de libros publicados es una evidente consecuencia de las imposiciones autoritarias y de la ausencia y prohibición de muchos escritores. Repárese en algunas cifras sólo en cuanto a nuevos libros de narrativa de autores vivos. Según los registros oficiales llevados por la Biblioteca Nacional, en 1970, sin contar las numerosas reediciones de ese año febril, en Uruguay se publicaron *dieciséis* volúmenes (novelas o cuentos) de autor y *tres* recopilaciones colectivas. En pleno apogeo de la censura, en 1977 salieron sólo *ocho* títulos de autor (esto es el 50% menos) y ni siquiera una antología¹⁰. Súmese a esta verificación estadística la falta de todo un tejido cultural que había sostenido el “campo literario”, concepto bourdieano cuya legitimidad en este contexto habría que revisar, dado que en este la alternancia y la posibilidad de intercambio se redujeron a su mínima expresión.

Hay una primera etapa de represión severa que se va fisurando en 1980, cuando el autodenominado “proceso cívico-militar” es derrotado, una vez que quiere refrendar su continuidad, sometiendo a plebiscito un proyecto constitucional¹¹. Luis Eduardo González detectó tres momentos de la dictadura: la fase “*comisarial*”, entre 1973 y 1976; “*ensayo fundacional*” de un nuevo orden entre 1976 y 1980, y un último período de transición desde entonces hasta 1985¹². Si se mira este proceso desde los movimientos de la vida cultural la correlación no es tan estricta con el acontecer político o, en todo caso, existiría la posibilidad de realizar otros recortes, capaces de generar o aun preservar espacios de sociabilidad y resistencia a la opresión. De hecho, la Feria Nacional de Libros y Grabados, dirigida por la poeta Nancy Bacelo, fue uno de los pocos centros de encuentro donde, sin pausas, circularon algunos bienes simbólicos y donde se pudo compartir las esperanzas y el miedo¹³. Aun más, 1978 podría situarse como el comienzo de una etapa de respiración un poco menos artificial: se intensifica la actividad editorial del sello Arca, fundado en 1962; surge la editorial Acali, se revitaliza Ediciones de la Banda Oriental (iniciada en 1961) que inventa “Lectores”, una colección para suscriptores que continúa saliendo y que llegó a tener cinco mil abonados. También ese año 1978 aparece el suplemento cultural *La Semana*, del diario *El Día*, episodio fundamental para la recuperación de receptores. Y, además, empiezan a aumentar su ritmo de publicación las revistas para las minorías

10 Datos tomados del *Anuario Bibliográfico Uruguayo*, Montevideo: Biblioteca Nacional, 1971 y 1978, respectivamente.

11 Formas de la resistencia a la dictadura se procesaron en distintos campos. Pocos o ningún precedente en parte alguna tiene la huelga general de quince días que se disparó luego del golpe. Un documentado trabajo sobre el tema: Rico, Álvaro, Carlos Demasi, Rosario Radakovich, Isabel Wschebor, Vanesa Sanguinetti, *15 días que estremecieron al Uruguay. Golpe de Estado y huelga general, 27 de junio-11 de julio de 1973*, Montevideo: Fin de Siglo, 2005.

12 Cfr. González, Luis E., *Transición y restauración democrática*, Montevideo: CIESU, 1985.

13 Un registro gráfico de la historia de la Feria Nacional de Libros, Grabados, Dibujos y Artesanías en los volúmenes *Las fotos de la Feria [...]*, y *Los afiches de la Feria [...]*, publicados en Montevideo, 2005.

letradas¹⁴. Es cierto que luego del plebiscito de 1980 y, en particular, después del 82 con las elecciones internas de los partidos, se supo aprovechar mejor los intersticios que dejaba la represión. Entonces, se desencadenaron cinco fenómenos nuevos y gravitantes en la producción cultural, que enumero sin establecer jerarquías:

Primero: reaparecieron los semanarios, si bien algunos fueron clausurados temporal o definitivamente, y a cuenta de que muchos se las ingeniaron para reaparecer con otros títulos. En términos generales, sus denominaciones mucho dicen sobre el deseo de romper la opresión: *Opinar*, *Correo de los Viernes*, *La Democracia*, *Opción*, *Alternativa Socialista*, *Aquí*, *Sincensura*, *Jaque*¹⁵, y aun las revistas de humor, como *El Dedo* y *Guambia*. Todos estos semanarios, en diverso grado influidos por el eliminado modelo de *Marcha*, difundieron escritores que se habían “perdido” en las últimas décadas, afuera y adentro, y en ese ámbito se preparó un nuevo equipo de críticos en el periodismo cultural, así como el retorno de algunos activos antes del golpe¹⁶. En estos medios se suturó la supuesta dialéctica negativa de las generaciones, puesto que nunca se había dado en la total historia literaria del país que se reunieran armoniosamente quienes estaban distanciados por casi setenta años de edad¹⁷.

Segundo: se multiplicaron las ediciones de poesía, en particular se destacó una experiencia de edición cooperativa organizada por un grupo de jóvenes autores (Ediciones de Uno), quienes tenían vínculos en clubes barriales o con los sindicatos que resurgieron en el 83.

Tercero: el teatro se convirtió en un escenario de encuentros, donde se pudo presenciar textos leídos en clave de resistencia, y exteriorizar el beneplácito por medio de sonoros aplausos. El enorme impacto público del teatro, sobre todo el

14 Como *Malodor*, que venía de antes de la dictadura, muy vinculada a la cultura francesa, en la que se recuperó algunas voces en el exilio (Ida Vitale, Enrique Fierro, Eduardo Milán), y en la que, bajo la conducción de Lisa Block de Behar, a comienzos de los ochenta se difundió los primeros textos de la estética de la recepción y la desconstrucción. Otras revistas culturales importantes: *Cuadernos de Granaldea*, *La Plaza* (Las Piedras) –clausurada por el régimen–, *Trova*, esta última hecha por jóvenes estudiantes del Instituto de Profesores “Artigas” (IPA) y luego integrada a los programas de la editorial Arca, donde se combinaron los jóvenes con los “consagrados” (Mario Arregui, Idea Vilariño, Héctor Galmés, etc.). Labor fundamental en la difusión de poesía correspondió a Ediciones de la Balanza y a la revista *Poética*, este último un intento de actualización teórica por el lado de las lecturas intrínsecas de la poesía (Appratto, Álvaro Miranda, bajo el amparo de Jorge Medina Vidal y Enrique Fierro). La revista *Prometeo*, en buena medida ligada a un grupo de profesores de la intervenida Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, –no por eso adictos al régimen–, difundió algunas líneas de la lingüística contemporánea, disciplina que se desarrolló mucho en esos años.

15 Este último editó una “Separata” que se abrió a lo nuevo, al tiempo que recuperó algunas voces míticas, como las de Juan Carlos Onetti, Vargas Llosa y García Márquez, con sus colaboraciones adquiridas por servicio de Agencias.

16 Entre los primeros, Rosario Peyrou en *La Democracia*, Wilfredo Penco, codirector de la sección literaria de *Correo de los Viernes*, Milton Fornaro, Elvio E. Gandolfo y Rafael Courtoisie en *Opinar*, Alejandro Michelena en *Alternativa Socialista*, Ricardo Pallares en *Jaque*, y otros. Entre los segundos, José Pedro Díaz, codirector de sección literaria de *Correo...*; Graciela Mántaras Loedel y Alejandro Paternain en *Opinar*; Ruben Coteló en *Jaque*.

17 Desde Fernando Pereda o Ildefonso Pereda, los dos nacidos en 1899 hasta el precoz Jorge Castro Vega, por ejemplo, nacido en 1963.

independiente, podría ejemplificarse en una obra nacional, *El herrero y la muerte*, de Mercedes Rein y Jorge Curi, que en poco más de cuatro años, entre 1981 y 1985, recibió a ochenta y cinco mil espectadores en una sala de 192 localidades¹⁸. Y eso, recuérdese, en una ciudad como Montevideo que apenas superaba el millón trescientos mil habitantes; en un país que sólo contaba con tres millones de personas.

Cuarto: el llamado “canto popular” se convirtió en un movimiento expresivo y colectivo y, por ende, también político. Consiguió recapturar los favores del público joven, que encontró en los recitales o bailes masivos un pretexto para la rebeldía y la reflexión, un público que hasta poco tiempo atrás se había desviado hacia las más publicitadas y despreocupadas modalidades del *pop* anglosajón o de las azucaradas canciones en lengua española, a lo Palito Ortega, o de lengua portuguesa, a lo Roberto Carlos. Este movimiento, además, recurrió a los poetas como compositores o musicalizó textos que pasaron a divulgarse por los medios técnicos de amplia difusión, en particular por la radio¹⁹.

Quinto: desde 1980 los concursos literarios fueron piezas fundamentales para mantener viva la trama cultural: los concursos de la Feria de Libros y Grabados; el certamen “12 de octubre”, organizado por la Embajada de España; los concursos de cuentos del “Club del Libro” de Radio Sarandí; el que organizara la editorial Acali y el diario *El Día*.

En este último concurso obtuvo un segundo lugar el olvidado José Carmona Blanco (Barcelona, 1926-Montevideo, 2005). Se trata de un nombre altamente resonante desde el punto de vista simbólico, ya que Carmona era un anarquista español que se había exiliado en Montevideo por sus actividades contrarias a la dictadura franquista, y que permaneció en Uruguay cuando la situación española se invirtió²⁰. En aquella ocasión en que se empezaban a abrir cada vez más los espacios, que todavía escaseaban, la novela corta *La prueba*, de Carmona Blanco, obtuvo el reconocimiento unánime de quienes en ese momento escribían para las publicaciones opositoras al régimen²¹. Carmona situó la historia en un barrio de casas precarias, ubicado “entre el cuartel y el cementerio”. La parte que podríamos considerar central del argumento del relato alinea a un grupo de amigos, que se reúne en un bar, donde aparece una idea salvadora: participar en un concurso que consiste en dar vueltas alrededor de la Plaza Libertad durante una semana, sin detenerse una sola vez. Si se concluía exitosamente la hazaña, se obtendría una

18 Cfr. Mirza, Roger, *La escena bajo vigilancia. Teatro, dictadura y resistencia*, Montevideo: Banda Oriental, 2007.

19 Dos figuras decisivas en este proceso fueron el musicólogo Coriún Aharonian, maestro de la mayor parte de los músicos e intérpretes del movimiento, y el poeta Washington Benavídez. Este último se trasladó a la capital desde de su ciudad natal, Tacuarembó, 1976. En CX 30 “La Radio” dirigió desde entonces, y hasta mediados de la década del noventa, dos programas: “Trovadores de nuestro tiempo” y “Canto popular”.

20 Sobre el aislamiento y la soledad de Carmona Blanco en su país de adopción y, mucho peor, en su tierra de origen, véase mi entrevista al autor en *El País Cultural*, Montevideo, Año X, N° 478, 30/XII/1998, pp. 1-3.

21 Jorge Albistur y Alicia Migdal en *La Semana*, Elvio E. Gandolfo en *Opinar*, Wilfredo Penco en *Correo de los Viernes*, Rosario Peyrou en *La Democracia*.

recompensa económica que podría salvar a uno de los personajes (“el” Walter) de los múltiples desequilibrios económicos que le ha ocasionado quedarse sin empleo. El libro sortea otra prueba, la retórica. La narración se juega a la metáfora política y social, con lo que pudo caer en la literatura iracunda en boga durante los años sesenta. Pero los riesgos que esa opción representaba en plena dictadura lo llevó a sacar todas las menciones a los abusos del régimen, las precedentes huelgas y las movilizaciones estudiantiles que, según me lo comunicara el autor en junio de 2000, constaban en una primera versión del texto. En su lugar, y quizá en beneficio de una narración que desdibuja la historia reciente sin excluirla, aparecen ciertas claves con las que se las arregla para aguijonear al capitalismo que margina a los más débiles, los arrastra hacia la ignorancia o la pobreza. Y, sobre todo, una alegoría jovial de la resistencia (llevada hasta los límites físicos) contra la prepotencia, la crisis, la marginación y la insolidaridad.

No reduciré todos los discursos a una dependencia con el referente opresivo o con su materialidad. Esto sería torpe y hasta patético. Como sea, también me parece ingenuo y aun falaz circuir en el estricto campo del lenguaje, sin comunicación tendida hacia el mundo, las manifestaciones creadoras de esta época o de cualquiera. Arriesgaría a proponer que en buena medida en aquellos años oscuros la prosperidad de la literatura que excede las fronteras de lo que solemos llamar realismo, se incrementa por la presión autoritaria. El caso de Felisberto Hernández es notable en esta serie. Muerto en 1964, y por lo tanto muy lejos de las peores tensiones previas a la ruptura institucional, su extraordinaria obra elude la representación realista y la conexión con el referente político. Había sido redescubierta antes del golpe a instancias, principalmente, de José Pedro Díaz y Ángel Rama, quienes publicaron sus obras completas en varios volúmenes entre 1965 y 1974. Sus textos pudieron reeditarse durante la dictadura, e incluso figuró como autor central en los programas de estudios de Educación Secundaria y superior, en buena medida por esa renuencia ante lo político y, tal vez, por contar con el favorable *handicap* –para los ojos del “nuevo orden”– de una notoria militancia anticomunista del autor en los años cincuenta²². Hace mucho, en un luminoso ensayo, Noé Jitrik propuso algo semejante a lo que aquí indico en relación a la recepción de Roberto Arlt y de Borges en diferentes modulaciones de la agitada sociedad argentina. Para Jitrik, en “los momentos socialmente conflictivos pero donde reina cierta tolerancia expresiva” asciende la discusión de la obra de Arlt, mientras que “por el contrario, en los momentos de *status quo* o de represión política, la línea Borges se presenta como una salida, es como si, asumiendo sus postulaciones principales, se afirmara la ‘libertad de la imaginación’ frente a la imposibilidad de ejercer ‘la libertad del razonamiento’”²³.

22 Felisberto Hernández ingresó como autor de sexto grado en Educación Secundaria en el plan de estudios de 1976 y, por la misma fecha, en los programas oficiales para la formación de los profesores de Literatura en el Instituto de Profesores “Artigas”, rebautizado por el régimen Instituto Nacional de Docencia “Gral. Artigas”.

23 Jitrik, Noé. “Presencia y vigencia de Roberto Arlt”, en: *Roberto Arlt o la fuerza de la escritura*, Bogotá: Panamericana Ed., 2001, p. 39. [1981].

Otro ejemplo mostrará mejor mi argumento acerca de esta línea durante el período. A fines de los años sesenta, Mario Levrero (1940-2004), fue uno de los primeros y más lúcidos en reaccionar contra la avalancha y las limitaciones de la llamada "literatura comprometida". Como sea, está fuera de discusión y no es problema de interpretaciones marcadas por lo ideológico, el caso de *El lugar*. En esta novela aparecida en Buenos Aires en la revista *El Péndulo*, en 1982 (Nº 6) un desasosegado personaje se desplaza de un sitio a otro y, en cierto momento, sufre una persecución por una banda armada. Los editores extirparon dos pasajes en los que comparecen situaciones de tortura²⁴. Hay que tomar en cuenta que se trata de un relato en el que *ninguna información concreta* remite a la cruda vida política de cualquiera de los países del Río de la Plata azotados por dictaduras gemelas. Pero la sola alusión a una situación de este tipo podía tener las peores consecuencias para el autor y los editores en Argentina y, desde luego, también en Uruguay, donde aunque en dosis pequeñas, la revista circulaba.

Para que existan intelectuales, ha dicho Zygmunt Bauman, estos deben ligarse a través de "algún ideal asociativo"²⁵. La dictadura juntó a tirios y troyanos. Quizá ningún ejemplo mejor que lo sucedido cuando los primeros síntomas de apertura, es decir, cuando se podía expresar alguna disidencia sin el seguro destino de cualquier forma de la represión más infame. El anciano escritor Ildelfonso Pereda Valdés vino a epitomizar el reclamo constante de libertad creativa y política. Referir este episodio puede mostrar la violencia estatal de la represión y las estrategias de repudio a la misma, entre elípticas y directas²⁶.

El 6 de agosto de 1981 se reunió el jurado que entendía en la asignación del Premio Nacional de Literatura. Bajo la presidencia de la Ministra de Educación y Cultura, Raquel Lombardo de De Betolaza, comparecieron los miembros de la Academia Nacional de Letras, siete delegados del Poder Ejecutivo y otros tantos de la Asociación Uruguaya de Escritores y de la Asociación General de Autores del Uruguay. Por unanimidad, asignaron el premio a Pereda Valdés, por entonces de 82 años de edad. Pereda Valdés era un intelectual de una vasta trayectoria. En 1933, cercano al Partido Comunista, había escrito un poema, "Canto a Lenin", incluido en el volumen *Lucha*. Medio siglo más tarde, alguien descubrió a destiempo ese poema y se lo hizo saber a los jefes oficiales. El 26 de enero de 1982 un parco decreto firmado por el dictador Gregorio Álvarez y por la ministra del ramo se rehusó a homologar el fallo. Poco antes de esta interdicción, un miembro del Consejo de Estado había propuesto que se asignara al vencedor una pensión graciable. Al día siguiente del mensaje del Poder Ejecutivo, el diario *El País* en su página editorial

24 Según consta en la segunda edición en la que se integran los pasajes aludidos. Véase Levrero, Mario, *El lugar*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, Colección "Lectores", quinta serie, vol. 17, 1991. Prólogo de Helena Corbellini.

25 Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997, p. 116.

26 Por más detalles, remito a Rocca, Pablo, "El caso Ildelfonso Pereda Valdés: Un homenaje de ida y vuelta", en *El País Cultural*, Montevideo, Año VI, Nº 300, 4/VIII/1995, p. 9.

difundió el poema bolchevique, y –desde luego– el reclamo de la honorable pasividad fue archivado. Difundida la noticia de la anulación del fallo, brotaron las protestas en todas las revistas y semanarios opositores, en especial entre las voces más jóvenes o que, por lo menos, no habían tenido una actuación demasiado ostensible antes del 27 de junio de 1973. Una prueba de la infamia pude verificar en la Biblioteca Nacional a comienzos de 1995. En este acervo se resguardaban dos ejemplares del pequeño volumen *Lucha*, hasta que a principios de 1982 la ministra de la dictadura solicitó en préstamo uno de ellos y nunca lo devolvió, como consta en una fotocopia del otro ejemplar supérstite. Un escritor algo olvidado, que no participaba desde hacía décadas de cualesquiera ideologías revolucionarias y que –de buena gana– hubiera recibido la distinción, se transformó en icono de la cultura castigada.

Una versión algo más extensa de este artículo, que ahora tiene agregados y modificaciones, se publicó con el título “Sobre las letras durante la dictadura (Reflexiones básicas)”, en Rico, Álvaro (coord.), *Historia reciente, historia en discusión*, Montevideo: Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos/ Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2008, págs. 141-159.

**Capítulo III:
Imaginarios, representaciones culturales
e intervenciones estéticas**

Políticas culturales y autoritarismo: las búsquedas del consenso durante la dictadura uruguaya

Aldo Marchesi *

Introducción: ¿cultura y/o dictadura?

En el simposio *Represión, exilio, democracia y la cultura uruguaya* en 1986 variados intelectuales se reunieron para reflexionar acerca de qué había ocurrido con la cultura uruguaya durante la dictadura¹. Los participantes en el simposio describían la cultura en dictadura con imágenes tales como oscuridad, silencio o ausencia. Las ponencias enfatizaban todo lo que se había perdido. Lo que había ocurrido con la cultura no había sido diferente a lo ocurrido con otros aspectos de la vida del país durante el período. La metáfora que primaba era la de la destrucción de la cultura uruguaya. Frente a esto, algunos reseñaban los intentos de resistencia cultural a dichos planes de destrucción como las únicas islas de cultura que habían sobrevivido a la catástrofe. Dicho simposio que reunió a más de veinte intelectuales es sólo un ejemplo de una visión que primó durante la transición democrática a la hora de evaluar lo ocurrido con la cultura en dictadura. La dictadura había destruido la cultura. El resultado de dicha destrucción había sido una suerte de *vacío cultural* durante el período autoritario. A excepción de aquellas islas de resistencia cultural nada de lo otro merecía ser analizado. Cultura y dictadura eran antónimos.

Indudablemente las dimensiones de la destrucción de variados proyectos culturales por parte de la dictadura habían sido dramáticas. Pero la denuncia de la destrucción parecía cancelar la pregunta de ¿qué había puesto la dictadura en su lugar?

Aunque los primeros enfoques planteaban una noción de cultura asociada a los valores civilizatorios que la dictadura había querido destruir, la acepción de cultura como: “un sustantivo independiente, usado en manera general o específica, que

* Aldo Marchesi, PhD. Candidate (NYU), CEIU (UdelaR).

1 Sosnowski, Saúl (Comp.), *Represión, exilio y democracia; la cultura uruguaya*, Montevideo: Universidad de Maryland-College Park, Ediciones de la Banda Oriental, 1987.

indica un particular estilo de vida, sea de un pueblo, de un grupo o de la humanidad en general"² comenzó gradualmente a adquirir presencia en el debate intelectual y académico del Uruguay de fines de los ochenta y principios de los noventa. Esta perspectiva inevitablemente cuestionaba las maneras en que se analizaban los fenómenos culturales, entre otros aquellos vinculados a la dictadura. Si asumíamos que el término cultura refería a un sistema de significados a través del cual las sociedades o grupos conceptualizan el mundo en el que viven, resultaba difícil pensar en una sociedad sin cultura. Ya no se trataba de una visión monológica y homogénea de cultura, sino del conflicto entre diferentes nociones que estaban en disputa en una sociedad dada.

Tomando como referencia dicha noción, una serie de enfoques comenzaron a poner más atención en algunas de las transformaciones promovidas por la dictadura en el campo de la cultura. La primera aproximación refirió a lo que se dio en llamar la cultura del miedo. Algunos trabajos en el Cono Sur comenzaron a indagar en las consecuencias que tuvo el terrorismo de Estado en la vida cotidiana y los posibles legados de dicha experiencia en las sociedades posdictatoriales³. En el caso uruguayo, en 1985 Juan Rial y Carina Perelli publicaron el artículo *Los límites del terror controlado. Los hacedores y defensores del miedo en el Uruguay* que anticipaba las reflexiones de los noventa acerca de estos temas. En dicho trabajo se analizaba el *efecto demostración* que las prácticas del terrorismo de Estado sobre víctimas específicas tuvieron sobre el conjunto de la sociedad.

Esta interpretación implicó una visión más comprehensiva y plural de la noción de cultura. La cultura ya no era sólo un patrimonio de los opositores al régimen y/o los intelectuales. La dictadura había promovido un proyecto que ciertamente no guardaba relación con la visión iluminista de la cultura, pero era susceptible de ser incorporado en una visión amplia de lo cultural. Sin embargo, dicho enfoque seguía equiparando dictadura a represión. Otros aspectos culturales que la dictadura desarrolló o dejó desarrollar durante el período continuaban opacados.

Otros trabajos comenzaron a indagar en los contenidos culturales concretos que la dictadura quiso impulsar. El campo de la educación recibió atención desde los ochenta. Pero en los noventa, se puso una especial atención sobre los aspectos más subjetivos del régimen. El trabajo *Ideología y educación durante la dictadura*⁴ abrió un camino para investigar la dictadura desde el punto de vista de los efectos sobre los sujetos sociales a diferencia de los enfoques estructurales previos. Estos trabajos reconstruyeron las transformaciones programáticas e institucionales desarrolladas durante el período. A estas investigaciones se agregaron otros enfoques que

2 Williams, Raymond, *Keywords, a vocabulary of culture and society*, New York, Oxford: University Press, 1983, p. 90.

3 Corradi, Juan, Patricia Weiss Fagen, Manuel Garretón, *Fear at the edge. State Terror and Resistance in Latin America*, California: University of California Press, 1992.

4 Campodónico, Silvia, Emma Massera, Niurka Sala, *Ideología y educación durante la dictadura*, Montevideo: Ed. Banda Oriental, 1991.

indagaron sobre políticas específicas en otras áreas de la cultura tales como las políticas de conmemoración histórica o las de comunicación del régimen (Cosse-Markarian), (Marchesi).

Todos estos estudios dieron cuenta de una notoria preocupación por parte de los dictadores acerca de la cultura. Estos trabajos mostraron cómo la cultura ofreció una alternativa para obtener adhesiones en ciertos sectores de la sociedad civil y un camino para formar un tipo de individuo que se habituara a las pautas de un nuevo orden estatal autoritario que los dictadores intentaban fundar. Dichas iniciativas adquirieron su mayor desarrollo en la segunda mitad de la década del setenta donde las resistencias habían sido reducidas a su mínima expresión.

En esta presentación, tomando en cuenta estas investigaciones repasaremos las principales apuestas culturales del régimen dictatorial, analizando las políticas y las instituciones que contribuyeron a la creación de la misma y los apoyos logrados en su desarrollo. A través de este análisis pretendemos reflexionar acerca de las maneras en que la cultura ofreció herramientas al régimen para buscar apoyos en determinados sectores sociales durante los momentos más duros de la dictadura. La pregunta que guiará la indagación es ¿cómo ciertas propuestas culturales de la dictadura contribuyeron al intento de construir un frágil consenso dictatorial durante la segunda mitad de la década del setenta?

En las últimas décadas la reflexión acerca de las dimensiones consensuales de los regímenes autoritarios ha comenzado a recibir atención⁵. A diferencia de las visiones tradicionales que han enfatizado en las dimensiones coercitivas de los regímenes autoritarios para explicar su origen y mantenimiento, estos nuevos enfoques han señalado cómo estos regímenes han contado con diversas formas de apoyo social que en algunos casos implicaron una participación activa y en otros casos una aceptación pasiva por parte de importantes sectores de la sociedad civil. Estos enfoques no pretenden descartar el problema de la coerción de la violencia estatal, sino reintegrarla en una visión más amplia que explique el mantenimiento de estos regímenes autoritarios a través de su frágil balance entre coerción y consenso⁶. En este caso indagaremos en las posibles asociaciones que se pueden encontrar entre la búsqueda de consenso del régimen y sus políticas culturales.

5 Para una discusión del tema del consenso en la historiografía sobre el facismo ver Painter, Borden W. "Renzo De Felice and the Historiography of Italian Fascist", *The American Historical Review*, vol.95, N° 2, abril 1990. Para el caso Aleman ver: Kershaw, Ian, *La dictadura nazi, problemas y perspectivas de interpretación* Argentina: Siglo Veintiuno Editores, 2004. Para España ver Calvo, Candida, "El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista", *Spagna Contemporánea*, N° 7, 1995. En América Latina el trabajo más elaborado que conozco en esta dirección es sobre la dictadura de Trujillo: Turits, Richard Lee, *Foundations of despotism*. Stanford: Stanford University Press, 2003. Para Argentina ver la reseña de Lvovich, Daniel, "Dictadura y consenso ¿Qué podemos saber?" *Revista Puentes* N. 17, Abril 2006.

6 Para una relectura crítica de los usos de las categorías gramscianas de consenso y coerción ver Anderson, Perry. "Las antinomias de Antonio Gramsci", *Cuadernos del Sur*, N. 6, Octubre 1987 y Roseberry, William, "Hegemony and the language of contention", en: Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (Ed.), *Everyday forms of State Formation*. Durham and London: Duke University Press, 1994.

La cultura del “Nuevo Uruguay”

El año 1975 marcó el comienzo de una propuesta fundacional en el campo de la cultura. Los efectos de la represión y la censura se habían hecho sentir de tal manera sobre importantes sectores de la educación, el arte, y la producción periodística que el coro de voces disidentes en la constreñida esfera pública tendió a reducirse a su mínima expresión. Las condiciones estaban dadas para comenzar a delinear con más claridad las propuestas que la dictadura buscaba impulsar.

El primer ensayo de estas propuestas fueron los festejos del “Año de la Orientalidad”. Isabela Cosse y Vania Markarian han estudiado la “parafernalia patriótica” de los eventos a través de los cuales la dictadura se propuso celebrar el 150 aniversario de la Nación en 1975 y los sentidos que intentó asignar a dicha conmemoración. A través del estudio de las actividades promocionadas y auspiciadas por la Comisión Nacional de Homenaje al Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825 las historiadoras repasan las diversas iniciativas ensayadas durante el año y los actores que participaron en las mismas. Con la promoción de diez eventos históricos relacionados al año 1825, la Comisión buscó impulsar la exaltación patriótica estableciendo diversos puentes entre actores de la sociedad civil y el Estado.

Aunque el trabajo da cuenta de una realidad contradictoria donde “las celebraciones estuvieron signadas por la improvisación y la urgencia” que incluso “permite interrogarse sobre su calidad de proyecto”⁷, su investigación demuestra que dichos eventos dieron ideas y canales para promover la participación de sectores sociales en el proyecto dictatorial:

La exaltación patriótica se convirtió de este modo en un vehículo adecuado para la conformación de núcleos de sociabilidad en los que el gobierno pretendía sustentarse. En 1975 la atracción de los festejos históricos habilitó el surgimiento de una serie de iniciativas particulares, velando pronunciamientos más explícitos y haciendo de la veneración nacionalista un modo privilegiado de participación social⁸.

En síntesis el “año de la orientalidad” fue un punto de inflexión en la propuesta cultural de la dictadura. Dicha campaña marcó la idea de una refundación nacional que implicara un cambio radical con el pasado previo a 1973. Si se trataba de una real “refundación” del Uruguay acorde con el proceso “revolucionario” que vivía el país, el proyecto también requería cambiar las maneras en que los uruguayos se habían relacionado con su cultura nacional en las últimas décadas. La cultura del “nuevo Uruguay” debía ser construida con referentes alternativos a los de los sesenta. Para convocar a importantes sectores de la población en la tarea de refundar una nación, que había estado al borde del colapso por la amenaza subversiva, era necesario

7 Markarian, *ob. cit.*, p. 114.

8 Markarian, *ob. cit.*, p. 117.

renovar el impulso nacionalista debilitado en dicha crisis. Este impulso nacionalista debía ser promovido en un clima de consenso a través de un sistema de medios que lo impulsara y de intelectuales que en los distintos ámbitos de la cultura lo apoyaran. Dentro de este proyecto los jóvenes que estaban creciendo en ese nuevo régimen eran la mayor apuesta ya que podrían asegurar la continuidad del régimen en el futuro. Estas apuestas pueden ser sintetizadas en tres aspectos: la creación de un sistema de medios proclives al régimen, la exaltación patriótica y las políticas hacia la juventud. Dichos aspectos necesarios para la constitución de un nuevo Uruguay ya quedaron delineados en 1975. A partir del año 1976, en el contexto de las transformaciones institucionales producidas por el régimen, el impulso parece haberse intensificado y clarificado en sus concreciones.

a) Un sistema de medios oficialistas

El ciclo de censuras, destitución, persecución y encarcelamiento que se inició en junio de 1973, aunque con importantes continuidades con las prácticas desarrolladas por las administraciones de Pacheco y Bordaberry, mostró una brutal efectividad para la destrucción o el exilio de los proyectos culturales creados al calor de los sesenta. Con estos amenazantes antecedentes el gobierno pudo desarrollar a partir de 1975 un sistema de medios proclive al régimen que se consolidará durante la segunda mitad de la década del setenta.

La creación de la Dirección Nacional de Relaciones Públicas en 1975 fue la pieza clave para desarrollar dicho sistema. Según el decreto que establecía la creación del nuevo organismo, este se encargaría de asesorar al Estado en aspectos comunicacionales relacionados a su imagen nacional e internacional, de marcar lineamientos para los medios de comunicación estatales y privados, y de censurar a los medios privados⁹. Asimismo el numeral b) de dicho decreto que proponía “motivar la voluntad de la población” posibilitó a la DINARP el impulso o la promoción de una infinidad de eventos culturales y deportivos no necesariamente vinculados con los medios de comunicación.

A fines de 1975 el sistema de medios ya estaba funcionando aceitadamente y no existían opositores explícitos al régimen. En su mayoría los medios de prensa escrita, radial o visual que sobrevivieron tuvieron una muy buena relación con el gobierno. Las grandes empresas comerciales actuaron reforzando los auspicios de aquellos medios que tenían una mayor cercanía al régimen¹⁰. La adhesión tampoco fue una salvaguarda contra la censura. En diferentes ocasiones estos medios fueron censurados por el régimen aduciendo diversas razones tales como “información falsa” o emitir “opiniones políticas”.

9 Decreto 166/975.

10 El diario *El Día* fue el único de los diarios matutinos que mantuvo algunos periodistas que emitieron discretas y entrelineadas críticas al régimen.

La adhesión al régimen no canceló el debate entre los diversos medios. Existió una diversidad de enfoques que fue un poco más allá del aparente monolitismo que un régimen autoritario podía imponer. Si bien la mayoría de los medios existentes durante el período adherían explícitamente al régimen, dicha adhesión no se tradujo en homogeneidad. Los diferentes medios mantenían diferentes perfiles, intereses, enfoques y posicionamientos. Cada medio intentó mantener un perfil particular y una argumentación singular de por qué apoyaba al régimen. Incluso el régimen toleró cierto nivel de debate público en torno a algunas temáticas del quehacer gubernamental nacional y de la política internacional en dichos medios. Este nivel de diversidad tolerado ayudó a representar una armónica relación entre sociedad y Estado, un apoyo mayor del real al régimen, a la vez que dio canales para que ciertas elites toleradas ofrecieran sus aportes al proceso de construcción del “nuevo Uruguay”.

Resulta imposible en un artículo de este tipo dar cuenta del conjunto de los debates que se dieron en la prensa durante el período. Pero nos parece que la mención de la revista *Búsqueda* puede dar cuenta de los límites, posibilidades y efectos que tuvo ese debate público en dictadura. La revista *Búsqueda* fue un buen ejemplo de aquellos actores que participaron en dicho debate público restringido. Un grupo de profesionales, técnicos e intelectuales embanderados con las ideas neoliberales impulsaron una revista original en el contexto uruguayo que pretendía realizar una contribución al debate intelectual. Su agenda tenía puntos en común con la visión de la dictadura, pero a la vez marcaba rumbos sobre los que la dictadura no tenía una actitud definida a priori.

Búsqueda y la dictadura compartieron una visión radical de la guerra fría. Para ambos, occidente estaba en riesgo y todo tipo de medidas, incluso aquellas que cancelaban los derechos políticos liberales, podían ser justificables para detener el avance del comunismo.

En los temas donde la dictadura no tenía un proyecto claro o existían diferentes versiones en el plantel estatal, *Búsqueda* apoyó líneas liberalizadoras para incidir sobre determinadas políticas dentro del gobierno. Los principales conflictos con el gobierno se dieron cuando la revista promovió intentos de liberalización económica, en áreas donde existían militares con visiones más “estatistas” de la economía.

El impulso liberalizador de *Búsqueda* no se redujo a la economía. La revista intentó promover una revolución cultural en torno a las maneras en que la sociedad uruguaya se había relacionado con el Estado. Sin embargo la efectividad de dicha intervención no parece haber tenido mayores dividendos más allá de ciertos momentos de la política económica de la dictadura. La iniciativa en torno a impulsar una universidad privada no concitó mayores adhesiones en el régimen. Aunque militares y *Búsqueda* compartían la preocupación acerca de las herencias de una educación fuertemente influenciada por la subversión, las soluciones ofrecidas diferían. Mientras que para los militares la solución era controlar el aparato estatal de la educación, para *Búsqueda* era alejar la educación del Estado. Las dos visiones ejemplificaron visiones enfrentadas dentro de la esfera pública restringida del régimen acerca del nuevo Estado que se intentaba construir.

Por último, *Búsqueda* aportó reflexiones acerca de cómo caracterizar en términos de filosofía política al nuevo régimen. Esto abrió canales para una reflexión explícita y pública acerca de los límites de la democracia liberal desde la perspectiva de aquellos que apoyaban al régimen. El único planteo articulado acerca de la bases políticas en las cuales refundar el nuevo régimen había sido realizado por Bordaberry con su intento de disolver definitivamente los partidos políticos. Estas contribuciones desde la revista *Búsqueda* apuntaron a crear una alternativa al planteo del presidente. Alternativa que había sido esbozada por los militares. Estas reflexiones parecen haber apuntado a ofrecer herramientas teóricas para pensar, justificar y proyectar el régimen dictatorial con fundamentos que establecieran un vínculo entre la DSN, y algunas versiones del pensamiento político liberal conservador frente al pensamiento corporativista, antiliberal sostenido por Bordaberry. Sin embargo, dicha articulación entre militares y *Búsqueda* en torno a la conformación de un horizonte teórico que legitimara una nueva república no prosperó.

En síntesis, la dictadura habilitó en el ámbito de la comunicación el desarrollo de una serie de actores independientes al Estado que plantearon su apoyo al régimen pero que a la vez podían plantear críticas al mismo. En su visión esto fue un indicador que expresaba cómo sectores dentro de la sociedad civil apoyaban al régimen. El mantenimiento de esa restringida esfera pública fue funcional a la dictadura para mostrar los apoyos al régimen y dar una imagen de “normalidad” y consenso. Asimismo, a través de esa restringida esfera pública se dio el dialogo entre el Estado y ciertas elites (técnicos, empresarios, periodistas) necesarias para impulsar el proyecto dictatorial en múltiples aspectos que aun mostraban inconsistencias a mediados de la década del setenta.

b) La exaltación nacionalista

La exaltación nacionalista promovida a través de muy diversas medidas tales como la construcción de grandes monumentos públicos, el desarrollo de eventos sociales y culturales masivos, festivales folclóricos, conmemoraciones, concursos artísticos, desfiles cívico militares y campañas históricas fue la principal identidad del nuevo régimen en materia cultural.

Desde la perspectiva de los actores estatales que habían participado en la lucha antisubversiva el conflicto había sido en torno a la soberanía nacional. Gran parte de los discursos de las derechas a fines de los sesenta y comienzos de los setenta denunciaron el carácter antinacional de la subversión. Las Fuerzas Armadas se asumieron como herederas del artiguismo resignificando el conflicto de los setenta como luchas por la segunda independencia nacional e identificando lo nacional con el régimen y lo antinacional con la oposición. En su perspectiva la exaltación nacionalista era un paso necesario para reconstruir la comunidad nacional luego de la crisis sufrida por la amenaza subversiva.

El impulso nacionalista del régimen estaba claramente vinculado a la idea de refundación nacional. Conceptos como “revolución” o “nuevo Uruguay” fueron

utilizados por diferentes miembros del gobierno para dar cuenta que esta apelación nacionalista estaba relacionada con la fundación de un nuevo orden político y cultural.

Aunque existieron algunas instituciones como la DINARP que tuvieron un rol importante en la promoción de ciertos eventos, la exaltación nacionalista invadió las más diversas instituciones estatales y espacios públicos¹¹.

En este caso escogeremos un evento anual realizado en el departamento de Lavalleja que da cuenta de la conjunción de esfuerzos que este impulso nacionalista requirió y reúne gran parte de la ritualística desarrollada alrededor de estas políticas. Desde 1971 se realizaba la llamada "semana de Lavalleja". En ella se conmemoraba la victoria de las tropas "orientales" lideradas por Lavalleja en la batalla de Sarandí contra el ejército brasileiro de ocupación en 1825. A partir de 1975, (en el contexto del año de la orientalidad), esta celebración adquirió una relevancia particular. En torno a una idea del Coronel Pascual Cirilo, de la división de Ejército NE IV se creó "la noche de los fogones". Esta actividad consistía en la realización de una "vigilia colectiva", en el cerro Artigas, durante la madrugada del 12 de octubre. Se establecían fogones "a la más típica manera oriental" alrededor del cerro donde estaba la estatua ecuestre de Artigas¹². Los fogones eran organizados por las instituciones de enseñanza, la división del ejército IV, el propio comité ejecutivo organizador de la semana de Lavalleja, empresas locales, y asociaciones nativistas. En cada fogón se desarrollaban actividades folclóricas, tales como cantos, danzas, el típico mate amargo, asado con cuero. A la hora cero, la multitud cantaba, con carácter de himno: "A don José". Mientras todo quedaba a oscuras, potentes reflectores iluminaban sobre la gigantesca estatua ecuestre que se encontraba en la cima del cerro. El efecto era impactante, la estatua aumentaba su tamaño y parecía suspendida en el cielo. El presidente de la República Aparicio Méndez recordaba el momento de la siguiente manera:

Fui tocado, también por ese amanecer del 12 de octubre con la figura del héroe iluminándose lentamente, encendiéndose como se sigue encendiendo el corazón de los orientales. Mirando aquel perfil contra el cielo iluminado pensaba también, qué gran figura es la de este hombre para que a medida que pasa el tiempo la devoción de su pueblo aumente y acreciente y siga creciendo, creo, indefinidamente. (Diario *El País*, 13/10/1978, p. 10.)

11 A modo de ejemplo un informe de la DINARP cuenta que el ministerio de Educación y Cultura tuvo a su cargo un programa de símbolos nacionales: "confección de banderas nacionales, laminas de próceres, partituras y grabaciones del himno nacional y cantos patrios, bustos de héroes e infinidad de materiales mediante los cuales se volcó un aporte destinado a la afirmación de los valores de Patria y Nacionalidad". Dicha repartición habría elaborado más de veinte mil pabellones patrios en un año. DINARP, *Uruguay 1973-81, Paz y Futuro*, Montevideo: Dinarp, 1981. pp. 343.

12 José Gervasio Artigas fue el principal caudillo que lideró la lucha contra la dominación española en la región a partir de 1811. Aunque su proyecto fue el establecimiento de una liga federal con las provincias del Virreinato del río de la Plata, en Uruguay ha sido recordado como el fundador de la nación.

Luego de ese ritual se alternaban diversos espectáculos masivos, que iban desde recitales folclóricos, dramatizaciones, fuegos artificiales y espectáculos de luces¹³.

Año tras año la prensa nacional asignó mayor importancia al evento, en 1978, los diarios de mayor tiraje, *El País* y *El Día*, publicaban la noticia como portada. Informaban que veinte mil personas habían participado en el evento. El presidente que participó casi todos los años del evento, mostró su satisfacción por esta manifestación popular:

Es el mensaje que le dejo al pueblo de Minas; el de gratitud por esta evocación histórica, el agradecimiento por el esfuerzo que ha hecho para estar todo presente y la nota reconfortante que significa ver una parte del pueblo uruguayo feliz, contento, alegre sintiéndose dueño de su destino, como lo soñamos y como lo queremos (Diario *El País*, 13/10/1979, p. 4).

Luego Mendez declaraba:

Soy de la campaña, la admiro y creo en ella, lo que luego de esta expresión, me permite volver a la ciudad reconfortado. Hacía tiempo que no sentía tanto afecto espontáneo y no veía tanta alegría y tantas expresiones de simpatía. No tengo más que palabras de profunda gratitud para estos hombres del campo, que nos han acogido con los brazos abiertos y que tienen el verdadero sentido de la vida.

El día posterior se realizaba un desfile cívico militar en la ciudad y se inauguraban diferentes obras públicas. A lo largo de la semana se realizaban una infinidad de actividades sociales y deportivas.

La experiencia de la semana de Lavaljeja es un modelo de las maneras en que la dictadura a través de su ritualística patriótica intentó mostrar una suerte de idilio entre "pueblo" y "gobierno". El desfile cívico militar y la reunión entre "gobierno" y "fuerzas vivas" de cada localidad fueron ceremonias obligatorias cada vez que un gobernante viajaba al interior del país. Dichas ceremonias intentaban enfatizar el compromiso del régimen con aquellos sectores que ellos consideraban realmente patrióticos. En este tipo de diálogo los militares fueron capaces de establecer interlocutores locales. Las "fuerzas vivas" de cada lugar fueron las asociaciones de empresarios, comerciantes, leones, rotarios, clubes sociales y grupos nativistas. Esta apuesta no se expresó sólo en términos simbólicos, sino en una expansión de obras públicas en localidades que habían sido desatendidas por gobiernos anteriores.

13 A modo de ejemplo en 1975, mientras las campanas de la iglesia de la ciudad sonaban sin parar, un grupo de "atletas de diversos centros de enseñanza, partían raudos desde la estatua del brig. Gral. Lavaljeja (en la ciudad) hasta el monumento Artigas (en la cima del cerro) para encender una llama votiva en el pebetero instalado en el cerro" (Diario *El País*, 12/10/1975), o en el año 1978 se realizó una suerte de mega espectáculo llamado "La epopeya de los orientales", libretado por el prof. F. O. Assuncao, "donde sus realizadores mostraron a miles de personas reunidas en el cerro de Artigas, los momentos fundamentales de la historia del Uruguay" ("La vigorosa figura del prócer en la noche de fogones", en Diario *El País*, 15/10/1978, p. 13).

La dictadura constantemente se preocupó por mostrar la dimensión popular de estos eventos. Allí participaban los diferentes escuadrones militares, los escolares, liceales, sociedades "nativistas" a través de sus "caballerías gauchas", clubes sociales, asociaciones deportivas, rotarios y leones, muchas veces trabajadores públicos en forma obligatoria, y otros actores de la sociedad civil. La prensa oficial cubría la participación popular en dichos eventos como una muestra de la legitimación popular que la dictadura tenía. Legitimación que no escapaba de una lógica "moderna" y "democrática". La idea era que el "pueblo en la calle" expresaba el apoyo al gobierno. Sin embargo este no era todo el pueblo. En las increíblemente honestas palabras del presidente Aparicio Méndez esta era la "parte del pueblo uruguayo" que se sentía "feliz, contento, alegre sintiéndose dueño de su destino, como lo soñamos y como lo queremos", asumiendo que existía otra parte del pueblo uruguayo que no se sentía tan feliz con el nuevo régimen.

En estas fiestas algunas tradiciones culturales fueron resaltadas por la dictadura. Gran parte de las apuestas culturales en relación al folclore plantearon una visión idealizada de ciertos fenómenos de la vida rural del siglo XIX. La "esencia" de esta tradición tenía como referencia histórica lo que podríamos llamar la cultura gaucha. Aunque la cultura gaucha desapareció a partir de la primera modernización, durante todo el siglo XX existieron diversos grupos que revalorizaron y buscaron mantener algunas de sus prácticas y costumbres. La dictadura retomará estas tradiciones como una apuesta concreta al incentivo de asocianismo nativista que será un actor importante en variados eventos culturales. Estas actividades nativistas serán prácticamente sinónimos de la identidad nacional, o como decía un locutor de la DINARP la "esencia misma de la orientalidad". Así, el sentimiento nacional se transformaba en algo claramente detectado y asible. Quien participara de estas actividades iba a ser más "oriental". En esta visión la identidad nacional se encontraba fuera de lo cotidiano y se accedía a través de la realización de ciertas actividades vinculadas con lo "tradicional". En las coberturas de prensa de los diferentes festivales de folclore lo "típico" pasaba por tres aspectos: las comidas tradicionales (tortas fritas, mate, asado, busecas, guiso criollo, etc.), la música folclórica, y la vestimenta gaucha. Participar en cualquiera de dichas actividades implicaba un incremento de su sentimiento "oriental".

c) La educación de las nuevas generaciones

La educación fue la otra apuesta de la dictadura. Asumiendo que uno de los grandes problemas de los sesenta había sido el compromiso político de los sectores juveniles¹⁴. La dictadura intentó transformar el sistema educativo para asegurar el desarrollo de las nuevas generaciones bajo nuevos referentes asociados con los valores de la educación moral y las prácticas deportivas.

14 El 76% de los detenidos tenían entre 18 y 34 años. Serpaj. *Uruguay, "Nunca Mas"*, Montevideo, 1989, p. 412.

A comienzos de 1975, las transformaciones en el ámbito de la educación pública expresaron una intención fundacional que trascendió la mera voluntad de control y persecución mantenida hasta el momento. El 12 de febrero de 1975 a través de la resolución 203/975 se decretó la segunda intervención de la enseñanza. En este caso la intervención imprimió un tono de militarización ya que se institucionalizó la participación de las FF. AA. en los órganos directivos de la educación. La nueva reglamentación designó un director general interventor civil y un subdirector general interventor militar para cada uno de los tres consejos desconcentrados del Consejo Nacional de Educación.

Los motivos de la resolución estaban en sintonía con otras iniciativas que buscaban encausar el “proceso revolucionario” que el país estaba viviendo a través de una mayor acción estatal en diferentes ámbitos de la cultura:

Que es obligación del Gobierno insertar el problema educativo en el proceso revolucionario que conduce la Nación, a cuyos efectos debe asegurar que la docencia se inspire en los principios fundamentales de la nacionalidad y en la afirmación de los valores permanentes y superiores de la persona humana¹⁵.

Como en cualquier proyecto que se autodefiniera como revolucionario la educación cumplió un papel fundamental para sostener este nuevo régimen.

En términos filosóficos, las claves del nuevo proyecto educativo navegaron entre dos perspectivas ideológicas que convivían en el plantel directivo de la educación pública: el hispanismo católico y la Doctrina de la seguridad nacional. Aunque estos planteos no necesariamente resultaron convergentes en lo político, en el ámbito educativo no parece haber habido mayores contradicciones en las autoridades del CONAE.

En relación a los planes y programas las transformaciones se desarrollaron fundamentalmente en el ámbito de las ciencias sociales. En educación secundaria el cambio de plan se dio en 1976, en la formación docente en 1977 y en primaria en 1979. Más allá de las variaciones de contenidos en materias como Historia o Geografía la pieza vertebral de todas las reformas se vinculó con la sustitución de la Educación Cívico Democrática por la Educación Moral y Cívica. El desplazamiento del adjetivo democrático por el de moral fue sintomático de lo que se trató la nueva materia. Aunque el término democracia había sido utilizado como antónimo de subversión durante la primera mitad de los setenta, en el marco del proyecto fundacional esta visión dejaba de perder valor. Ahora se trataba de formar un nuevo hombre con las cualidades morales adecuadas para el nuevo régimen que se intentaba desarrollar.

El discurso integrista católico y la DSN convergieron en esa inquietud en torno a lo moral. El discurso integrista católico reintegraba las nociones relativas al orden social como orden natural mientras que la Doctrina de la seguridad nacional

15 Romano, Antonio, *De la Reforma al Proceso. Historia de la Enseñanza Secundaria en el Uruguay de 1955 a 1977*, Tesis de Maestría, Argentina: FLACSO, 2008, p. 159.

resignificaba la defensa del orden social en clave nacionalista en el contexto de la dialéctica amigo-enemigo planteada por la guerra fría.

Por último, una serie de normativas y reglamentos apuntaron a incrementar el control y la coerción ideológica sobre el personal docente, y sobre los diferentes aspectos específicos de la vida cotidiana de las instituciones educativas en las que se proponía un estricto control del espacio, y de los cuerpos¹⁶. El uso del uniforme escolar, el corte de pelo en los varones, las alineaciones en manera militar previo a la entrada a clase, fueron sólo algunos de los aspectos que progresivamente fueron asemejando la disciplina escolar a ciertos elementos de la disciplina militar.

A modo de conclusión

Contrariamente a lo que planteábamos al comienzo, luego de esta breve reseña lo que resulta claro es que las imágenes de oscuridad, silencio o ausencia no resultan adecuadas para pensar la cultura en dictadura. Si partimos de una noción amplia de cultura a lo Williams, donde esta no se remite a la producción artística sino al conjunto de la producción simbólica, encontraremos una abundancia de propuestas culturales en el marco de la última dictadura. Aunque desarticuladas y no siempre exitosas, la dictadura ensayó muy diversas estrategias culturales a través de las cuales buscó mantener o ampliar su apoyo entre diversos actores. Durante el período la cultura evidenció su cara más oscura demostrando cómo su interacción con un régimen autoritario podía tener un importante potencial legitimador. Algunas propuestas vinculadas a lo que hemos llamado exaltación nacionalista parecen haber tenido una repercusión mayor a nivel popular, fundamentalmente en el interior del país, mientras que aquellos debates en el sistema de medios fueron articuladas para lograr cierto tipo de adhesión en elites económicas e intelectuales.

Dichas propuestas culturales no pueden ser entendidas por fuera de la coerción implantada por el régimen autoritario, pero tampoco pueden ser explicadas como su resultado. De hecho a partir de 1980, cuando la represión comenzó a alivianarse, el proyecto cultural del “nuevo Uruguay” se fragmentó, perdiendo su unicidad. Sin embargo, muchos de sus fragmentos centrales como el nacionalismo conservador, los discursos tecnocráticos, y la despolitización de los medios masivos de comunicación con sus respectivos actores de la sociedad civiles que los impulsaban, supieron cómo adaptarse y sobrevivir a las nuevas condiciones democráticas.

16 Ver Normas de comportamiento para estudiantes. Circular N. 1432/76 CONAE.

Bibliografía

Anderson, Perry, "Las antinomias de Antonio Gramsci", en: *Cuadernos del Sur*, N. 6, Octubre 1987.

Calvo, Candida, "El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista", en: *Spagna Contemporánea*, N° 7, 1995.

Campodónico, Silvia, Emma Massera, Niurka Sala, Niurka, *Ideología y educación durante la dictadura*, Montevideo: Ed. Banda Oriental, 1991.

Corradi, Juan, Patricia Weiss Fagen, Manuel Garretón, *Fear at the edge. State Terror and Resistance in Latin America*, California, Oxford: University of California Press, 1992.

Cosse, Isabela, Vania Markarian, 1975, *El año de la orientalidad*, Montevideo: Ed. Trilce, 1996.

DINARP, *Uruguay 1973-81, Paz y Futuro*, Montevideo: Dinarp, 1981.

Kershaw, Ian, *La dictadura nazi, problemas y perspectivas de interpretación*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores, 2004.

Lvovich, Daniel, "Dictadura y consenso ¿Qué podemos saber?", *Revista Puentes* N. 17, Abril 2006.

Painter, Borden W., "Renzo De Felice and the Historiography of Italian Fascist", *The American Historical Review*, vol.95, N° 2, abril 1990.

Perelli, Carina, Juan Rial, *De mitos y memorias políticas*. Montevideo: Ed. Banda Oriental, 1985.

Roseberry, William, "Hegemony and the language of contention" en: Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (Ed.), *Everyday forms of State Formation*. Durham and London: Duke University Press, 1994.

Sosnowski, Saúl (Comp.), *Represión, exilio y democracia; la cultura uruguaya*, Montevideo, Universidad de Maryland-College Park: Ediciones de la Banda Oriental, 1987.

Turits, Richard Lee, *Foundations of despotism*, Stanford: Stanford University Press, 2003.

Williams, Raymond, *Keywords, a vocabulary of culture and society*, New York, Oxford: University Press, 1983.

Los Huevos del Plata

Un desafío al campo intelectual uruguayo de fines de los sesenta

Vania Markarian*

Estas páginas intervienen en algunas discusiones recientes sobre la conformación del campo intelectual en Uruguay en los años sesenta¹. Tratan de enfatizar la variedad de modos posibles de procesar la relación entre quehacer cultural y compromiso político implícita en la definición de “intelectual” en esa década. El centro del análisis es la revista *Los Huevos del Plata* (HDP) que cuestionó fuertemente la elaborada construcción del “intelectual comprometido” de la generación anterior y defendió una forma alternativa de contribuir al anhelado cambio revolucionario a partir de la incorporación de algunas pautas culturales que venían ganando a sus coetáneos en el mundo.

HDP fue uno de los pocos espacios donde se cruzaron el compromiso con la izquierda política y la adopción de prácticas y discursos contraculturales. Sus páginas no apelaban a una obvia identidad generacional basada en dejarse el pelo largo, escuchar rock, vestirse de cierta manera, mantener relaciones sexuales o fumar marihuana. En su lugar, se reclamaba, con estilo combativo, un espacio para la expresión artística de la nueva generación. El editorial del segundo número, en 1966, establecía explícitamente este punto de partida al afirmar que “aspiramos a no madurar nunca” y “estamos en pie de guerra”². Me voy a concentrar en este particular contenido generacional de la revista y su conflictiva relación con la izquierda intelectual en el país. De este modo, aspiro a poner en entredicho la

* Archivo General de la Universidad de la República, Montevideo.

1 Forman parte de un proyecto sobre juventud, izquierda y contracultura en los años sesenta iniciado en 2004 con una beca del Fondo Clemente Estable del Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay y continuado en 2008 como investigadora asociada y profesora visitante del Programa de Estudios Latinoamericanos de Princeton University. Agradezco los comentarios y observaciones de Hugo Achugar, Aldo Marchesi y Eric Zolov a diferentes versiones de este trabajo.

2 *Los Huevos del Plata* 1, marzo de 1966. Se trata en realidad del segundo número de la revista, puesto que en diciembre de 1965 había aparecido el número 0.

atribución simplista de la responsabilidad por el incremento de la violencia política a un conjunto de intelectuales encandilados por la Revolución Cubana que, desde afuera y con cierta displicencia respecto a los efectos de su prédica, inspiraron a los jóvenes a volcarse a la militancia revolucionaria y a las acciones radicales³.

Contra la Generación del 45

La primera constatación es que el blanco de la furia de los jóvenes nucleados en HDP fue la Generación del 45, es decir la inmediatamente anterior. Esta generación era también conocida como “de las revistas” o “de *Marcha*” debido a la participación de sus miembros en publicaciones culturales y políticas, especialmente el semanario fundado en 1939 por Carlos Quijano. Se trataba de un grupo diverso de intelectuales, escritores y poetas unidos por el convencimiento de encarnar la “verdadera conciencia” de las circunstancias históricas del país. Por eso, el conocido crítico Ángel Rama, que pertenecía al grupo, los llamó la “generación crítica”⁴. Cuando emergieron a la escena pública en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, se opusieron a los intelectuales y artistas más viejos que estaban estrechamente identificados con los espacios culturales oficiales y ocupaban en muchos casos puestos públicos. Frente a este modelo de imbricación entre los “letrados” y el poder político, los miembros de la Generación del 45 defendieron su independencia y señalaron la crisis estructural del país. Desde mediados de los cincuenta y especialmente en los tempranos sesenta, en un clima de creciente polarización política y social, muchos de ellos rechazaron abiertamente cualquier compromiso con los partidos tradicionales y adoptaron, una vez más en palabras de Rama, una “cultura militante” comprometida con la promoción de cambios sociales radicales⁵.

Hacia la segunda mitad de la década, los espacios alternativos creados por esa generación se habían transformado en reconocidos centros de difusión de sus posiciones ante círculos relativamente amplios de la población. En una época en que la literatura latinoamericana experimentó un “boom” sin precedentes en términos de lectores y visibilidad pública, los uruguayos también tuvieron su cuota de fama e impacto entre los sectores más educados de su país. Para ese entonces, *Marcha* llevaba ya tres décadas de existencia y era muy popular entre los intelectuales latinoamericanos más o menos identificados con la izquierda política. Además, muchos de los miembros de la Generación del 45 eran profesores de secundaria o catedráticos en la Universidad, al tiempo que dirigían algunas de las editoriales más

3 El ejemplo más claro de esta tendencia en Uruguay es seguramente Gatto, Hebert, *El cielo por asalto: El Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y la izquierda uruguaya, 1963-1972*, Montevideo: Taurus, 2004; su mejor expresión en el continente se encuentra en Castañeda, Jorge, *Utopía desarmada: Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, México: Joaquín Mortiz, 1993.

4 Ver Rama, Ángel, “La generación crítica”, en Benvenuto, Luis y otros, *Uruguay hoy*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

5 Ver Rama, “Por una cultura militante”, *Marcha*, diciembre de 1965.

importantes del medio. Una vez más, Rama se adelantó a señalar que el ciclo de pujanza de esta generación estaba llegando a su fin a pesar de la existencia de una "promoción" de escritores más jóvenes que le eran afines⁶.

Los editores de *HDP*, por su parte, sintieron que ese grupo de intelectuales impedía su realización como escritores y poetas. De algún modo, el título de la revista sugería un desafío en el terreno de la masculinidad, una suerte de confrontación viril por el control de espacios de poder. Los "hachepientos", como gustaban llamarse, conocían personalmente a muchos de esos hombres mayores (Clemente Padín, el verdadero creador de la publicación, había sido alumno tanto de Rama como de José Pedro Díaz en la Facultad de Humanidades) y con el resto estaban familiarizados a través de su producción literaria y periodística. Además de punzante, humorístico e ingenioso (tanto en su versión completa como en el grosero acrónimo HDP), el nombre de la revista implicaba una crítica a los elocuentes títulos de una sola palabra de anteriores proyectos editoriales como *Escritura*, *Asir*, *Número*, *Nexo* y *Marcha*, identificados más o menos estrechamente con la Generación del 45. Otra forma de burlarse de esos proyectos fue cambiar el formato en cada número (clásico, desplegable, plaquetas, encartados, etc.) y, en una oportunidad, publicar una edición totalmente satírica bajo el rótulo de "La vaca sagrada" en referencia directa al establishment cultural que cuestionaban.

Marcha se convirtió en uno de los focos principales de la cruzada burlesca de los "hachepientos". De acuerdo a Padín, introducían intencionalmente errores ortográficos para desafiar a los críticos del semanario a hablar de *HDP*, en una actitud que podría asimilarse a las prácticas de "mala" escritura de las vanguardias literarias⁷. En el número editado como "La vaca sagrada", asumieron una postura arrogante (llamando al crítico anónimo de *Marcha* "nuestro colega" y aludiendo a la publicación como "Inercia") para atacar todo el proyecto literario de la Generación del 45, que, según decían, había optado por "el camino del medio" y proponía un canon compuesto sólo de "vacas sagradas"⁸. Los "hachepientos" postulaban una serie alternativa de autores y obras referenciales donde se destacaban los surrealistas, la Beat Generation y algunos simbolistas franceses. En relación a Uruguay, se salteaban por supuesto a sus padres simbólicos del 45 para rescatar a los supuestamente olvidados abuelos del "novecientos", al tiempo que rechazaban a los más aceptados entre ellos (las "vacas sagradas" como José Enrique Rodó). Publicaron y tradujeron a sus favoritos (André Breton, Allen Ginsberg, el Marqués de Sade, Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont, y el "nadaísta" uruguayo Alfredo Mario Ferreiro, entre otros muchos) y se burlaron de los que despreciaban, como en la parodia de "La pampa de granito" como "La cordillera de crema" (hay ejemplos también para Rubén Darío). Entre los contemporáneos, *HDP* hacía una selección

6 Rama, *ob. cit.*, 1971, p. 392. Ver también Rama, "La promoción de la crisis", en Rama, *La generación crítica*, Montevideo: Arca, 1972.

7 Por este tema, ver el sugestivo proyecto de Julio Prieto "'Malas' escrituras: Ilegibilidad y políticas del estilo en Latinoamérica" en <http://www.malescribir.de>, visitado el 25 de marzo de 2009.

8 *La Vaca Sagrada, Los ex-Huevos del Plata* [9], septiembre de 1967.

basada en la voluntad rupturista de los creadores e incluía traducciones de jóvenes músicos de Estados Unidos e Inglaterra, como Bob Dylan, de esta manera elevados a la categoría de poesía con obvio orgullo generacional.

Esta breve descripción de las preferencias literarias de los editores y colaboradores de *HDP* muestra tanto la intención de enraizar en una tradición su rechazo de algunos autores consagrados como el deseo de actualizar sus vínculos con el mundo. En su análisis de los trabajos y autores que fueron referencia para su generación, Rama señala que el internacionalismo, siempre regido por el modelo europeo, fue predominante hasta fines de los cincuenta, mientras que los sesenta se volcaron a un nacionalismo de frecuente inspiración latinoamericana⁹. Aunque se trata de una generalización que posiblemente no contemple todos los matices de un conjunto por demás variado de escritores, es claro que el giro geográfico impulsado por Rama, entre otros, permitió la creación de una verdadera comunidad intelectual en el continente o, en palabras de Claudia Gilman, “la existencia a pleno de un sistema de relaciones personales en la literatura latinoamericana”¹⁰.

En gran parte a contracorriente de este fuerte sentimiento de colaboración regional y en clara comunión con otros coetáneos que se pretendían “vanguardistas”, los jóvenes “hachepientos” se acercaron a corrientes literarias que eran consideradas marginales, “malditas” o “raras” (y seguimos usando las expresiones de Rama) en diferentes países, con un énfasis marcado en lo que los jóvenes estaban haciendo en el resto del mundo. Es interesante notar que no se remitían a un horizonte geográfico sino que privilegiaban la audacia de sus referentes en los diferentes panoramas culturales locales. Por otra parte, la inclusión de letras de rock y, más en general, las frecuentes referencias a esa música, que era también un baile y otra serie de expresiones culturales y hábitos de consumo, apuntaba a desacralizar la experiencia poética y literaria y ponerla en relación con formas “plebeyas” de la cultura que, para peor, venían de los países capitalistas desarrollados.

Frente al desafío

¿Cómo reaccionó la Generación del 45 frente al desafío abierto de un grupo de jóvenes escritores y poetas? La sección literaria de *Marcha*, dirigida en ese entonces por Ángel Rama, solía despreciar o ignorar a *HDP* tomada como un proyecto colectivo “joven”, reproduciendo de alguna manera lo que Gustavo Remedi ha llamado el “desencuentro” de ese semanario con muchas de las expresiones culturales “populares” o “de masas”¹¹. En 1966, una breve nota aparecida en esa sección decía al pasar que *HDP* era “una revista local inconformista, vocacional del

9 Ver Rama, *ob. cit.*, 1971, pp. 335 y siguientes. Ver también Rama, *ob. cit.*, 1972.

10 Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003, p. 101.

11 Ver Remedi, Gustavo, “Blues de un desencuentro: *Marcha* y la cultura popular”, en Moraña, Mabel y Horacio Machín (eds.), *Marcha y América Latina*, Pittsburgh: Biblioteca de América/Universidad de Pittsburgh, 2003.

surrealismo”¹². En 1967, una reseña más larga sobre el número especial “La vaca sagrada” sostenía:

[...] los antiguos ‘hachepientos’ se han decidido ya a la iconoclasía [sic]: brulotes varios, humor corrosivo (de dudoso gusto a veces) contra los teleteatros y sus creadores, contra los críticos y contra los valores de nuestra cultura (Rodó, Darío). [...] En un plano formal, todavía son reprochables las nutridas erratas de texto¹³.

En 1968, la asociación entre los “hachepientos” y la nueva cultura juvenil era ya más certera y se afirmaba en su tono paternalista. Bajo el título de “Hippie Birthday” se enumeraban las realizaciones del grupo y se invitaba al festejo del segundo aniversario:

[...] un aquelarre familiar al cual están invitados colaboradores, suscriptores, avisadores y público en general. Se servirá un vino en desagravio a la cultura nacional y cantarán, apenas se entonen, Verónica y Horacio, Aldo y Daniel, Patiño, Dino y usted (si se anima), sus canciones de protesta, folklore, bossa nova y género beat¹⁴.

Cierra este repaso de las opiniones sobre *HDP* el corto párrafo del ensayo de 1971 sobre la “generación crítica” que Rama dedicó a los “poetas novísimos”, distinguiendo entre quienes “se han puesto a explorar, con poca fortuna, el malditismo (la revista *Los Huevos del Plata*)” y quienes “han iniciado un camino más imaginativo, libre, ardiente, donde la subjetividad se integra a un mundo en ebullición, participando de su ansia de conflagración”¹⁵.

Esa fue la única vez que Rama se refirió a *HDP* por su nombre. Llama la atención que omitiera señalar que varios de los autores del segundo grupo habían participado de la revista y que no tuviera más palabras para un proyecto muy similar a los que él mismo apreciaba en otros países latinoamericanos que frecuentó a comienzos de los setenta, poco después del fin de la publicación uruguaya. En una carta de 1972 al crítico Arcadio Díaz Quiñones, por ejemplo, Rama elogió sin empacho y con buenos motivos a la revista puertorriqueña *Zona de carga y descarga*:

[...] me parece exagerado proceder a la crítica dura de una publicación cultural juvenil en un medio que está bastante huérfano de tales instrumentos de comunicación. Sin contar que nada es más saludable que un desplante iconoclasta en un medio que no cultiva el espíritu crítico sino más bien el amiguismo que deforma los fenómenos culturales. Me alegra que les hayas extendido una mano. Creo que todos ellos forman un grupo loco, pero a la vez vital, creador, y eso compensa los errores en que puedan caer que se me hacen siempre menores que sus aportaciones¹⁶.

También el movimiento artístico y literario *El techo de la ballena* mereció la aprobación de Rama tanto por sus valores estéticos como por sus resonancias

12 *Marcha*, 10 de agosto de 1966.

13 *Marcha*, 8 de septiembre de 1967.

14 *Marcha*, 11 de abril de 1968.

15 A. Rama, *ob. cit.*, 1971, p. 400.

16 Carta de A. Rama a Arcadio Díaz Quiñones, Caracas, 9 de noviembre de 1972, en Díaz Quiñones, Alfonso, *Papers*, Department of Rare Books and Special Collections, Princeton University Library.

sociales y políticas en la Venezuela de los sesenta o, mejor dicho, por la inclinación de sus jóvenes integrantes a unir los esfuerzos de renovación en ambos ámbitos¹⁷.

Muchas de sus opiniones sobre esos proyectos culturales bien podrían haberse aplicado a *HDP*. Claro que Rama consideraba a cada uno en su contexto de producción y por eso sus juicios no podían trasladarse mecánicamente de Puerto Rico y Venezuela al Río de la Plata. Como dejara por escrito en algunas de sus cartas personales, era la carencia de “una verdadera vida intelectual” y de “una verdadera formulación artística” en esos dos países la que lo impulsaba a dirigirse a los “jóvenes escritores” en los siguientes términos:

[...] maten a sus progenitores, devoren las riquezas de los amigos que se presten a ello, desprecien a los que ignoran qué cosa es la literatura y como auténticos soñadores –o sea como sonámbulos que atraviesan el mundo– crean sólo en el arte y a él dedíquense por encima de toda otra cosa de la vida [...]¹⁸.

Parecería, entonces, que su desinterés por *HDP* se originaba en la valoración de un medio intelectual, el uruguayo, que no merecía tales desplantes. Más conocimiento de su obra crítica permitirá discutir esa afirmación, pero no deja de llamar la atención la disparidad de las posiciones de Rama y la omisión de la experiencia de *HDP* al referirse a movimientos similares por su carácter juvenil, transgresor y ansiosamente vanguardista.

Al mismo tiempo, es preciso destacar que tanto Rama como *Marcha* no juzgaron los méritos individuales de los integrantes y colaboradores de *HDP* con la misma displicencia con que trataron a la revista en su conjunto. Cristina Peri Rossi, que publicó parte de sus trabajos más tempranos en *HDP*, ganó dos de los premios promovidos por la Generación del 45 (los de *Marcha* y *Arca*). Además, Rama elogió tanto a Peri Rossi como a Mario Levrero, que también colaboraba con *HDP* y cuyo primer texto “Gelatina” fue publicado por un sello editorial asociado a la revista. Se necesita más investigación para evaluar de forma más precisa el juicio de Rama sobre la “generación de la acción”, varias veces identificada por el crítico con el fracasado intento de los Tupamaros de tomar la ciudad de Pando en 1969. Más específicamente, sería interesante profundizar en el peso relativo de los aspectos expresivos y los contenidos políticos al definir la “pugna con lo real” que caracterizó a estos escritores. En general, Rama privilegió el rechazo del “género neorrealista” como rasgo definitorio de esa generación y equiparó su voluntad de innovación formal con el impulso militante de sus coetáneos. Al mismo tiempo, solía sugerir que sólo un compromiso inequívoco con la acción revolucionaria daría pleno sentido a sus creaciones¹⁹.

17 Ver Rama, “El techo de la ballena”, en Rama (ed.), *Antología de El techo de la ballena*, Caracas: Fundarte, 1987.

18 Carta de A. Rama al escritor mexicano Juan García Ponce, Caracas, 17 de noviembre de 1972, en García Ponce, Juan, *Papers*, Department of Rare Books and Special Collections, Princeton University Library.

19 Ver por ejemplo Rama, “El estremecimiento nuevo en la narrativa uruguayana”, en Rama, *ob. cit.*, 1972. Ver también Rama “Los contestatarios del poder”, en Rama (ed.), *Novísimos narradores hispanoamericanos en Marcha, 1964-1980*, México: Marcha Editores, 1981.

Una intervención política

En este sentido, vuelve a llamar la atención su desinterés por *HDP* en tanto intervención cultural que reveló aspectos esenciales de la izquierda intelectual en los años sesenta en Uruguay. El instrumento principal fue la producción de un distintivo discurso político sin lazos formales con ningún partido o grupo. Aunque algunos de los debates que definieron a la izquierda de la época emergieron en las páginas de la revista (a través de confrontaciones poéticas sobre la violencia revolucionaria, por ejemplo), en general la revista asumió su compromiso sin participar explícitamente de discusiones ideológicas o estratégicas. Algunos de sus editores y colaboradores eran cercanos al Partido Comunista, como Padín, pero otros parecían tener una afinidad difusa por quienes promovían la lucha armada o la acción directa. En ese contexto, los asuntos centrales de la izquierda de la época, como la Revolución Cubana, el Che Guevara, Vietnam, el movimiento estudiantil francés, la represión policial en las calles de Montevideo, entre muchos otros, afloraron en poemas y otros textos de pretensión literaria o simplemente bajo la forma de gritos de guerra, como si fuera innecesario dar más explicaciones. Sin embargo, creo que un examen más atento permite detectar una forma particular de participar en los debates internos de la izquierda uruguaya y hasta latinoamericana.

No he tenido aún tiempo para profundizar esta idea en relación a Cuba, la verdadera "piedra de toque" de las definiciones revolucionarias de la época, pero quisiera dar un ejemplo que me permite sustentarla en diferentes planos de análisis. La tapa del número de octubre de 1968, que estaba enteramente dedicado a conmemorar el centenario del Canto I de Maldoror de Lautréamont, incluía la leyenda "Semana del guerrillero heroico". Además, la conocida frase de Guevara alabando las condiciones democráticas de Uruguay aparecía en la contratapa sin ninguna otra alusión al primer aniversario de su muerte en Bolivia. El único contexto de la cita era una serie de circulares sobre censura de prensa enviadas por la policía. Dentro de la revista, aparecía un recuadro con una banda negra y la consigna "Gloria a los combatientes Liber Arce, Susana Pintos, Hugo de los Santos," los tres jóvenes comunistas recientemente asesinados por la policía en manifestaciones callejeras. Y luego, sin ningún comentario adicional, se publicaba un largo editorial y otros trabajos críticos sobre Maldoror²⁰.

Todas esas referencias pueden ser leídas como parte de las discusiones de la izquierda en ese momento: "guerrillero heroico" y "combatientes" tenían un tono radical reforzado por el contexto irónico que se daba a la frase de Guevara, usualmente empleada para legitimar la oposición de los comunistas a la lucha armada. Pero, al mismo tiempo, *HDP* se detenía a reconocer el sacrificio de los jóvenes comunistas desarmados que habían sido asesinados por la policía. Es obvio que los "hachepientos" estaban al tanto y manejaban con pericia los debates de la izquierda en el país, pero también es claro que su compromiso militante se filtraba entre sus obsesiones literarias sin que sintieran una necesidad urgente por explicar de qué lado exacto se posicionaban.

20 Ver *Los Huevos del Plata* 12, octubre de 1968.

De hecho, rechazaban de forma bastante explícita ese tipo de elaboraciones, tan comunes en la época, mientras criticaban duramente a la izquierda intelectual por haber “hecho de la revolución un montón de papeles”²¹. A veces impugnaban seriamente las declaraciones públicas de esta “izquierdina esnóbica”²², como supieron llamarla, y otras se burlaban de ella de modos más creativos. En una oportunidad, por ejemplo, publicaron un comunicado falso contra un “golpe en mongo” firmado por un grupo de “intelectuales uruguayos convencidos del demoledor efecto que a la distancia tienen el grito o la palabra”, quienes pedían a los editores que sustituyeran los lugares y fechas cada vez que hubiera un golpe militar en alguna parte del planeta²³.

Esta y otras bromas similares estaban dirigidas contra la imagen del “intelectual comprometido”, tan prominente en los sesenta. *HDP* proclamó su desprecio por aquellos que expresaban sus opiniones sociales y políticas desde posiciones de privilegio. Llamaron la atención sobre el divorcio entre esas expresiones esporádicas de compromiso y la apatía que veían en las acciones cotidianas de la mayor parte de esos “intelectuales comprometidos”. Lenta pero seguramente esta crítica se fue expandiendo hasta abarcar todo el “producto pestilente y subalterno que es la cultura” o “La Gran Puta” como la denominaron en su último número²⁴. Esto expresaba un giro mayor en su propia crítica cultural: la revista había nacido como una sátira contra los espacios de la Generación del 45; se había convertido luego en un ataque virulento contra la “izquierdina esnóbica”²⁵; y desembocaba finalmente en un llamado, inspirado en Guevara, a abandonar “la libertad del mono para hacer piruetas en la jaula más o menos estrecha de la actividad cultural”²⁶.

Claudia Gilman ha descrito un tránsito similar entre los intelectuales latinoamericanos de la época que, “al poner el acento en los requerimientos ‘revolucionarios’ (y no simplemente críticos, estéticos o científicos) de la práctica intelectual, afectó sus criterios de legitimidad y validez”. Así, se derribó el “mito de la transición” que había servido para explicar el “carácter precario [...] tanto de las fórmulas estéticas como de las conductas intelectuales” y se empezó a definir con rigidez quién “podía o merecía ser considerado revolucionario”²⁷. Esta progresiva politización de los intelectuales derivó en un paradójico discurso antiintelectual que contraponía la palabra a la acción o, más exactamente, desconfiaba de la primera en nombre de la segunda. Si la revolución era “el hecho cultural por excelencia”, como afirmaba la declaración del Congreso Cultural de La Habana de 1968, bien podían los “hachepientos” sostener que la poesía se había convertido “en triste sucedáneo de la acción”²⁸.

21 *Los Huevos del Plata* 10, diciembre de 1967.

22 *Los Huevos del Plata* 7, abril de 1967.

23 *La Vaca Sagrada*, *Los ex-Huevos del Plata* [9], septiembre de 1967.

24 Ver *Los Huevos del Plata* [14], noviembre de 1969.

25 *Los Huevos del Plata* 7, abril de 1967.

26 *Los Huevos del Plata* [14], noviembre de 1969.

27 Gilman, *ob. cit.*, pp. 158-60.

28 *Los Huevos del Plata* [14], noviembre de 1969.

En general, estos jóvenes creadores propusieron una relación cada vez más íntima entre producción artística y compromiso político, replanteando de este modo la vieja polémica entre vanguardismo artístico y político que había preocupado a los círculos intelectuales del novecientos y volvía a emerger en los años sesenta. En sus comienzos, y en esto no se habían apartado tanto de la Generación del 45, los “hachepientos” habían creído que sus actividades culturales y artísticas eran social y políticamente relevantes, conciliando de este modo las pretensiones vanguardistas en ambas áreas. Con la generalización de la violencia política en el país, particularmente con la creciente brutalidad policial y el ascenso de la actividad guerrillera, muchos intelectuales y artistas, jóvenes y viejos, empezaron a sentir que eso no era suficiente y que debían dar más relevancia al aspecto político de su trabajo.

Esta transición es clara al comparar el primer y el último editorial de *HDP*, de 1965 y 1969 respectivamente. Ambos expresaban “asco” por el ambiente literario que los rodeaba, pero el lugar desde el que manifestaban ese sentimiento había cambiado dramáticamente en esos cuatro años. En 1965 podían posicionarse por fuera de ese ambiente, mientras que en 1969 miraban hacia atrás y contemplaban una producción cultural consistente, por más que fuera marginal, incluyendo no sólo los catorce números de *HDP* sino también un sello editorial, remates de arte y la creación de una red de jóvenes artistas, poetas y escritores ya reconocidos. Al evaluar esa trayectoria, sentían que su literatura se había convertido en una jaula para su afán revolucionario. Decidieron, por lo tanto, cerrar la revista con un llamado a emprender acciones más radicales contra el régimen: “Para crear un mundo hay que destruir un mundo”. “¿Qué haremos sino integrarnos a la lucha y liberarnos a cualquier precio?”, preguntaba su último editorial²⁹.

Sin embargo, los editores y colaboradores de *HDP* no se lanzaron de lleno a la lucha armada ni abandonaron su voluntad de creación cultural, sino que decidieron abrir nuevos espacios para la expresión de sus intereses artísticos y preocupaciones contraculturales. Esto implicó un rechazo radical de la palabra escrita en favor de la “poesía visual”, la “performance” y otras formas de “arte conceptual”. Analizo ese movimiento (especialmente la revista *OVUM 10*, que también fundó y dirigió Padín) en otra parte de mi trabajo sobre las relaciones entre juventud, izquierda y contracultura, con la idea de seguir explorando el atractivo estético del lenguaje de la violencia revolucionaria, que impregnó el trabajo de muchos escritores y artistas que nunca participaron de acciones armadas.

Para terminar

Creo, para terminar, que mi exploración de la experiencia de *HDP* abre algunas líneas de análisis sobre la conformación del campo intelectual en Uruguay en el período anterior al golpe de Estado. En general, identificamos ese campo

29 *Ibidem*.

con las personalidades más descollantes de la Generación del 45 y, a través de ellos, con la figura del “intelectual comprometido”, cada vez más radicalizado hacia un discurso revolucionario de izquierda, integrado a una red de revistas, concursos e instituciones de alcance continental en base a una fuerte defensa de una identidad latinoamericana que siempre dejaba espacio para el nacionalismo cultural. Esa era también la imagen que tenía un grupo de jóvenes creadores de la promoción posterior, la que sin mucho esfuerzo podemos llamar “de los sesenta”. Esos jóvenes señalaron una cierta impostura en la generación de los “intelectuales comprometidos” y cuestionaron desde la izquierda su control sobre los espacios de expresión cultural. Predicaron, con mayor o menor éxito, un estilo diferente de compromiso político que enfatizaba la apertura hacia las pautas culturales que compartían con sus contemporáneos en otras partes del mundo. Esto indica que algunas ideas y prácticas de circulación global sobre el significado de “ser joven” afectaron de modo decisivo la construcción de identidades políticas a nivel local.

Así, aparece en *HDP* un discurso mucho más “performático” que “ideológico” para dirimir posiciones políticas, un rechazo a ciertas tradiciones y panteones nacionales, un apartamiento del credo latinoamericanista en favor de una identificación de corte generacional y una concepción general de la cultura y el arte mucho más abierta a sus expresiones masivas, especialmente las provenientes del mundo anglosajón. Se detecta también una modalidad original de resolver el dilema entre la palabra y la acción, que a tantos acorraló en la época, optando por abandonar la escritura a favor de otras formas expresivas signadas por una actitud de experimentación constante (y cuál sería su asombro al enterarse, tarde y mal, de experiencias similares en la región como la muestra Tucumán Arde). Es posible que, en tanto crítica generacional, estas definiciones fueran algo injustas con sus mayores, un grupo que, a fin de cuentas, era más heterogéneo de lo que los “hachepientos” reconocían. Pero también es verdad que esa brusquedad en la generalización fue una marca de los años sesenta.

Bibliografía

Castañeda, Jorge, *Utopía desarmada: Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina* (México: Joaquín Mortiz, 1993).

Díaz Quiñones, Alfonso, Papers, Department of Rare Books and Special Collections, Princeton University Library.

García Ponce, Juan, Papers, Department of Rare Books and Special Collections, Princeton University Library.

Gatto, Hebert, *El cielo por asalto: El Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y la izquierda uruguaya, 1963-1972*, Montevideo: Taurus, 2004.

Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Los Huevos del Plata, diciembre de 1965-diciembre de 1969.

Marcha, diciembre de 1965-diciembre de 1969.

Rama, Ángel, "La generación crítica", en Benvenuto, Luis y otros, *Uruguay hoy*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

_____, "El estremecimiento nuevo en la narrativa uruguaya", en Rama, A., *La generación crítica*, Montevideo: Arca, 1972.

_____, "La promoción de la crisis", en Rama, A., *La generación crítica*, Montevideo: Arca, 1972.

_____, "Los contestatarios del poder", en Rama, A. (ed.), *Novísimos narradores hispanoamericanos en Marcha, 1964-1980*, México: Marcha Editores, 1981.

_____, "El techo de la ballena", en Rama, A. (ed.), *Antología de El techo de la ballena*, Caracas: Fundarte, 1987.

Remedi, Gustavo, "Blues de un desencuentro: *Marcha* y la cultura popular", en Moraña, Mabel y Horacio Machín (eds.), *Marcha y América Latina*, Pittsburgh: Biblioteca de América/Universidad de Pittsburgh, 2003.

Fotografía y Memoria: La fotografía como soporte para la inscripción de las luchas por la memoria en las sociedades postdictatoriales en el Cono Sur

Tania Medalla*

Introducción

Durante el año pasado, fueron exhibidas en el Centro Cultural Matucana 100, un conjunto de obras de artistas latinoamericanos, que interrogaban la problemática de las memorias y sus representaciones en las sociedades latinoamericanas postdictatoriales¹. Algunas de las obras presentes en esta exposición, utilizaban como soporte principal el fotográfico. Sin embargo, sus usos y las formas de inscripción en ese soporte transgredían lo que habitualmente se entiende como fotografía-memoria, cuyo referente más recurrente aparece asociado, para nosotros, al legado de la A.F.I. (Asociación de Fotógrafos Independientes), retratado en el documental de Sebastián Moreno *La ciudad de los fotógrafos*. Estas estrategias de representación inscribían en su propio cuerpo la pregunta acerca de la memoria, de la historia y de las posibilidades de la representación en un contexto signado por las políticas hegemónicas de borramiento y blanqueamiento del pasado reciente.

En este contexto, esta presentación aborda la problemática de la representación de las memorias en las sociedades postdictatoriales latinoamericanas. A partir de ella, este texto intentará detenerse en la reflexión en torno al vínculo existente entre fotografía y memoria, relación que se manifestaría no sólo como testimonio histórico de los procesos dictatoriales y de las luchas por la memoria en estas sociedades, sino como reflexión acerca de las posibilidades de la fotografía como soporte o superficie de inscripción de las memorias, después de la experiencia de las dictaduras en América Latina, en particular, y de la impronta que marca Auschwitz en esta discusión.

* Estudiante (becaria Conicyt) del Doctorado en Filosofía mención en Estética y Teoría del Arte, Universidad de Chile. Integrante de la Red de Memorias de la Universidad de Chile.

1 Esta exposición recibía el nombre de *Desaparecidos*. Nicolás Guagnini, Marcelo Brodsky, Fernando Traverso, Sara Maneiro, Iván Navarro, Arturo Duclos, Nelson Leirner, Cildo Meireles, Luis Camnitzer, Antonio Frasconi, Luis González Palma, Juan Manuel Echavarría, Ana Tiscornia, Oscar Muñoz, fueron algunos de los artistas presentes en esta muestra.



Identities, Argentina. Exposición Desaparecidos, Centro Cultural Matucana 100, 2008

Memoria y fotografía

Mucho de lo que conocemos acerca del pasado proviene de las imágenes. Ellas se nos aparecen como rastros, vestigios y huellas de lo irrecuperable, de aquello que irremediablemente hemos perdido. De hecho, la irrupción de la fotografía en la modernidad se instala como una forma de testimoniar los instantes perdidos de los acontecimientos realmente acaecidos. En el caso de la representación del pasado dictatorial en nuestras sociedades, la fotografía ha desempeñado un rol central como testigo de esta historia, de las prácticas de represión y violencia y en la evidenciación de la desaparición, problemática en la que, como testimonio de la ausencia, ha desempeñado un rol central. Tal como señala Victoria Langland, las fotografías de la catástrofe no sólo serían importantes durante los eventos sino también después de ellos, cuestión vinculada directamente a los usos del pasado y las disputas por la memoria.

Esta relevancia de la fotografía en las luchas contra la dictadura y en las luchas por la memoria en América Latina, estaría enraizada no sólo en la evidenciación de un contexto signado por el predominio de las imágenes, sino que, especialmente, en las *cualidades* que presenta el soporte fotográfico para la inscripción (tensionada, contingente, arruinada o resquebrajada) de las memorias individuales y colectivas.

Elementos tales como la persistencia del referente en la imagen, su conexión con el pasado y la representación de lo que "ha sido", su disposición metonímica y el registro de la ausencia; su inserción temporal disruptiva de la linealidad histórica, la naturaleza disímil de la imagen y de su percepción, su carácter emotivo

y polisémico, entre otros, harían de la fotografía un potente vehículo de inscripción y reflexión de la memoria.

Uno de los rasgos centrales que se evidencia en los trabajos fotográficos postdictatoriales del Cono Sur es su reproductibilidad. Al ser la reproductibilidad parte constitutiva del soporte fotográfico, se instala en el imaginario colectivo permitiendo la recepción de las masas, más allá de las fronteras entre lo cultural y exhibitivo del arte y su recepción. Desde esta perspectiva, la fotografía logra abismar su estatuto como obra de arte, abismamiento del que surge otra de sus cualidades: más allá de su utilización artística, su carácter masivo y cotidiano hace que la fotografía pueda ser leída como una práctica que logra ubicarse más allá del museo, permitiendo otros usos. Incluso, aquella fotografía que esté en condiciones de reclamar su estatuto artístico, parecería desplazada de la instalación canónica e institucional.

Esto último revela, sin embargo, algunas complejidades, y es que frente a esta abundancia de imágenes, la anestesia se hace presente y lo fotografiado puede ser de la naturaleza más disímil. Por lo tanto, la reificación de la realidad operada por la cámara podría devenir fetichización, es decir, se anularían las posibilidades de resistencia frente a la lógica de la mercancía. De ahí la importancia crítica de la lectura (que siempre es polisémica) y he ahí el punto de inflexión que pueden provocar estas fotografías a la lógica de la mercancía en la circulación de las imágenes (Didi Huberman), la brecha que se puede establecer entre aquellas imágenes homogéneas y aquellas que punzan, capaces de provocar una herida.

La fotografía como mónada

Una categoría central para el análisis que se propone llevar a cabo en mi investigación, y a estas alturas ampliamente difundida, es la noción de mónada propuesta por Walter Benjamin. La fotografía como mónada² (es decir, como concentración de totalidad histórica) permite acceder a las contradicciones de un momento de la historia, que se cristalizarían en ella. De este modo, accedemos no sólo al contexto de la representación sino también a la reflexión respecto del rol del quehacer fotográfico en ese momento particular. La fotografía, entonces, también puede ser leída desde el vínculo que establece con la historia y con los discursos acerca de ella. Se inserta en la temporalidad y, sin embargo, su relación con esta dimensión puede ser de afirmación, ruptura o negación. La mayoría de estas fotografías se rebelan a la mirada del historicismo, tensionándolo al repetir el

2 De acuerdo a Benjamin, el materialista histórico debe estudiar el pasado cuando éste se le presenta como "mónada", es decir, como refiere M. Löwy "concentrados de totalidad histórica" o "imágenes dialécticas" que nos permiten, a través de su estudio, acceder al conocimiento de un determinado momento histórico y sus contradicciones. De este modo es posible entender el estudio de Benjamin acerca de Baudelaire, o acerca del "Trauerspiel", ya que a través de ellos despliega la reflexión acerca de los momentos y los mecanismos que ahí se funden. Este concepto, filiado en Leibniz, expresa también el influjo del simbolismo en Benjamin y la posibilidad de acceder a la totalidad desde lo particular. Quizás el texto donde puede aparecer más desarrollado el concepto es en *El origen del Drama Barroco Alemán*, y en las *Tesis sobre el concepto de historia*.

pasado, no tan sólo como una imagen nostálgica, sino como un eco que reverbera en el presente, revelando la importancia del pasado *para y en* el presente.

La fotografía, entonces, podría ser considerada como testimonio de una época histórica, como registro y documento de la violencia de las dictaduras en Latinoamérica y, a la vez, como constatación de la precariedad de la experiencia y de las formas de representarla. Como testimonio de la ausencia y como testimonio de las limitaciones del lenguaje frente a la catástrofe. Así, estas fotografías permiten ser leídas como reflexión acerca de la superficie de inscripción (en sentido amplio) y de sus soportes después de Auschwitz, al tiempo que también reflexionan acerca del lugar que ocupan los medios de reproducción artística y, en particular, los medios de comunicación masiva, en la instalación y consagración del fascismo como régimen dominante. En este sentido, estas fotografías pondrían de manifiesto el vínculo entre estética y política.

A modo de síntesis, sería posible señalar que las fotografías articulan su relación con la memoria, al insertarse, primordialmente, en ese devenir temporal desde el pasado hasta el presente, atrayéndolo, devenir propio del ejercicio de memoria.

La fotografía como soporte para la inscripción de las luchas por la memoria en las sociedades postdictatoriales en el Cono Sur

Considerando el conjunto de elementos enunciados, y recogiendo la perspectiva de lectura propuesta, es posible afirmar que en los trabajos fotográficos postdictatoriales del Cono Sur, confluyen múltiples elementos, tanto en sus referentes como en los modos de referirlos (fragmentación, catástrofe, comunidad, lugares de memoria y olvido, sujeto(s) individuales y colectivos fotografiados, etc.), que permitirían leer estos textos como una re-flexión en torno a las posibilidades de re-presentación de las memorias en estas sociedades.

Esta reflexión se expresa en las siguientes problemáticas:

- La articulación del lugar de enunciación de estas obras, considerando semejanzas y diferencias, en relación con el contexto postdictatorial del Cono Sur.
- Las potencialidades críticas y subversivas de estos discursos fotográficos, en relación con las políticas hegemónicas de memoria y olvido, y en relación con las lecturas "canónicas" que abordan la problemática de memoria y representación en las sociedades postdictatoriales del Cono Sur.
- La apropiación de las categorías y referentes europeos pertinentes a la problemática de memoria y representación, poniendo especial énfasis en los mecanismos de traducción o resignificación de estos discursos.
- El modo en que se relacionan estas obras con la reflexión estética acerca del arte postdictatorial, explorando la forma en que incorporan, tensionan y/o subvierten estos planteamientos en su propia constitución.

A continuación, señalaré algunos elementos de análisis fotográfico que intentan develar cómo se materializa esta lectura en algunas de estas fotografías:

- La cuestión de soporte: la ruptura del soporte tradicional y la inscripción y superposición en otros soportes.
- La necesidad expresiva: que se articula como reflexión en torno a las limitaciones expresivas del lenguaje.
- El abismamiento de las tensiones, complejidades e imposibilidades de la representación de las memorias. En este sentido la ruptura, el desmarcarse y la transgresión del soporte tradicional darían cuenta de la inestabilidad o precariedad de la inscripción de las memorias y de la experiencia.
- La reflexión en torno a las condiciones de producción del objeto artístico y de su circulación en el contexto postdictatorial neoliberal.
- El quiebre de la dicotomía monumento-documento (fusión de lo documental y monumental), a la vez, se propone una nueva noción de monumento: *una épica de los vencidos*, de acuerdo a los conceptos propuestos por Walter Benjamin³.
- La cuestión temporal y su disposición palimpséstica: se advierte la convivencia de distintos tiempos en las fotografías como un rasgo de su propia materialidad), que se ve reforzada por la develación o exhibición de la superposición de capas temporales a través de la figura de la puesta en abismo (la fotografía de la fotografía, el tiempo sobre los tiempos de las imágenes) y que deviene una significación alegórica que expresa la imposibilidad del duelo y de la comprensión cohesionada y orgánica del mundo, frente al quiebre de la experiencia después de las dictaduras.

De este modo, los elementos expuestos permitirían pensar en una suerte de resistencia del lenguaje fotográfico de estas imágenes a los mecanismos del mercado y a la fetichización (al mostrar la inestabilidad de la superficie de inscripción). En este sentido, creo que estas estrategias de representación dan cuenta de las posibilidades subversivas del fragmento y la ruina, señaladas por W. Benjamin en *El Narrador* y en las *Tesis sobre el concepto de historia*.

De esta manera, la urgencia de la definición de Didi Huberman⁴ que caracteriza el acto fotográfico contra las dictaduras, se ve fortalecida por los mecanismos de enunciación que dan cuenta de las dificultades de la inscripción de las memorias en nuestras sociedades y que permiten que estas imágenes sigan hiriendo⁵. Para

3 Al respecto, dice Huyssen (refiriéndose a la obra de M. Brodsky): "Se trata de una práctica artística que vulnera los límites entre instalación, fotografía, monumento y memorial. Su lugar puede ser el museo, la galería o el espacio público. Su receptor es el espectador individual, pero él o ella es convocado no solamente en tanto individuo, sino también como miembro de una comunidad que enfrenta el trabajo de la conmemoración".

4 "La imagen fotográfica surge en la unión de la desaparición próxima del testigo y la irrepresentabilidad del testimonio: arrebatar una imagen a esta realidad".

5 Concepto de "punctum" en Barthes.

continuar, me referiré a tres prácticas fotográficas de memoria, para examinar, de modo general, la presencia y el despliegue de algunos de los elementos reseñados.

Las fotografías que hieren: *La ciudad de los fotógrafos* (Sebastián Moreno, 2006)

“Yo me declaro como el fotógrafo de los perdedores y de los muertos, me tocó esa parte de la vida a mí, me tocó, porque, bueno, estaba en el lugar en que correspondía estar. Defender a los que no tenían voz, no tenían libertad, a los que estaban siendo torturados y martirizados, me tocó hacer eso y no me arrepiento, yo creo que esa es la tarea más noble que puede hacer el ser humano, defender al caído” (Luis Navarro, fotógrafo AFI).



La ciudad de los fotógrafos de Sebastián Moreno, Chile 2002

Según lo postulado por Barthes, no cualquier foto puede provocarnos. Lo que explicaría esa atracción hacia una imagen particular es lo que denomina el principio de aventura, tal foto me adviene, dice Barthes, tal otra no. Siguiendo esta línea, entonces, podríamos decir que la foto que me adviene sería aquella que aparece develada ante mí como acontecimiento, que se convierte en el umbral para la comprensión temporal histórica o afectiva de éste. Esta capacidad, este movimiento dado desde la fotografía, espectro hacia el espectador, es lo que Barthes denomina *punctum*, aquello que me punza, que introduce un corte temporal y que, a la vez, se manifiesta como una herida: veo, siento, luego noto, miro y pienso.

Esto es lo que provocarían estas fotografías. Acosadas por la contingencia, las imágenes retratan un país negado en los medios oficiales, siendo en aquellos momentos un importante instrumento de resistencia frente a la dictadura. Frente al silencio y la censura, las fotografías logran develar la urgencia de una ciudad azotada por la violencia y la represión, esa ciudad que sin esos fotógrafos, tal como señala Sebastián Moreno, realizador de la película e hijo de uno de los fundadores de la AFI, no hubiéramos conocido.

La película del cineasta chileno relata la historia de la AFI (Asociación de Fotógrafos Independientes) que jugó un papel central en la lucha contra la dictadura. Esta película se organiza en torno al relato íntimo y emotivo del realizador, que se funde con las voces de los fotógrafos (Carlos Pérez, Kena Lorenzini, Luis Navarro, entre otros), dando cuenta de la experiencia del trabajo de fotografía en "tiempos de guerra".

Las fotografías recogidas en esta película retratan un país silenciado, evidencian el crimen, se vuelve una fotografía militante: la fotografía puede convertirse en un arma o en un salvoconducto. Los fotógrafos se hacen en la calle. El acoso de la muerte no sólo aparece en lo fotografiado, sino en el acto mismo de fotografiar: las imágenes irrumpen en el devenir histórico, le dan la voz a los vencidos, visibilizan los sujetos invisibilizados por la dictadura y con ellos sus demandas, sus historias, se trata de un relato contra hegemónico, que permite el reconocimiento de una verdad reprimida ferozmente. Sin embargo, la sombra que acosa su quehacer está dada por la problemática ética planteada por Susan Sontag en su texto *Ante el dolor de los demás* y se pone en evidencia en el film: ¿hasta cuándo es posible sólo fotografiar? ¿Qué pasa con el sujeto que ante el dolor, el horror de los demás sólo dispara su cámara? ¿Puede el quehacer fotográfico sobrepasar la dimensión política del acto del fotógrafo? Y por otro lado: a fuerza del impacto operado en los sujetos, ¿acaso estas fotografías no pierden también su potencial desestabilizador, en un contexto donde las imágenes del horror se insertan en nuestra cotidianidad bajo la apariencia de normalidad?

Sin duda estas son sólo algunas de las preguntas que podemos hacernos respecto del rol de estas fotografías. No obstante, una frase mencionada por Sebastián Moreno al narrar esta historia pareciera volver la mirada a lo que más allá de todas estas preocupaciones señala la potencia disruptiva de esas imágenes: "¿dónde está la ciudad que mi padre fotografió?"

La ausencia, el amor y la muerte

Es la recuperación de una memoria/La memoria de mi padre/La memoria del exilio/El que fotografió/Sin intención/Sólo para acordarse/Le pedí que me confíe su memoria Me traje a mi taller los baúles y cajas de zapatos/Con miles de negativos, diapositivas, tiras de contactos/Veo a mi madre joven/Mis hermanos niños/Me veo/ Recuerdo nuestro cotidiano Miro y vivo de nuevo aquel tiempo/Tiempo que permitía sólo un presente/Selecciono las fotografías que fueron mi Chile en Francia/Y escribo lo que me acuerdo. (Rodrigo Gómez Rovira)

Así presenta su exposición *Residencia* el fotógrafo Rodrigo Gómez Rovira. Las fotografías son rescatadas del álbum familiar, quedando fuera del registro convencionalmente artístico, y dan cuenta, al mismo tiempo, de la dimensión individual y colectiva de la memoria. Ellas narran, fragmentariamente, la historia de la familia del fotógrafo y desde ese lugar, dan cuenta de la historia colectiva. La enunciación está dada por el exilio, un lugar limítrofe respecto de la contingencia. La potencia de la memoria aquí aparece al retratar la ausencia del país, y es desde esa ausencia territorial que se re-construye la historia. El despojo de la vivencia y experiencia del "país" del que se sabe de oídas y a través las fotos, es lo que queda. Las imágenes aquí son los rastros, las ruinas de ese tiempo, que son articuladas en un intento por recuperar el pasado para reconocer la propia inserción del sujeto en el contexto del Chile actual, inserción signada por las ausencias y el desacomodo, por las nuevas tensiones que atraviesan nuestras sociedades. Las fotografías de Rodrigo testimonian lo desaparecido y el desarraigo, constituyéndose como una pregunta acerca de la identidad, evidenciando el trastorno radical de una sociedad... Todo *ha sido*... La desaparición es doble... Ese país retratado ya no existe y ese otro país, el del desarraigo (que ya era pura ausencia), tampoco.

De este trabajo me interesa rescatar, principalmente, tres elementos. El primero de ellos se relaciona con la selección que se hace de las fotografías: el acto creativo ya no es el de la captura fotográfica, sino el de la selección de imágenes que son nuevamente dispuestas en una superficie de inscripción. De esta manera, esta historia de ausencias, olvidada y borrada, toma y a-salta el espacio público, que simbólicamente podría ser el escenario de la restitución, ya que la exposición se hace en el centro cultural Palacio de La Moneda. Las huellas de la cotidianidad de una comunidad avasallada se instalan precariamente, cenicientamente diría Déotte, en el espacio institucionalizado. Pero al mismo tiempo que se visibiliza una historia, se vuelve a borrar, se invisibiliza esta vez en las manos de la institución simbólica del consenso: el museo. La superficie de museo no es capaz de contener ese pasado. Sin embargo, la enunciación desde el espacio íntimo que plantea el trabajo de Gómez Rovira enuncia la posibilidad de emprender desde el espectador esa misma búsqueda. De algún modo, esos rastros y huellas están en cada uno de los álbumes y cajas de fotografías que guardamos, y en esa búsqueda podemos también plantear interrogantes acerca del presente. La mirada íntima, frente al relato hegemónico de las instituciones y frente al relato de la víctima y del héroe acerca de nuestro pasado reciente (específicamente la UP y la Dictadura), permite la apropiación de esa



*El pañol, Marcelo Brodsky, Nexo, 2001, Argentina.
(Gentileza de M. Brodsky y Galería AFA, Santiago de Chile)*

experiencia a partir de sus ruinas y de sus fisuras. El artista pone en evidencia (como las vanguardias) el proceso de montaje de su obra y, con ello, también evidencia la fragmentación y precariedad de la historia.

La fotografía, dice Barthes, tiene relación con el amor y la muerte, y el encuentro de lo amado se ubica generalmente en la lejanía. Las fotografías de Rodrigo son el encuentro de la figura, de su padre ya muerto, aunque sea como "spectro"⁶, ya que su existencia, el esto *ha sido*, siempre es diferida. De ahí su elección: no se trata de cualquier fotografía, sino de aquella que me hiera y que me resuena palpitante al cerrar los ojos y en silencio.

6 Spectrum: esta palabra mantiene a través de su raíz una relación con "espectáculo" y le añade ese algo terrible que hay en toda fotografía: el retorno de lo muerto.

Fotografía y narración

En su texto *Trazos de Luz*, Eduardo Cadava da cuenta del vínculo entre narración y fotografía en el pensamiento de Walter Benjamin, a partir del vínculo existente entre estas manifestaciones y la muerte, de la cual se desprende "su autoridad". Desde esta perspectiva, de acuerdo a la lectura de Cadava, la reflexión en torno a los medios de representación es una reflexión en torno a la historia y la memoria, o lo que él denomina "medios de transmisión" del pasado. Con esto, Cadava pone de relieve la importancia que tiene en la escritura benjaminiana el vínculo entre estética y política.

Esta relación entre estética y política y específicamente respecto de la narración y la memoria colectiva, se nutre de lo que plantea Benjamin en dos de sus textos: *El Narrador*⁷ y las *Tesis sobre el concepto de historia*⁸. En estos trabajos, Walter Benjamin interroga la problemática de la narración después de la catástrofe (resignificada luego de la experiencia de Auschwitz) y propone un modelo de memoria para acceder a la rememoración (*versus* el recuerdo) que se cristalizaría en la figura de El Narrador. Este ejercicio de memoria sería capaz de reeditar el sentido colectivo y propiciar la redención de los "vencidos" al tiempo que se liberaría el pasado oprimido en el presente, rompiendo el "continuum" de la historia oficial (esto se aprecia claramente en el ensayo fotográfico "La buena memoria").

Este es el lugar desde el cual articula su ensayo fotográfico Marcelo Brodsky, desde su experiencia particular de la dictadura argentina, instalando, a partir de su propia vivencia y contexto, preguntas transversales acerca de la memoria, en las que la referencia a la experiencia alemana funciona, tal como lo plantea A. Huysen "como un prisma internacional que alienta los discursos locales sobre los desaparecidos, el genocidio o el apartheid en sus aspectos tanto legales como conmemorativos"⁹. Huysen señala que el trabajo de Brodsky se inserta en el campo de lo que denomina como posmodernismo posdictatorial del duelo en América Latina, sintetizando los elementos que se hacen presentes, como mónadas, en sus fotografías.

En la fotografía de Brodsky confluye la problemática de la representación de la memoria no sólo como marca de la enunciación del sujeto, sino también como interrogante acerca de la propia creación y soporte artístico. Se trata de una reflexión acerca de las posibilidades de inscribir la experiencia, en nuestra sociedad, que pone de manifiesto sus preguntas, contradicciones y aporías, al mismo tiempo que cuestiona las construcciones y prácticas colectivas de nuestros días. La reflexión en torno al soporte material de la obra de Brodsky es particularmente

7 Benjamin, Walter, "El Narrador", en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus, 1998.

8 Benjamin, Walter, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Santiago: Arcis-Lom, 1996.

9 Huysen, Andreas, "El arte mnemónico de Marcelo Brodsky", en Brodsky, Marcelo, *Nexos*, Buenos Aires: La marca Editora, 2001.

importante, adquiriendo relevancia la forma en que utiliza sus recursos, dado el estrecho vínculo entre fotografía y memoria¹⁰. Huyssen señala: "se trata de una práctica artística que vulnera los límites entre instalación, fotografía, monumento y memorial. Su lugar puede ser el museo, la galería o el espacio público. Su receptor es el espectador individual, pero él o ella es convocado no solamente en tanto individuo sino también como miembro de una comunidad que enfrenta el trabajo de la conmemoración"¹¹.

El trabajo fotográfico de Marcelo Brodsky presenta características que articulan la reflexión en torno a la memoria y su representación en las sociedades latinoamericanas postdictatoriales. De acuerdo a la lectura propuesta para esta obra, las posibilidades de nombrar el pasado y de "convocarlo" residen en el rescate de lo residual: los archivos, las marcas en el espacio público, los libros desenterrados, la reconstrucción del despojo en el pañol. Estos elementos, residuales, permiten leer sus ensayos y, específicamente, su ensayo fotográfico, *Nexos*, como un intento por articular una memoria de los vencidos (de acuerdo a las categorías propuestas por



*Los condenados de la tierra, Marcelo Brodsky, Nexo 2001, Argentina.
(Gentileza de M. Brodsky y Galería AFA, Santiago de Chile)*

10 Langland, Victoria, "Fotografía y memoria", en Jelin, Elizabeth y Ana Longoni, *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Madrid: Siglo XXI Editores, 2005.

11 Huyssen, A, *ob. cit.*, p. 9.

Benjamin¹²), es decir, como una construcción social de la memoria fundada en la asunción de la catástrofe y de sus consecuencias sociales, explorando las implicancias políticas y subversivas de un ejercicio de lectura del pasado y sus huellas articulado desde ese lugar de enunciación.

Quisiera finalizar citando una frase dicha por la cineasta chilena Carmen Castillo, en el contexto de una conversación con la Red de Memorias de la Universidad de Chile, a la cual pertenezco. Refiriéndose al proceso de creación de su película *Calle Santa Fe*, ella señala: “el presente no resiste al pasado, menos aún en la imagen” y si bien esto puede ser cierto, tal vez sea necesario que el presente ceda a la irrupción de ese pasado, a riesgo de su resquebrajamiento y fragilidad.

12 De acuerdo a las lecturas de Benjamin y específicamente la reflexión en torno a la catástrofe y la memoria expresada en *El Narrador*, la posibilidad de acceso a la experiencia verdadera (*Erfahrung*) sólo es posible desde el fragmento. La totalidad y cohesión de los relatos daría cuenta de la experiencia cosificada (*Erlebnis*) que no permite la rememoración, sino el recuerdo y se opone a las posibilidades de la narración. En *El Narrador* Benjamin señala que las crisis de la narración, el fin del arte de narrar, se hace evidente, pues el consejo sólo es posible cuando la experiencia es representable. Esta representación de la experiencia hace crisis en la medida en que se separan el sujeto que hace y tiene la experiencia. Pero con la catástrofe de la guerra y de la experiencia moderna se expresaría la imposibilidad de narrar y la pobreza de experiencias intercambiables. A partir del rescate de la experiencia que corre de boca en boca, propia de la épica, y de la figura del marino y el campesino, Benjamin introduce la figura de lo lejano: el extranjero, el otro, y el pasado que confluyen en el ejercicio narrativo. Pero la narración supone la desinstalación y el arraigo a la vez. Supone el rescate de la tradición de los vencidos, de la memoria, borrada y vuelta a escribir, de las capas de una narración colectiva, como en un palimpsesto que deja las marcas y que no se yergue, por lo tanto, como representación totalizante, dejando fisuras y huellas que permiten la lectura alegórica de ésta y que niega la inmediatez de la información propia del capitalismo. Lo anterior se liga directamente a la problemática de la representación para acceder a la rememoración, a una memoria crítica y liberadora: la memoria involuntaria que ofrece una chance, la reflexión crítica, y a la irrupción del pasado en el presente de modo redentor. Por ello es lo fragmentario, arruinado y alegórico aquello que posibilitaría el acceso a la verdad y al pasado, lo que abriría el camino a la rememoración y la narración, pero que necesita claramente de una superficie de inscripción legítima que contemple la voz colectiva y la humanidad emancipada, por lo tanto, que sólo sería posible en la medida de la restitución de los lazos sociales, de la colectividad, de la destrucción del capitalismo y de la liberación de las ruinas en el presente. En otras palabras, que supone la revolución.

Representaciones visuales humorísticas y evasiones imaginarias en la resistencia cultural de prisioneras y prisioneros políticos de Chile y Uruguay: acciones colectivas y condiciones para la resiliencia en la prisión política

Jorge Montealegre Iturra *

Las utopías consuelan.
Michel Foucault

Las experiencias de prisión política, de hombres y mujeres, bajo las dictaduras militares surgidas en los años setenta en el Cono Sur de nuestra América han dejado antecedentes de horrores que son en gran parte conocidos y están documentados en las instancias preocupadas por las violaciones de los Derechos Humanos. Por las víctimas –muertas y desaparecidas– han debido testimoniar los sobrevivientes. La cotidianidad de la sobrevivencia, sin embargo, no ha sido suficientemente relatada ni estudiada. Menos aún la parte de aquella cotidianidad que puede connotar cierta alegría al contener, por ejemplo, expresiones lúdicas o artísticas. Es probable que la *culpabilidad por vivir* de los sobrevivientes (tema abordado tanto por autores europeos ya canónicos que se refieren principalmente a los supervivientes de Auschwitz, Buchenwald y los campos de concentración europeos en general, como por autores latinoamericanos que han escrito desde la experiencia local) haya inhibido el énfasis en el relato de experiencias positivas que permitieron enfrentar la adversidad con humor, creatividad y espíritu comunitario. Considerando dicha situación intentaremos detectar y reivindicar la presencia de narrativas visuales en la prisión política, en cuanto elementos tanto de acciones colectivas de las personas privadas de libertad como del proceso de resiliencia¹ de quienes sobrevivieron.

* Doctorando en Estudios Americanos, Mención Pensamiento y Cultura, Instituto de Estudios Avanzados (IDEA), Universidad de Santiago de Chile.

1 La definición más compartida de resiliencia afirma que “es la capacidad humana para enfrentar, sobreponerse y ser fortalecido o transformado por experiencias de adversidad”, Henderson Grotberg, Edith, en Melillo y Suárez (comps.), *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas*, Buenos Aires: Editorial Paidós, 2001, p. 20.

En sus empeños individuales y colectivos por la superación de la adversidad, los prisioneros políticos –hombres y mujeres– generaron la influencia social positiva que permitió tanto el desarrollo de acciones colectivas como el desarrollo de pilares de resiliencia para el conjunto de la comunidad prisionera. El colectivo de víctimas se reconstruye socialmente en el mismo colectivo, reivindicando una identidad (que es diversa a la representación social que las dictaduras construyen de ellos) y generando una nueva cotidianeidad con códigos comunes de un *discurso oculto* que “no contiene sólo actos de lenguaje sino también una extensa gama de prácticas”².

Esta experiencia política colectiva o de *infrapolítica de los grupos subordinados*, según la nomenclatura propuesta por James C. Scott, se traduce en una gran variedad de formas de resistencia muy discretas que recurren a formas indirectas de expresión³; en acciones, donde la generación de instancias propias de organización (desde brigadas de aseo al partido de fútbol, desde las clases de diversas materias a la actuación en algún *sketch*) es una respuesta frente al poder militar. Parte del discurso es también en clave de creación artística. Es decir, los presos políticos recurren a diferentes manifestaciones de arte y artesanía para sobrellevar la falta de libertad y evitar las depresiones suicidas⁴. Entre ellas, se destaca la recurrencia a la música, la literatura y otras formas de representación, como las expresiones humorísticas, gráficas, narrativas y teatrales que en el contexto de la prisión política pueden llegar a ser *evasivas* en varios sentidos: entretienen, son ambiguas y son canales de una forma de fuga, sin salir físicamente de la prisión: evasiones imaginarias, cuando la fuga material aparece inviable.

Mario Molina, que se hizo dramaturgo en prisión, escribe: “Los presos organizaron grupos teatrales para soportar y evadirse de las vejaciones y maltratos de los carceleros”⁵. Para quienes valoran la libertad como un derecho natural y obvio, escribe Primo Levi:

“La idea de la prisión enlaza con la idea de la fuga o de la rebelión. La condición del prisionero es sentida como ilícita, anormal: como una enfermedad que se debe curar mediante la evasión o la rebelión. Por lo demás, el concepto de la evasión como obligación moral está muy arraigado: según los códigos militares de muchos países, el prisionero de guerra está obligado a liberarse de cualquier modo, para volver a ocupar su puesto de combate, y según la Convención de La Haya, la tentativa de fuga no debe ser castigada. En la conciencia pública, la evasión lava y extingue la vergüenza del cautiverio”⁶.

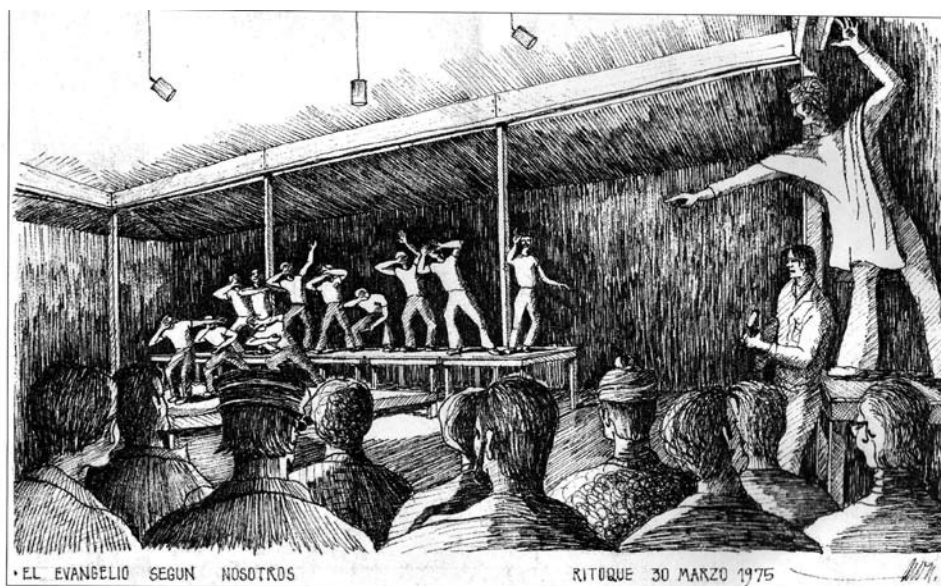
2 Scott, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era, 2000. p. 38.

3 Scott, *ob. cit.*, p. 44.

4 “Los suicidios –escribe Luis Vitale– eran producto de estados depresivos profundos, derivados de los problemas políticos y familiares, como asimismo de la situación que vivíamos. Este factor situacional era el desencadenante de los estados depresivos latentes. Por eso nuestra mayor preocupación era levantar el ánimo de todo compañero que comenzaba a mostrar signos de depresión”. En Vitale, Luis, *La vida cotidiana en los campos de concentración de Chile*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1979.

5 Molina, Mario, *Teatro en Chacabuco (campo de concentración)*, Santiago de Chile: Ediciones Chile América-Cesoc, 2008. p. 13.

6 Levi, Primo, *Trilogía de Auschwitz*, España: El Aleph Editores, 2006. p. 603.



Teatro en campo de prisioneros de Ritoque. Dibujo hecho en prisión por Miguel Lawner. Chile, marzo de 1975

En la historia reciente de nuestra América hay numerosos casos de fugas materiales, que han sido entendidas como un derecho. La fuga, por ejemplo en el código penal uruguayo, es considerada “auto evasión” y no es asumida como delito en tanto no se emplee la violencia⁷. En la experiencia argentina se reconocen otras formas de fuga de los campos de concentración como explica Pilar Calveiro:

“No solamente el escape físico todas ellas asociadas con al preservación de la dignidad, la ruptura de la disciplina y la transgresión de la normatividad, saboteando los objetivos del campo”⁸.

Cuando no se ejerce en una fuga material ni una ruptura explícita de la disciplina, el derecho a la evasión de la prisión se transfigura en expresiones imaginativas que inventan escenarios que mitigan la falta de libertad. El sueño de estar en otra parte, el escapismo como una ilusión liberadora, lleva a pensar en formas de evasión que pueden llegar a compartirse, paliativamente, en la realidad. Digamos, recurriendo a Michel Foucault, que “las utopías consuelan: pues si no tienen un lugar real, se desarrollan en un espacio maravilloso y liso; despliegan ciudades de amplias avenidas, jardines bien dispuestos” (Foucault, 2002: 3) etc; y que el primer recurso, la primera acción intangible en el escape, es el pensamiento.

7 Blixen, Samuel, *Fugas*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2004. p. 9.

8 Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2004. p. 114.

“Antes aun de prescribir, de esbozar un futuro, de decir lo que hay que hacer antes aun de exhortar o sólo de dar la alerta, el pensamiento, a ras de su existencia, de su forma más matinal, es en sí mismo una acción –un acto peligroso” (Foucault, 2002, 319).

Al pensamiento compartido de la fuga –a este discurso oculto que toma forma de relato, de ensoñación, conversación o juego– le pueden seguir otras acciones orientadas a la construcción del espacio que dicta la utopía, aunque en la medida de lo que la precariedad de la prisión puede hacer posible.

Escapadas, películas y humor gráfico

Prisioneras políticas de Chile y Uruguay nos relatan dos experiencias similares de escapadas nocturnas imaginarias. Edda Fabbri, que estuvo catorce años presa, doce de ellos en el Establecimiento Militar de Reclusión N°2, Punta de Rieles, en Montevideo (que funcionó como cárcel para las mujeres desde 1973 hasta 1985), nos cuenta que “salían” a pasear en ómnibus. Recordaban los recorridos y sus paradas. A Edda le gustaba tomar el 125 y ver cómo andaba el barrio, reconociendo almacenes, esquinas, vecinos. En el trayecto de ida y vuelta se daban las peripecias jocosas que los pasajeros pueden vivir diariamente “y se reconocían los lugares que nos acercaban o alejaban de la casa. A veces el ómnibus estaba muy lleno, iba muy lento o muy rápido”. Todas participaban en el juego, completando la ciudad. Por otra parte, en la piscina del Estadio Nacional –nos cuenta Sandra Palestro– hicieron un “curso de manejo de motocicletas” y, ya sabiendo manejar, acordaban ir a dar una vuelta por el barrio o ir a la playa, recuperando en el juego las calles de la ciudad, reconociéndola, recuperándola. Pero siempre, en ómnibus o en moto, volvían a la prisión. Eran *escapadas*, con todo lo temporal que sugiere el término. Estas incursiones –evasiones, fugas, escapadas– las sintetiza poéticamente Ivonne Trías, que también estuvo presa entre 1972 y 1985 principalmente en Punta de Rieles, al referirse a “los sueños en los que siempre estábamos libres pero siempre teníamos que volver. En los que siempre encontrábamos a nuestros amores pero ellos nunca nos veían”⁹. El soporte de estas acciones –el *espacio maravilloso*– eran la imaginación, el humor y la palabra; la ensoñación que –según Boris Cyrulnik– “da forma, mediante imágenes, al regreso de la esperanza”¹⁰. La aparición súbita de un guardia jamás habría encontrado algún vestigio de estas evasiones, de estos sueños compartidos. Graciela Nario (Paloma), lo sintetiza magníficamente testimoniando en *De la desmemoria al desolvido*:

“Era algo que seguramente lo rememoramos como especial. La diferencia con la vida en libertad, ¿no? Porque el consumo, todo lo material, estaba afuera, ya lo teníamos resuelto: no teníamos nada. Pero eso no era problema y compartíamos lo poco que teníamos. Vivíamos enriqueciéndonos espiritualmente a partir de lo que

9 Trías, Ivonne, *La tiente*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2007. p. 14.

10 Cyrulnik, Boris, *El murmullo de los fantasmas*, Barcelona: Editorial Gedisa S. A., 2003. p. 142.

contábamos o podíamos armar entre todas. La lectura de un libro compartido y los comentarios, las reuniones que hacíamos con las veteranas que habían viajado. Para nosotras era como ir al cine”¹¹.

En el proceso de resiliencia, sostiene Cyrulnik, “el activismo y la ensoñación son los dos factores de defensa en una situación de urgencia”¹². Ambos factores están presentes en otra experiencia comparable entre las prisiones de Chile y Uruguay, en la que se pasa de la imaginación a la acción que implica construcción de artefactos y participación de espectadores. Nos referimos a la “proyección de películas”, expresión que debe dimensionarse de acuerdo a la situación de precariedad que se vivía en la prisión, al deseo que encierran las palabras y a la autoironía que brinda el sentido del humor.

En este contexto, el rol del humor es vital en la experiencia colectiva de enfrentamiento de la adversidad donde se revela –según estudios referidos a campos de concentración– como “un medio de crear emociones positivas; mantener la cohesión y la moral del grupo; preservar un sentido de dominio, esperanza y autorrespeto”¹³. En Chacabuco –campo de prisioneros en el desierto chileno– entre las diversas experiencias de acciones colectivas (obras de teatro, shows, grupos musicales) que tuvieron el humor como expresión fundamental, nos interesa mencionar la presencia del humor gráfico a través de una “película” hecha a la manera de la primitiva “linterna mágica”, que se hizo y se proyectó en Chacabuco: una “película de piratas” que precedía, a manera de créditos, un *sketch* en vivo que tenía a Peter Pan y al Capitán Garfío entre sus graciosos personajes.

La sola anécdota de cómo fue hecha y proyectada es de gran interés como acción colectiva, “cinematográfica” y humorística. “La película –nos cuenta Guillermo Orrego, que fue espectador y actor de la función– la dibujó un compañero (Tato Ayres) en papel celofán que encontramos en el teatro viejo. La maquinita proyectora la confeccionó Sáez con tarros, una ampollita que alumbraba y otra llena de agua que servía como vidrio de aumento”. Al tarro se le hizo un hoyito para que saliera el haz de luz. El guionista de esta obra –Emilio Cisternas, que también oficiaba de presentador– nos completa el relato: “La noche del show, si mal no recuerdo, no tuvimos mucho éxito con la proyección. Tuve muchos problemas con la *maquina proyectora* siendo el principal problema el ajuste focal. Como comprenderás no teníamos las herramientas como para hacer un buen trabajo. La proyectora consistía de un tarro de leche Nido grande. Al interior del tarro había una ampollita llena de agua sentada en una base. Esta ampollita servía como lente amplificador. En forma vertical detrás de la ampollita había un par de guías para deslizar la película, luego atrás de la película otra ampollita encendida que proveía la luz de proyección”.

11 Taller Vivencias de ex presas políticas, *De la desmemoria al desolvido*, Montevideo: Editorial Vivencias, 2002. p. 106.

12 Cyrulnik, *ob. cit.*, p. 142.

13 Martín, Rod A., *La Psicología del Humor. Un enfoque integrador*, Madrid: Orión Ediciones y Fundación General de la Universidad de Alcalá, 2008. p. 48.

A las presas políticas uruguayas de Punta de Rieles –testimonia Edda Fabbri– la idea del cine las “acompañó siempre, y tuvo, según las épocas, distinto significado. Fue muchas y ninguna. No sé cuándo empezamos a hablar de la película, ni quién empezó. A veces se trataba de una película que íbamos a hacer, que alguien iba a hacer cuando saliéramos. Era principalmente cómica, material había de sobra. Una comicidad basada en el ridículo, aportado sin falta por ellos, especialistas. También nosotros fuimos protagonistas del ridículo. Esto va para la película, decíamos en ocasiones y eso era principalmente de noche, con la luz de la celda apagada, unas doce mujeres jóvenes y sin sueño. La luz la apagaban como a las nueve, y como era temprano por lo general leíamos con el resplandor que entraba del corredor. Las noches en que hablábamos de la película, que casi no leíamos y nos reíamos mucho, era cuando el día había sido difícil. Supimos reírnos de nuestras desgracias y de nuestros miedos. Es a veces la mejor risa, allí lo era”¹⁴.

Y Edda Fabbri agrega:

“Una vez fuimos más lejos y quisimos hacerla ahí mismo la película. Era de dibujitos. Había que recortar en papel unos muñecos que hacíamos horribles, de distintos tamaños y formas (se ve que en aquella celda no había nadie con el don de las medidas, de las proporciones). Pero los muñecos eran lo de menos. La cosa era el proyector. Cómo conseguimos la caja no me acuerdo. No debe haber sido fácil, porque lo que nos mandaban los familiares venía sólo en bolsas de plastillera, unas bolsas horribles, de triste memoria para ellos, que las traían, que las armaban con su esfuerzo y amor, y para nosotras. Tal vez tuviéramos la caja desde antes, de cuando nuestras ‘pertenencias’ eran más y más variadas. Mediría unos treinta centímetros de lado, más o menos. Decían que había que forrarla toda por dentro con papel plateado para que reflejara mejor la luz. Papel plateado había. Por arriba se cerraba con sus tapas. En uno de los lados le hicimos una ventanita. Por delante de esa ventanita tenía que pasar la fila de muñecos recortados, movida a mano. De adentro de la caja debía salir la luz. La celda tenía que estar oscura. La hora de cenar era la única oportunidad. Luz prendida, oscuridad en las ventanas, y gente en el corredor que podía avisar a las del cine. Después podían salir esas y entrar otras. También había que comer, pero la película no era muy larga, así que los tiempos daban. Las dos lamparitas de cada celda colgaban del techo sin recubrimiento. Una de ellas, prendida, quedó adentro de la caja, esta la rodeaba, sostenida por la operadora, subida a una cucheta corrida de su lugar. La otra lamparita había que aflojarla. La luz salía por el costado de la caja y se proyectaba sobre una pared previamente despejada de cuchetas. La película empezó y fue un fracaso. Primero no se veía nada, pero nada. Había que poner los muñecos más lejos, o más cerca, no me acuerdo. Por último vimos: un muñeco se bamboleaba patas arriba en la pared. El cine es así, no sé por qué, al revés. Alguien habló de las leyes de la óptica, yo no escuché mucho. En el ojo humano es igual, adentro las imágenes están al revés. No importaba entenderlo, más fácil era dar vuelta el muñeco. Como sea, la caja de la película quedó arrumbada”¹⁵.

14 Fabbri, Edda, *Oblivion*, La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2007. p. 28.

15 Fabbri, *ob. cit.*, p. 29.

Reflexionando sobre la experiencia Edda Fabbri sigue:

“Pero yo quiero encontrar ahora en esa presencia permanente del cine alguna pista. Como si no pudiéramos dejar de mirar la realidad, la nuestra, a través de ese otro ojo, como si no alcanzara con el nuestro. (...) La película nos permitía seleccionar. En esa tarea de edición que imaginábamos íbamos resguardando lo que queríamos conservar. No una mejor imagen para mostrar, sino aquellas imágenes en las que podíamos apoyarnos para no caer. La película también nos salvó”¹⁶.

Tal vez sea pertinente explicitar que ninguna de las “proyecciones” fue plenamente lograda. No se realizó la “utopía del cine”, pero hubo más satisfacción que frustración entre las y los “productores” porque se había logrado –aunque fuera fugazmente– un espacio de libertad propio distinto al impuesto por los militares. Una persona que es ofendida –reflexiona Scott sobre el discurso oculto colectivo– “puede elaborar una fantasía personal de venganza y enfrentamiento, pero cuando el insulto no es sino una variante de las ofensas que sufre sistemáticamente toda una raza, una clase o una capa social, entonces la fantasía se puede convertir en un producto cultural colectivo”¹⁷. Entonces, la película “salva” y se revela como una forma de resistencia.

Historia de Garabato

Por otro lado, sufriendo el más cruel aislamiento, el rehén uruguayo Eleuterio Fernández Huidobro –hoy senador de la República del Uruguay– hizo la “Historia de Garabato y Florazul y de sus amigos pisoteados”. Tiras cómicas, cuyo proceso de producción es muy significativo, así como su distribución casi reservada al círculo familiar. Digamos, aunque sea obvio, que se trata de una experiencia que está al margen de la industria cultural¹⁸. Fernández Huidobro testimonia:

“Cuando se vive dentro de un calabozo, y no hay otra cosa que mirar, uno pasa mirando las paredes e imaginando figuras en cada mancha. Yo ya estaba acostumbrado a ver manchas en la pared, y en cada mancha una figura, por el año de 1974, cuando llevaba más o menos un año de rehén y estaba en un pequeño calabozo del cuartel de Rocha, pero la mancha del calabozo de Rocha tiene también una historia. En él había estado un compañero que habían traído de Buenos Aires. (...) Cuando fui a vivir a ese calabozo encontré las paredes rayadas por sus zapatos. Los calabozos son angostitos, la pared está casi al lado de la cucheta, de manera que durante meses yo estuve sentado frente a esa mancha. De tanto mirarla se me ocurrió ver en la mancha de la pared –recuerdo–, se me ocurrió ver un caballo avanzando de frente, cabalgado por un jinete que llevaba una lanza, y en las patas del caballo un perro furioso con los dientes al aire y los ojos chispeantes. Un día, y así creo yo que aprendí a dibujar, se me ocurrió hacer el silogismo siguiente: si a esa figura incompleta le

16 *Ibid.*

17 Scott, *ob. cit.*, p. 32.

18 Mercado editorial del cómic y el humor gráfico en el que sí está, por ejemplo, *Maus*, de Art Spiegelman, referida a la experiencia de prisión en Auschwitz.



"Pamento", personaje dibujado en prisión por Eleuterio Fernández Huidobro, quien fue rehén de la dictadura uruguaya 13 años.

agrego con el dedo las líneas que le faltan, la figura queda terminada tal como yo la veo. Entonces con la uña marqué las partes que faltaban para completar aquel dibujo que ya me sabía de memoria. (...) Entonces yo no tenía lápiz ni papel porque tampoco fumaba, pero cuando posteriormente me trasladaron a Minas quedaron entre mis cosas una lapicera, pedazos de papel y una foto de Gabriela. Ya había pensado que del mismo modo que había completado aquellas figuras que creí ver en la pared, si imaginaba la cara de mi hija sobre la hoja, bastaba pasar la lapicera por donde mi imaginación trazaba sus rasgos para tener un dibujo de ella. Nunca había dibujado bien, ni remotamente bien, pero ya sospechaba que podía dibujar desde que realicé aquella figura con el dedo. Lo único que precisaba era lápiz y papel. (...) Diez años estuve dibujando –cada vez que pude– para entretenerme, y en ese tránsito por el dibujo de todo tipo fui descubriendo los pequeños secretos que hacen a la técnica del dibujante. (...) Siempre tenía que dibujar chiquitito, porque no tenía papel, no podía gastar todo el papel que conseguí con muchas dificultades. Tuve que pelear para conseguir materiales de dibujo, y las pocas revistas de deportes que lograron hacerme llegar, me sirvieron de modelo”¹⁹.

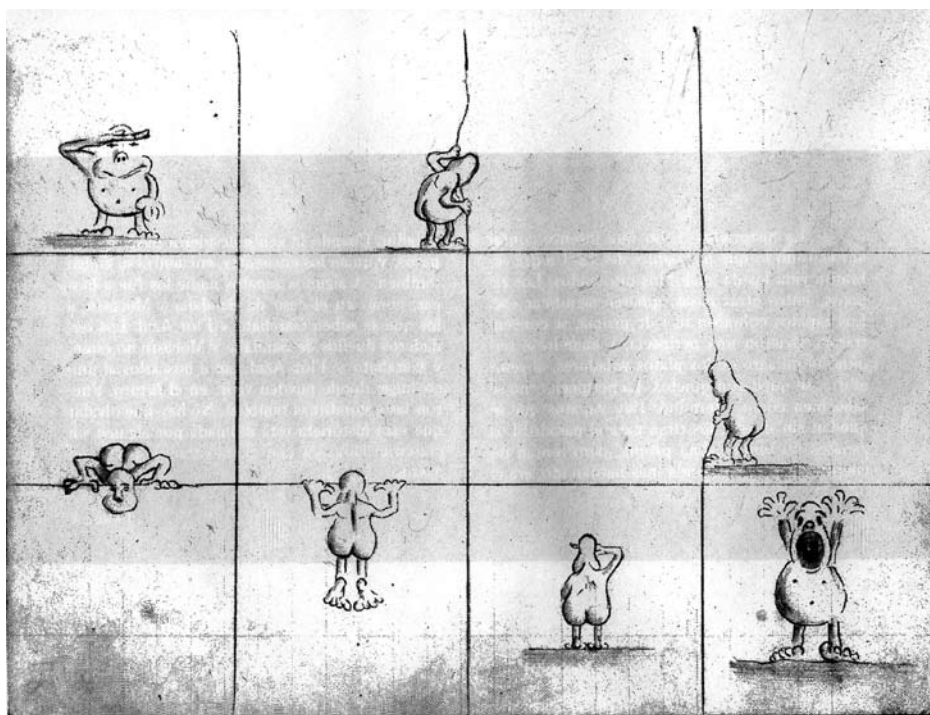
Eleuterio Fernández derivó hacia el dibujo humorístico, haciendo un personaje que –según él mismo– de alguna forma lo representaba.

19 Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de Garabato y Florazul y de sus amigos pisoteados*, Montevideo: Impreso en Tradinco S.A., diciembre de 1985.

"Había hecho una larga serie de sesenta a setenta dibujos, todos con una letra de tango, y para cada tango un dibujo. Al personaje siempre lo ubicaba en un rincón. Tomaba mate sentado en un banquito, en alpargatas, y le puse el nombre de Pamento. Él tiene siempre una radio al lado, y como para los soldados nosotros éramos los *pichis*, Pamento quiere ser un pichi, y sueña con ser el protagonista de los tangos que escucha, así que lo que está dibujado es el tango que escucha Pamento"²⁰.

Pamento es un personaje popular, que siempre está vestido. Luego desarrolla las tiras cómicas de Garabato que a diferencia de Pamento actúa significativamente desnudo:

"...lo desnudé porque tenía la intención de que si salía sirviera para una denuncia. La situación de un tipo que está como Garabato, completamente solo, sin siquiera pilchas que ponerse... todo lo que subyace aquí es la soledad de Garabato, que es muy grande. Él está solo y seguirá estando solo. Lo único que tiene es un lápiz, y una línea que construye todo esto. Yo hice muchos garabatos, pero sin la intención de hacer una historieta"²¹.



"Garabato", historieta dibujada en prisión por Eleuterio Fernández Huidobro. Cuartel de Melo, Uruguay, 1981-1982

20 Fernández Huidobro, Eleuterio, *ob. cit.*, p. 21.

21 Fernández Huidobro, Eleuterio, *ob. cit.*, p. 22.

Resultó, de hecho, un dibujo sobre el dibujo que tiras tras tira se desarrolla como historieta: la historia de los pisoteados, de los zapatos con pasado, como aquellos que iniciaron su primer dibujo en la pared. Al testimoniar Fernández de cuenta de su lenguaje poético:

“Un día cobraron vida los de abajo, los pisoteados. Los zapatos, entre otras cosas, quieren significar eso. Los zapatos cobraron su vida propia, se concentraron, vivieron una peripecia, y cuando se terminó el milagro de los platos voladores, al venir el día, se quedaron quietos. La peripecia –no se sabe bien cómo– terminó. Hay zapatos que se quedan sin dueño, los tiran para el pasado. Los zapatos no tenían alma propia, pero tenían recuerdos, y al lugar donde más habían ido, era al Estadio. Cuando la gente despierta busca sus zapatos, y quien los encuentra, encuentra su amigo también. A algunos zapatos nadie los fue a buscar, como en el caso de Sandalia y Mocasín, a os que se suben Garabato y Flor Azul. Los verdaderos dueños de Sandalia y Mocasín no están, y Garabato y Flor Azul van a buscarlos al único lugar donde pueden vivir; en el futuro. Fueron las golondrinas también. No hay que olvidar que esta historieta está dibujada por alguien sin presente. Hoy, ya con él, mostramos parte del pasado”²².

Sumemos a la experiencia uruguaya, la presencia del humor gráfico en otra situación extrema que conocemos gracias a Pilar Calveiro, quien relata en su libro sobre los campos de concentración en Argentina, que en la Escuela de Mecánica (la ESMA) los presos de capucha llegaron a fabricar pequeños libritos con chistes recortados de periódicos, como regalo de navidad en diciembre de 1977. Calveiro agrega:

“El trabajo, el juego, y con ellos la risa fueron formas de defensa del sujeto amenazado. En efecto —, la risa aparece en muchos de los relatos y confirma la persistencia, la tozudez de lo humano para protegerse y subsistir”²³.

Volviendo al “cine” y a las presas políticas uruguayas, es muy ilustrativo como representación humorística la experiencia colectiva recogida en el libro *De la desmemoria al desolvido*. En él, el Taller Vivencias de ex presas políticas relata el festejo de fin de año de 1975. En este caso, estaban detenidas en Infantería 1, llamado “el 14”: el cuartel más grande de Montevideo, lugar “de paso” para las mujeres que trasladaban al Penal de Punta de Rieles. A pesar de las prohibiciones, a escondidas, y conviviendo las veinticuatro horas en el mismo barracón, se separaron en grupos para preparar tres “actuaciones sorpresa”. Entre estas presentaciones estuvo el “cine de sombras”. Para hacerlo –cuenta una de las realizadoras– se inspiraron en ‘Tienda de los milagros’, de Jorge Amado. La “película” se preparó con sigilo, despistando a las otras compañeras que estaban intrigadas sobre lo que preparaba ese grupo. Graciela Souza (llamada Marmo), recuerda haberlas visto a todas “metidas dentro de la armadura de hierro de una cucheta vacía, con los lados

22 Fernández Huidobro, Eleuterio, *ob. cit.*, p. 27.

23 Calveiro, *ob. cit.*, p. 112.

tapados por sábanas. A veces prendían una vela adentro. Muchas pensaron que la cosa venía de macumba. Fue una verdadera sorpresa el cine de sombras". Alicia Chiesa (Samber), agrega concluyente: "Lo que pasó es que el cine de sombras fue mágico. Nos sorprendimos como niños y como niños también lo disfrutamos. Nos mirábamos unas a otras asombradas con los ojos chispeantes de alegría. Quedó para el final y fue el broche de oro de los festejos". Rosario Caticha (Charo), una de las productoras, no oculta su orgullo: "La verdad es que nos quedó sensacional. ¿Se acuerdan que hicimos las voces y los textos tipo 'Les Luthiers'? Empezamos con el informativo UFA donde pusimos acontecimientos del año". Marmo revive el momento, recordando la parodia: "¡Fue memorable! Todas sentaditas frente a la sábana blanca que se ilumina por detrás, aparece una imagen y tu voz, Charo, recuerdo clarito tu voz presentando el noticiero". Entre risas, Samber evoca la parte más chistosa de la "película": "Lo mejor de todo fue cuando nos tiraron agua de atrás de la sábana. Habían anunciado en la presentación del filme que era sensible, como el 'cine sensible' de 'Un mundo feliz' de Huxley... En una parte de la historia en que llueve tiran agua a nostras, el público. Llorábamos de risa". Charo, realizadora, admite: "Nosotras del otro lado de la sábana también nos divertíamos de lo lindo".



"Los de Chacabuco", grupo musical de presos políticos, en misa celebrada por obispo Fernando Ariztía en campo de prisioneros de Chacabuco. Chile, 1974. Al centro, Marcelo Concha, actualmente desaparecido. Fotografía tomada por alguien de la comitiva o de la troupe que rodó documental „Yo he sido, soy y seré" (RDA, 1974), publicada en revista L'Europeo (Italia, 1974).

Años después, las ex prisioneras recuerdan y reflexionan: “Es increíble nuestra capacidad de adaptación, dice Marmo. Un año antes, muchas de nosotras estábamos pasando el fin de año de plantón y encapuchadas. Después vino el procesamiento, asumir la ‘cana’, a adaptarse a esa realidad, conocernos. Terminamos el año con una experiencia que para todas fue vital, fue como ganarles una”. Raquel Núñez confirma la sensación de victoria en la precariedad: “Y claro que se la ganamos. ¿Por qué nos sancionaron? Ellos esperaban que las fiestas fueran nuestros momentos tristes. La rabia que le dio, al oficial, él de guardia en el cuartel y nosotras de cantarola. ¡Presas y todavía de cantarola!”²⁴.

Acción colectiva, acción política

Los testimonios de las escapadas imaginarias, en motos u ómnibus; de las proyecciones de películas, con un tarro o una caja de cartón; y los dibujos humorísticos, de piratas o zapatos; representan expresiones que, generalmente, han sido preteridas en el relato testimonial. Como los ejemplos citados, se trata de productos culturales realizados por las prisioneras y prisioneros en la cotidianidad del cautiverio (entre ellos diarios murales, grafittis, caricaturas, manifestaciones teatrales, textiles, literarias, musicales y de humor, etc.), que se sumaron en un discurso oculto, que adquiriría formas colectivas como parte de las organizaciones y acciones al interior de la prisión que constituían formas de enfrentamiento de la adversidad distintas al heroísmo, la traición y al martirologio. Son los mismos ex prisioneros y prisioneras –una parte de quienes han sobrevivido– quienes, décadas después de salir en libertad, hacen registros y ejercicios de memoria individual y colectiva. Esas personas –ni héroes ni santos, como diría Todorov a propósito de las “virtudes heroicas” – tienen sus recuerdos, materiales y de ellas mismas en su quiebre biográfico. Es lo que hace, por ejemplo, el Taller de Género y Memoria de ex prisioneras uruguayas. Es lo que hacen los ex prisioneros de Dawson y Chacabuco en Chile.

En esa dirección hemos creído pertinente relacionar las actividades organizadas por los prisioneros y prisioneras, para enfrentar la adversidad y resistir la opresión, con el concepto *acción colectiva*; así como nos parece adecuado, con la distancia temporal ya dada y la existencia de organizaciones de ex prisioneros(as), detectar que en esas acciones colectivas se vivieron procesos de resiliencia que se potencian en el colectivo. Sin embargo, la cotidianidad de la vida en la prisión política, con su precariedad, con su humor, con lo real maravilloso que hay en las acciones colectivas culturales, no ha tenido la visibilidad que merece. Es necesario y humanizador completar la memoria y profundizar en el conocimiento de estas experiencias. Y hay anécdotas iluminadoras de esto, como las que hemos visto, que nos permiten trascender la tragedia y reconocer la capacidad de resiliencia de las personas en situaciones extremas.

24 Taller Vivencias, *ob. cit.*, pp. 197-200.

Con su pensamiento entendido como acción, con su discurso oculto, la persona privada de libertad por razones políticas encarna la política (es su representación en una situación extrema) y si, además se expresa creativamente (incluso artísticamente) en esa condición, su obra será el anclaje de la creatividad en la prisión y el producto de su acción personal como parte de una comunidad y su memoria. Hanna Arendt escribe:

“Mediante la acción y el discurso los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano, mientras que su identidad física se presenta bajo la forma única del cuerpo y el sonido de la voz, sin necesidad de ninguna actividad propia”²⁵.

Esta distinción es fundamental cuando la aplicamos a una situación de prisión política. En ella, el Estado opresor busca anular al detenido, aislarlo, despersonalizarlo y estigmatizarlo con una identidad atribuida y asignada. El conflicto revela una reivindicación identitaria evidente y la necesidad de mostrar *quiénes eran* los presos políticos.

“La acción colectiva en sentido estricto, está definida por la presencia de una solidaridad, es decir por un sistema de relaciones sociales que liga e identifica a aquellos que participan en él y además por la presencia de un conflicto. La acción colectiva es el conjunto de las conductas conflictuales al interior de un sistema social”²⁶.

En la construcción de la memoria, el registro que contienen los artefactos culturales creados en los campos de prisioneros tiene importancia política como contracultura que –a la larga– contrapesa las versiones Oficiales. En la precariedad o la derrota, digamos con Hanna Arendt que “la acción, hasta donde se compromete en establecer y preservar los cuerpos políticos, crea la condición para el recuerdo, esto es, para la historia”²⁷. Sin embargo, habitualmente los relatos y análisis omiten expresiones significativas de la vida cotidiana en los campos de prisioneros(as). Esto, porque la expectativa y la demanda hacia el sobreviviente, en cuanto testigo, es que sea el vocero de la experiencia más atroz. Ana Longoni escribe:

“Sólo a través de su memoria podemos asomarnos a la experiencia límite del campo: guarda (diga o calle) el recuerdo del terror, sus sitios, sus detalles, las caras de los represores y de los detenidos, los muertos vistos o sabidos. Portavoz de esa pesadilla, su palabra es además evidencia probatoria contra los opresores”²⁸.

25 Arendt, Hanna, *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós, 2007. p. 203.

26 Melucci, Alberto, *Teoría de los movimientos sociales*, Costa Rica: FLACSO, 1988. p. 109.

27 Arendt, *ob. cit.*, p. 22.

28 Longoni, Ana, *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2007. p. 22.

La misma investigadora apunta a la faceta del sobreviviente que nos interesa enfatizar en este trabajo, cuando destaca que en la prisión

“... emergen distintas formas de aferrarse a la vida y se articula una red de pequeñas solidaridades que ayudan a resistir. Podía pensarse que lo que unió a los sobrevivientes no fue la traición, la delación o la conversión. Lo que compartieron fue, mejor, la resistencia a la muerte, al terror, a la locura y a la devastación”²⁹.

Las experiencias significativas que construyen estas pequeñas solidaridades, en su acumulación silenciosa y relación sinérgica, se convierten en acción colectiva y parte de un movimiento social. Éstos, en la reflexión de Alberto Melucci sobre los movimientos contemporáneos, toman la forma de “redes de solidaridad, con poderosos significados culturales”³⁰. En ese sentido nos hace mucho sentido, también, la observación del mismo Melucci cuando advierte que “existe un riesgo constante de enfocar el lado visible de la acción colectiva y olvidar sus raíces en la vida cotidiana”³¹.

Al abordarse las experiencias referidas a las violaciones de los derechos humanos, es comprensible dicho olvido porque el pequeño gesto, aislado, no llama la atención. Tampoco esas expresiones –como la pantomima, la poesía y el humor– que muchas veces son consideradas “poco serias”. Aquello no tiene utilidad o ganancia en el momento de la denuncia legal ni en la promoción de la solidaridad internacional. Tampoco atrae el interés del sensacionalismo periodístico o editorial en la industria cultural, como sí lo concitaron ciertas denuncias. Refiriéndose a la experiencia argentina escribe Pilar Calveiro:

“El impacto de las imágenes brutales se amortiguaba y se pervertía exhibiéndolas a vuelta de página de las modelos más cotizadas del año –. Los testimonios de sobrevivientes o de torturadores arrepentidos y confesos, podía dar lo mismo, en todo caso, garantizaban un alto porcentaje de ventas. La memoria pudo manifestarse y ser memoria colectiva gracias a los medios masivos de comunicación, pero también por su efecto se convirtió en producto de consumo”³².

Por ello nuestro énfasis en las experiencias de la cotidianidad y el ejercicio de aquello que Todorov llama las “virtudes cotidianas” que se expresan en acciones que, generalmente, no se declaran ni son objeto de preguntas porque son aparentemente banales; incluso “enjuiciables” por los propios supervivientes que sitúan la experiencia preferentemente en el ámbito de la memoria del horror. Sin olvidar por un segundo el contexto de prisión política, es dable reconocer que los momentos de contemplación gozosa de la naturaleza, de creatividad y humor compartidos pueden ser no sólo reivindicados sino que también producen –como lo han dicho

29 *Ibid.*

30 Melucci, Alberto, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2002. p. 11.

31 Melucci, *ob. cit.*, p. 214.

32 Calveiro, *ob. cit.*, pp. 162-163.

ex prisioneros– esa “extraña felicidad compartida”³³, “nostalgias contradictorias”³⁴, nostalgias escondidas y –a fin de cuentas– culposas: los sobrevivientes no sólo no murieron sino que además tuvieron momentos de “cautiverio feliz” o –al decir de Jorge Semprún– de “felicidad insensata” que perturba, porque el ser testigo implica hablar por los que no están y representar, por tanto, el horror que motiva la ausencia postergando el relato de la cotidianidad que contiene sin aspavientos pilares de resiliencia y explica en parte la sobrevivencia. La pregunta que se hace Primo Levi: “¿Es que te avergüenzas de estar vivo en lugar de otro? Y sobre todo ¿de un hombre más generoso, más sensible, más sabio, más útil, más digno de vivir que tú?”³⁵, es una interrogante que resuena en la literatura testimonial latinoamericana. Este demérito propio, este sentimiento de usurpación de una existencia “que no le pertenece del todo, que tal vez debía estar viviendo otro, como si él estuviera vivo a cambio de la vida de otro”³⁶, agregando la comparación autoirónica con la víctima, es evidente en este poema de Floridor Pérez, escrito en sus *Cartas de prisionero* de la Isla Quiriquina, en el sur de Chile:

In memoriam (a un campesino de Mulchén)

Todavía me pregunto por qué tú
-por qué tú y no yo-
por qué tú que alzabas gordos sacos
y cargabas camiones,
eras fuerte, degollabas carneros
¿por qué no te aguantaste ese viaje
en un camión cargados como sacos
y te tiraron muerto junto a mí,
con tu poncho de pobre,
como un carnero blanco degollado
¿por qué tú, por la cresta, y no yo,
que ni me puedo el Diccionario
de la Real Academia en una mano?

A propósito de sus *Cartas de prisionero*, Floridor Pérez también ilumina desde su experiencia lo que hemos llamado –recurriendo a Scott– discurso oculto: sus poemas de prisión deberían entenderse, según este poeta, como “la protesta del suspiro, en vez del grito”, una reacción ante el agravio moral y el sentimiento de injusticia³⁷ que se revela en las experiencias de la vida cotidiana –en el caso del poeta– abriendo

33 Oscar Castro, actor, director y dramaturgo, en manifiesto del Teatro de la Memoria, presentado en Villa Grimaldi en 2009.

34 Luis Alvarado, ex prisionero, que fue Ministro de Bienes Nacionales en el gobierno del Presidente Patricio Aylwin.

35 Levi, *ob. cit.*, p. 539.

36 Calveiro, *ob. cit.*, p. 160.

37 Moore Jr., Barrington, *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. p. 28.

“un espacio para el amor en la poesía de estos años duros”³⁸. Hemos priorizado estas virtudes cotidianas, entendiéndolas como formas de resistencia discretas pero significativas, por sobre aquellas que ilustran los arquetipos del imaginario épico de la prisión (el héroe, el traidor y el mártir). Al interior de esta cotidianidad reiteramos un interés especial por las actividades artísticas, culturales, de entretención y con expresiones de humor, entre ellas –como hemos visto– con presencia de humor gráfico y narrativa en imágenes.

En el curso de la investigación nos hemos dado cuenta que este énfasis nuestro alerta entre las víctimas y testigos el legítimo temor a que se banalice su experiencia y se proyecte una imagen de que la prisión era un lugar –como lo propagandizaron las dictaduras– en que se estaba “bien”. Nos dice Edda Fabbri: “No estábamos de joda, pero nos reíamos mucho”. Y sonreímos. A nuestro juicio, de la sinergia de estas experiencias no resulta un espacio de banalidad; estimamos que las expresiones culturales y las manifestaciones de humor son sustanciales, constituyen lo esencial en el hallazgo de resortes para la acción colectiva y pilares de resiliencia en las circunstancias adversas. No olvidamos, sin embargo, que lo banal y lo azaroso son parte de la cotidianidad. La arbitrariedad no se aplicó siempre por razones ideológicas o políticas; así como los actos que resultan de resistencia muchas veces son originados por banalidades de la vida cotidiana. La superficialidad y la frivolidad o la ausencia de pensamiento trascendente y deliberación moral también –precisamente “por ausencia”– estaba presente tanto en prisioneros como en carceleros. En algunos casos como paréntesis y en otros de manera permanente, sin mayor conciencia de los alivios o dolores que podía causar. “El tamaño del sufrimiento humano es totalmente relativo –escribe Víctor Frankl–, y de ello se desprende también que algo insignificante puede causar la mayor de las alegrías”³⁹, como la noticia de un triunfo de Boca Juniors que hizo que la vida entrara a La Perla –relata una sobreviviente de esa prisión argentina– y transformara el campo de concentración “en una fiesta efímera”⁴⁰.

Las formas de las evasiones imaginarias, las fugas y escapadas, las concreciones de utopías precarias, el discurso oculto, son parte de la cotidianidad que se enmarca en el absurdo de los campos de prisioneros. A esta respuesta, de resistencia y resiliencia, bien podemos aplicar el aforismo de Churchill que, para estos efectos, rescata la creatividad y autoironía que revelan la precariedad humana y su capacidad de recuperación: “La imaginación consuela a los hombres de lo que no pueden ser. El humor, de lo que son”.

38 Floridor Pérez, citado por Soledad Bianchi en “Huellas de ‘realidad’ en la poesía de Floridor Pérez”. En Narváez, Jorge (editor), *La invención de la memoria*, Santiago de Chile: Pehuén Editores, 1988, p. 234.

39 Frankl, Viktor E., *Un psicólogo en el campo de concentración*, Buenos Aires: Editorial Plantin, 1955. p. 76.

40 Calveiro, *ob. cit.*, p. 116.

Bibliografía

- Arendt, Hanna, *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Blixen, Samuel, *Fugas*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2004.
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2004.
- Cyrulnik, Boris, *El murmullo de los fantasmas*, Barcelona: Editorial Gedisa S. A., 2003.
- Fabbri, Edda, *Oblivion*, La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2007.
- Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de Garabato y Florazul y de sus amigos pisoteados*, Montevideo: Impreso en Tradinco S.A., diciembre de 1985.
- Fernández Huidobro, Eleuterio y Rosencof, Mauricio, *Memorias de calabozo*, Tres tomos. Montevideo: Tupac Amaru Editores, 1992.
- Frankl, Víktor E., *Un psicólogo en el campo de concentración*, Buenos Aires: Editorial Plantin, 1955.
- Levi, Primo, *Trilogía de Auschwitz*, España: El Aleph Editores, 2006.
- Longoni, Ana, *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2007.
- Martin, Rod A., *La Psicología del Humor. Un enfoque integrador*. Madrid: Orión Ediciones y Fundación General de la Universidad de Alcalá, 2008.
- Melillo, Aldo y Suárez Ojeda, Elbio Néstor (comps): *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas*, Buenos Aires: Editorial Paidós, 2001.
- Melucci, Alberto, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2002.
- _____, *Teoría de los movimientos sociales*, Costa Rica: FLACSO, 1988.
- Molina, Mario, *Teatro en Chacabuco (campo de concentración)*, Santiago de Chile: Ediciones Chile América-Cesoc, 2008.
- Moore Jr., Barrington, *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Narváez, Jorge (editor), *La invención de la memoria*, Santiago de Chile: Pehuén Editores Ltda., 1988.
- Oyarzún, Pablo; Richard, Nelly; Zaldívar, Claudia (editores), *Arte y Política*, Santiago de Chile: Universidad Arcis, Universidad de Chile, Facultad de Artes; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2005.
- Pérez, Floridor, *Cartas de prisionero*, Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2002.
- Pressacco, Carlos F. (editor), *Totalitarismo, banalidad y despolitización. La actualidad de Hanna Arendt*, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2006.

Scott, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia*, México: Ediciones Era, 2000.

Sembrún, Jorge, *La escritura o la vida*, Barcelona: Tusquets Editores, 2002.

Servicio Paz y Justicia – Uruguay, *Uruguay Nunca Más. Informe sobre la violación a los Derechos Humanos (1972 – 1985)*, Montevideo: Serpaj, 1989.

Strejilevich, Nora, *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*, Buenos Aires: Catálogos, 2006.

Taller de Género y Memoria - ex Presas Políticas, *Memoria para armar – uno*, Montevideo: Editorial Senda, 2001.

Taller de Género y Memoria - ex Presas Políticas, *Memoria para armar – tres*, Montevideo: Editorial Senda, 2003.

Taller Testimonio y Memoria del Colectivo de ex Presas Políticas, *Los ovillos de la memoria*, Montevideo: Editorial Senda, 2006.

Taller Vivencias de ex presas políticas, *De la desmemoria al desolvido*, Montevideo: Editorial Vivencias, 2002.

Todorov, Tzvetan, *Frente al límite*, México: Siglo XXI Editores S.A., 2004.

Trías, Ivonne, *La tiente*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2007.

Vitale, Luis, *La vida cotidiana en los campos de concentración de Chile*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1979.

Pasado/presente en el Chile de hoy: *Políticas de memoria en los discursos cotidianos*

María José Reyes Andreani *

Introducción

Hoy en día, en las discusiones tanto políticas como académicas, no resulta extraño escuchar planteamientos que sostienen que la sociedad chilena es “desmemoriada”, propensa al olvido de su pasado reciente y con una preferente preocupación por la construcción de un “presente/futuro”.

La presente ponencia cobra sentido en dicho contexto, en tanto explora, interroga y analiza *cómo se enfrenta el pasado reciente y cómo operan las políticas de memoria en los discursos cotidianos*, ahí donde ineludiblemente las diferencias se manifiestan, las posiciones se entrecruzan, dialogan y/o confrontan. ¿La relevancia de ello?, al menos dos razones.

En primer lugar, porque el espacio cotidiano ha sido escasamente explorado e interrogado respecto a esta temática, y si bien se ha pretendido su comprensión, ésta no ha logrado ir más allá de una mera extrapolación del actuar político-institucional, el que ha sido inscrito, por diversos autores, en el marco de una política de impunidad y olvido (Lechner & Guell, 1998; Lefranc, 2004; Lira & Loveman, 1999, 2000; Loveman & Lira, 2002; Moulian, 1997). Es justamente desde este tipo de comprensión que se ha sostenido y argumentado que la sociedad chilena es “desmemoriada”, “petrofóbica” e incluso “apática” e “indiferente” frente al pasado reciente. Un abordaje al ámbito del día a día que, a nuestro parecer, olvida que las prácticas cotidianas no son mera reproducción de lo generado desde el ámbito institucional, sino también la producción de particulares órdenes sociales.

En segundo lugar, porque el espacio de la cotidianidad es un ámbito privilegiado para interrogar cómo se enfrenta el pasado y se *hace memoria*, pues ahí no sólo confluyen diversas voces, sino que las posiciones se confrontan, los conflictos se ponen en juego, las generaciones entran en diálogo y discusión. Es decir, posibilita abordar la producción de memorias en un campo donde emergen diferencias y tensiones, permitiendo atender a las tácticas que se despliegan ante ello.

* Académica Departamento de Psicología, Universidad de Chile y Facultad de Psicología, Universidad Diego Portales.

Pero, ¿cómo abordar el espacio de la cotidianidad? La opción metodológica para esta investigación ha sido la de analizar los discursos cotidianos obtenidos a través de distintos grupos de discusión, los que fueron conformados por aquellas posiciones que se han constituido como relevantes a la hora de abordar el pasado reciente de Chile, a saber: posiciones generacionales –protagonistas y no protagonistas del pasado reciente–, posiciones ideológicas –izquierda, derecha–, así como aquellas que refieren al conflicto materializado en la violación a los Derechos Humanos ocurridas en el transcurso del Régimen Militar entre 1973 y 1990 –víctimas de represión política y uniformados, o bien familiares de víctimas de represión política y de uniformados.

El recorrido analítico que a continuación se desarrolla, instala en primera instancia la noción de *convivencia* que se sostiene desde la vida cotidiana, para luego detenerse en las tácticas que se despliegan para enfrentar el conflicto entre versiones del pasado, y finalmente dar cuenta de las *políticas de memoria* que se configuran y operan en los discursos del día a día.

Espacio cotidiano: *convivencia* con y desde el conflicto

Una pregunta que se instala en las distintas conversaciones sostenidas en los grupos de discusión es cuándo se habla en tiempo pasado y cuándo en tiempo presente. O en otras palabras, cuál es el *nudo discursivo* que establece una demarcación temporal entre lo “ya acontecido” y lo que “acontece”.

El *nudo* que inaugura nuevos tiempos, otros distintos e incluso opuestos al signado como pasado reciente, es el denominado “vuelta a la democracia”. Acontecimiento que se configura como tal en tanto posibilita enunciar y explicitar las diferencias políticas sostenidas entre unos y otros y, por tanto, ejercer y ejercitar la palabra en el espacio público. Hoy a diferencia del pasado, dirán las voces cotidianas, es posible “atreverse” a explicitar la propia posición. Y no es trivial el uso del verbo “atrever”, pues insinúa que el hecho de pronunciarse políticamente en el espacio público es arriesgado.

La significación del presente “democrático” se ve fuertemente reforzada al instalarla en oposición al pasado, el que es configurado como un “campo de batalla” entre amigos/enemigos, buenos/malos, comunistas/derechistas, upelientos/momios¹, los del Si/los del No², entre otros. Se significa lo “ya acontecido” como tiempo de

1 *Upeliento* fue utilizado desde los años setenta para designar a aquellos adherentes a la Unidad Popular, “una derivación directa de ‘peliento’, chilenismo que parece nacer de ‘pelo’ y designa lo vulgar, en el sentido de que la materia orgánica corrompida o envejecida se cubre de pelillos” (Cavallo, A., Sepúlveda, O., Aldunate, C., & Díaz, F.; 1993, p.7). Así, fue utilizado como término peyorativo para ‘los muy ordinarios miembros de la Unidad Popular’. El término *momio* se acuñó en época de Jorge Alessandri (1958-1964) a raíz de una broma realizada por la prensa *El Clarín*, donde tras el descubrimiento de fósiles de dinosaurio y restos arqueológicos de una momia, publicaron una foto de la directiva del partido conservador con el título “descubrieron catorce momias”. Ya en los años setenta se convirtió en rótulo obligado de la derecha política (Cavallo, A., Sepúlveda, O., Aldunate, C., & Díaz, F.; 1993).

2 Distinción que apela a las posiciones adoptadas en el plebiscito de 1988 que resolvía la continuidad (SI) o término (NO) de Augusto Pinochet como Presidente de la República vía referéndum.

enfrentamiento y lucha, donde la dinámica relacional predominante es ser parte de “uno u otro bando”. O en otros términos, el antagonismo político es la dinámica que, desde los discursos cotidianos, constituye al pasado reciente de Chile.

Hoy en día, para las voces cotidianas, la relación frente a las diferencias políticas puede ser distinta, pues “la vuelta a la democracia” como *nudo discursivo* abre paso a una dinámica particular: la *convivencia*. Ésta no es entendida en términos de armonía, concordia social o consenso político, sino más bien como asunción y coexistencia con el conflicto político. De ahí que, por ejemplo, sea usual escuchar desde el ámbito cotidiano que en estos tiempos “podemos sentarnos en una mesa a conversar de política, sin agarrarnos del pelo o sin odiarnos”; o que es posible “tener compañeros que son de izquierda y de derecha”; o bien que “no discriminamos a alguien por la política”.

Por conflicto estamos entendiendo un lugar común que es constituido por posiciones contrapuestas (Serres, 1991, 1995, citado en, Arensburg, S. et al.; 2006). Ese lugar, desde los discursos cotidianos, lo constituye la política, la cual es asimilada al pasado reciente de Chile. Es decir, hablar de política en el día a día implica hablar del pasado, y hablar del pasado –más bien, *hacer memoria*–, implica hablar y hacer política. Así, y de modo más específico, el lugar común por el cual cobra vida el conflicto es la memoria que se configura del pasado reciente. Y por tanto, aquello que posibilita sostener que “hoy” a diferencia de “ayer” es posible convivir, es la coexistencia y cohabitación de diversas memorias.

Sin embargo, la práctica de *convivencia* instala un límite: a pesar que asume la coexistencia entre diversas versiones del pasado, evita la confrontación directa, es decir, la lucha abierta y declarada por la apropiación de la memoria del pasado reciente. No es parte de las reglas la exclusión de las posiciones consideradas distintas a las propias. De este modo, la demarcación que se establece es no volver a revivir la dinámica relacional predominante del pasado, a saber: el antagonismo político que llevó a la “desaparición” y exterminio de las diferencias.

Las tácticas cotidianas

Enfrentar el conflicto que se produce cada vez que se *hace memoria* en el espacio cotidiano no es nada de sencillo si se inscribe en el marco de la *convivencia*, pues dicha confrontación junto con realizarse al modo de la “tolerancia”, debe lograr desplazar la posición que se constituye como contraria a la propia. Desde este contexto, surge la pregunta: ¿cómo se enfrenta usualmente en el espacio cotidiano el conflicto respecto al pasado reciente? Tal y como señalan las voces cotidianas, se evalúa, se pondera, se examina la situación, se toma el pulso de hasta dónde llegar cuando se está en relación. En definitiva, se *tantea* qué hacer al estar inmerso en el conflicto.

Cada situación, en este sentido, conlleva un cálculo que prevé aquello que podría suceder una vez que se ejercita la acción. La anticipación y el cuidado es aquello que opera a la hora de *hacer memoria* en el espacio cotidiano. O en otros términos, continuamente se produce un enjuiciamiento de la situación para la

realización de la acción –cuestión que tiene sentido desde la palabra “cuidado”, que viene del latín *cogitare*, es decir, pensar.

Saber hasta dónde hablar, saber cuándo y respecto a qué callar. Este es el *tanteo* cotidiano que anticipa, enjuicia, estima y decide si se confronta abiertamente a la posición contraria que se ha instalado en el espacio público o bien se evade el conflicto articulado como forma de, por un lado, no transgredir el límite de la *convivencia*, mientras que por otro, resguardar la propia memoria. Y es esta última opción la que suele primar en el ámbito del día a día.

Se evita, por una parte, a través del *silencio*. Desde los discursos cotidianos se reconocen temáticas sensibles, conflictivas e irreconciliables, de esas que es mejor no pronunciar palabra alguna. Temas que intentan omitirse en tanto presuponen desacuerdos y diferencias. Por otra, se evita a través de la *palabra*. Se apela a la *historia personal* con expresiones como “yo lo viví”, “a mí me contaron”; se utiliza el *humor* para instalar la propia versión de lo “ya acontecido”; se realizan distinciones que en el pasado eran impensadas –por ejemplo, “ser de derecha no es igual a ser pinochetista”–; se anteponen justificaciones cuando se nombra aquello que se sabe puede causar polémica –por ejemplo, explicar por qué se comprende al 11 de septiembre de 1973 como un “pronunciamiento militar”–; se renombran palabras saturadas de significación –por ejemplo, en vez de hablar de “dictadura” aludir a “esos diecisiete años”–; o bien se ofrece la palabra al otro cuando uno plantea claramente su posición –por ejemplo, mientras se narra se dice “el gobierno militar, o como ustedes lo quieran llamar”.

Evitar la confrontación directa y abierta entre las versiones del pasado nos habla que en el ámbito cotidiano no opera ni resolución del conflicto, ni voluntad ni intención para ello. Al contrario, se asume la presencia de contraposiciones al manifestarse la necesidad de utilizar tácticas que posibilitan evitar que la lucha llegue al exterminio de la diferencia.

Así, la práctica de *convivencia* se constituye como manejo siempre contextual y precario del conflicto, pues en cada acto se experimenta, explora, prueba y valora hasta dónde es posible llegar con el considerado adversario. Por tanto, lógica que requiere seamos equilibristas. Mantener el equilibrio habla del intento continuo de tramitar fuerzas en colisión y en pugna. De mantenerse en una posición sin caer. De contrapesar, contrarrestar. Habla también de imprimir sensatez y juicio a los actos. Mantener el equilibrio es la astucia de sostener una situación que se le significa como insegura, dificultosa, desprotegida. Como dirá De Certeau, “Caminar sobre la cuerda floja es mantener en todo momento un *equilibrio* al recrearlo a cada paso gracias a nuevas intervenciones; es conservar una relación que jamás es adquirida y que una incesante invención renueva al dar la impresión de ‘conservarla’”³.

El equilibrio que se mantiene a través de las tácticas cotidianas habla de una búsqueda por no sobrepasar el marco de *convivencia* lo que, como veremos, tiene implicancias no menores en términos políticos.

3 De Certeau, M, *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1990. p. 83.

Políticas de memoria: entre la privatización y la despolitización

Las tácticas cotidianas que se despliegan hablan de un cuidado. Se protege, resguarda y cuida algo cuando es frágil, cuando corre peligro de ser dañado. Desde los discursos cotidianos, exponer la propia versión del pasado en el espacio público, por tanto, exponerse políticamente, implica ser objeto de interrogación, cuestionamiento, confrontación. En otros términos, se corre el riesgo de ser objetado públicamente pues se asume como parte del juego de la convivencia que cualquiera puede opinar, reforzar y/o socavar la versión sostenida, más aún cuando, por un lado, la memoria del pasado reciente opera como lugar común que pertenece a todos, mientras que por otro, se sabe y afirma que hay más de una versión que da cuenta de lo “ya acontecido”. En este sentido, *hacer memoria* en la *calle*, como denota Giannini (1999) al espacio público, es jugar en los márgenes de la convivencia en la medida que está la posibilidad de enfrentar de forma directa la diferencia que ejerce oposición. De ahí el despliegue de aquellas tácticas que protegen la propia versión del pasado, pues exponerla puede implicar perder la batalla.

Visto en estos términos, uno de los efectos de las formas en cómo se hace memoria del pasado reciente de Chile en los discursos cotidianos, es la *privatización* de ella, es decir, su circunscripción a un espacio que no es del interés público-privado, como dice Fernández (1991), significa “privar” a otros de lo propio. Y privatización en dos sentidos.

Por una parte, la memoria desde los discursos cotidianos se constituye en *domicilio*, es decir, en lugar que sustenta la propia identidad, posibilitando reencontrarse y reconocerse con uno mismo a pesar y en el pasar del tiempo. *Hacer memoria* es hablar de uno mismo en y desde el presente. Como dice Jorge Montealegre “ya no son de historias pasadas, sino de historias que están pasando” (Montealegre, 2003) aquellas que se ponen en juego cada vez que abordamos el pasado reciente en el ámbito cotidiano. En este sentido, las tácticas cotidianas no sólo buscan proteger a la versión del pasado que se sostiene, sino también a uno mismo. Pues, como dice Manuel Cruz, al *hacer memoria* se está construyendo la propia identidad, la propia biografía; la memoria “es el lápiz que subraya acontecimientos, momentos, personas que nos han hecho ser quienes somos y que han hecho de nuestro mundo lo que ahora es”⁴. La memoria en tanto domicilio protege ante “la dispersión de la calle –el mundo de todos y de nadie”⁵ y, por tanto, del enfrentamiento con los adversarios, los antagonistas.

Por otra parte, la memoria del pasado reciente se articula sin mayores cuidados ni resguardos en el domicilio, es decir, en el espacio privado e íntimo, pues se sabe que ahí no hay peligros de arremetidas. En el domicilio sólo unos pocos son autorizados

4 Cruz, M. (ed.), Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo, Barcelona: Paidós, 2002. p. 15.

5 Giannini, H., *La ‘reflexión’ cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1999. p. 24.

a escuchar, enterarse, opinar e interrogar acerca de la propia versión del pasado, justamente aquellos de los que se sabe con seguridad no irán a la batalla.

La *privatización* de la memoria no implica la abstención de recordar en la calle. Sin embargo, el ejercicio será distinto. A través de palabras a medias tintas, de tanteos, de silencios, de nuevas distinciones, de justificaciones, del humor, entre otras, se articularán las memorias en el espacio público y cotidiano. Serán narraciones matizadas y mixturadas las que predominarán cuando se esté ante la presencia de quienes se consideren “adversarios”. En este sentido, lo que emerge como hegemónico son narraciones del pasado que no pueden inscribirse como propiamente de izquierdas ni como propiamente de derechas. Más bien se sitúan en una zona gris, donde el antagonismo como forma de disponer la diferencia, se diluye. Dicho en otros términos, las narraciones que se articulan del pasado no obstruyen ni obstaculizan la posición del otro; no producen ni incomodidad, ni cuestionamiento, ni disputas. Al no situarse en ninguno de los dos “bandos”, más aún, al constituirse en narraciones a las que pueden adherirse las distintas posiciones, no llegan a producir conflicto.

De este modo, podemos afirmar que no estamos frente a una *política* de la *desmemoria* o del *olvido* como en muchas ocasiones se plantea (Barahona de Brito, A.; 2002; Lechner, N. & Guell, P.; 1998; Lechner, N.; 2002; Lefranc, S.; 2004; Lira, E. & Loveman, B.; 1999, 2000; Loveman, B. & Lira, E.; 2002; Moulian, T.; 1997, por nombrar sólo algunos), sino más bien a una *política de memoria* que apunta a la *despolitización* en el acto de recordar/olvidar. En el espacio cotidiano continuamente se hace memoria del pasado reciente para comprender y actuar en el presente/futuro, sin embargo, y ahí la particularidad, el pasado configurado es despojado de coordenadas políticas. Y ello, pues desde al ámbito del día a día, se asume que la política no hace sino situar a los sujetos en los límites de la convivencia generando la posibilidad de su transgresión.

Desde esta óptica, es interesante el movimiento que se produce. Los participantes de los distintos grupos de discusión declaran abiertamente “tener” una postura clara y definida respecto al pasado reciente de Chile, y por tanto una “memoria” que no “sufrirá” modificaciones pues no hay nada ni nadie que los pueda “convencer”. Dicho en otros términos, se asume claramente una postura política al respecto. De hecho, en muchas ocasiones se autodefinen explícitamente en el grupo como de tendencia de *izquierda* o bien de *derecha*. Sin embargo, al estar presente el adversario, es decir, aquel que puede objetar la propia versión, se despliegan una serie de tácticas que no hacen otra cosa sino modificar aquello que se declara como “intacto”, diluyendo las posturas claras y definidas, y produciendo una narración que poco indica y señala desde qué posición ideológica se habla.

De este modo, las memorias hegemónicas en el espacio cotidiano no despliegan un escenario de discusión respecto al lugar que debe otorgarse al pasado y a la memoria; tampoco respecto a qué y cómo se debe recordar/olvidar configurando y proyectando un particular presente/futuro. En otros términos, se producen narraciones que no sugieren ni propician, como diría Birulés (1999), la pregunta

respecto a qué conservar y qué innovar –¿qué asumimos de lo que ya *no* está presente y de lo que todavía *no* es (y acaso no será nunca)? Al producirse narraciones a medias tintas se genera una desactivación en el ámbito público y cotidiano del cuestionamiento, la discusión, el debate, y por tanto, de la política.

Entonces, *privatización* y *despolitización* son las *políticas de memoria* que operan en los discursos cotidianos, en la medida que son posturas que se reconocen como predominantes cada vez que se recuerda el pasado reciente, reordenando las posiciones y fuerzas que operan en la disputa inacabada por y desde la memoria. *Políticas* que son producto de un campo de conflicto no saldado, continuamente en dinamismo y transformación, y que nos advierten cómo, en la práctica del día a día, esa que en muchas ocasiones pasa desapercibida ante nuestros ojos, se teje subrepticamente un particular orden social.

Bibliografía

Arensburg, S., Avendaño, C., Cubells, J., Tomicic, A., Larraín, S., Lira, E., et al., *Psicología del conflicto*. Barcelona: UOC, 2006.

Barahona de Brito, A., "Verdad, justicia, memoria y democratización en el Cono Sur", en A. Barahona de Brito, P. Aguilar & C. González (eds.), *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones y olvido en las nuevas democracias*, Madrid: Istmo, 2002, pp. 195-245.

Birulés, F., "Responsabilidad política. Reflexiones en torno a la acción y la memoria", en M. Cruz & R. Aramayo (eds.), *El reparto de la acción. Ensayos en torno a la responsabilidad*, Madrid: Trotta, 1999, pp. 141-152.

Cavallo, A., Sepúlveda, O., Aldunate, C., & Díaz, F., "11 de Septiembre de 1973: 20 años. Las 24 horas más dramáticas del siglo", *La Época (Edición especial de Documentos de La Época)*, 11 de septiembre de 1993.

Cruz, M. (ed.), *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Barcelona: Paidós, 2002.

De Certeau, M., *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1990.

Fernández Christlieb, P., "El emplazamiento de la memoria colectiva: crónica psicosocial", *Revista de Psicología Social*, 6 (2), 1991, pp. 161-177.

Giannini, H., *La 'reflexión' cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1999.

Lechner, N., *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2002.

Lechner, N., & Guell, P., *Construcción social de las memorias en la transición chilena*. Ponencia presentada en «Social Science Research Council: "Memorias colectivas de la represión en el Cono Sur"», Montevideo, 1998.

Lefranc, S., *Políticas del perdón*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2004. Lira, E., & Loveman, B., *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932*, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1999.

Lira, E., & Loveman, B., *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1832-1994*, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.

Loveman, B., & Lira, E., *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002*, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2002.

Montealegre, J., *Frazadas del Estadio Nacional*, Santiago de Chile: LOM, 2003.

Moulian, T., *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1997.

**Capítulo IV:
Milicias y violencia política.
Nuevas preguntas acerca de las
experiencias dictatoriales**

Política, historia y memorias en el Uruguay posdictadura

Álvaro Rico *

En la presente intervención intento analizar la *tensión que la política ejerce sobre la historia y las memorias* del pasado reciente en el Uruguay, tanto en su reconstrucción e interpretación como en su difusión y legitimidad. Opto a continuación por una exposición más descriptiva que teórica, buscando así actualizar algunos datos en la materia, particularmente procesados desde el año 2005 al presente, que a la vez permitan comparar nuestro proceso con el de los demás países de la región, objetivo que –creo–, es parte de la finalidad de seminarios internacionales como el que hoy se inaugura.

Es bien sabido que los contextos políticos siempre inciden sobre los procesos de construcción de la memoria colectiva y las interpretaciones de la historia, más aún cuando los efectos del pasado dictatorial configuran zonas de la realidad política e institucional actual y buena parte de las instituciones y los protagonistas de aquellos hechos conservan posiciones de poder en el presente. Esa constatación general es más visible en el Uruguay, un país donde la política institucional sigue ejerciendo una fuerte referencialidad frente a lo social y con un desarrollo desigual de las organizaciones de la sociedad civil y de los derechos humanos en particular.

En ese marco general, la memoria y la historia del pasado reciente resultan “zonas violentamente disputadas” por la política, en procura de dotarlas de sentido y explicaciones que también condicionan afectos, formas de pensar y, sobre todo, comportamientos ciudadanos en la democracia recuperada.

En todo caso, más allá que la dictadura como régimen político-estatal no perdurara en el tiempo, el terrorismo de Estado sí continúa produciendo “efectos de realidad” en el presente, a partir de la fuerte reestructura de las relaciones sociales y subjetivas que introdujo y del trastocamiento de formas de convivencia y valores de una sociedad que en sus relatos de identidad se autopercibía como “excepcional”.

* Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad de la República Oriental del Uruguay.

A) Al principio fue la memoria. En el marco del optimismo democrático que caracterizó el período de la transición de la dictadura y el inmediatamente posterior a la recuperación democrática (entre 1980 y 1989), el espacio político se llenó de voces de las víctimas. Fue el estallido de las memorias de la resistencia potenciadas por el “destape” de la prensa después de años de prohibiciones y censuras y los intentos de reafirmación de la identidad de las organizaciones políticas de izquierda a través de la difusión de los relatos de la resistencia y la presentación de sus protagonistas (los “héroes anónimos”). En este contexto, otro hecho importantísimo para el tema que nos ocupa fue la pionera constitución, en 1985, de la Comisión Investigadora Parlamentaria sobre Situación de Personas Desaparecidas y Hechos que la Motivaron. Dicha Comisión trabajó en base a testimonios voluntarios de víctimas y familiares y su Informe Final ya contemplaba la denuncia sobre 138 casos de detenidos desaparecidos que luego se constatarán. Pero este primer ensayo de búsqueda de la verdad se interrumpirá por quince años.

B) La ley de caducidad. Justamente, la derivación a la justicia penal del informe final de la Comisión investigadora parlamentaria y la citación a los militares denunciados en los testimonios a declarar en los juzgados, generó una situación que fue magnificada por el poder político y las jerarquías castrenses para justificar la tramitación urgente en el parlamento de la llamada Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado (1986) y así evitar lo que decían podía representar un desacato e insubordinación militar a las autoridades constituidas, una especie de segundo golpe de Estado. La ley fue ratificada plebiscitariamente por la mayoría de la población (1989).

Este hecho marca el fin de la transición de la dictadura a la democracia y actúa como un verdadero parteaguas, también en materia de búsqueda de verdad histórica, localización de archivos y profundización de los conocimientos sobre el período, ni que hablar en materia judicial ya que paralizó alrededor de cincuenta y seis causas que estaban en curso sobre la violación a los derechos humanos. En definitiva, se terminó así incorporando a la institucionalidad y legalidad democráticas uno de los resabios más importantes de la dictadura, consolidándose una democracia procedimental sin fundamento ético.

C) El componente político y civil de la impunidad. El otro dato necesario de tener en cuenta es el sostén político y civil de la impunidad. En el Uruguay, el sistema político tradicional asumió para sí no solamente la tarea de legislar en ese sentido, sino la de estructurar una justificación política y sistematizar un discurso dominante que capturó el pluralismo democrático dentro de sentidos únicos estructurados en torno al consenso, la democracia liberal y los partidos políticos como mediadores excluyentes del sistema político recuperado.

Ese discurso transfiguró el miedo a la dictadura en el miedo a repetir la historia y resultó estructurador de la memoria del Estado en la inmediata posdictadura.

a) Uno de los efectos más perdurables de dicha memoria del Estado fue centrar el recuerdo público en los años sesenta y principios de los setenta a los

efectos de reconstruir esa historia como una “historia de culpables”, atribuyéndole la responsabilidad del quiebre institucional a la guerrilla por haber tirado el primer tiro contra los gobernantes legítimos y al movimiento obrero y estudiantil por haber tirado la primera piedra contra la paz social. Por tanto, la dictadura propiamente dicha –el período comprendido entre 1973-1985– prácticamente no fue objeto de estudio ni de discusiones en estas dos últimas décadas.

b) Asimismo, dicha memoria del Estado tuvo un efecto directo sobre la legitimidad de los protagonistas políticos jerarquizados por la memoria popular en la inmediata posdictadura. Un fuerte proceso de estigmatización relegó a un plano secundario a los sujetos de la resistencia (asesinados y desaparecidos políticos, presos, clandestinos, mujeres), reposicionando al mismo tiempo el rol cumplido por los partidos y los políticos en las negociaciones y acuerdos con los militares, voces autorizadas como representantes de lo “políticamente correcto” frente a quienes aún tenían los “ojos en la nuca”;

c) En este último sentido, la memoria del poder obligó a privatizar los testimonios sobre la épica popular, reduciéndolos a anécdotas y cuentos en la esfera privada, entre amigos y familiares; por otro lado, contribuyó a trivializar las explicaciones a través de afirmaciones del tipo “todos fuimos culpables” o “todos combatimos contra la dictadura”. El resultado fue el “no reconocimiento” público de sectores importantes de la sociedad y, por otro lado, la migración de dichas memorias de la resistencia a otros ámbitos y soportes fuera del político-legal: por ejemplo, el arte, el teatro y la literatura.

Por último, anotemos otro dato importante: la crisis de la izquierda uruguaya tras la caída del Muro de Berlín, en 1989. La combinación de la implosión del “socialismo real” con la asunción de la lógica de gobernar –el Frente Amplio, por primera vez, alcanzaba la intendencia de Montevideo– terminaron por establecer una relación compleja, contradictoria y tensa de la izquierda institucionalizada con la recuperación de su propia historia sesentista y la asunción de los errores cometidos. La fuerte crítica de la derecha al pasado violentista y la necesidad de la izquierda de asumir su pasado en clave democrática (y no socialista) incidieron sobre un proceso de renovación política e ideológica que no podía recostarse plenamente en su historia y tradiciones sesentistas. Asimismo, la crisis de la militancia y el consiguiente proceso de des-socialización de las organizaciones políticas interrumpió el proceso de rescate colectivo de las memorias del pasado, proceso de crisis que se vivió internamente como una “fractura de las memorias”.

Siete años debieron pasar para que el movimiento popular y por los derechos humanos retomara la iniciativa luego de la aprobación de la Ley de Caducidad y la crisis del sistema socialista. Es recién en 1996 que se organiza la primera marcha pública del silencio por los detenidos desaparecidos, marcha que continúa en el presente.

En el año 2000 se constatará otro antecedente fundamental para comprender el proceso uruguayo actual. El entonces electo Presidente de la República, Dr. Jorge Batlle, constituye la llamada Comisión para la Paz con el objetivo de llegar a una

reconciliación entre los uruguayos. Era la primera vez, en tres lustros de recuperada la democracia, que se ensayaba una acción de investigación por parte del Estado sobre sus propios crímenes, en particular, sobre la desaparición forzada de personas.

Pero es a partir del triunfo de la izquierda y la asunción del Dr. Tabaré Vázquez como Presidente de la República (2005) cuando se generó un nuevo contexto político que, una vez más, incidió directamente en la reconfiguración de la memoria del poder y los sentidos dominantes sobre la historia reciente. Sobre esta etapa en particular queremos detenernos ahora.

Sin derogar o anular la llamada Ley de Caducidad (actualmente existe un importante movimiento ciudadano que está a punto de concluir la recolección de doscientas cincuenta mil firmas para anular dicha ley vía plebiscito a realizarse conjuntamente con las elecciones nacionales), la peculiar interpretación de la ley N° 15.848 realizada por el Poder Ejecutivo habilitó las indagatorias judiciales respecto a las denuncias sobre los crímenes de lesa humanidad y el procesamiento con prisión de varios de sus responsables: hasta el momento ocho militares y policías así como el dictador Juan María Bordaberry y su Canciller, Dr. Juan Carlos Blanco.

Por otra parte, otra resolución de las autoridades de la enseñanza pública respecto a la obligatoriedad del dictado de cursos de historia reciente en la enseñanza primaria y secundaria y su implementación a través de clases para maestros y profesores dictadas en la televisión en el año 2006-2007, llevó la difusión y polémica pública sobre el tema al extremo de las posiciones entre autoridades, políticos y docentes.

En todo caso, lejos de disminuir por el tiempo transcurrido el “deber de memoria” ha continuado desarrollándose exponencialmente a través de una verdadera profusión de libros y publicaciones con relatos sobre acontecimientos, protagonistas y organizaciones de pertenencia. También mencionamos, en otro plano, la creación del Museo de la Memoria, la aprobación de la Ley sobre el Sistema Nacional de Archivos y la Ley de Reparación que otorga derechos jubilatorios y pensionarios a las víctimas del terrorismo de Estado, entre otros ejemplos, que también abarcan diversas formas de reparación simbólica (nombre de calles, sitios de la resistencia, construcción de memoriales, etc.).

Finalmente, la voluntad política del gobierno de izquierda permitió la búsqueda y localización en recintos militares de los restos de dos ciudadanos detenidos desaparecidos en Uruguay, así como la realización de una investigación histórica sobre el fenómeno de la desaparición forzada de personas¹ y luego la continuidad de la misma en el marco de la Universidad de la República². Estas últimas investigaciones han permitido incorporar nuevos e invalorable aportes historiográficos y documentales sobre el período.

1 Presidencia de la República, *Investigación Histórica sobre Detenidos Desaparecidos. En cumplimiento del artículo 4° de la Ley 15848*, (En 4 tomos), Montevideo: IMPO, 2007.

2 Universidad de la República, *Investigación Histórica sobre la Dictadura y el Terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*, (En 3 tomos), Montevideo: Ed. Cruz del Sur-Tradinco-CEIU, 2008.

La novedad última, entonces, consiste en ese *retorno de la historia*.

En el marco de un convenio firmado entre la Presidencia de la República y la Universidad, un grupo de diez y seis investigadores, con alternancias, trabajó durante casi dos años (2005-2007) sobre el fenómeno de la desaparición forzada de personas. A pesar de tener un acceso limitado a los archivos del Estado, sobre todo militares, y sin tener tampoco atribuciones para recoger testimonios a responsables institucionales, se relevaron y consultaron un total de diecinueve archivos y repositorios públicos y privados, nacionales e internacionales. Precisamente, la documentación oficial obtenida es el eje que estructura la elaboración de los cuatro tomos de la Investigación Histórica sobre Detenidos Desaparecidos de la Presidencia de la República.

Asimismo, un equipo más reducido (seis personas) continuó estas investigaciones, ya en el marco de la Universidad de la República, y con apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica, durante otro año y medio más (2007-2009), completó y actualizó los estudios sobre diversas dimensiones de la represión, finalmente publicados en los tres tomos de la llamada Investigación Histórica sobre la Dictadura y el Terrorismo de Estado en el Uruguay.

No se buscó a través de estos trabajos de investigación dar una interpretación ensayística y teórica de la dictadura uruguaya sino aportar, en base a la voluminosa documentación seleccionada, a la comprensión de la dictadura como un sistema de dominación, su carácter institucional, la historia de la represión y sus objetivos concéntricos incluida la coordinación regional, las transformaciones autoritarias del Estado incluida su faz secreta o clandestina, sus etapas de corte autoritario y totalitario. Asimismo, se trata de investigaciones que recuperan la historia de las víctimas e, indirectamente, de sus organizaciones políticas de pertenencia bajo la dictadura.

En cierto sentido, dado el secreto institucional imperante y las dificultades de acceso a la documentación estatal, los libros mencionados, en buena parte, sirven de fuente documental para otros estudios sobre el período histórico.

Para terminar, voy a referirles a ustedes algunos resultados cuantitativos contenidos en los libros, que permiten no sólo aproximarnos al horror del terrorismo de Estado sino describirlo y explicarlo, así como ensayar una caracterización teórica más precisa de la dictadura uruguaya.

En el tomo I, *las violaciones al derecho a la vida*, reconstruimos a través de la elaboración de Fichas Personales los casos de 116 asesinados políticos en el período 1973-1984, 23 de ellos mujeres, constatándose la mayoría de las víctimas en Uruguay (25 en Argentina y 1 en Chile) y siendo la circunstancia principal la muerte en prisión (68 de 116), ya sea por torturas, omisión de asistencia o autoeliminación. 10 personas mueren en posibles enfrentamientos directos con las fuerzas de seguridad y, entre estas últimas, hay 8 militares y policías asesinados o fallecidos en todo el período.

Se investigó también, a partir de los antecedentes generados por la Comisión para la Paz, los casos de 172 detenidos desaparecidos, entre ellos 3 menores de edad y 41 mujeres, constatándose que la mayoría de los desaparecidos fueron detenidos

en la República Argentina (129, 32 en Uruguay, 9 en Chile, 1 en Colombia y 1 en Bolivia). Hasta el presente fueron localizados restos y/o sitios de enterramientos de 20 desaparecidos.

En el tomo II, *las violaciones a la libertad y la integridad física de las personas*, se aborda el estudio de la prisión masiva y prolongada como el método represivo privilegiado por la dictadura uruguaya, dato que también ilustra sobre el carácter del régimen. Luego de cotejar innumerables listas de prisioneros, arribamos a un universo documentado de 5.925 presos políticos en Uruguay, reclusos en cincuenta sitios públicos (penales, cuarteles, jefaturas) y nueve sitios clandestinos. También confeccionamos un listado de 730 presas políticas alojadas en el Establecimiento de Reclusión Militar N° 2 (Punta de Rieles). A propósito, la investigación profundiza el “impacto diferencial” de la represión por géneros, deteniéndose en los fenómenos de la maternidad en prisión, los hijos nacidos en cautiverio que compartieron la prisión con sus madres (se adjunta un listado de 68 casos), la apropiación ilegal de hijos de madres detenidas desaparecidas, las visitas familiares, las formas específicas de tortura contra el cuerpo y la dignidad de la mujer y los reglamentos disciplinarios del penal.

El tomo II de la investigación universitaria sobre la dictadura y el terrorismo de Estado incorpora una profusa y novedosa documentación sobre la vigilancia a la sociedad civil (el “insilio”), sobre la dimensión cotidiana del terrorismo de Estado y su intención de “control total” sobre la cultura, el carnaval, libros, películas, obras de teatro, intelectuales y artistas, las iglesias, clubes deportivos y diversas organizaciones de la sociedad civil, así como sobre la prensa escrita, radial y televisada. Podría reafirmarse así, en forma documentada, que el control y disciplinamiento de la población uruguaya fue el objetivo de la dictadura.

En la última sección se desarrolla el tema del Exilio, en particular, la vigilancia en el exterior del país a las actividades de solidaridad, organizaciones y ciudadanos. Asimismo se aporta documentación sobre el control, detenciones y expulsiones de extranjeros residentes en el país. En el Anexo documental se adjunta un listado de 345 asilados en la Embajada de México entre 1975-1976 y de uruguayos refugiados en distintos países europeos.

En el *Tomo III: Las violaciones a los derechos políticos y sindicales y a la libertad de enseñanza* se desarrolla, por un lado, el tema de la Represión a los partidos políticos: organizaciones y grupos de izquierda, Frente Amplio, Partido Colorado y Partido Nacional. También se aborda el tema de las dimensiones y etapas de la Represión al movimiento sindical y la Convención Nacional de Trabajadores (la central única), reconstruyéndose un listado general de 891 sindicalistas presos durante la dictadura. En otro apartado se estudia la Represión a la enseñanza y los estudiantes, en particular, contra la Universidad de la República y la FEUU, la enseñanza secundaria y la Universidad del Trabajo. Merece particular atención los resultados de la investigación referidos en el apartado sobre los cambios en la institucionalidad estatal bajo la dictadura, la configuración de un Estado “clandestino” a través del accionar de los servicios de inteligencia y la coordinación represiva regional y el papel de la justicia militar en el juzgamiento y condena a civiles.

Finalmente, el Tomo III resume y actualiza los datos referidos a los avances de la sociedad uruguaya desde la recuperación de la democracia en el país (1985) en materia de verdad, justicia, memoria y reparación a las víctimas del terrorismo de Estado (formación de Comisiones investigadoras e informes oficiales, leyes aprobadas, decretos y resoluciones del Poder Ejecutivo, sentencias dictadas por la Justicia Penal).

Resta aún mucho por hacer en democracia en materia de verdad, memoria, justicia y reparación a las víctimas del terrorismo de Estado. En ese sentido, las recientes investigaciones históricas y arqueológicas realizadas por los equipos universitarios constituyen obras abiertas y un aporte importante, junto a otros, para la reafirmación del ¡Nunca Más! dictaduras en Uruguay y la región.

Enemigos de guerra. Enemistad e identidad en el PRT-ERP

Vera Carnovale *

I.

La noción de “enemigo” –en tanto *gran otro*– ocupó un lugar determinante en la construcción identitaria del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y en las prácticas partidarias de ella derivadas. ¿Quién es “el enemigo”? Un análisis atento a la discursividad de la organización advierte la convivencia de dos acepciones de la idea de “enemigo”. Una de ellas se vincula con definiciones teórico-ideológicas: “el enemigo” aparece asociado a la estructura de poder económico y en menor medida político: es “la burguesía”, “la sociedad capitalista”, el “imperialismo”. La otra acepción de la noción de “enemigo” se vincula con los efectos de ciertas particularidades de la dinámica política argentina: “el enemigo” aparece clara y fundamentalmente identificado con los agentes represores del Estado.

La dinámica a través de la cual se construye esta noción de enemigo de doble acepción remite a la articulación y reatoolimentación de la dimensión colectiva y la dimensión individual de la experiencia perretista, puesto que si, por un lado, el discurso institucional-partidario contiene y habilita esta doble acepción, el mundo de la experiencia individual, por otro, es formador de sentido y marco a partir del cual se resignifica el discurso partidario.

E: *-Dentro de los cánones del Partido ¿cómo era el militante ideal?*

-“...el militante que nosotros vivíamos...el más alto militante era el guerrillero, ese que dejaba todo por enfrentarse a los militares. Eso era como nosotros lo sentíamos.”¹

E: *ese enemigo que estaba “de la vereda de enfrente” ¿cómo era?*

“Era...salvo los heladeros, eran todos los que llevaban uniforme. ...”²

* Universidad de Buenos Aires.

1 Miguel, 02-03-00. Testimonio brindado a la autora.

2 Carlos, 18-03-00. Testimonio brindado a la autora.

La dimensión de la experiencia individual es tanto un marco a partir del cual se apropia el discurso partidario como una instancia formadora de sentido.

Las personas que componen la militancia perretista, nacidas en su mayoría en la década de los cincuenta, han aprendido a lo largo de su historia personal previa al ingreso partidario, a través de distintos espacios tanto privados como públicos, una versión de la política fundada en el paradigma amigo-enemigo. Sus primeras aproximaciones al mundo de la participación política asumían la forma de un enfrentamiento violento.

Tanto Carlos como Miguel participaron como estudiantes, antes de ingresar al ERP, de la ola de movilización político-social de fines de la década de los sesenta. Sus recuerdos dan cuenta de las implicancias políticas y subjetivas que esta experiencia tendrá para sus vidas.

“Cuando ibas a una movilización, como estudiante, te encontrabas con los otros, los de a caballo, a sablazo limpio [...] te empiezan a manifestar que no ibas a vivir seguro, no vivías en democracia, bueno, tampoco vivías seguro”³

“Y bueno, el enemigo, los malos, eran la policía y la represión, viste, y empezar a constatar que era así, que la policía reprimía, que la policía no solamente estaba para poner presos a los ladrones...”

-¿Qué efectos políticos tuvo el Rosarizao para vos?

Yo creo que es la cara de la represión, qué es la policía, qué es la represión, lo que son los muertos, lo que más me podía convencer, dos años después por qué la guerrilla...la fuerza bruta, digamos, la fuerza bruta [...] y por el otro lado la fuerza de la gente [...] Ahí ya me quedó en claro algo: que entrar a la facultad significaba entrar a luchar en contra de la dictadura”⁴

Los primeros aprendizajes políticos no asumían, entonces, la forma de un encuentro de voluntades con resolución incierta sino, más bien, la de un enfrentamiento dramático y terminante cuya resolución sólo podía consistir en la destrucción física de uno u otro. Este aprendizaje inicial será, más tarde, el punto de articulación y confirmación de la concepción de política implicada en el discurso institucional perretista: la guerra revolucionaria.

El bautismo de fuego de estas primeras experiencias constituye, para gran parte de la militancia, el momento original de una construcción identitaria conformada por un “nosotros” y un “ellos” enfrentados bajo la lógica de la violencia material. La identidad que comienza a construirse es, justamente, en oposición a un “ellos” que son, en principio “los de a caballo”, “la policía” y los militares. Un enemigo enfáticamente vinculado a las fuerzas represivas, que actúa a “sablazo limpio” y al cual sólo se lo puede interpelar con las armas.

En tanto el mundo experiencial es un espacio formador de sentido, las definiciones partidarias originales que contenían una doble acepción de la idea de enemigo serán resignificadas permanentemente provocando desplazamientos de

3 Carlos, 07-02-00. Testimonio brindado a la autora.

4 Miguel, 12-01-00. Archivo personal de la autora.

sentido en favor de un enemigo básicamente uniformado. En 1972 leemos en una publicación partidaria:

“ASÍ SE IDENTIFICA A LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO”

- 1) Generalmente son policías, militares y delatores al servicio de nuestros explotadores.
- 2) Son los que torturan y asesinan a nuestro pueblo.
- 3) Son los que asesinaron a [...]
- 4) Son los defensores incondicionales de los amos de nuestras fábricas.
- 5) Son los que cuidan las fábricas con armas, garrotes y gases.
- 6) Son los que con la prepotencia y las balas nos quieren domesticar.
- 7) Son los gusanos, parásitos de nuestro pueblo que no trabajan y se comen el presupuesto nacional”⁵.

Sólo la última de estas siete formas de identificación publicitadas a viva voz por el órgano oficial del ERP alude a un enemigo vinculado a la estructura de clase. La jerarquía explícita de este orden no resulta ser un detalle menor por cuanto las repercusiones que provoca en la imaginaria militante. Si al enemigo se lo reconoce por los rasgos que aquí se le atribuyen, no sorprende el estupor de Miguel cuando, al evocar su experiencia de custodio en las “cárceles del pueblo” refiriéndose al prisionero, recuerda:

“Yo lo respetaba viste [...] no trataba de asustarlo, nada de eso. [...] No me parecía tan malo como decían. Me parecía un tipo bastante parecido a mí... que estaba ahí, viste. **No era un militar [...] era un empresario.** Me daba la impresión que era parecido a mí. O sea, la sensación, más allá de lo teórico, era decir *bueno, no sé por qué este tipo está acá* [risas] *no es tan malo.* Bah, no lo veía como una persona mala, **no lo veía como a un enemigo**”⁶

Efectivamente, en su vida cotidiana, y a medida que la represión se encrucece, el militante del PRT-ERP se enfrenta, casi cotidianamente, a un enemigo que aparece cada vez más frecuentemente representable a través de un uniforme. No huye del empresario, ni del burgués. En su experiencia clandestina, en los frentes de masas, en las cárceles y en las calles, el militante se enfrenta casi exclusivamente a los agentes represores del Estado. Este es el enemigo para él, un enemigo casi privado. Si la dimensión colectivo-partidaria había habilitado a través de la coexistencia de las dos acepciones del término enemigo, la dimensión experiencial permite una apropiación y resignificación del concepto que empuja, desde diversos ángulos y razones a nuevos desplazamientos semánticos.

Leyendo las editoriales del *Combatiente*, algunos boletines internos o declaraciones extraordinarias del Partido, uno puede reconocer algunos esfuerzos retóricos por invertir el sentido del desplazamiento semántico y restituirle al enemigo su carácter de clase. Sin embargo, lo esporádico de dichas intervenciones, la presencia siempre tangible tanto en el discurso partidario como en la dimensión experiencial del enemigo como represor, convierten a aquellos esfuerzos en fallidos y pronto olvidables intentos.

5 *Estrella Roja* N° 13, junio de 1972.

6 Miguel, 02-03-00. Testimonio brindado a la autora.

Todo proceso de construcción identitaria implica la afirmación de un “ellos” en la misma dinámica de afirmación de un “nosotros”. El enemigo es, en este caso, el *gran otro*, el “ellos”; y en tanto ese enemigo aparece cada vez más identificado con los agentes represores, muy especialmente el Ejército, será éste el referente a partir del cual, en un movimiento casi especular, el PRT-ERP construya su propia identidad.

Por lo demás, esta especularidad excede la pura dimensión subjetiva para encontrar también su espacio en el mundo material de la línea y la praxis partidarias.

II.

*“¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!
¡Ninguna tregua al ejército opresor!
¡A vencer o morir por la argentina!”⁷*

Entre 1972 y 1977 se registra un total de sesenta y dos ejecuciones realizadas por el PRT-ERP, treinta y seis de ellas corresponden a integrantes de las fuerzas represivas legales o ilegales; diecisiete corresponden a empresarios y personal jerárquico de diversas empresas tanto de origen nacional como extranjero; cuatro corresponden a un conjunto heterogéneo conformado por traidores, “delatores” y/o “colaboradores”; tres corresponden a sindicalistas y dos corresponden a casos “dudosos” de personas que, además, no pertenecen a ninguna de las anteriores categorías (un docente universitario y la esposa de un general del Ejército). Si agrupamos estos datos según el grado de selectividad y certeza de cada ejecución tenemos tres categorías: Caso A, alto grado de selectividad y reconocimiento explícito de su autoría por parte del PRT; Caso B, ejecuciones reconocidas pero “no intencionales” (es decir, escaso o nulo grado de selectividad) y Dudosos (ejecuciones atribuidas al PRT-ERP pero no reconocidas por la organización).

Cruzando los dos tipos de reagrupamientos, obtenemos el siguiente cuadro:

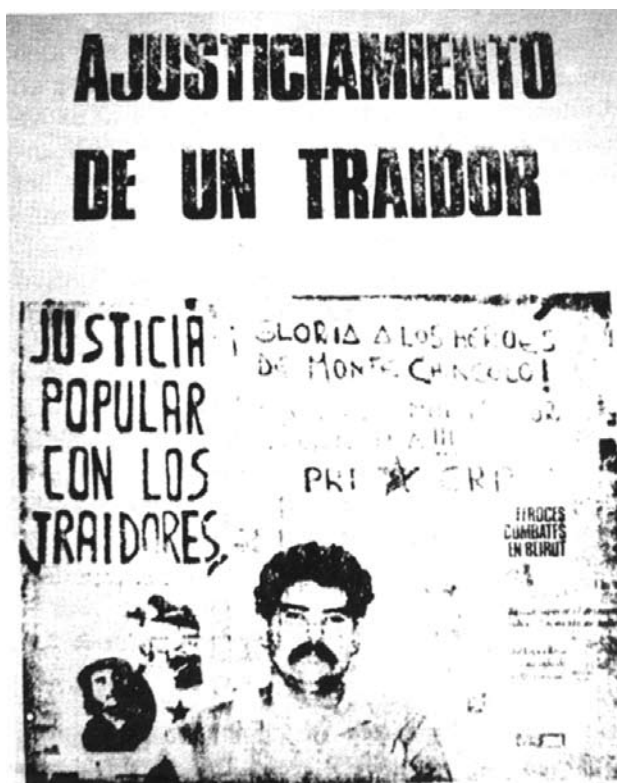
	Casos A	Casos B	Casos DUDOSOS	Totales
Fuerzas represivas	22	5	9	36
Sectores empresariales	12	1	4	17
“Traidores” y “colaboradores”	4	-	-	4
Sindicalistas	3	-	-	3
Otros	-	-	2	2
Totales	41	6	15	62

7 Estas consignas solían estar al final de las declaraciones del ERP en las que se anunciaban las ejecuciones y sus motivos.

Una primera mirada sobre estos datos nos permite afirmar que el blanco privilegiado de las ejecuciones del ERP estuvo compuesto por integrantes de las fuerzas represivas y, en segundo término, por empresarios o ejecutivos de empresas.

Ahora bien, en tanto dentro de ese vasto conjunto, no todo "enemigo" se constituyó en blanco de una ejecución, resulta fructífero atender a los motivos esgrimidos ante las mismas a la hora de dar cuenta del esquema de valores y sentidos sobre los que éstas se sustentaron.

Las primeras ejecuciones selectivas del PRT-ERP datan de los meses de marzo y abril del año 1972⁸. Como ya ha sido señalado, entre esa fecha y febrero de 1977 se registraron un total de cuarenta y un ejecuciones con un alto índice de selectividad. Tomando únicamente los casos de integrantes de las fuerzas represivas y empresarios



Ajustamiento de un traidor, foto de la Revista Lucha Armada en Argentina N° 8

8 Éstas fueron: las del Comandante Principal Abel P. Agarotti (re), ejecutado el 17 de marzo en Quilmes; la del director general de FIAT, Oberdan Sallustro, secuestrado el 21 de marzo y ejecutado el 10 de abril en Capital Federal; y la del Gral. Juan Carlos Sánchez, comandante del II cuerpo de Ejército, ejecutado también el 10 de abril, en un operativo conjunto con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en la ciudad de Rosario. Durante ese año no se registraron más ejecuciones.

se advierte que dichas ejecuciones se sustentaron sobre el móvil de la represalia. Como veremos, ésta conjugaba componentes propios de una cultura de la venganza con nociones y valores de una justicia *sustantiva*, “popular” o “revolucionaria” que, se advertía, iría reemplazando poco a poco a la del régimen. De ahí, la palabra “ajusticiamiento” con que la organización denominó estas acciones⁹.

A partir de las declaraciones públicas formuladas tras las ejecuciones de empresarios y de integrantes de las fuerzas represivas, se puede constatar que los considerados delitos o crímenes en respuesta de los cuales el PRT-ERP condenó y ejecutó la sentencia de pena de muerte pueden ser agrupados en dos:

- 1) responsabilidad o culpabilidad directa respecto de situaciones específicas de injusticia social (explotación, despidos, bajos salarios, etc.) e instigamiento y/o complicidad con la actividad represiva en el movimiento obrero.
- 2) responsabilidad o culpabilidad directa en torturas y asesinatos de militantes “del campo popular” en general y combatientes del ERP en particular.

En cuanto a las ejecuciones de empresarios diremos que, en principio, sería apresurado considerarlas como derivaciones necesarias de nociones de justicia revolucionaria esgrimidas por el PRT-ERP. En ellas, encontramos que la pena de muerte se correspondía más con la figura del represor que con la del empresario, cuyos delitos podían ser “pagados” mediante otros medios: “es justicia popular la acción de ajusticiar a un torturador, de secuestrar a un explotador y sacarle aunque más no sea una parte de las riquezas que día a día nos roba”¹⁰; “así se irán enterando quienes se hacen los desentendidos, porque ejecutaremos a los asesinos del pueblo, llevaremos a la cárcel a quienes lo explotan y persiguen”¹¹. Conviene señalar, al mismo tiempo, que no parece haber sido la ejecución sino el secuestro extorsivo la práctica más frecuente del PRT-ERP en relación con el sector empresarial. Estos secuestros pueden ser inscriptos en el orden de un imaginario justiciero (al igual que la expropiación y repartos de alimentos) puesto que ofrecían la posibilidad de hacer efectiva la reparación, al menos parcial –y en alguna medida particularizada– del daño cometido, al tiempo que le permitían a la organización erigirse ante las masas y ante sí misma como autora y referente de pequeños actos de reversión de injusticias. De ahí que gran parte de las exigencias ante cada secuestro incluyera el reparto de bienes de primera necesidad a los trabajadores de la empresa en cuestión, reincorporación de cesanteados, mejoras en sus condiciones laborales y, por

9 En reemplazo del término *venganza*, que puede o suele connotar una idea de “justicia por mano propia” y que remite a la dimensión de lo privado, se me ha sugerido para el presente trabajo el término *retaliación*. Sugerencia, de verdad, muy bienvenida. Aunque en muchas ocasiones uno y otro término se utilizan como sinónimos, hay quienes consideran que la *retaliación* tiene jerarquía jurídica en el derecho internacional (por ejemplo, cuando combatientes organizados en una guerra civil que recurren a la represalia intentando a través de ella hacer valer los derechos de los prisioneros de guerra) lo cual la aleja de la *vendetta*, individual o familiar. Como se verá más adelante, aunque en el presente texto se emplea el término *venganza*, la misma se entiende, precisamente, “como un intento de rectificación y normativización de la confrontación política y militar”. De ahí, que su equiparación con el término *retaliación* resulte completamente pertinente.

10 *Estrella Roja* N° 23, 15 de agosto de 1973.

11 *Estrella Roja* N° 12, marzo/abril de 1972.

supuesto, una suma importante de dinero (producto del sudor de los trabajadores) que, de esa manera, le era “restituida” al pueblo a través de su vanguardia. Había, además, un componente al menos retóricamente presente en esa escena justiciera y que la organización no dejaba de resaltar: la realización, con pocos recursos, de una hazaña “limpia”, esto es, sin hechos de sangre.

Pensemos en las ejecuciones a represores. Entre marzo de 1972 y enero de 1977 el PRT-ERP ejecutó entre veintidós y treinta y seis integrantes de las fuerzas represivas. La mayoría de esas ejecuciones constituyó la represalia perretista a la tortura, asesinato y desaparición de militantes y combatientes por parte de las fuerzas armadas y de las policías provinciales y federal (y tres casos de infiltrados de los servicios de inteligencia). Por su número y su regularidad y, desde la óptica del PRT-ERP, por representar la determinación implacable de *no negociar la sangre* de los caídos (figura central del imaginario guerrillero) éstas fueron las ejecuciones por excelencia de la justicia perretista.

Si bien la tortura a prisioneros no era una práctica nueva en Argentina (y en el caso de los prisioneros políticos se constata su uso por lo menos desde 1930 con la creación de Orden Político, más tarde, Sección Especial) lo cierto es que durante la dictadura instaurada por el General Onganía la tortura a prisioneros políticos y especialmente el uso de la picana eléctrica se generalizó al punto de quedar prácticamente institucionalizada. Lo mismo puede decirse del tercer gobierno peronista, principalmente a partir de 1974, cuando comenzó a intensificarse el accionar represivo ilegal. Antecedentes similares se registran en el caso de asesinatos y fusilamientos de opositores y prisioneros políticos (entre los que se destacan por su escandalosa alevosía los del 22 de agosto de 1972 en Trelew) que, sin ser novedosos, alcanzaron en este período índices sin precedentes.

En el universo de sentidos implicados en el imaginario guerrillero, el del militante fue un cuerpo destinado al servicio de la revolución (“una persona entregada de cuerpo y alma a la revolución”, alentaba el mandato partidario). Pero era la imagen de una muerte bélica, la del arrojo en el fulgor de una batalla o la de una valiente resistencia, en fin, *la caída en combate*, aquella convocada tanto por la retórica colectiva como por ese mundo íntimo de valores, expectativas y temores que conformaban la subjetividad del militante. Los vejámenes y el deshonor de la tortura, el asesinato a sangre fría que robaba para siempre la posibilidad de aquella otra muerte, aunque en parte reparados luego por la glorificación de héroes y mártires de la iconicidad partidaria, constituían las más graves de las ofensas a la dignidad revolucionaria; y por tanto sólo podían admitir, en nombre de otra moral, el máximo de los castigos: la pena de muerte.

La represalia del PRT-ERP a integrantes de las fuerzas represivas por la tortura, asesinato y desaparición de militantes asumió dos modalidades distintas: una *personalizada* y otra *indiscriminada*. La primera fue aquella por la cual se individualizó y ejecutó a los responsables y/o culpables directos de los crímenes mencionados. La segunda, en cambio, recayó indistintamente sobre miembros de una determinada fuerza, en tanto tales: a través de estas ejecuciones no se castigaba al individuo en

sí sino a la institución de la que formaba parte. La segunda modalidad de represalia, la *indiscriminada*, fue declarada por el PRT-ERP en dos oportunidades y llevada a cabo al menos en una.

La primera de ellas tuvo lugar en septiembre de 1974. El ERP había intentado asaltar, en agosto de ese año, el Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada de Catamarca. El asalto no llegó a concretarse puesto que los guerrilleros fueron denunciados precipitándose entonces varios enfrentamientos con la policía provincial y el Ejército. Un grupo de guerrilleros logró huir; otro, integrado por catorce combatientes, se rindió. Sin embargo, nunca aparecieron con vida. Días después, en una conferencia de prensa, el PRT-ERP anunció que habían sido fusilados en virtud de lo cual "El Comité Central [...] tomó una grave determinación. Ante el asesinato indiscriminado de nuestros compañeros, nuestra organización ha decidido emplear la represalia. Mientras el ejército opresor no tome guerrilleros prisioneros, el ERP no tomará oficiales prisioneros, y a cada asesinato responderá con una ejecución de oficiales indiscriminada. Es la única forma de obligar a una oficialidad cebada en el asesinato y la tortura, a respetar las leyes de la guerra"¹².

Entre la publicación de esta "grave determinación" y los tres meses siguientes el PRT-ERP ejecutó, como respuesta a los fusilamientos de sus combatientes en Catamarca, a nueve oficiales del Ejército.

Durante el desarrollo del operativo de este último "ajusticiamiento" la hija menor del capitán ajusticiado, de tres años de edad, resultó muerta y su hermana, de cinco años, gravemente herida. A raíz del trágico saldo inesperado el PRT-ERP puso fin a esta represalia indiscriminada (y, en efecto, no se registraron en los meses siguientes ejecuciones de integrantes de las fuerzas represivas).

Sin embargo, en agosto de 1975 y a pocos días de haber propuesto un armisticio el PRT-ERP declaró una segunda represalia de este tipo. Sin mayores balances siquiera políticos de la represalia del año anterior y como si ésta hubiera sido en algo efectiva al menos en su propósito normativizador ("obligar a respetar las leyes de la guerra"), esta nueva determinación volvía a encontrar su fundamento en la intensificación del accionar represivo ilegal y el agravante de la incipiente generalización de un fenómeno que en lo sucesivo no haría más que incrementarse, el de la desaparición de militantes. Esta vez, se advertía, la justicia perretista recaería sobre el amplio conjunto de fuerzas involucradas en la represión. Es muy probable que esta última represalia no se haya llevado a cabo. Ya sea por el alto índice de muertos, prisioneros y desaparecidos que a esas alturas registraban las filas perretistas, ya sea porque sus últimos esfuerzos militares se concentraran en el envío de nuevos combatientes al monte tucumano o en los preparativos del asalto al cuartel Viejo Bueno de Monte Chingolo (que tendría lugar en diciembre de ese año) lo cierto es, en todo caso, que parece registrarse una sola ejecución tras el anuncio de esta segunda represalia¹³.

12 "Declaración" en *Estrella Roja* N° 40, 23 de septiembre de 1974. Gorriarán Merlo afirma en sus *Memorias* "atentariamos indiscriminadamente sobre oficiales del Ejército hasta igualar en número a los compañeros asesinados en Catamarca".

13 La misma fue la del Comisario Alfonso Vergel, el 3 de septiembre de 1975 en La Plata.



Estrella Roja, Junio de 1971

Se ha señalado anteriormente que aquellas realizadas en represalia por torturas y asesinatos de militantes fueron las ejecuciones por excelencia del PRT-ERP. En esa modalidad de la "justicia revolucionaria" esta organización recogía las experiencias de la llamada guerra de guerrillas en Latinoamérica, tanto en su variante rural como urbana. En ella, los "ajusticiamientos" parecían estar directamente identificados con las figuras del torturador y del traidor-delator. La ejecución del torturador no sólo castigaba el martirio sufrido por los compañeros "en manos del enemigo"; era también la puesta en escena de una moralidad revolucionaria cuya voluntad de diferenciación con respecto a la de las fuerzas enemigas encontraba en la inadmisibilidad de la tortura uno de sus puntos nodales.

Las ejecuciones en castigo por el asesinato de compañeros o militantes en general no fueron exclusivas del PRT-ERP y, dejando a un lado el accionar de otros grupos armados de la época cuyas acciones de "ajusticiamientos" precedieron a las del PRT-ERP, puede afirmarse que en el campo de las izquierdas aquella determinación reconoce un antecedente emblemático en el anarquismo de principios de siglo XX. Y resulta interesante observar que, aunque ajeno a la tradición anarquista, es precisamente ese antecedente aquel recuperado, en sentido literal, por el discurso perretista.

Más difícil pareciera haber sido la apelación a tradiciones o antecedentes de referencia en el caso de las represalias indiscriminadas, una medida verdaderamente excepcional aún para el universo revolucionario.

III.

“El brazo de la justicia popular es largo y sabe ajustar cuentas con los asesinos y torturadores del pueblo”¹⁴.

“Es la única forma de obligar a una oficialidad cebada en el asesinato y la tortura, a respetar las leyes de la guerra”¹⁵

“Ajustar cuentas” y “obligar a respetar las leyes de la guerra”: es en el espacio configurado por estos vectores donde la ejecución perretista se erige como acto moralizador y normativizador. El ajuste de cuentas es un acto de venganza, un castigo inmediato (esto es, *sin mediaciones*) que recibe en forma personalizada el perpetrador de un crimen. El sentido de este castigo es la restauración de un orden, de un equilibrio que aquel crimen ha roto o dañado. El vengador restaura un equilibrio moral que nunca debió haber sido roto y, al mismo tiempo, normativiza lo que debe ser.

El proceso de construcción identitaria de la militancia perretista estuvo fuertemente anclado en postulados y mandatos morales. Las distintas tramas de la discursividad partidaria, los símbolos y representaciones que poblaban su universo de referencias y los sentidos atribuidos a gran parte de sus prácticas confluían en un *deber ser* del revolucionario, condensado en la figura del *hombre nuevo* y matizado por valores éticos morales (“solidaridad, humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio [...] generosidad, amor al prójimo”)¹⁶. En la conjunción de su autoproclamado rol de vanguardia y la insistencia y prosecución de estos valores, el PRT-ERP buscaba erigirse ante los movimientos de masas no sólo como referente político sino también como referente moral.

El tono de las declaraciones partidarias antes o después de cada ejecución y la connotación de las palabras empleadas (“crímenes”, “atropellos”, “fechorías”, “verdugos del pueblo”, “actos bárbaros”, “régimen miserable”, “siniestros personajes”¹⁷, etc.) dan cuenta de una profunda indignación moral, de una inaceptabilidad ética principalmente de las modalidades cruentas que había asumido la represión. Pero esta indignación no era presentada como propia o exclusiva del PRT-ERP; en rigor, era la “indignación popular”¹⁸ aquello que se expresaba a través de la palabra y el accionar perretista.

El ERP, integrado “por los mejores hijos del pueblo”¹⁹, era el “brazo ejecutor” de aquella justicia popular que si bien encarna, lo trasciende: “es por ello que el pueblo a través de su Ejército, el ERP y las demás organizaciones hermanas, ha

14 *Estrella Roja* N° 93, 28 de febrero de 1977.

15 Declaración leída en conferencia de prensa y reproducida en *Estrella Roja* N° 40, 23 de septiembre de 1974. También en Colección de Documento Histórico de Infobae N° 19.

16 PRT (1972): “Moral y proletarización. Pequeña burguesía y revolución”, PRT. s/l, p. 20.

17 Estas y otras expresiones similares se encuentran en prácticamente todas las declaraciones perretistas. Las citadas se extrajeron de los pronunciamientos del ERP tras los “ajusticiamientos del Comandante Agarotti, Oberdan Sallustro y el General Sánchez.

18 “Para los ojos del pueblo NO HAY ESCONDITES” en *Estrella Roja*, marzo/abril de 1972.

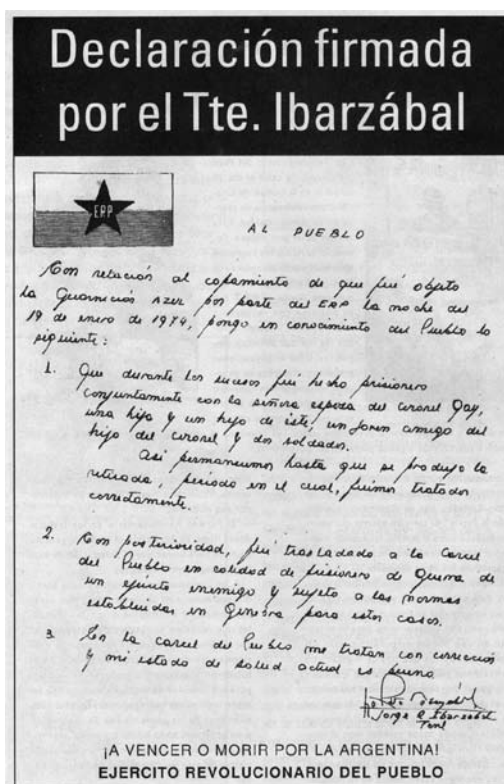
19 Fórmula acuñada para referirse a los integrantes del ERP.

comenzado a ejecutar el mandato popular y reprimir con la pena de muerte a todos los verdugos”²⁰. Los asesinados eran los hijos del pueblo, la indignación era la del pueblo como también lo eran las “cárceles”, los tribunales y las sentencias condenatorias. La autoridad moral que parecía arrogarse el PRT-ERP y en función de la cual vengaba los crímenes cometidos no sólo contra sus militantes sino también “contra el pueblo”, no se sustentaba únicamente en la autoasignada representación de aquella justicia popular sustantiva; también encontraba otra fuente de legitimación en la postulación de una superioridad moral respecto de las fuerzas enemigas en la que el discurso partidario insistía con énfasis particular.

El trato otorgado hacia los prisioneros constituía la oportunidad por excelencia de hacer manifiesta aquella superioridad puesto que permitía el señalamiento –y la denuncia– del envilecimiento de la conducta enemiga en situación inversa.

En la manifestación pública de esa superioridad el PRT-ERP creía reforzar su lugar de autoridad moral. La liberación de prisioneros en frágiles situaciones de salud, la publicación de cartas y “confesiones” de prisioneros que hacían particular hincapié en el buen trato recibido se orientaban en aquella dirección. La apelación a estos ejemplos de conducta moral en tiempos de guerra es representativa del intento perretista de normativizar una confrontación entendida y caracterizada precisamente como *guerra*.

**Carta manuscrita firmado
por Tte. Ibarzábal,
Colección Documento
Histórico N° 31 de
Infobae**



20 “El ERP al pueblo” en *Estrella Roja*, marzo/abril de 1972.

A partir del IV Congreso partidario, realizado a comienzos de 1968, la tradicional imagen insurreccional de la revolución fue reemplazada por la de la guerra prolongada. La propia fundación del ERP en 1970 respondía a la convicción de que “la guerra civil revolucionaria ha comenzado en nuestro país”. Y en esa guerra, el Ejército enemigo (que a los ojos del PRT-ERP había dejado de respetar el mundo de códigos compartidos de combate que toda guerra delimita) se fue convirtiendo en el principal sujeto interpelado. Como mencionáramos anteriormente, con ese enemigo como referente el PRT-ERP fue construyendo, a partir de un movimiento casi especular, su propia identidad. Piénsese, por ejemplo, en el uso casi obligatorio y ceremonial del uniforme verde oliva que se impuso a los guerrilleros perretistas a partir de 1974²¹. Ahora bien, la contrapartida de aquella identificación fue un movimiento de oposición y diferenciación sensiblemente anclado en la moral y, de ahí, en la insistencia normativizadora de la confrontación bélica.

La forma más usual de esa insistencia fue el reclamo del cumplimiento de las leyes y convenciones de Ginebra, especialmente aquellas referidas al trato de prisioneros (al tiempo que la demostración de su cumplimiento fue el sustento imaginario de la propia autoridad moral)²².

Las demostraciones de esta superioridad moral en el trato de prisioneros no tuvieron efecto normativizador alguno. Los guerrilleros no hicieron más que enfrentarse a una “oficialidad cebada en la tortura y el asesinato” y, en el escenario postulado de una confrontación bélica entre ejércitos regulares, respondieron al fusilamiento de sus combatientes en Catamarca con un castigo extremo –la ejecución– descargado, precisamente, sobre la oficialidad enemiga. Nuevo intento fallido de “obligar a respetar las leyes de la guerra”.

A diferencia de un acto de venganza clásico en que el culpable de un crimen recibe de manera personal e intransferible el castigo que le corresponde, esta represalia indiscriminada –aunque sustentada también sobre una pretendida autoridad moral– asumió casi por reflejo las formas despersonalizadas de la guerra, coadyuvando al encarnecimiento general de la represión.

El ejercicio de una justicia revolucionaria y la autoequiparación del ERP con un ejército regular pueden considerarse, a su vez, expresiones de la llamada “teoría del doble poder” o “poder dual”. Esta teoría (cuyos orígenes pueden ubicarse en la relación configurada de hecho entre los Soviets y el Gobierno Provisional de la Rusia revolucionaria entre febrero y octubre de 1917) no estuvo sistematizada por escrito

21 Hacia fines de 1974, en coincidencia con la apertura de un frente militar en el monte tucumano, el ERP resolvió “dar un importante paso en la construcción de las Fuerzas Armadas de la clase obrera y el pueblo”. Dicho paso consistió en una mayor estructuración de las fuerzas guerrilleras mediante “el establecimiento de grados y la formulación de reglamentos...” (“Grados y Reglamentos en el ERP” en *Estrella Roja* [¿octubre de 1974?], Colección Documento Histórico N° 39 de Infobae). Esta estructuración incluyó, además de grados y reglamentos, el uso de uniformes e insignias propias de un Ejército regular.

22 Es interesante resaltar que en tanto los Protocolos Adicionales de Ginebra (que reglamentan el trato y la conducta en caso de conflictos armados dentro de las fronteras de un país incluyendo, por eso, a los ejércitos irregulares) se firmaron en 1977, aquellos a los que el ERP apelaba reglamentaban exclusivamente los conflictos bélicos entre Estados nacionales.

en la historia perretista sino hasta septiembre de 1974, fecha en que Santucho la presentó al colectivo partidario en un folleto titulado *Poder Burgués, Poder revolucionario*. La idea de poder dual postulaba un proceso de acumulación de poder sustentado en la disputa de órganos y funciones de poderes locales, entendidos éstos extraterritorialmente. Aseguraba Santucho en aquella oportunidad que “el camino para avanzar hacia la conquista del poder por medio de la insurrección armada general del pueblo argentino, pasa por el desarrollo del poder dual”²³.

Con independencia de los debates en torno al “doble poder” que tuvieron lugar en el universo de izquierdas, consideraremos aquí las palabras de Luis Mattini, integrante del Buró Político partidario. Afirma Mattini que si la imagen tradicional de la revolución social en los países industrializados había sido la de la insurrección armada, los procesos emancipatorios y revolucionarios asiáticos ofrecieron un nuevo modelo: el de un proceso prolongado, protagonizado por el campesinado, donde el poder se iba disputando *palmo a palmo* en dirección campo-ciudad. Sin embargo, el caso argentino, con una preponderancia de población urbana, parecía no adecuarse completamente desde la óptica perretista a ninguno de los dos modelos. De ahí, la apelación al concepto del poder dual: disputar el poder de la burguesía, no en sentido territorial, sino en el sentido de gobierno paralelo.

En el mencionado documento, Santucho postulaba que a partir de la coyuntura configurada tras la muerte del General Perón, la estrategia partidaria debía estar centrada precisamente en el desarrollo del poder dual.

Sin embargo, Mattini afirma que esta idea –aunque de manera difusa, “no muy clara” y en absoluto sistematizada por escrito– estaba ya presente en la discursividad y la praxis militante desde los primeros tiempos del accionar del ERP. Agrega que hasta los operativos más corrientes de reparto de alimentos “expropiados” en barrios pobres tenían como objetivo “demostrar el ejercicio de hecho del poder dual, algo así como ir organizando una sociedad más justa desde las entrañas mismas de la sociedad de clase”. Si Mattini está en lo cierto, la apelación al ejercicio de una justicia “popular”, paralela y enfrentada a la del régimen puede considerarse como una de las manifestaciones tempranas de esa voluntad de construcción de un doble poder: presentarse ante los movimientos de masas como opción de poder real y revolucionario.

Las declaraciones públicas ante las primeras ejecuciones perretistas, las de Oberdan Sallustro y el Gral. Sánchez (abril de 1972) no sólo impugnaban el sistema judicial de la dictadura y denunciaban la complicidad de los jueces para con las prácticas represivas –especialmente la tortura– sino que anticipaban, a su vez, la noción estratégica de disputar las funciones y órganos del poder (en este caso particular, el sistema de justicia): “todo el pueblo sabe que aquí se tortura, los jueces no [...] ¿Así que no saben que el Ejército y la policía están para reprimir al pueblo? Entérense: el ERP y las demás organizaciones revolucionarias son el brazo armado del pueblo [...] Así se irán enterando quienes se hacen los desentendidos, porque

23 Santucho, Mario (1974), *Poder burgués, poder revolucionario*, en www.marxists.org

ejecutaremos a los asesinos del pueblo, llevaremos a la cárcel a quienes lo explotan y persiguen. Desarrollando la guerra construiremos poco a poco la justicia del pueblo que reemplazará a la del régimen miserable”²⁴.

Esta impugnación de la justicia del régimen excedió la dimensión puramente declarativa. Los militantes del ERP procesados por el asesinato del General Sánchez, por ejemplo, revocaron durante el juicio el poder de la defensa. Este gesto fue parte de la llamada *estrategia de ruptura* llevada adelante por los abogados defensores. Esta estrategia, tomada del jurista francés Jacques Vergés, defensor del Frente de Liberación Nacional de Argelia, se sustentaba sobre la impugnación de la legitimidad de las instancias que juzgan –y, por tanto, del poder que las inviste– y del derecho aplicable²⁵. Uno de los abogados defensores en ese juicio afirma que fue este el único caso de estrategia de ruptura “pura” en un proceso judicial; el objetivo era “hacer del tribunal una tribuna de denuncia”, apelar al alegato político como justificación de los hechos juzgados y revertir el proceso “convirtiendo al acusado en acusador y al acusador en acusado”. Es cierto que se trató de un acontecimiento excepcional que encontraba su fundamento jurídico en la inconstitucionalidad del tribunal actuante, la Cámara Federal en lo Penal de la Nación, creada por decreto a comienzos de 1970 para el juzgamiento de los llamados delitos subversivos. No obstante su excepcionalidad era sumamente representativo de aquella impugnación a las funciones y órganos de poder por parte de una organización que proponía y ejercía *de hecho* una justicia paralela.

Pocos meses después del mencionado proceso, y ya durante el tercer gobierno peronista, el PRT-ERP ofrecía una definición de esa otra justicia sustantiva que despreciaba la formalidad procedimental de la del “régimen burgués” y que se fundamentaba menos sobre un conjunto de penalidades codificadas que sobre valores políticos y morales identificados con el pueblo y su autoproclamada vanguardia: “ES JUSTICIA POPULAR CUANDO SOMOS NOSOTROS, EL PUEBLO, el que decide sobre cada uno de nosotros y nuestros hermanos y no como los jueces burgueses, que siempre condenan a los pobres y a los combatientes populares y dejan libres a los que roban el sudor del pueblo trabajador [...] a los que torturan y matan [...] Por eso a cada torturador, a cada explotador y traidor de nuestros sacrificios debemos hacerles JUICIOS POPULARES [...] y aplicarles todo el peso de la JUSTICIA POPULAR. Para que sepan que sabemos defendernos, que sabemos que NO HAY UNA SOLA JUSTICIA, sino que frente a la JUSTICIA DE LOS EXPLOTADORES está la JUSTICIA DE LOS EXPLOTADOS...”²⁶

24 *Estrella Roja* N° 12, marzo/abril de 1972.

25 La obra de Vergés, *Estrategias judiciales en los procesos políticos*, generó un intenso debate en el mundo del derecho a comienzos de la década de los setenta. Allí, el jurista francés proponía dos estrategias jurídicas posibles para los procesos contra los rebeldes argelinos llevados adelante por tribunales franceses: la estrategia de ruptura y la estrategia de connivencia. A diferencia de la primera, la estrategia de connivencia consistía en ajustarse a los parámetros vigentes y hacer uso en las defensas de los procedimientos jurídicos disponibles.

26 “La justicia popular es la justicia de los explotados” en *Estrella Roja* N° 23, 15 de agosto de 1973. Las mayúsculas corresponden al original.

El esquema de “desarrollo de poder dual” postulado por Santucho en septiembre de 1974 hacia hincapié, también, en la dimensión geográfica del doble poder. Allí, Santucho advertía que la insurrección final del pueblo podía ser precedida por insurrecciones parciales en distintos puntos del país “que establezcan el poder revolucionario en una región o provincia, las denominadas zonas liberadas”²⁷.

Aunque el frente abierto en el monte tucumano no alcanzó nunca a consolidarse como “zona liberada” (es decir, como área geográfica efectivamente controlada y administrada por la guerrilla) lo cierto es que era ese precisamente el objetivo del PRT-ERP y por tanto actuó en consecuencia. Al mismo tiempo, en el control de ese territorio la organización creía encontrar un fundamento inapelable para ser reconocida internacionalmente como fuerza-estado beligerante y exigir, en consecuencia, la aplicación de las convenciones de guerra de Ginebra.

No se han encontrado evidencias de la constitución de “órganos de poder” reales en Tucumán. Tampoco de que la guerrilla hubiera alcanzado a disputar allí “funciones de poder”. Sin embargo, por el lugar que la “Compañía del Monte” ocupaba en las expectativas partidarias, resulta necesario observar las modalidades que asumió allí el ejercicio de la justicia perretista. Es probable que este ejercicio se sustentara sobre la voluntad de hacer visible ante la población local la presencia de un nuevo poder para, a partir de allí, emerger como opción real.

Al poco tiempo de haberse instalado en la zona, los guerrilleros realizaron allí sus primeras ejecuciones. Éstas, al igual que gran parte de las realizadas en otras partes, llevaron el sello de la venganza personalizada por la tortura y asesinato de un combatiente: “cuando la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez tomó el nombre del inolvidable ‘Zurdo’, estaba siempre caliente en nuestra memoria su salvaje asesinato en manos de la policía de Santa Lucía”²⁸. Pero más importante, quizás, fue que las mismas asumieron la forma de una escenificación pedagógica del nuevo poder revolucionario que se pretendía instaurar. Eudoro Ibarra (comisario de la localidad de Santa Lucía) y Héctor Zaraspe (taxista), declarados culpables por un tribunal perretista de las torturas y posterior asesinato del combatiente Ramón Jiménez fueron ajusticiados públicamente: “la unidad reunió a los pobladores de Santa Lucía y previa explicación de la sentencia Ibarra y Zaraspe fueron ajusticiados frente a la más decidida aprobación del pueblo que desde largo tiempo pedía justicia al ERP por el crimen del Zurdito”²⁹.

Esta “decidida aprobación”, cualquiera haya sido su real alcance y extensión, no resistió el embate del Operativo Independencia, cuya estrategia represiva inauguró la metodología del terror que se extendería más tarde por todo el territorio del país. El Ejército Nacional en su intento por pulverizar todo acercamiento y/o apoyo a la guerrilla actuó—valga la ironía—en una verdadera *zona liberada*, inaugurando catorce centros clandestinos de detención donde guerrilleros y presuntos simpatizantes fueron torturados y, también, desaparecidos.

27 Santucho, Mario (1974), *ob. cit.*

28 “Santa Lucía. Potero de las Tablas-Justicia revolucionaria” *s/f*, en Poder Ejecutivo Nacional, pp. 128-129.

29 “Santa Lucía. Potero de las Tablas- Justicia revolucionaria”, *ob. cit.*

Mientras tanto, las cada vez más menguadas filas del ERP (que en su mejor momento no habían alcanzado el centenar de combatientes) en su obstinado y desesperado intento por sobrevivir y evitar la propagación de la delación, ejecutaron en forma ejemplar a quienes colaboraron con el Ejército.

Al igual que en los principales centros urbanos del país, el golpe de Estado de 1976 encontró a los guerrilleros militarmente derrotados y sin aquella “decidida aprobación del pueblo” con la que habían poblado su imaginario e impulsado su accionar. Y aunque puedan considerarse parte de una estrategia que confiaba en la posibilidad de construir un poder real, muy probablemente los “ajusticiamientos” perretistas no hayan sido en absoluto ajenos a ese paulatino proceso de desaprobación, de fracaso y, finalmente, de derrota.

Comentarios finales

Venganza, guerra y “doble poder” fueron, entonces, los vectores que determinaron el ejercicio de una justicia revolucionaria sustantiva que, actuando en nombre de una comunidad moral, intentó normativizar la confrontación política y militar. Al igual que otras prácticas del PRT-ERP, las ejecuciones formaron parte del proceso de construcción identitaria de esta organización. En tanto “brazo ejecutor”, el accionar de la justicia perretista proyectaba imaginariamente la identificación con los valores de ese pueblo que el PRT-ERP creía representar. Y, al vengar la sangre de los *caídos*, no sólo reforzaba el lazo simbólico entre los militantes, el pueblo y la organización; también se ponía en acto una moral postulada como esencialmente distinta a la de ese enemigo que se enfrentaba; una moral propia del *hombre nuevo*, eje rector de un mandato partidario que nunca dejó de emularse.

Olvidos, memorias y reinenciones del fuego.

Resignificar la experiencia revolucionaria desde los cargos de gobierno hoy (Chile/Uruguay)

Alondra Peirano Iglesias *

Introducción

En los últimos años América Latina ha estado viviendo un fenómeno político nuevo, han llegado al poder coaliciones progresistas, compuestas en parte por grupos políticos o personas que en los años sesenta y setenta fueron revolucionarios. Lo que desde una perspectiva histórica llama la atención es la construcción política que estos gobiernos han ido consolidando en el último lustro, como un fenómeno propio del momento actual de la historia política y social de nuestro continente latinoamericano. En este artículo, la lupa será puesta en el Cono Sur: ¿cómo se asume pues el gobierno desde esa historia política y en las condiciones sociales actuales? Y más precisamente ¿Cómo se resignifica y reinterpreta la experiencia revolucionaria desde los cargos gubernamentales actuales?

La relación de las distintas tendencias políticas y partidos con los usos y discursos de la violencia política está muy influenciada por la función específica que cada uno tiene dentro de la organización político-social en un momento dado. Así, el contexto histórico por un lado y el rol político (oficialidad u oposición) de las distintas tendencias, movimientos, grupos, o partidos políticos por otro, son elementos determinantes en la práctica de la violencia política –como acción directa–, y en la construcción del discurso ideológico con respecto a la legitimidad o ilegitimidad de la misma. Sobre todo si tenemos en cuenta la historia política de las sociedades conosureñas de los últimos cincuenta años: contexto sesentista de radicalidad y polarización política y posteriores procesos dictatoriales, que siguen repercutiendo hasta hoy día y se encarnan en esta actualidad postdictatorial neoliberal. A pesar que las dictaduras de los años setenta y ochenta han terminado como regímenes

* Magíster (c) Estudios Latinoamericanos, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

políticos, como transformaciones históricas, (culturales, económicas, sociales, políticas, estéticas, ideológicas, filosóficas, etc.) siguen teniendo lugar. En el plano político esto se evidencia claramente en la hegemonía de la ideología neoliberal, y desde ésta es que en este artículo me centraré en cómo se interpreta la práctica de la violencia política revolucionaria y cómo se reconstruyen los relatos sobre ella desde los intereses políticos actuales.

“Es lo que hay”. Hegemonía ideológica neoliberal y lógica del consenso

La tendencia hacia la hegemonía neoliberal (ideológica y económica) desde hace aproximadamente cuatro o cinco décadas es una transformación a nivel mundial, y las dictaduras latinoamericanas hacen parte de este proceso de mediano plazo, asimismo los cambios de paradigmas teóricos de la política, que tienen por resultado actual la imposición de un paradigma político que en apariencia es único. En este sentido, el proceso social y cultural que impusieron las dictaduras en el Cono Sur caló profundamente nuestras sociedades, aunque con ritmos diferentes.

Entre los aspectos más evidentes de dichos giros político-culturales, la manera de entender y ejercer la política es uno de los rasgos más tristemente palpables. En este sentido, Álvaro Rico trabaja un concepto muy interesante para el caso uruguayo¹; el de la “violencia simbólica”, o la resignificación de las subjetividades políticas durante la etapa de reinstitucionalización democrática.

“El poder político-estatal, militar-policial y burocrático-administrativo concentrado durante los diecisiete años de autoritarismo y dictadura en el país, entre 1968 y 1985, fue acompasado por un poder invisibilizado o violencia simbólica capaz de legitimar discursivamente e imponer los sentidos dominantes acerca de lo que es legal o ilegal, honesto o deshonesto, bien nacido o mal nacido, subversivo o demócrata, racional o demagogo, nacional o extranjero, políticamente correcto o políticamente incorrecto. En la etapa de reinstitucionalización democrática [...] ese poder simbólico del Estado es el que se privilegia para asegurar la cohesión y la obediencia de la sociedad al status quo. En ese sentido, el consenso –y no la ley- es lo que asegura la actual legitimidad del sistema.”²

En esta cita aparecen los dos pilares fundamentales del ejercicio de la política institucional: la lógica del consenso –en la que profundizaré más adelante– y la legitimación de los sentidos dominantes (ideológicamente neoliberales) desde el poder político para cooptar el sentido común.

Veamos en primer lugar cómo se autolegitima esta ideología. Si bien en su pretensión de científicidad y tecnicismo, se presenta como a-política y a-ideológica,

1 Concepto muy aplicable a otras realidades conosureñas, aunque cada una con sus características específicas.

2 Rico, Álvaro, *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden Público y obediencia social en la democracia posdictadura, Uruguay 1985-2005*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2005, p.12.

en concordancia con el sociólogo chileno Tomás Moulian, contiene los tres elementos propios de las ideologías utópicas: una idea *natural* de lo social, una idea *absoluta* del futuro y la justificación del recurso a la *fuerza* para la defensa de esos ideales sociales. Es una ideología que naturaliza los procesos actuales; éstos se muestran no como una posibilidad entre otras, no como distintas propuestas en conflicto, sino como *lo natural*, se plantea como *la verdad*, como el ejercicio neutro y objetivo de la administración social. Este pragmatismo universaliza las relaciones y dinámicas sociales, y autolegitima las estructuras económicas y políticas que sostienen y justifican su poder y dominación. Al obviar los procesos históricos más amplios en que las situaciones y circunstancias actuales se construyen, esta ideología sepulta la historicidad de los pueblos y silencia las relaciones de poder, los conflictos de intereses y las correlaciones de fuerza en que la práctica política se inserta.

Además, y dentro de esta misma consolidación histórico-ideológica, la clase política ejercita su profesión como un instrumento técnico para la administración, y no como un conjunto de herramientas y prácticas que nos permiten analizar y transformar la realidad, ni como un espacio conflictivo de discusión y confrontación de proyectos de sociedad.

“El reemplazo de la política como confrontación por la política como administración, generará las condiciones de la perfecta gobernabilidad. Sin embargo, con este asesinato disfrazado de muerte, es la política misma la que agoniza para ser reemplazada por la decisión tecnocrática, sustentada en una indisputable (aunque no indiscutible) cientificidad.”³

Esta “cientificidad” se expresaría en la pretendida neutralidad del lenguaje; analogía que refleja una aparente desideologización del lenguaje político, y en última instancia de la política institucional.

“A través del léxico único, las palabras políticas iguales en boca de todos los políticos, recuperan la noción de neutralidad perdida en los años sesenta, ya que su generalización desidentifica las referencias ideológicas o la historia de los conceptos y sus portadores. A símil lenguaje, el ascetismo tecnocrático las codifica, las estandariza y desideologiza para que no signifiquen lo que significaron en el pasado reciente ni puedan llegar a significar lo que deben significar en el presente como alternativa a lo real existente. [...] En ese tedio democrático, la monotonía del discurso político profesional, el cliché y el estigma imponen un ‘concepto ritualizado que se hace inmune a la contradicción’ (H. Marcuse)”⁴.

Así, no sólo las palabras, sino también la acción, en tanto construcción, tiene su sello postdictatorial propio. Y esto se manifiesta de manera evidente en el tipo de partido que hoy día se expande como vehículo y espacio del ejercicio de la política institucional; partidos que se fundan en la necesidad de ser más competitivos electoralmente. Son “el tipo de partido que se ha ido institucionalizando para

3 Moulian, Tomás, *Chile Actual: anatomía de un mito*, Santiago: LOM ediciones, 1997, p. 59.

4 Rico, *ob. cit.*, p. 72.

competir con éxito en los procesos electorales. Ese modelo de partido atrae votos de distintos sectores sociales e ideológicos, pero su capacidad de aglutinar mayorías electorales va unida a su incapacidad para dotar a sus miembros de una identidad compartida⁵, de un proyecto claro, de un programa propio e incluso de una historia propia. Se prioriza la amplitud del discurso por sobre la solidez del proyecto político-social, los partidos buscan ser un espacio de identificación para el sentido común, y buscan responder a las inquietudes ahí instaladas. Según Alvaro Rico, “el poder de los gobernantes descansó, fundamentalmente, en la capacidad de significación de su palabra política para reapropiarse y monopolizar el ‘buen’ sentido democrático y en la capacidad de subjetivación del discurso estatal para la construcción de una realidad social ‘única’”⁶. En este sentido, elocuente por sí sola es la relación de apadrinamiento que existe del Partido Socialista (PS) para con el Partido Por la Democracia (PPD) en Chile, y del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) para con el Movimiento de Participación Popular (MPP) en Uruguay, aunque cada una de estas orgánicas tiene sus características propias. El PPD nació como un partido instrumental para aunar votos por la democracia, frente al plebiscito del 5 de octubre de 1988. Y hasta hoy día su *leit motiv* es la democracia como fin y valor en sí mismo. En cambio, el MPP nació como Frente de Masas del MLN, más que como orgánica funcional a las elecciones, aunque hoy día resulte muy funcional a ese objetivo. Como el MLN se autodefine como partido revolucionario de cuadros necesita un espacio más abierto e incluyente para el trabajo social.

La lógica electoralista que prioriza la carrera por el poder más que la construcción social, se refleja de manera evidente en la práctica institucional de ambas coaliciones como gobiernos: tanto el Frente Amplio en Uruguay como la Concertación en Chile se han encontrado con la misma falta de capacidad, o la misma falta de voluntad política, para absorber tanto el trabajo de administración institucional como el trabajo político-social. “La militancia político-institucional ha acaparado la atención de la mayor parte de los militantes y cuadros socialistas, relegando a un segundo plano las tareas de organización del partido y la militancia social”⁷. Y este énfasis repercute en la relación entre coalición y partidos constitutivos de ella: aquella se vuelve más utilitaria-electoralista que ideológica (esto es en función de un proyecto y de un programa íntegro de sociedad). Y sobre todo refleja el cambio de acento en el ejercicio de la política, que se hace necesario e insalvable cuando un grupo político o una coalición toma las riendas del Estado: circunstancias que obligan a aceptar ciertas “reglas del juego” y a consolidar tendencias políticas más tecnocráticas y funcionales, y menos sociales.

El segundo componente fundamental en esta manera actual de pensar y hacer política es “la tecnificación de la política, (que) es mortífera, (porque) es la cancelación de la deliberación sobre finalidades”⁸. Esta ausencia de debate *real* es

5 García Santesmases, Antonio, *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Barcelona: Editorial Anthropos, 1993, p. 17-18.

6 Rico, *ob. cit.*, p. 15.

7 García, *ob. cit.*, p. 62.

8 Moulian, *ob. cit.*, p. 59.

propia de la lógica del consenso: la clase dominante simula la discusión política, y genera un aparente “acuerdo” acerca de cuáles son los fines que se buscan, cuando la práctica política es justamente todo lo contrario; es decir el constante cuestionamiento y la discusión permanente de los fines de una sociedad. “La etapa posdictadura (está) asentada en el principio del ‘consenso’, (que) no se da sólo en ámbito nacional”⁹. De esta manera, y de la mano con el silenciamiento de la política como un espacio y una práctica conflictivos, la supuesta a-historicidad de la organización social es reafirmada por la lógica del consenso, entendida aquí como la opción política de la anulación de las diferencias ideológicas. Esta es una de las manifestaciones más evidentes de esta “falsa muerte” de la política; el aparente olvido de las identidades político-históricas y el consiguiente espacio de medias tintas en que se ha constituido la clase política. Los partidos y las tendencias-categorías más englobantes (“derecha”, “centro” e “izquierda”) pierden su peso específico y ya no son “ni chicha ni limoná”.

Los marcos del consenso delimitan quién participa y quién no, para quién está permitido “hacer política” y para quién no, anulando en apariencia los conflictos sociales y petrificando el sentido común. Un ejemplo claro de esto, se dio en Chile a principios de los noventa: las opciones políticas más radicales, que siguieron apostando a una construcción social por fuera de la institucionalidad estatal heredera de la dictadura, fueron excluidas o reprimidas duramente por los sectores de la misma izquierda que transaron con las dictaduras¹⁰. Se alaba la moderación y debe respetarse el orden público; el *status quo* es lo que sustenta la gobernabilidad “democrática”. Y esto se articula con el proceso de despolitización de los sistemas de decisión y las estructuras institucionales. Despolitización entendida como esta pretensión de neutralidad de los procesos de decisión política.

En Chile es particularmente evidente cómo, después de la salida pactada de la dictadura, gran parte del modelo que ésta impuso se petrificó y se volvió intocable. Y lo que en un principio tenía objetivos estratégicos y fines pragmáticos, hoy día se vuelve un paradigma inamovible. El consenso se extendió más allá del tiempo que se necesitó para reimplantar las instituciones democráticas, y se instaló como el *modus operandi* de lo “políticamente correcto”. En Uruguay, esta continuidad entre dictadura y democracia también se dio en los hechos, pero con características muy distintas. La gran diferencia es que en Uruguay el trabajo de profundización de la consolidación del neoliberalismo como modelo económico y como modelo ideológico estuvo bajo la tutela de la derecha (Partidos Blanco y Colorado) y el FA estuvo durante veinte años en la oposición. En Chile, fue la Concertación la que estuvo a la cabeza de dicho proceso. A continuación veamos cómo se manifiestan estas semejanzas y diferencias en el discurso de ex guerrilleros que hoy están en las coaliciones de gobierno y que además ejercen algún cargo institucional de poder.

9 Rico, *ob. cit.*, p. 16.

10 Cfr. Rosas, Pedro, *Rebelión, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena 1990-2004*, Santiago: LOM Ediciones, 2004.

Los meandros de la memoria

*“La ‘memoria contra el olvido’ o ‘contra el silencio’
esconde lo que en realidad es una oposición
entre distintas memorias rivales
(cada una de ellas con sus propios olvidos).
Es en realidad ‘memoria contra memoria’”¹¹*

Antes de entrar al análisis de las entrevistas, es imprescindible plantear aquí una reflexión sobre *las* memorias. La necesidad de contextualizar y comprender las construcciones de memorias y olvidos sociales en nuestras sociedades postdictatoriales, nos lleva necesariamente a buscar nuevas herramientas epistemológicas para entender nuestro presente. Los estudios de Memoria son parte de esta búsqueda teórico-metodológica por tratar de responder nuevas preguntas, por encontrar otras entradas, enfoques y perspectivas, y por comprender realidades caracterizadas por dinámicas nuevas. Las luchas sociales que tiñeron el escenario político de los años ochenta en el Cono Sur fueron el elemento fundacional de dicho campo de estudios en la región. Y esto principalmente en Argentina, a pesar que la lucha política y social por “verdad y justicia” como bandera de lucha de las Agrupaciones de Familiares de Detenidos/as Desaparecidos/as y los organismos de Derechos Humanos, se dio también en Chile y Uruguay como un factor fundamental en la batalla por derrocar a las dictaduras en cada país, aunque con características específicas.

En este contexto y a partir de estas luchas sociales, el tema de Memoria comenzó a conocer expresiones propias del ámbito académico e intelectual –“intelectualidad comprometida” –, y Argentina fue pionera en su desarrollo y consolidación como campo de estudios particular¹². A su vez, este desarrollo en Argentina estuvo muy influenciado por los estudios de memoria europeos, en particular franceses, que hacían un tremendo esfuerzo por comprender la relación de esas sociedades con ese pasado traumático de la Segunda Guerra Mundial y sus fatídicos campos de concentración y exterminio, un esfuerzo por desentramar el tejido de recuerdos, olvidos y silencios de la *Shoah*¹³. Hubo un hálito, algo que quizás podríamos llamar un momento de “lucidez histórica”, acerca de las memorias y olvidos colectivos¹⁴, acerca de las consecuencias de esos acontecimientos y sus consecuentes procesos sociales

11 Jelin, Elizabeth, *Los Trabajos de la Memoria*, Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI, 2002, p. 6.

12 Jelin, Elizabeth, “Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales”, en *Estudios Sociales*, n. 27, año XIV, II semestre 2004.

13 Nora, Pierre, “La aventura de *Lieux de mémoire*”, en *Ayer*, n. 32, 1998; Rousso, Henry, “El duelo es imposible y necesario”, entrevista por Claudia Feld, *Revista Puentes*, año 1, n.2, diciembre 2000; del mismo autor, “Pour une histoire de l’*mémoire collective*: l’aprèsVichy”, en Peschansky, Pollak y Rousso (eds), *Histoire politique et sciences sociales*, Paris: Complexe, 1991 (traducción al castellano en mimeo).

14 Es importante explicitar aquí una disquisición: *la* memoria, habría que comprenderla como un proceso de memorias y olvidos (en plural), en relaciones constantes (histórica, política y socialmente hablando) como dos conceptos indisolubles.

traumáticos. En Europa Occidental –la verdad es que no conozco la historiografía de Europa Oriental– comenzaron a ponerse en cuestión las temporalidades clásicas de la Historia, y la relación entre pasado, presente y futuro se complejizó. El presente contenía en sí el pasado, éste estaba vivo en el presente y éste, a su vez, estaba ya constituido de futuro, esto no necesariamente como un *continuum* histórico, sino como una imbricación social, epistemológica, filosófica e histórica. El sentido del pasado se ubicó en “un presente, y en función de un futuro deseado”¹⁵, los sentidos de la acción presente estaban determinados por las experiencias (pasadas) y las expectativas (futures) de las subjetividades. Y la relación entre memoria e historia, discusión en la que no profundizaré por no ser directamente el tema aquí tratado, comenzó a plantearse en términos conflictivos, en el sentido que cada polo de la *supuesta* dicotomía tensionaba al otro y a la relación misma entre ambos.

Así, una de las grandes interrogantes que llegó a Argentina fue cómo recuerdan las sociedades sus períodos traumáticos, en particular en el contexto de las dictaduras conosureñas. La lucha por las memorias en el Cono Sur estaba siendo un elemento central en la resistencia antidictatorial, y al calor de ésta se fue fraguando la urgencia social plasmada en el lema “Nunca Más”. Inevitablemente, la interpretación del pasado se planteaba en ese momento, y se plantea hoy, como un ejercicio conflictivo, dentro de las batallas de la memoria. Es necesario pues “reconocer a las memorias como objeto de disputas, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes en esas luchas, enmarcadas en relaciones de poder”¹⁶. La significación del pasado-presente no encuentra sosiego en una interpretación unívoca ni en un discurso monolítico. Cada grupo con su relato y su historia, donde se cuelan permanente e inevitablemente recuerdos, olvidos y silencios, construye su propia narración del pasado; con justificaciones, legitimaciones e intereses particulares, coherentes dentro de su lógica. Estas luchas por las memorias están cruzadas por las relaciones de poder, por los intereses en conflicto, y por la capacidad de hacer audible su propia voz de parte de cada uno de los grupos¹⁷.

Para lo que me interesa desarrollar aquí, que es rescatar las memorias vivas de la experiencia guerrillera, el cruce entre Historia Oral y Estudios de Memoria resulta particularmente útil, sin dejar por ello de ser un territorio complejo. Lo reciente, tan reciente que aún es un proceso en curso, de las dictaduras conosureñas tiene como uno de sus efectos que los protagonistas-testigos aún están vivos: permanece

15 Jelin, *ob. cit.*, 2002, p. 12.

16 *Ibid.*, p. 2.

17 “En el campo de las memorias de un pasado político reciente en un escenario conflictivo, hay una lucha entre ‘emprendedores de la memoria’, que pretenden el reconocimiento social y de legitimidad política de una (su) versión o narrativa del pasado. Y que también se ocupan y preocupan por mantener visible y activa la atención social y política sobre su emprendimiento” *Ibid.*, p. 49. Ahora, es necesario problematizar esta afirmación, en el sentido que los emprendimientos de memoria, más allá del concepto específico que define Jelin, pueden ser aún más subterráneos y lentos de lo que ella plantea. Las memorias a veces no tienen ese nivel de conciencia de sí mismas, a pesar de lo cual influyen profundamente en el desarrollo de las sociedades de manera silenciosa.

vivo el testimonio. Y vivo tiene muchas acepciones, de las que me gustaría rescatar dos: primero como recuerdos vividos de un proceso histórico, segundo como la experiencia actual de estar viviendo las consecuencias de esos regímenes dictatoriales particulares. En otras palabras, dicho cruce teórico-metodológico nos permite abordar una re-construcción particular de nuestra historia reciente desde la subjetividad de los sujetos que fueron protagonistas de la violencia política: la historia oral constituye un campo fundamental en la construcción de memorias colectivas. Esta línea de trabajo abre espacios para matizar y complejizar *la Historia* escrita: rescata voces otras que las establecidas, y humaniza la reconstrucción de la historia. Humanización que se da porque las herramientas que entrega la historia oral posibilitan reconstruir las “memorias subterráneas” y silenciadas, y explicar los procesos desde adentro, desde el dinamismo, la complejidad y los matices que le dan la diversidad de experiencias. No por ello no deja de ser un problema la pregunta por cómo analizar y comprender esas narraciones; cómo esos relatos, que responden a lógicas muy subjetivas, nos permiten interrogar discursos más establecidos y/u oficiales. La complejidad pasa por el hecho que “los testimonios son imprescindibles, pero no suficientes”¹⁸, o, en palabras de Beatriz Sarlo, “no hay equivalencia entre el derecho a recordar y la afirmación de una verdad del recuerdo”¹⁹, la inquietud es cómo utilizar los testimonios.

Por último, y en relación con esta misma reflexión, es imprescindible explicitar aquí cómo utilizo el concepto de memoria. Lo hago como una categoría social y conceptual, que responde a la conjunción entre la reflexión por cómo interpretamos el pasado y los procesos históricos que parieron nuestras sociedades actuales, marcadas por una represión absoluta que llevó al silencio impuesto y autoimpuesto –por mucho que este límite sea difuso– a sociedades enteras. Y utilizo esta categoría de la mano de la historia oral, este cruce nos permite abrir espacios en las fisuras de esas estructuras prohibitivas.

Reinvenciones del fuego

La búsqueda por darles un sentido a las experiencias pasadas en función del presente se vuelve central para la comprensión de la construcción de los relatos de los sujetos: en este artículo, me centraré en cómo los intereses políticos actuales influyen las interpretaciones sobre la lucha revolucionaria pasada. Para responder esta inquietud, se hace necesario un doble ejercicio de contextualización: el contexto individual de re-significación (como identidad), y el contexto social de significación de esas memorias (como escucha), indisociables entre sí. La reconstrucción que es la memoria –ese proceso ondulante, conflictivo, lleno de sinuosidades y meandros–

18 Carnovale, V., Lorenz, F. Y Pitaluga, R., “Memoria y política en la situación de entrevista. En torno a la constitución de un archivo oral sobre Terrorismo de Estado en la Argentina”, en Carnovale, Lorenz y Pitaluga (comps.), *Historia, memoria y fuentes orales*, Buenos Aires: Cedinci y Memoria Abierta, 2006, p. 43.

19 Sarlo, Beatriz, *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2005.

paradójicamente (o podría decir dialécticamente) constituye e interroga *la* identidad, la tensión. La búsqueda de este sentido o, más precisamente, la unidad experiencial y temporal que permite construir la narración, se proyecta en la “ilusión de un sujeto unificado en el tiempo”²⁰.

Sucintamente, y sin entrar mayormente en las semejanzas y diferencias de los procesos históricos chileno y uruguayo más generales del último medio siglo, cada país conoció guerrillas urbanas en el segundo lustro de la década de 1960, y luego, a partir de 1973, ambos países conocieron dictaduras feroces. Cada uno de estos procesos tuvo sus características y contextos nacionales propios. En un análisis comparativo de ambos procesos políticos, me interesa destacar dos aspectos que los diferencian: el primero es que el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T, la guerrilla uruguaya de fines de los sesenta y principio de los setenta) sigue siendo una orgánica política constituida. En cambio, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (la organización armada más importante de las décadas de 1960 y 1970 en Chile) hoy está desarticulado²¹. El segundo aspecto que los diferencia son las características de los bloques oficialistas hoy día: la Concertación en Chile y el Frente Amplio en Uruguay. Siendo ambos coaliciones de centro-izquierda progresistas, conformados por varios partidos y tendencias, tienen historias y prácticas políticas distintas.

Los militantes del MLN (parte del Frente Amplio) por un lado, y los ex-militantes del MIR, que actualmente militan en el PS o el PPD (partidarios de la Concertación, actual bloque oficialista en Chile), por otro, construyen una resignificación de sus experiencias revolucionarias en función y desde sus cargos de gobierno actuales²², muy distintos a los intereses que fundamentaron la estrategia de la lucha armada en el segundo lustro de los años sesenta. Después de esa experiencia guerrillera, o más bien de la incipiente experiencia revolucionaria con pretensión de guerrilla, y de los años de dictadura, y toda la persecución y desarticulación que estas orgánicas vivieron bajo ellas, ambas conocieron procesos orgánicos inversos: el MLN, a pesar de todos sus procesos internos de fraccionamiento, se mantuvo y se mantiene vigente hasta hoy. En cambio, el MIR en los años ochenta se dividió irreversiblemente, después de lo cual las diferentes fracciones siguieron caminos propios, o los ex-militantes simplemente siguieron caminos trazados individualmente, fuera de la militancia política.

El 14 de marzo de 1985, los Tupamaros salieron del Penal de Libertad teniendo que enfrentar una realidad muy distinta a la que habían conocido once o doce años antes: Uruguay, al igual que Chile y Argentina, había vivido bajo una dictadura

20 *Ibid.*, p. 55.

21 No profundizaré en la influencia del contexto latinoamericano y de la Guerra Fría de los años sesenta (reforma *v/s* revolución) en las situaciones locales.

22 Entiendo que la función político-institucional actual no es el único elemento que explica el por qué de la resignificación de la experiencia revolucionaria, hay procesos mundiales, historias de vida, cambios de paradigmas políticos, filosóficos, intelectuales, etc. Pero en este artículo es aquella relación específica entre pasado revolucionario e intereses políticos institucionales presentes que intento comprender.

cívico-militar que le había cambiado la fisonomía. Sin que el debate en torno a qué práctica política adoptaría el MLN después de la dictadura fuera sencillo, y lejos de eso, el MLN decidió integrarse a la institucionalidad política, y por lo tanto pelear “desde adentro”, desde la legalidad. En palabras de Gonzalo de Toro, actual Director de Tránsito y Transporte del IMM: “las soluciones son siempre dos: o peleas desde adentro, o peleas desde afuera. Dadas las características de este país, nosotros entendimos que no existían las condiciones para seguir planteando una lucha abierta y frontal contra la estructura capitalista, que teníamos que generar un período diferente de acumulación de fuerzas”²³. Esta decisión llevaba y lleva implícita la contradicción que estuvo siempre presente en esa discusión: aceptar reglas políticas hechas por la clase dominante para resguardar sus propios intereses, que hacía poco más de una década habían sido fuertemente criticadas y violentamente combatidas. Las condiciones políticas, sociales e institucionales habían cambiado radicalmente del punto de vista coyuntural, pero del punto de vista más estructural, las condiciones de dominación y las lógicas de desigualdad no habían y no han cambiado en lo sustancial. El cambio de contexto político implicaba así un cambio táctico-estratégico, y en este nuevo enfoque político el MLN pasó a conformar el Frente Amplio (1989), fundó el Movimiento de Participación Popular (1989), y las elecciones pasaron, paulatinamente, a tener un papel cada vez más central para el MLN: después de la dictadura, y sobre todo a partir de los años noventa, en la práctica su planteamiento político se fue estructurando en torno a ellas, y a la necesaria unidad estratégica a través del FA.

Después de un complejo proceso político y orgánico vivenciado entre mediados de los años ochenta y las últimas elecciones del año 2004, hoy el FA-EP está por terminar su primer período como gobierno, y en este contexto, es interesante analizar e intentar comprender cómo se resignifica la experiencia guerrillera desde los distintos cargos de gobierno. El MLN es un espacio político lleno de contradicciones: definirse revolucionario y participar de un gobierno progresista, participar protagónicamente de una coalición policlasista, con un programa progresista, sin tener mayor peso en el programa, administrar el Estado, y su legalidad, hechos por la clase dominante, cuando se autodefinen revolucionarios. Son contradicciones inherentes a la práctica institucional actual, cuando se ha tenido y se tiene una historia guerrillera pasada por un lado, y de las consecuencias mundiales del proceso de renovación de la izquierda en las últimas dos décadas por el otro. Pero desde el punto de vista estratégico, en el discurso de los tupamaros estas contradicciones pasan a un segundo plano: “lo que se está haciendo a través del gobierno es generar condiciones y acumular fuerzas para avanzar hacia el objetivo estratégico básico: la liberación nacional y el socialismo, que es el enfrentamiento al imperialismo, o al capitalismo global”²⁴. En esta etapa actual, para ellos es necesario luchar dentro de las condiciones institucionales, y en la medida de lo posible, pero sin olvidar las correlaciones de fuerza dentro de la dinámica imperialista encabezada por EEUU.

23 Gonzalo de Toro, entrevista realizada en el contexto de la investigación de mi tesis de maestría, septiembre-octubre 2008.

24 Gonzalo de Toro, entrevista realizada para este trabajo.

El ejercicio de resignificar la experiencia de la lucha guerrillera urbana desde el rol de gobierno, es interesante en la medida en que es un doble ejercicio, el de reconceptualizar las ideas de los años sesenta, pensando tácticamente en el presente, y el de pensar estratégicamente para el futuro. Así, la reconstrucción de las historias en un relato coherente, implica distintas temporalidades: pasado, presente y futuro, todas entrelazadas en la reconstrucción narrativa. Y es en ese cruce donde se da el espacio para la reinterpretación de las historias pasadas, y donde se presenta una de las complejidades de la relación entre "Historia" e historia oral. El hecho de resignificar el pasado desde los paradigmas y los intereses políticos actuales, los lleva a decir por ejemplo, y de manera reiterada: "en realidad el MLN no fue un movimiento guerrillero, nosotros hacíamos política con armas. Lo que nosotros hicimos fue acumular fuerzas, no para una guerra de guerrillas, sino para hacer política con armas"²⁵.

Los documentos de la época, particularmente el documento número 1 de enero de 1966, dice que los objetivos estratégicos son tanto militares como políticos, por lo que la estrategia era político-militar. Las *Actas Tupamaras* explicitan que la "guerrilla urbana es un instrumento de lucha armada" y que en ella la "concepción estratégico-política (cambiar la correlación de fuerzas)", se combina con "los elementos tácticos de una estrategia político-militar". Hoy, también dicen que ellos no querían tomar el poder sino "defender la democracia", amenazada por el autoritarismo del gobierno de Jorge Pacheco Areco. Dice el mismo documento: "la única vía para la liberación nacional y la revolución socialista será la lucha armada", ésta también "será la principal forma de lucha de nuestro pueblo" para "el asalto al poder burgués. [...] En el Uruguay lo decisivo para el futuro es la apertura de focos militares y no políticos. Se va de un foco militar al movimiento político. [...] La tarea principal es desarrollar el aparato armado". La estrategia era claramente político-militar, y no política y eventual o coyunturalmente militar. Y, más aún, el objetivo era la toma del poder y no la defensa de la democracia. A pesar de que efectivamente al comienzo el MLN tenía una estrategia defensiva (contra la represión de los gobiernos contra las luchas sindicales y cañeras), pasó a plantear una estrategia ofensiva (de toma del poder, aunque en sus documentos tampoco profundiza esta idea).

La contradicción entre los discursos actuales acerca de la experiencia revolucionaria y los documentos es evidente y explícita. Estas reinterpretaciones, que suavizan y desmilitarizan la práctica guerrillera del MLN en la construcción de la resignificación, responden a la urgencia de construir un discurso, y reconstruir una historia, lo más amplios y conciliadores posible, que satisfagan la necesidad táctica y estratégica de acumular fuerzas incluyendo los sectores de centro del FA-EP. Se reinventa el discurso de esa época en función de la intencionalidad política electoralista e institucionalista por un lado, y del imaginario político actual por otro, impregnado por la conciliación de clases y el consenso.

25 Esteban Pérez, entrevista realizada para este trabajo.

Pero el MLN actualmente sí mantiene una particularidad de su identidad política: una visión estratégica que mira al futuro, en un largo plazo, es decir tienen claro que el momento histórico actual latinoamericano durará mientras no moleste. Dice Esteban Pérez, quien es diputado por el MPP y militante del MLN:

Pienso que podemos acumular fuerzas para llegar al socialismo, pero no existe en la historia de la humanidad que la burguesía se haya convencido ideológicamente y haya puesto los bienes a disposición. [...] Esto puede sostenerse en el tiempo hasta que empecemos a rozar intereses más profundos. En esas circunstancias es de prever que la oligarquía no va a entregar sus privilegios tranquilamente. Y estratégicamente hay que ir pensando en eso también²⁶.

La democracia como régimen sirve hasta donde la clase dominante lo permite, esto es mientras las relaciones de clases estructurales no cambien. Aunque los tupamaros no anden “diciendo a los gritos que si hay que tomar los fierros los vamos a agarrar de nuevo”, hoy saben, y lo dicen con reiteración en las entrevistas, que están en una etapa de acumulación de fuerzas, pero también saben que necesariamente “va a haber enfrentamiento y polarización, porque la derecha no se va a quedar quieta. El movimiento que se está conformando en América Latina lleva a pensar que va a haber enfrentamiento”²⁷.

El MIR por su parte, después de haber sido perseguido y casi desarticulado por completo al interior de Chile bajo la dictadura, en su IV Congreso (Buenos Aires, diciembre de 1986) se dividió entre el “MIR-militar” (liderado por Pascal Allende) y el “MIR-político” (liderado por Nelson Gutiérrez). Pero ya a fines de los años setenta y principio de los ochenta, un grupo importante se había pasado al PS, y luego a fines de los ochenta una parte del MIR-político se pasó a la Concertación, al PPD y principalmente al PS.

El discurso de estos ex militantes del MIR (de distintas generaciones) que hoy están en partidos de la Concertación es completamente diferente al de los tupamaros. Juan Saavedra por ejemplo, quien fue mirista durante los años sesenta y mediados de los setenta, a fines de los años ochenta, durante el proceso del Plebiscito, se integró al PPD, y fue Alcalde de Pedro Aguirre Cerda hasta las últimas elecciones municipales de octubre de 2008, hoy tiene una visión de la violencia revolucionaria bastante drástica:

En 1979 yo piso el palito de nuevo. En Nicaragua, me doy cuenta que estábamos un poquito locos, que estábamos un poquito zafados. [...] Después de Neltume, cuando esto ya no es más viable, nuestros aparatos empiezan a desviarse a la delincuencia pura: el secuestro del colombiano en Panamá, y el secuestro de Brasil²⁸.

Ese análisis de la práctica revolucionaria lo hace desde el presente, justamente desde su militancia actual en el PPD y su rol de Alcalde. Es interesante cómo, en estas

26 Esteban Pérez, entrevista realizada para este trabajo.

27 Gonzalo de Toro, entrevista realizada para este trabajo.

28 Juan Saavedra, entrevista realizada en el contexto de la investigación de mi tesina de licenciatura, mayo-septiembre 2005, cuando aún era Alcalde.

circunstancias, su interpretación del proceso de los años sesenta y setenta en el MIR, pasa de la contradicción con la lucha armada, a la crítica de la lucha armada como “una locura”, y luego a la crítica frontal y directa de aquella, que se convierte, en sus palabras, en “delincuencia pura”. Es un ejercicio evidente de descrédito de quienes practicaron la lucha revolucionaria, a través de la invalidación por irracionalidad y/o delincuencia. Se reniega de una historia política y se invisibiliza el contexto en el que se dio.

En este mismo sentido, la adopción de la ideología neoliberal para estos ex MIR actuales Concertación, va acompañada de una “resignación” y una desideologización que tiñen la resignificación, que es una de las características del discurso renovado de un sector de ex-miristas, a diferencia de los tupamaros. Esta aceptación de la ideología neoliberal se explicita también en la recurrencia al tema del poder. A modo de ejemplo; “siempre he tenido las puertas abiertas, hablo, participo, pero dirijo yo, eso está claro. Las direcciones de la política sólo pueden tenerlas aquellas personas que van a mantener el poder, sino no tienen ningún sentido”²⁹. Hay un énfasis en el método (el poder institucional), y no en el contenido político-ideológico (el proyecto), como si los medios pasaran a ocupar el lugar de los fines, y la estrategia estuviese fundamentada en el camino de ascensión política al gobierno. El tema del poder reafirma dónde está puesto el acento: en la lucha electoral más que en el cambio social, y que el énfasis está puesto también en la construcción, consolidación y legitimación de esta democracia postdictatorial y desigual como la manera posible de hacer las cosas.

Yo creo que en este mundo, como están las cosas, la Concertación ha sido un acierto en estos tres gobiernos. [...] Si tú ves los documentales de principios de los años setenta, la forma como estaba vestida la gente, por ejemplo, no nos vestíamos como ahora. Claramente éramos más deficientes, teníamos necesidades mucho mayores. O las cuotas alimenticias de la JAP, ahora lo encontraríamos ¡ínfimo! en relación a lo que quisiéramos, a lo que queremos.³⁰

Y es interesante cómo en ese momento los documentos del MIR expresan un discurso muy diferente. El contexto latinoamericano de los años sesenta, donde las opciones eran dos: o reforma o revolución, empujaba a los grupos políticos a la radicalidad. Por eso surgen los distintos intentos de grupos revolucionarios, en contra de los partidos tradicionales de izquierda y en contra de la práctica imperialista de EEUU en el contexto de la Guerra Fría.

La finalidad del MIR es el *derrocamiento del sistema* capitalista y su reemplazo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigidos por los órganos del poder proletario, cuya tarea será reconstruir el socialismo y *extinguir gradualmente el Estado hasta llegar a la sociedad sin clases*. La destrucción del capitalismo implica un enfrentamiento revolucionario de las clases antagónicas.³¹

29 Juan Saavedra.

30 Juan Saavedra.

31 MIR, “Declaración de principios” (agosto 1965). En Naranjo, Pedro et.al.(eds.), *Miguel Enriquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*, Santiago: LOM ediciones-CEME, 2004, p. 99. Las cursivas son del documento.

El objetivo del MIR era pues “derrocar el sistema capitalista” y construir el socialismo, para llegar a una “sociedad sin clases”. La violencia política en esos años se enmarcaba en ese contexto, muy influenciado por el triunfo de la Revolución Cubana de enero de 1959, e impregnado de las ansias por construir una sociedad más justa. Este era el objetivo de la violencia política, es en este sentido y no en otro que el MIR reafirmaba “el principio marxista-leninista de que el único camino para derrocar el régimen capitalista es la insurrección popular armada”³², y sostenía “que el programa planteado sólo podrá realizarse derrocando a la burguesía e instaurando un gobierno revolucionario dirigido por los órganos de poder de obreros y campesinos”³³. Los intentos de lucha guerrillera no estaban inspiradas en una “locura” de unos pocos, sino que eran impulsadas por miles de personas con pretensiones revolucionarias.

A modo de reflexión final

A modo de conclusión, las diferencias entre unos y otros son evidentes. Si los tupamaros muchas veces utilizan su historia guerrillera, reconstruida en base a eufemismos retrospectivos y retroactivos, como un elemento de validación de la historia de sus luchas, los ex-miristas renovados en cambio, tienden a no querer hablar de esa experiencia guerrillera, y si lo hacen es para renegar. Claramente hoy su militancia revolucionaria de antaño ha sido opacada por una memoria que silencia y descontextualiza para deslegitimar. Esa antigua militancia revolucionaria fue reemplazada por una práctica política electoralista, dentro de una coalición centrista, con rasgos marcadamente neoliberales y autoritarios. Los ex miristas-actuales Concertación hacen el ejercicio contrario que el que hacen los tupamaros: para legitimarse política e históricamente reniegan de esa historia. Pero ambas estrategias narrativas resultan útiles en cada caso para la búsqueda de legitimación que necesitan para acumular votos. Porque tanto el Frente Amplio en Uruguay como la Concertación en Chile tienen un énfasis electoralista e institucional en su carrera gubernamental. En este actual contexto latinoamericano con un tinte marcadamente progresista, ¿qué pasa con las políticas sociales, económicas, culturales de estos gobiernos? ¿Cuánto hay en sus construcciones actuales de aquel viejo discurso socialista? Poco y nada. Por mucho que el contexto mundial haya cambiado, la explotación feroz del ser humano y la naturaleza por un puñado de poderosos sigue existiendo. Y estos gobiernos progresistas ni cosquillas le han hecho a este sistema de injusticia social.

Así, el juego de re-significaciones y de re-valorizaciones se vuelve un ejercicio pragmático de espejismos, que se enmarca dentro de lógicas tecnocráticas, burocratizantes y despolitizadas de la práctica política institucional, y transforma a los políticos profesionales en profesionales del poder.

32 *Ibid.*, p. 101.

33 MIR, “Programa” (agosto 1965), *ibid.*, p. 105.

Bibliografía

Carnovale, V., Lorenz, F. y Pitaluga, R., "Memoria y política en la situación de entrevista. En torno a la constitución de un archivo oral sobre Terrorismo de Estado en la Argentina", en Carnovale, Lorenz y Pitaluga (comps.), *Historia, memoria y fuentes orales*, Buenos Aires: Cedinci y Memoria Abierta, 2006.

García Santesmases, Antonio, *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Barcelona: Editorial Anthropos, 1993.

Jelin, Elizabeth, *Los Trabajos de la Memoria*, Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

_____, "Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales", en *Estudios Sociales*, n. 27, año XIV, II semestre 2004.

Moulian, Tomás, *Chile Actual: anatomía de un mito*, Santiago: LOM ediciones, 1997.

Naranjo, Pedro et.al.(eds.), *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*, Santiago: LOM ediciones-CEME, 2004.

Nora, Pierre, "La aventura de *Lieux de mémoire*", en *Ayer*, n. 32, 1998.

Rico, Álvaro, *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden Público y obediencia social en la democracia posdictadura, Uruguay 1985-2005*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2005.

Rosas, Pedro, *Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena 1990-2004*, Santiago: LOM Ediciones, 2004.

Rouso, Henry, "El duelo es imposible y necesario", entrevista por Claudia Feld, *Revista Puentes*, año 1, n.2, diciembre 2000.

_____, "Pour une histoire de l'mémoire collective: l'aprèsVichy", en Peschansky, Pollak y Rouso (eds), *Histoire politique et sciences sociales*, Paris: Complexe, 1991 (traducción al castellano en mimeo).

Sarlo, Beatriz, *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2005.

Entrevistas

Gonzalo de Toro
Esteban Pérez
Juan Saavedra

Dictaduras personales. Dictaduras colectivas: mujeres militantes y movimientos sociales. Chile 1973-1989

Margarita Iglesias Saldaña *

Tradicionalmente se ha pensado a la mujer en relación al hombre y no éste en relación a la mujer¹

Cuando en el año 2004 se entregaba en Chile el Informe de Tortura y Prisión Política, conocido como Informe Valech, el país se remecía ante la constatación de una verdad ahora indesmentible. No sólo se había asesinado y hecho desaparecer personas durante los años de dictadura, sino que se había torturado masivamente y no todas las torturadas y todos los torturados habían muerto o desaparecido.

A mi juicio, entre otros aportes, el que me parece históricamente más significativo en este reconocimiento oficial, es la distinción que hace respecto a la tortura y prisión política desde una perspectiva de género, era la primera vez que un informe de esta naturaleza incorporaba esta dimensión.

Este informe entrega la cifra de 3399 mujeres detenidas que representan el 12,5 del total de prisioneras y prisioneros políticos validados en el Informe. Según este mismo informe, el 60% de estas mujeres reconoció explícitamente su militancia política activa en el momento de la detención. Las edades de estas mujeres en una gran mayoría, fluctuaban entre los 18 y 50 años al momento de su detención, sólo un 6,2 % tenía menos de 18 años y un 3,47% más de 50 años².

Esta información pública me permite adentrarme en el sujeto que quiero tratar en esta ponencia, y quizás aproximarme a lo que Nathan Wachtel llama la historia subterránea de América, entre memoria y olvido³.

* Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile.

1 Meza, María Angélica, *La otra mitad de Chile*, Santiago: CESOC, INCH, S/F.

2 *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*, Santiago: Gobierno de Chile, Ministerio del Interior, 2005, p. 485.

3 Wachtel, Nathan, *La foi du souvenir*, Paris: Labyrinthes marranes, Seuil, 2007.

Las memorias de las mujeres como actoras sociales en sí mismas, y no subordinadas o enmascaradas por la historia de los hombres, que hasta hace muy poco tiempo fue entendida como historia universal, ha sido incorporada en los últimos treinta años en la historiografía como una propuesta que ha permitido historizar y por lo tanto textualizar aspectos de la historia que hoy son determinantes en los análisis de las distintas épocas y sociedades estudiadas.

Una de las primeras aproximaciones en este sentido fue la constatación que hicieran Michelle Perrot y Georges Duby en la década de los noventa cuando constataban que “los sujetos sin memoria son más fácilmente manipulados. La creciente fuerza de los Estados supone un contrapeso de la sociedad civil: agrupaciones, individuos que se recuerden y sean capaces de oponer su propia memoria a la del poder”⁴. En 1990, M. Perrot y G. Duby abrían así el debate sobre las herencias, las transmisiones familiares y culturales, y los modelos vehiculados a través de la religión, el derecho o la educación. Al mismo tiempo se preguntan sobre la conservación de las huellas de las posibles memorias de las mujeres, dado que hasta hace unos treinta años, en lo que ellos llaman el teatro de la memoria, las mujeres eran sólo una ligera sombra⁵.

Las democracias modernas, que para este artículo situaremos su origen con la Revolución francesa, nacen excluyendo a las mujeres del derecho al sufragio y a la representación política, por lo que la lucha de las mujeres genéricamente estuvo atravesada hasta mediados del siglo XX, por la idea de igualar su condición de sujetos políticos modernos.

Genevieve Fraisse ha señalado que se incluyó a las mujeres en el discurso de la modernidad desde el estatus que las identificó con la naturaleza: se les hizo visibles y protagonistas en tanto madres, considerándolas también productoras de moral y buenas costumbres y por todo ello se les reconoció carta de ciudadanía. El razonamiento teórico que excluyó a las mujeres de la política en el discurso de la modernidad occidental no estuvo finalmente basado en su falta de raciocinio, sino en la puesta de éste al servicio de “fines que la trascienden y tienen lazos siempre indirectos con la sociedad”, a través de los cuales influye a distancia. Se produce la paradoja de que “la igualdad en la diferencia la promueve la madre mientras que la desigual igualdad hace que la ley la mantenga en posición de menor de edad”, jugándose con “la ambigüedad del consentimiento, a la vez acto de libertad y acto de sumisión”. En la modernidad se redefinió históricamente la subordinación de las mujeres sobre la diferencia sexual nuevamente y de esta forma la desigualdad se encardinó en un discurso de la igualdad. Las mujeres fueron sujetos de ciudadanía por ser madres y como tales se les reconoció poder⁶. Con el capitalismo, el Estado Moderno y el mercado, quedaron separados de la familia desde lo público, y a las mujeres se les atribuyó el lugar en la esfera privada-doméstica desenganchadas de

4 Perrot, M. en Suzanne Blaise, *Le rapt des Origines ou le Meurtre de la Mère*, Paris: Edición propia, s/f.

5 Perrot, M. et G. Duby, *Historie de femmes en Occident*, Paris: PLON, 1990.

6 Fraisse, Geneviève, *Los dos gobiernos: la familia y la ciudad*, Madrid: Cátedra.

la esfera pública y política, controlada por los hombres y el Estado; aunque se las reconoció por su rol materno, no se las consideró en igualdad con el hombre en términos de la valoración social cultural.

Si hasta hace unos treinta años, las mujeres, es decir la mitad de la humanidad, eran sólo un pálido reflejo representado en la historia, la reconstitución de las memorias que pudieron darle identidad propia, ha sido un largo y exitoso trabajo historiográfico en el tiempo, tanto es que hoy día ya casi nadie discute la existencia de la historia de las mujeres o la perspectiva de género que se ha incorporado a los materiales del trabajo de las historiadoras y de los historiadores.

La irrupción de las mujeres, presencia y palabra, en lugares que hasta hace poco les estaban vedados, o invisibilizados, es una innovación de reconocimiento teórico y social de la última parte del siglo XX y por cierto ha cambiado la perspectiva de mirar y comprender la historia, en muchos aspectos. Sin embargo, aún queda una inmensidad de lugares y de zonas mudas en lo que concierne al pasado, un océano de silencio debido a una preservación desigual en las huellas de la memoria y también de la historia, que durante largo tiempo la comprendió a través de otro masculino y sólo reconoció su individuación en su capacidad reproductiva.

Esta constatación nos plantea una reflexión a propósito de las memorias en la historiografía, que creo es pertinente para continuar el trabajo de la historiadora y el historiador.

Al igual que Paul Ricoeur⁷, una puede pensar en la turbación que provoca el exceso de memoria o la falta de la misma, el exceso de memoria en algunas historias o el exceso de olvido en otras, el exceso y la soberbia de algunas conmemoraciones o el pudor y la reserva de otras; pero lo que a mí me convoca e importa es encontrar esas memorias políticas e históricas que tendrá muchos rostros y muchos retazos contruidos y restituidos en tiempos y lugares distintos, lo importante es la reconstrucción de la historia, de las historias, desde lo cotidiano y personal a lo público y colectivo, de la capacidad de restituir proyectos en comunes para la sociedad y para las personas.

Hasta ahora existe una tendencia a confundir la historia de las mujeres y la historia de la emancipación histórica en un doble sentido tradicional, por una parte los actos y por otra los relatos, dado que es difícil separar el hecho de que seamos actrices de la historia así como de la escritura de nuestras acciones, dado que las propuestas teórico metodológicas emergieron de las prácticas sociales de los movimientos de mujeres y de movimientos feministas.

No voy a hacer aquí la historia de los movimientos de mujeres ni de los movimientos feministas, sólo recojo este antecedente para introducir mi tema sobre mujeres militantes y movimientos sociales en las últimas décadas del siglo XX en Chile.

¿Por qué hablo de dictaduras personales y dictaduras colectivas? Pensé en estos términos para distinguir las dificultades que hemos tenido las mujeres para estar en la política, primero con propuestas masculinas, y luego o simultáneamente ir

7 Ricoeur, Paul, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paris: Seuil, 2000.

dibujando propuestas propias que aportaron a las resistencias antidictatoriales y nuevas formas de ejercer la política en el espacio público, no sólo como propuestas para combatir y corregir las discriminaciones y opresiones instaladas históricamente por sociedades de predominancia masculina, sino también como ejercicio distintivo de la política, que incluyeron las disputas familiares para practicar la política, y que muchas veces significó oposiciones violentas por parte de sus parejas cuando las mujeres reclamaban la igualdad frente a las responsabilidades familiares. La amorosa dictadura, que Luis de Miguel definiera en relación a la autoridad ejercida por varones adultos en relación a la infancia, las mujeres y la etnias distintas del varón blanco europeo⁸ o europeizante, como es el caso de la masculinidad dominante en América Latina.

En la década de los ochenta, la discusión sobre las mujeres abarcó parte significativa de los proyectos políticos antidictatoriales. "Las mujeres, si antes no valoraban cabalmente el sentido de la liberación, aceptando una integración subordinada, ahora afrente al autoritarismo están, en cierto modo de cara a un fenómeno conocido. Entonces, junto con percibir la "subordinación" de su inserción anterior, incorporará –luchará por su incorporación– al "nuevo" proyecto liberador, todo un conjunto de dimensiones enriquecedoras que ahora sí van a expresar la especificidad de la opresión de la mujer"⁹. Este razonamiento de Julieta Kirkwood a principio de la década era la propuesta de las mujeres feministas provenientes de los partidos de izquierda, donde estas mujeres "consistentemente trascienden directivas partidistas y defienden su autonomía con profunda convicción"¹⁰.

Esta incorporación y reconocimiento de las mujeres en Chile, en plena época de dictadura correspondería también a esos flujos de energía generados desde prácticas sociales y políticas que han hecho "los momentos más dinámicos en la historia de la cultura del país... que habían sido activadas durante la dictadura por la imaginación contestataria y por los ideales libertarios y democráticos, es decir políticos"¹¹. Flujos y acciones que si bien no se encuentran en las prácticas oficiales de la cultura y/o la política, ha permitido que se vayan "asentando importantes transformaciones en el escenario cultural y comunicativo del país"¹².

Las prácticas políticas-culturales de las mujeres se han incorporado a la sociedad chilena, desde una perspectiva distintiva al reconocimiento del hacer y ser política en el Chile Actual.

El encuentro público de las acciones de muchas mujeres en épocas de dictadura en América Latina es, a mi juicio, uno de los aportes más impactantes de la vida colectiva que inaugura nuestro caminar del siglo XXI.

8 De Miguel, Jesús M, *La amorosa dictadura*, Barcelona: Anagrama, 1984, p. 12.

9 Kirkwood, Julieta, "Feminismo y Participación Política", en Meza, María Angélica, *La Otra Mitad de Chile*, Santiago: CESOC, INCH, S/F p. 41.

10 *Ibid.*, p. 42.

11 Subercaseaux, Bernardo, "Cultura y democracia", en *La cultura durante el período de transición a la democracia*, Editores: Eduardo Carrasco y Bárbara Negrón, Santiago: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2006, pp. 23-24.

12 *Ibid.*, p. 25.

En la década de los setenta, Chile entraba en un proceso de cambios sociales, culturales, políticos y económicos en forma vertiginosa. El gobierno de la Unidad Popular (1970-1973) enlazaba, desde el Estado y el gobierno, las posibilidades de interacción con los movimientos sociales que incluían reivindicaciones de clase, política y sociales, entre los cuales la participación de las mujeres era de primer orden. En esta época las expresiones feministas no eran claramente explícitas, pues muchas de las grandes demandas y realizaciones concernientes a las mujeres, se entremezclaban con las demandas de organizaciones sociales, sindicales, gremiales y partidos políticos. La participación de las mujeres en los partidos políticos estaba sujeta a las ejecuciones de las políticas decididas por las direcciones formadas por hombres, y en raras excepciones por mujeres.

En estos años, las mujeres vieron mejorar su condición legal, sobre todo en lo referente al plano laboral e incrementaron su participación en las organizaciones sociales y políticas creadas y dirigidas por hombres.

Las mujeres de los sectores ligados al poder empresarial de la sociedad, ideológica o económicamente acomodados, también integraron las filas de sus partidos y organizaciones gremialistas que se incrementaron notablemente entre 1970-1973. La guerra de las cacerolas y las mujeres de los barrios altos de las ciudades fueron parte importante de las estrategias de la oposición de derecha al combate al movimiento de masas y al gobierno de la Unidad Popular. Los Centros de Madres, el lugar más importante de participación de las mujeres, dividieron su accionar en relación a las propuestas de los partidos. Estas mujeres expresaban su desacuerdo a través de manifestaciones callejeras y participación activa. En las distintas estrategias de movilizaciones sociales como expresión de las fuerzas en disputa, las mujeres participaron masivamente. Hacia 1973, se calcula entre 500.000 y un millón de mujeres organizadas en los movimientos sociales y los partidos de diversas tendencias políticas¹³.

El Golpe de Estado y la Dictadura militar. Mujeres por la vida... Somos Más¹⁴

En 1973 comenzaba una nueva era de la historia chilena: Un Estado militarizado, una paz de los cementerios y una estrategia política de terrorismo de Estado. La sociedad chilena vio conculcada la participación política, social, cultural y asociativa; los toques de queda, la prohibición de reunión, la represión masiva y selectiva y el miedo fueron las causa que obligaron a las personas a permanecer en sus hogares o en la clandestinidad favoreciendo así la atomización de la sociedad y la búsqueda de nuevas formas de recomposición y respuestas al terrorismo de Estado que comenzaba a implantarse en el país: "...paralela y subterráneamente comenzó a gestarse un

13 Kirkwood, Julieta, *Ser política en Chile: las feministas y los partidos*, Santiago: Documento de Trabajo FLACSO N° 142, 1982.

14 Iglesias Saldaña, Margarita, "Mujeres de Chile y Perú. Historia, derechos, feminismos.1970-1989", en *Historia de las mujeres de España y Latinoamérica*, Madrid: Cátedra, 2006 Vol. IV, pp. 851-871.

movimiento social donde los jóvenes y las mujeres fueron los protagonistas. Mujeres de diversas tendencias políticas y condiciones socioeconómicas, se organizaron para protestar en contra de la represión, las condiciones económicas, y las violaciones a los derechos humanos, asumiendo un rol importante de resistencia y oposición a la Dictadura militar”¹⁵.

Buscando a sus maridos, a sus hijos y hermanos, las mujeres irrumpieron en lo público muy tempranamente para denunciar las detenciones de sus parejas, hijos, padres y hermanos, creando las primeras agrupaciones de familiares de prisioneros políticos para luego organizar las de familiares de detenidos desaparecidos; organizaciones sociales inéditas hasta entonces. Desde el mismo 11 de septiembre de 1973, las mujeres progresistas volcaron sus aprendizajes y fuerzas a la defensa de la vida primero y posteriormente a la organización de resistencia y sobrevivida simultáneamente. Con múltiples acciones, de sobrevivencia, culturales y de efectos comunicacionales, estas mujeres irrumpieron en la vida pública del Chile dictatorial, alertando simultáneamente a la opinión pública internacional de lo que acontecía en el país. Algunas de estas mujeres sufrieron la represión dictatorial, llegando muchas de entre ellas a ser asesinadas o encontrarse hasta hoy en la lista de detenidas desaparecidas por secuestro y detención forzada de personas.

Entre las primeras mujeres detenidas que aparecieron públicamente dadas como asesinadas, se encuentran las de la denominada lista de los 119, “hombres y mujeres que estaban viviendo la etapa más intensa de sus vidas; estaban repletos de sueños y de entusiasmo, y así como luchaban, amaban, tenían hijos, estudiaban, amaban, tenían hijos, estudiaban y trabajaban”¹⁶. Este listado, aparecido en revistas y diarios creados especialmente para la ocasión en Argentina, Revista *LEA* y en Brasil, el diario *O’Dia* para ser replicados en diarios oficiales en Chile, *La Tercera*, *La Segunda* y *El Mercurio*; fue una de las primeras acciones de la Operación Cóndor en contra de las resistencias del Cono Sur a las dictaduras. Esta operación sobre Chile, denominada Colombo, buscaba aterrar a la población chilena y dejar claro que las dictaduras del Cono Sur estaban aliadas para la represión en el Subcontinente. En esa noticia se transmitía la idea que las y los resistentes en Chile se estaban asesinando entre ellos en distintos países de la región¹⁷. Las mujeres no estaban ausentes de esta macabra operación.

De los detenidos Desaparecidos en Chile, 57 son mujeres y nueve de entre ellas, se encontraban embarazadas al momento de su detención¹⁸. Una de entre ellas, Cecilia Labrín Sazo, “madura y serena para enfrentar los problemas... muy buena

15 GómezPickering, Adela, *Mujeres contra el Olvido: Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos 1973-1990*, Santiago: Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Tesina de Licenciatura, p. 3.

16 Sepúlveda, Lucía, *119 de Nosotros*, Santiago: LOM, 2005.

17 La Operación Cóndor está siendo conocida muy particularmente después de la aparición de los Archivos de la Policía de Paraguay que ha entregado antecedentes hasta entonces inéditos.

18 *Todas íbamos a ser reinas. Estudio sobre nueve mujeres embarazadas que fueron detenidas y desaparecidas en Chile*, Santiago: CODEPU, 1990. Versión digital www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reinas

alumna en la secundaria y en la Universidad. Su gran compromiso social y político la lleva a participar activamente en la reforma universitaria. Más tarde ingresaría al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)¹⁹. Las mujeres detenidas, asesinadas, desaparecidas y/o sobrevivientes, participaban activamente de los procesos de resistencia en el Chile dictatorial.

De las mujeres detenidas sobrevivientes, más del 60% militaban en diversos partidos y múltiples organizaciones sociales al momento de su detención. El 81% de estas mujeres trabajaban en las bases de las organizaciones y/o partidos políticos de la época y sólo el 19% ejercía algún cargo directivo. Si bien es cierto que estas mujeres son una muestra pequeña de la gran mayoría de las mujeres de la época, su accionar, participación e incidencia es aún una historia que debemos reconstruir²⁰.

Por otra parte, el establecimiento de la dictadura trajo aparejado un nuevo proyecto para las mujeres chilenas desde las políticas y discursos del Estado y el gobierno: la Seguridad nacional y la patria en peligro frente a la amenaza constante del marxismo. Las mujeres fueron llamadas junto a los jóvenes a ser los pilares de la "reconstrucción nacional", se les estimuló a recuperar los roles y patrones tradicionales, madre, esposa, dueña de casa, apelando de forma preferencial a las mujeres que se habían movilizado en la defensa pública y masiva de la patria en peligro durante la Unidad Popular, y que reclamaban la intervención de las Fuerzas Armadas para dicho fin. Se apela entonces a la mujer como sujeto poseedor de valores inmutables por sobre la historia, más allá de los cambios sociales en los que venían participando. Se conmina a las mujeres chilenas a ser complementarias y no rivales de los hombres, señalándose que es al Estado a quien corresponde orientar la acción de las mujeres de acuerdo a las características que les son propias²¹.

La década de los ochenta abrirá nuevos senderos políticos y sociales donde convergerán prácticas de acciones de mujeres en la escena pública: junto a las mujeres organizadas en agrupaciones de defensa de la vida y por la subsistencia, se perfilan los movimientos neofeministas en un proyecto de resistencias y propuestas alternativas a los Estados con gobiernos dictatoriales; apoyaron desde sus ONGs, con asesoría y capacitación, a grupos de mujeres (sindicatos, pobladoras) y se involucraron, con diversos matices, en las protestas antidictatoriales, nacionales e intercontinentales, que exigían una ampliación de los espacios de participación ciudadana.

Muchos de los temas puestos en la discusión pública por los movimientos feministas, como anticoncepción informada y paridad de condiciones sociales, se trasladaron a las organizaciones de mujeres pobladoras y de sectores sociales no profesionales en los barrios populares, lo que provocó el encuentro de reivindicaciones feministas como las mencionadas, con reivindicaciones sociales y políticas de otras organizaciones de mujeres.

19 *Todas íbamos a ser reinas, ob. cit.*

20 *Informe Comisión Nacional, ob. cit.*, pp 486-487.

21 Munizaga, Giselle y Liliana Letelier, "Mujer y Régimen Militar", en *Mundo de Mujer. Continuidad y Cambio*, Santiago: CEM, 1988, pp. 525-560.

El período dictatorial se caracterizó por una notable presencia de mujeres (de toda condición) en los hechos de resistencia activa. Durante la realización de protestas nacionales (1983-1987), las mujeres se perfilaron como uno de los actores sociales con mayor protagonismo público, junto a los pobladores, los militantes de base y los estudiantes, superando en ello a obreros y empleados. Cabe agregar que su presencia en esos hechos no fue sólo a través de organizaciones de mujeres, sino también como miembros de Comités Locales de Derechos Humanos o de Subsistencia, de movimientos pacifistas amplios como el movimiento contra la tortura.

Es en la década de los ochenta que se produce un encuentro entre demandas sociales y democráticas; derechos de las mujeres y propuestas feministas, sintetizándose el todo en la consigna programática antidictatorial “democracia en el país, en la casa y en la cama”, politizando lo privado, planteándose simultáneamente en contra de la dictadura como en contra de los abusos de poder en la esfera de lo doméstico, y esbozando la igualdad sexual, nace así el movimiento de mujeres por la vida que reagrupa a las organizaciones de Derechos Humanos, de subsistencia y de reivindicaciones feministas. Las mujeres antidictatoriales lograron avanzar en la unidad desde las diferencias, énfasis y urgencias que cada uno de estos sectores planteaba en la década de los ochenta. El gran movimiento unitario se basaba en la defensa del derecho a la vida, la recuperación de la democracia y por el reconocimiento de la paridad de los sexos. Expresión que buscaba ampliar el concepto de democratización en plena conculcación de derechos en una sociedad regida por un Estado que aplicaba terrorismo legal para mantener su propuesta de control y poder. Desde la resistencia estas expresiones instalaron en lo público sus protestas y propuestas desde un campo no reconocido hasta entonces ni en los movimientos sociales ni en el campo de las escrituras, lugar que convergerá con las luchas sociales a través de la generación de escritoras de los ochenta, quienes tendrán “lengua de víbora”, según la expresión de Raquel Olea, para denunciar la represión y el silencio a que la dictadura obligaba en el espacio público, a la vez que propondrá nuevos temas desde lo privado, desde los cuerpos y desde la ruptura de los silencios obligados para transformarse en un referente de mujeres luchadoras pertenecientes a movimientos y partidos, inventando lenguajes y formas de expresiones que daban cuenta de los cambios en las propuestas feministas en la época, escribiendo desde los bordes e irrumpiendo en los espacios públicos con instalaciones para ocupar las calles de las ciudades²².

La potencia de la participación de las mujeres chilenas quedará en la institucionalización de algunas de las propuestas y reivindicaciones que se introdujeron en los procesos de transición a la democracia en toda América Latina.

“En la primera mitad de los años ochenta, las dictaduras institucionales de las fuerzas armadas comienzan a ceder. Por entonces varios factores se asocian para jaquearlas, entre las cuales descuellan la crisis financiera o de la deuda externa y, de modo muy

22 Berenguer: 1987; Ortega: 1990,1996; Olea Raquel, *Lengua de Víbora*, 1998.

significativo, el comienzo de la pérdida del miedo por la gente, que, aun con inicios modestos, sale a ganar la calle para reclamar libertad y democracia política. Los resultados son transiciones conservadoras, pactadas, excepto en Argentina, donde la derrota de las fuerzas armadas en la aventura irresponsable de las islas Malvinas priva a los militares de cualquier posibilidad de imponer condiciones.

Los procesos de transición son complejos y simples a la vez. Complejos por el número de actores que intervienen en ella –si bien su capacidad de decisión se ordena vertical y desigualmente– y los condicionamientos históricos más o menos mediatos y/o inmediatos, tanto internos (nacionales) cuanto externos (internacionales). Simples porque el procedimiento general es una solución de negociaciones tomada en el vértice, por las direcciones de los partidos políticos, y eventualmente de organizaciones representativas de intereses (sean de masas, como los sindicatos obreros, o más restrictivas, pero también más poderosas, como las de la burguesía), y las conducciones militares. En tales salidas, las masas –pese a su importante papel en las luchas antidictatoriales– son marginadas²³.

La democratización de América Latina, y especialmente de Chile, adolece de incorporar en las expresiones políticas la propuesta desde las mujeres: democracia en el país, es decir en el gobierno público de la ciudad, y en la casa, pues sólo desde esta perspectiva, se ampliará el proceso de democratización y se incorporarán las distintas propuestas societales, como la de las mujeres, l@s indígenas y las mayorías sociales.

23 Ansaldo, Waldo, "La Democracia en América Latina, más cerca de la precariedad que de la fortaleza", en *Sociedad*, N° 19, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales UBA, 2001. Versión digital http://catedras.fsoc.uba.ar/udishal/art/democracia_en_al.pdf p.15.

“El cordero nunca se salvó balando”: reflexiones acerca de los relatos de un militante de la izquierda armada*

Marina Cardozo Prieto* *

Presentación

El nombre del posiblemente único documento difundido por el Coordinador, red clandestina que nucleaba a militantes de distintas tendencias ideológicas en el Uruguay de los tempranos años sesenta¹, según algunos testimonios era en realidad: “Ningún cordero se salvó balando”. Exceptuando referencias realizadas por algunos militantes, su contenido es poco conocido, ya que se trató de un documento producido en la clandestinidad y no publicado en ningún medio escrito. El texto, que habría sido redactado a principios de 1964, estaba destinado a los obreros sindicalizados del país, y enfatizaba la necesidad de armarse para luchar contra un posible golpe de Estado, en el marco de una crisis económica considerada como profunda². Ante esta realidad, el Coordinador, conformado por entre cuarenta y cincuenta militantes discrepantes con la “izquierda tradicional”³, instaba a “armarse y esperar”.

* Este texto es parte de los trabajos exploratorios en relación con el proyecto de tesis para el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

** Profesora de Historia (IPA, Uruguay), Master en DDHH (UNISI, Italia), Maestranda en Historia Rioplatense (FHUCE/UDELAR, Uruguay), Doctoranda en Ciencias Sociales (IDES/UNGS, Argentina).

1 Integrado por el Movimiento de Apoyo al Campesino (MAC) nucleado en torno a las reivindicaciones de los trabajadores de la caña de azúcar reunidos en la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA); el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de impronta pro-china; militantes del Partido Socialista; algunos miembros de la Federación Anarquista Uruguay (FAU); militantes anarquistas no organizados, y otros integrantes independientes.

2 Fernández Huidobro, Eleuterio (1986- 87), *Historia de los Tupamaros*, 3v, Montevideo, TAE, pp. 131-135.

3 Constituida básicamente por el Partido Comunista del Uruguay (PCU), el Partido Socialista del Uruguay (PSU) y la Federación Anarquista Uruguay (FAU).

En el recuerdo de Ismael Bassini, militante del Coordinador desde 1964, del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T)⁴ desde sus inicios, y actualmente del Movimiento de Participación Popular (MPP, espacio político dentro del Encuentro Progresista-Frente Amplio liderado por el MLN-T⁵), “el cordero nunca se salvó balando” era una consigna emitida con el fin de estar preparados “para el momento”, lo que incluía “...estar entrenados físicamente y... sabiendo manejar armas (...). Y acopiar armas, además...”⁶. ¿Cuál era el sentido de esta consigna? ¿Cuál era ese “momento” temido?

Este trabajo busca interpretar algunos aspectos de los testimonios de Ismael Bassini, producidos a partir de *narraciones conversacionales*⁷ (James, 2004) construidas en entrevistas, procurando comprender los vínculos entre los *relatos* del entrevistado (Ayuso de Vicente, García Gallarín y Solano Santos, 1997⁸), el pasado a que refieren y el presente desde el cual son enunciados. La noción de *narración conversacional*⁹ remite a la construcción dialógica de la fuente oral y enfatiza la necesidad de considerar que dicha construcción no es personal sino social, dado que “se encuentra permeada por el intercambio entre el entrevistador y su sujeto y asimismo, por otros relatos comunitarios y nacionales”. En similar sentido, Dora Schwarzstein plantea que “el testimonio oral permite comprender cómo las fuerzas sociales impactan y moldean a los individuos, así como analizar las maneras en que los individuos en su accionar transforman la escena social”¹⁰.

Antes de comenzar con las entrevistas, mi intención era indagar en la visión de este militante político en torno a su participación en la lucha armada y sobre la

-
- 4 El Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) comenzó a organizarse formalmente en mayo de 1965 cuando se resolvió la disolución del Coordinador (reunión de “Parque del Plata”, balneario próximo a la ciudad de Montevideo). Se completó formalmente su creación en la denominada Primera Convención, en diciembre de 1966. Ciertos grupos participantes del Coordinador como el MIR o el sector vinculado al anarquismo organizado en la FAU, no se integraron al MLN-T.
 - 5 El MPP fue creado entre 1988 y 1989 por algunos sectores de la dirigencia del MLN-T, el Partido Por la Victoria del Pueblo (PVP) y militantes independientes. En las últimas elecciones nacionales (2004) obtuvo cerca de 328.000 sufragios, constituyéndose en el sector mayoritario de la izquierda partidaria (29,30% del total de sufragios del EP-FA).
 - 6 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10/II/2009.
 - 7 Escribe Ronald Grele: “Dada la participación activa del historiador-entrevistador, aún cuando esa participación sólo consista en una serie de gestos o gruñidos, y dada la forma lógica impuesta por toda la comunicación verbal, la entrevista sólo puede ser descrita como una narrativa conversacional: conversacional por la relación del entrevistador y el entrevistado, y narrativa por la forma de exposición, la narración de un cuento”. Grele, Ronald J., “Movimiento sin meta: problemas metodológicos y teóricos en la historia oral”, en Schwarzstein, Dora, *La historia oral*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991, p. 127.
 - 8 Los autores, citando a Gérard Genette (1966) indican que el relato es “la representación de un acontecimiento o de una serie de acontecimientos reales o ficticios, por medio del lenguaje y más particularmente del lenguaje escrito”. A su vez Bremond (1966) señala que un relato consiste en “un discurso que integra una sucesión de acontecimientos de interés humano en la unidad de una misma acción”.
 - 9 James, Daniel, Doña María. *Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial, 2004, p. 128.
 - 10 Schwarzstein, Dora, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona: Crítica, 2001, p. XVII.

violencia revolucionaria en Uruguay. El interés se centraba particularmente en los comienzos de la lucha armada desde la visión de uno de sus militantes iniciales. No obstante, al escuchar las entrevistas fue posible entrever ciertas líneas que vertebran *discursos*¹¹ más generales, que otorgan a su vez, sentido a las consideraciones relativas al tema de la violencia política. Me interesó entonces, más ampliamente, preguntarme sobre esas *narraciones* (Ayuso de Vicente, García Gallarín y Solano Santos, 1997¹²) que atraviesan y presentan más o menos organizadamente los relatos personales de Ismael Bassini, y de aquellas, que inversamente introducen elementos de tensión en estas narraciones centrales.

Este texto, vinculado a la elaboración del plan de tesis doctoral, trabaja con algunas categorías y herramientas que forman parte de los campos ligados a los estudios de memoria y de historia oral.

1. Corderos armados

Mientras que en algunos testimonios de militantes, el Coordinador se presenta como una red que operaba acciones armadas con un horizonte más definidamente revolucionario¹³, ciertos militantes han destacado su carácter de “brazo armado” de la izquierda tradicional¹⁴ y a su vez, otros han enfatizado su carácter netamente defensivo¹⁵.

Estos diferentes recuerdos se vinculan a los diversos orígenes políticos de los militantes de la red, cuya participación clandestina en ésta se conjugaba en muchos casos con una militancia paralela en otros grupos o partidos políticos, lo cual fue particularmente notorio en el caso de los militantes del Coordinador afiliados al Partido Socialista del Uruguay hasta diciembre de 1966¹⁶, pero también sucedía con otros sectores integrantes de la red¹⁷. Asimismo, los diferentes recuerdos guardan

11 L.Guespin conceptualizó en 1971 la noción de discurso, referida por Charaudeau y Maingueneau como “huella de un acto de comunicación sociohistóricamente determinado”. Charaudeau, Patrick y Dominique Maingueneau, “Discurso” en Charaudeau, Patrick y Dominique Maingueneau (Directores), *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires/Madrid. Amorrortu, 2005, pp. 180 y 214.

12 Señalan los autores: “El significado que tiene en la actualidad (...) es el de contar una historia, el de producir un discurso narrativo, frente a la descripción, en la que la historia y el tiempo se paralizaban (...). En la narración se produce un desarrollo de la acción a través del tiempo (...).”

13 Entrevistas realizadas a Jorge Torres (Montevideo, 5 y 19/IX/1006) y a Germán Vidal (Montevideo, 22.X.2006). Jorge Torres, fue militante del PCU y luego fundador del MIR en 1962. Integró el Coordinador y el MLN-T. Germán Vidal fue militante del PCU y posteriormente del MIR. Fue miembro del Coordinador y luego del MLN-T.

14 Entrevista a Washington Rodríguez Beletti (Montevideo, 21.IX.2006). Rodríguez Beletti militó en el PCU y posteriormente en el MIR. Lo integró hasta fines de 1963, pasando luego a trabajar con los trabajadores de la caña de azúcar en UTAA. Fue miembro del MLN-T.

15 Fernández Huidobro, *ob. cit.*, pp. 134-135.

16 Cuando se produce en Montevideo el primer enfrentamiento armado entre la policía y el MLN-T. En esta circunstancia muere el militante Carlos Flores y toma estado público la existencia del movimiento.

17 Entrevistas a Luis Omar Puime (Montevideo, 21.IX.2007) y a Jorge Torres (Montevideo, 19.IX.2007). Omar Puime: médico de origen anarquista, militante del MAC desde 1963. Integrante del Coordinador y posteriormente del MLN-T

relación con las *luchas por el sentido del pasado* (Jelin, 2005) que impregnan estas memorias en torno a los orígenes del Coordinador y que permiten “prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes en esas luchas”¹⁸.

Ismael Bassini nació en 1934 en Cufre, pueblo del departamento de Colonia. Ingresó al Partido Socialista del Uruguay con veintiún años, a su llegada a Montevideo como estudiante de medicina, precedido por un hermano mayor, también militante de este partido. Bassini integró el Partido entre 1955 y 1966. Sin embargo, en las entrevistas apenas rememoró su experiencia como socialista. Su interés se centró en conversar, en cambio, acerca del MLN y sobre todo en explicar el porqué de la opción por la lucha armada de este movimiento. Si bien ello guarda relación con mi interés planteado inicialmente en torno a la izquierda armada¹⁹, resulta significativo que en momentos diferentes de las entrevistas, al preguntarle acerca de su experiencia en el Partido Socialista, Bassini respondió sobre el MLN:

-“Contáme un poco lo que fue tu vivencia dentro del Partido Socialista”.

-“Y bueno eh... como que.... yo me integro a la organización [se refiere al MLN] en el 64, 65...”²⁰”

-“¿Y como fue tu experiencia en el Partido Socialista (...)

-“Este... esto está enrabado con... [eleva la voz] con una idea que era muy corriente en ese momento y que yo creo...y que por supuesto, Sanguinetti la rechaza... de que... el MLN no fue desde un principio una organización armada con la intención de atacar el poder.... No fue para nada...! La tesis central que manejábamos en aquel momento todos los jóvenes más inquietos...era que... acá terminaba en un golpe de Estado. Era el tema de los jóvenes y de los no tan jóvenes....”²¹.

En estos fragmentos del discurso vemos que la identificación de militancia del entrevistado, es básicamente con el MLN. La experiencia en el Partido Socialista se presenta solamente en relación con lo emotivo, con los amigos que se cosecharon en ese período. Así, Bassini subraya su vínculo de amistad con el dirigente Guillermo Chifflet²²: “Yo era amigazo de Guillermo Chifflet!”. El uso del pasado para referirse a este lazo afectivo indica un tiempo anterior también para el Partido Socialista, en tanto que el MLN se conjuga en presente: “... yo me integro a la organización...”. Como indica Schwarzstein²³ acerca de la construcción identitaria: “Las identidades sirven como punto de referencia y adhesión sólo por su capacidad de excluir, de crear un afuera”. El “relegamiento” en el recuerdo de la militancia en el Partido Socialista, implica identificarse centralmente con el MLN.

18 Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI, 2002, p. 2.

19 Grele, *ob. cit.*, p. 129.

20 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II.2009.

21 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II.2009.

22 Dirigente del PSU y ex diputado.

23 Schwarzstein, *ob. cit.*, 2001, p. 199.

No obstante ello, ¿por qué Bassini señala que hay un nexo entre la militancia en el Partido Socialista –a la que no se refiere– y la militancia armada? Entre otros elementos del contexto de los años sesenta²⁴ puede considerarse la prédica revolucionaria desarrollada por el Partido Socialista en este período, de la que se destacan tanto la obra de su principal intelectual y teórico Vivían Trías²⁵, como la línea política expresada en las resoluciones de los Congresos partidarios, fundamentalmente desde 1956²⁶ (Rey, 2005: 74-77)²⁷.

Por otro lado, la asociación realizada por Bassini desde el presente, al vincular los orígenes de la “preparación armada” con la izquierda partidaria, traza a su vez, un nexo entre la izquierda democrática y legal de los sesenta, con el MLN democrático y legal de la actualidad, produciendo un efecto “legitimador” de la opción electoral desarrollada por el MLN desde 1985, opción discutida por algunos sectores del movimiento, y acompañada hasta la actualidad por el entrevistado.

En ambas miradas se asoma un elemento que vertebra las narraciones de Bassini a lo largo de las entrevistas, y que contribuye a dar forma a un *patrón clave de la estructura narrativa*²⁸. Una de las nociones centrales presentes en el discurso del entrevistado, afirma la idea de una izquierda armada conformada a partir de una estrategia defensiva. Este patrón clave, se halla vinculado a la coherencia interna del yo y también a la articulación con un nivel colectivo. Como señala Elizabeth Jelin: “Las memorias son simultáneamente individuales y sociales ya que en la medida en

24 Guillermo Chifflet preguntado acerca de la existencia en el PSU de “grupos de autodefensa” en relación con la actividad de grupos de derecha en Uruguay, a comienzos de los años sesenta, indica “Sí, correcto, sí. Sí, no, hubo en todos los partidos. Había necesidad de cuidar” Aunque Chifflet niega que existiese el Coordinador, la experiencia de algunos militantes del PSU en estos grupos resulta un antecedente para comprender su adhesión al Coordinador a partir de 1963. Entrevista a Guillermo Chifflet, Montevideo, 20.IX.2006.

25 Duffau, Nicolás, *El Coordinador (1963-1965). La participación de los militantes del Partido Socialista en los inicios de la violencia revolucionaria en Uruguay*, Montevideo: FHUCE, UDELAR, 2008, pp. 13-22.

26 El semanario *El Sol*, órgano de prensa del partido, expresó en estos años su discurso radical; así, por ejemplo, en un editorial fechado el 7 de febrero de 1964 puede leerse: “el Partido Socialista, al encarar con toda responsabilidad el presente y el futuro del país, al prepararse para lo que vendrá, afirma que lo que tiene que venir es la etapa que llama la Revolución Nacional. Será la que logrará la proscripción del latifundio, la planificación agraria e industrial, la nacionalización y liberación del comercio exterior, la nacionalización de empresas imperialistas. Tenemos confianza en que ella se realizará a través de un poderoso y decidido movimiento popular (...). Surge así (...) la necesidad vital de un Partido Socialista que por su arraigo en la realidad nacional por la claridad de sus propósitos (...) sea capaz de ocupar el puesto de vanguardia en la lucha de liberación” (*El Sol*, Montevideo, 7 de febrero de 1964, p. 3).

27 Así, Guillermo Chifflet, ex dirigente del Partido, recuerda la reacción del Congreso partidario ante las palabras de Julio Marenales, socialista que luego integrara el Coordinador y fuera un militante destacado en el MLN: “Yo asistí a un Congreso en el que Julio Marenales dijo: “Atención compañeros: todos sabemos que en este país se puede venir un golpe de Estado, porque esa es la política de Estados Unidos en toda América Latina (...). En consecuencia hay que estar preparados (...) y si es necesario en algún momento para conseguir fondos asaltar un banco, habrá que hacerlo...”. Y todos aplaudimos.” Entrevista a Guillermo Chifflet, Montevideo, 20.IX.2006.

28 Definido por Chanfrault-Duchet como “el elemento que reproduce en toda la narración una matriz reconocible de conducta que impone al yo una coherencia de la experiencia de vida del hablante, la coherencia del yo”. James, *ob. cit.*, p. 164.

que las palabras y la comunidad de discurso son colectivas, la experiencia también lo es (...). Sin embargo, no se puede esperar una relación lineal o directa entre lo individual y lo colectivo. Las inscripciones subjetivas de la experiencia no son nunca reflejos espectaculares de los acontecimientos públicos, por lo que no podemos esperar encontrar una 'integración' o 'ajuste' entre memorias individuales y públicas, o la presencia de una memoria única. Hay contradicciones, tensiones, silencios, huecos, disyunciones, así como lugares de encuentro y aún 'integración'"²⁹.

De esta forma, la noción de una izquierda armada defensiva en sus inicios, está estructurada en el discurso de Bassini, en base a diversos relatos y explicaciones, algunos de las cuales guardan relación con narraciones más generales o consensuadas entre la militancia de la izquierda armada, ya que como expresa Dora Schwarzstein: "Construimos nuestras memorias para que encajen de alguna manera en lo que es públicamente aceptable, o aceptable en pequeños grupos. La memoria privada es siempre colectiva y compartida, o sea, los individuos recuerdan sólo como miembros de un grupo, que puede tener magnitudes variadas"³⁰.

En este caso, los orígenes de la izquierda armada se explican/narran en relación con ciertos acontecimientos/procesos: la prevención contra un posible golpe de Estado sumada a la incapacidad del gobierno, y la existencia de una crisis económica que llevaría necesariamente al conflicto social y a la posibilidad de un golpe de Estado. Según Charlotte Linde, la modalidad explicativa del discurso implica entre otros elementos "...defender proposiciones cuya validez, (...) ha sido cuestionada de algún modo por su destinatario"³¹; en el testimonio de Bassini, por ejemplo, la oposición política encarnada en el ex presidente Julio María Sanguinetti desde el discurso que demoniza a la izquierda armada. A su vez, en relación con esta modalidad explicativa, es interesante notar que en algunas ocasiones el entrevistado parece no dirigirse solamente a la entrevistadora sino a una audiencia más general, lo que puede observarse en la presencia de ciertos *rasgos performativos* (James, 2000: 184-185) como la elevación de la voz del entrevistado, o por ejemplo, la alusión explícita a Sanguinetti, quien desde una reciente publicación³², nuevamente indica al MLN como responsable del inicio de la violencia en los años sesenta en Uruguay.

2. Estrategia defensiva

La consigna "el cordero nunca se salvó balando" evoca una imagen de la izquierda como cordero en oposición al enemigo-lobo-derecha-golpista-militar. Esta imagen es criticada por la consigna, que desacredita las estrategias defensivas del cordero: el balido, absolutamente inservible que evoca la condición desgraciada del cordero. A su vez en la imagen del cordero balando, se critica lo que la izquierda armada denominó como el "excesivo verbalismo" de la izquierda tradicional, con el

29 Jelin, *ob. cit.*, p. 37.

30 Schwarzstein, *ob. cit.*, 2001, p. XIX.

31 James, *ob. cit.*, p. 191.

32 *La Agonía de una Democracia*, Montevideo: Taurus, 2008.

cual discrepaban radicalmente. En realidad, lo que se propone la consigna (aunque no se menciona explícitamente), es decir, la preparación armada, no pretende transformar el cordero (al menos por ahora) sino dotarlo de nuevas posibilidades de salvación. La noción de “salvación” a su vez, hace referencia a la idea de defensa. El cordero no deja de ser un cordero, de estar posicionado defensivamente, pero posee nuevas estrategias. ¿Qué recuerdos del entrevistado nos conectan con la visión de la necesidad de una izquierda diferente a nivel estratégico?

“Cuando yo ingreso al MLN, el MLN era una actividad totalmente reaccional. Era para el caso... estar preparados... porque conocíamos algo de historia y sabíamos lo que había pasado en todos lados, cuando venía el embate de la derecha, todo el mundo no tenía nada para hacer. Entonces nuestra idea era prepararnos para el momento, que no nos agarraran descuidados. (...) Teníamos una frase en aquel momento que era: “El cordero nunca se salvó balando” decíamos”³³

“Yo siempre cuento la anécdota... yo estudiaba con dos compañeros, medicina. Y los dos están muertos hoy.... Y en tono de pulla, de broma... cuando yo llegaba a estudiar me decían: “Y!?! ¿Cuándo es el golpe Bassini?”... “¿El golpe cuándo es?” Porque me tomaban del pelo, viste? (...) Yo más o menos les dije en lo que estaba y... me decían: “Bassini, te van a matar ahí! No, no te metas, te van a matar! (...), Ustedes pierden, van a perder, te van a matar”³⁴

El temor al golpe de Estado aparece identificado con el momento para el cual los militantes debían estar preparados. Esta amenaza se hacía tangible debido a la experiencia de otros golpes de Estado en “todos lados”³⁵. Durante el año 1964 en Uruguay existieron rumores de golpe de Estado acompañados por una nueva designación en el Ministerio de Defensa Nacional que habría sido producto de presiones de círculos castrenses³⁶. Según señala Esther Ruiz: “En este sentido debe mencionarse el proceso de politización que, desde los años cincuenta, venían experimentando las Fuerzas Armadas uruguayas, cuyos integrantes, al igual que sucedía en el resto del continente, recibían cursos de entrenamiento militar impartidos en Estados Unidos y Panamá”³⁷. La prensa de izquierda de junio de 1964, especialmente el diario del Partido Comunista del Uruguay, *El Popular*, denunció

33 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II.2009.

34 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II.2009.

35 No se mencionan en ningún momento golpes de Estado específicos, ni siquiera el de Brasil en 1964, que sí aparece en los testimonios de otros militantes. Entrevista a Germán Vidal, Montevideo, 22.X.2006. Entrevista a Hebert Mejías Collazo, Canelones, 23.IX.2007. Hebert Mejías Collazo fue dirigente del Movimiento Revolucionario Oriental (MRO) y luego se plegó al MAC, integrando el Coordinador, posteriormente el MLN-T y luego integró la Organización Popular Revolucionaria- 33 orientales (OPR-33), movimiento armado de tendencia anarquista.

36 Nahum, Benjamín; Frega, Ana; Maronna Mónica y Trochón, Ivette, *El fin del Uruguay liberal*. Historia Uruguay Tomo 8 1959-1973. Montevideo: EBO, 1990, pp. 30-33.

37 Ruiz, Esther, “El Uruguay próspero y su crisis”, en Frega, Ana; Rodríguez Ayçaguer, Ana María; Ruiz, Esther; Porrini, Rodolfo; Islas, Ariadna; Bonfanti, Daniele; Broquetas, Magdalena y Cuadro, Inés, *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Montevideo: EBO, 2008, pp. 159-160.

“los intentos golpistas”, convocando a la alerta popular³⁸. Por su parte el diario oficialista *El País*, negó los rumores de golpe tachándolos de “calumnias” y señaló el “carácter civilista” del ejército nacional³⁹ 40.

En las narraciones orales, las anécdotas según Daniel James, “representan la relación del individuo con un modelo y una actitudes sociales dominantes. Expresan en forma sintetizada y escala local, la transgresión o aceptación de valores hegemónicos. Al mismo tiempo (...) modelan (...) ciertas ‘escenas primordiales’ centrales para el ‘proceso de individuación’ del narrador”⁴¹. En el caso de la anécdota de los estudiantes de medicina, se reafirma una de las ideas centrales en el discurso de Bassini: la idea extendida del golpe de Estado inminente, golpe que finalmente se produjo, aunque no en 1964: la amenaza era real, justificaba la preparación armada. A su vez, los amigos advierten a Ismael Bassini del riesgo, pero él mantiene su opción y en este sentido, desafía los valores hegemónicos. Si bien Bassini no murió, estuvo preso muchísimos años y perdió la posibilidad de realizar su carrera de médico, lo cual constituyó un importante sacrificio personal.

En estrecha relación con la amenaza golpista y la incapacidad del gobierno, las reflexiones de Bassini refieren a otro elemento en los orígenes de la izquierda armada: la crisis económica existente que, al generar conflictos sociales, desembocaría inevitablemente en un golpe de Estado. La crisis económica de mediados de los años cincuenta implicó según los historiadores Nahum, Frega, Maronna y Trochon entre otros elementos una “disminución de los saldos exportables de origen pecuario, tasas de crecimiento negativo en la industria, reiterados déficit presupuestales y recurso al financiamiento externo, expansión vertiginosa del sector financiero y de las actividades especulativas, proceso de inflación acelerado”⁴². Los investigadores Rosa Alonso y Carlos Demasi señalan, por su parte que “la profundización de la crisis económica, evidente a partir de 1960, provocó el aumento de las tensiones sociales reflejadas particularmente en la actividad sindical”⁴³. Señala Ismael Bassini:

“Una cosa justamente que quiero precisar un poquito más... sobre... el origen de de nuestros pensamientos... Yo creo que la izquierda uruguaya en ese momento, era sumamente conciente de que el Uruguay estaba en crisis económica (...) O sea, yo creo que el Movimiento surge en una tierra abonada por... la conciencia que tiene la izquierda de que Uruguay estaba en crisis (...) que como siempre que pasa en la crisis, se iba a procurar descargar las consecuencias de la crisis en las clases más débiles, que el golpe de Estado como consecuencia de eso era inevitable, porque justamente a raíz del alto grado de sindicalización, iba a haber mucha resistencia popular”⁴⁴

38 *El Popular*, Montevideo, 10 de junio de 1964, p.8.

39 *El País*, Montevideo, 25 de junio de 1964, p.5.

40 La Jefatura de Policía a su vez, emitió un comunicado negando los intentos de golpe e indicando que “no obstante el carácter falaz e interesado de las noticias, los servicios policiales no han permanecido inactivos” 40 *Epoca*, Montevideo, 16 de junio de 1964, p.1.

41 James, *ob. cit.*, p. 174.

42 Nahum, *ob. cit.*, p. 99.

43 Alonso, Rosa y Carlos Demasi, *Uruguay 1958-1968. Crisis y estancamiento*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental (EBO), 1986, p. 15.

44 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 5.III.2009.

El entrevistado ha reflexionado acerca de algo a lo que prácticamente no nos habíamos referido en la primera entrevista. Así, Bassini recurre a una de las explicaciones consensuadas en la izquierda armada en relación a los orígenes del MLN (Actas Tupamaras, 2003: 32; Movimiento de Liberación Nacional- Tupamaros, 1973: 37), aunque la primera referencia del entrevistado no es solamente a la izquierda armada sino a la izquierda en general, en relación a este período histórico:

“Es tan.... era tan.. evidente... para toda la izquierda en ese momento que la crisis y la acentuación de la crisis... y ... la falta de capacidad para hacer un buen gobierno de los partidos tradicionales, nos llevaba de cabeza...a la conclusión de que esto terminaba en golpe de Estado! Que no había otra! Y ... la prueba más evidente de ese pensamiento que era corriente en el imaginario colectivo como se dice ahora, del momento... es que en los papeles fundacionales del PIT-CNT, Pl....de la CNT se escribe que en caso de golpe de Estado... la [respuesta es] la huelga general con ocupación...!!! ¿Por qué sale ese pensamiento? ¿Por qué se anticipan??? [eleva la voz] ¡¡Porque era común en la izquierda!!”⁴⁵

La evocación es a “la conciencia de la crisis” en toda la izquierda. Esta conciencia pasaba según Bassini, por la lectura asidua de material de economía realizada por los militantes. Se leían entre otros materiales, los editoriales económicos de Carlos Quijano en el semanario *Marcha* y los libros del Instituto de Economía de la Facultad de Economía de la Universidad de la República. La noción de “conciencia” se conecta en el discurso a la de “pensamientos”, “nuestros pensamientos”. Dado que la izquierda armada ha sido tradicionalmente asociada al pragmatismo y al rechazo a la formación teórica, probablemente las precisiones del entrevistado también se relacionan con este dato: demostrar que no se trató de una opción por las armas irreflexiva, sino basada en una clara conciencia del contexto.

A su vez, la opción por las armas del Coordinador, partía de una visión colectiva de crisis, presente también a nivel popular y sindical. Esto permite una doble operación. Por un lado acerca el pasado al presente: en el pasado había una visión común entre la izquierda armada y la central sindical sobre la crisis, en el pasado existían nexos entre ambas visiones; en la actualidad el MLN comparte el “espacio democrático” con las organizaciones sindicales. El uso del tiempo presente (“Es tan... era tan evidente... para toda la izquierda...”), y la alusión al PIT-CNT o Plenario Intersindical de Trabajadores⁴⁶ (denominación actual de la central sindical), en lugar de Convención Nacional de Trabajadores⁴⁷ o CNT (denominación inicial de la central sindical), destaca a su vez, el peso del presente en la narración del pasado.

Por otro lado, en sentido opuesto al anterior, se justifica la opción armada realizada en el pasado (fue una opción minoritaria, pero no por ello fuera de contexto). Asimismo, la noción del cordero balando, conlleva, , una advertencia a

45 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II.2009.

46 PIT-CNT o Plenario Intersindical de Trabajadores⁴⁶-Convención Nacional de Trabajadores. Conformado en 1982, bajo la dictadura militar, en la que la CNT había sido proscrita. Al finalizar la dictadura, la central de trabajadores se denominó PIT-CNT.

47 Central sindical única creada en base a la unificación sindical general entre 1964 y 1966.

la izquierda no armada (pese a las coincidencias que pudieran existir), e indica una separación respecto de ella.

“Ismael, entonces qué diferencia había entre lo que era el movimiento popular (...) ese pensamiento del imaginario social acerca del golpe y lo que ustedes planteaban?

Que nosotros tenemos que usar... las armas. Teníamos una frase en aquel momento que era: “El cordero nunca se salvó balando” decíamos. [Silencio]. Y además mirábamos con cierto desprecio a los demás grupos que no hacían nada al respecto....”⁴⁸.

La alusión a los “demás grupos” también refiere al rechazo al sistema electoral que caracterizó a la izquierda armada desde sus inicios:

““Me parece interesante como es ese pasaje... en el cual vos como militante del Partido Socialista, te despegás, y te vas a una organización que, al margen de ser defensiva, digo, plantea el uso de las armas. (...) ¿Cómo fue ese proceso?

[Silencio]. Era el ... descreimiento [de] que por la vía de las elecciones, se pudiera conquistar el poder”⁴⁹.

Un factor importante en este rechazo por lo electoral para los militantes integrantes del Coordinador, fue el fracaso de la izquierda partidaria en las elecciones de 1962⁵⁰. En relación a los parlamentarios socialistas en los años sesenta, el recuerdo de Ismael Bassini expresa un sentimiento de frustración pero no invalida la rememoración del espacio parlamentario como ámbito de presentación y actuación destacada de estos dirigentes:

“Era una cosa para tenerla en cuenta... era una bancada impresionante! ...siempre muy preparados para abordar todos los temas y nunca ganaban una! viste? Porque las mayorías se le imponían!. Y nosotros decíamos: para que sirve la bancada parlamentaria? Mirá vos... una bancada brillante con hombres brillantes y no ganan ni una... Solamente por orgullo nomás, como decía Trías”⁵¹

3. Que en tu barrio puedan decir...

Si bien Ismael Bassini integró el Coordinador desde 1964, sus recuerdos se remiten generalmente al MLN aún no creado. Se refiere al año 1964 como el año de su ingreso al MLN: “Cuando yo ingreso al MLN...”. Esta *trasposición cronológica*

48 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009

49 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009

50 La izquierda se presentó a las elecciones de 1962 organizada en el FIDELo Frente Izquierda de Liberación, liderado por el Partido Comunista, y la Unión Popular, hegemonizada por el Partido Socialista. En su conjunto obtuvieron el 5,6% del de los sufragios emitidos, en tanto que en 1958, los Partidos Comunista y Socialista en su conjunto, habían alcanzado el 6,4% del total de votantes. (Nahum, *ob. cit.*, pp. 23-24).

51 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009

(Portelli, 1989) permite la inclusión de la trayectoria del Coordinador (1963-1965), en la del posteriormente conformado MLN, cuya creación formal data de comienzos de 1966. Se observa a su vez en muchas ocasiones, el uso del presente en la narración, en relación por ejemplo, con datos sobre la militancia personal: "Cuando yo ingreso al MLN..."... "Me integro después"... "Yo me integro a la organización en el 64". Este uso reafirma la importancia que desde el presente se asigna a este acontecimiento significativo en la vida del entrevistado, acercando al presente los acontecimientos sucedidos en el pasado (Ayuso de Vicente, García Gallarín y Solano Santos, 1997).

La "unificación" de las trayectorias del Coordinador y del MLN en una historia única del MLN, operación frecuente también en los relatos de otros militantes entrevistados, puede sugerir un "relegamiento" del recuerdo de los inicios de la opción por las armas, en virtud de las opciones políticas actuales, o bien en otra dirección, una forma de enfatizar la etapa que consideran como central en su militancia. En la narración de Bassini, la referencia esencial a la militancia en el MLN tiende a desdibujar la etapa del Coordinador, cuya estrategia habría sido, de acuerdo a su propio relato, netamente defensiva. Al hacer hincapié en el MLN, pierde contundencia la explicación de la estrategia defensiva, en la medida en que el MLN desarrolló un horizonte revolucionario.

Sin embargo, una noción central continúa vertebrando las narraciones que contribuyen a la coherencia interna del discurso: la idea de la "estrategia defensiva" inicial, se desarrolla luego en la noción de que el MLN se construye básicamente como producto del autoritarismo desplegado durante la administración del ex presidente Jorge Pacheco⁵².

"..El MLN ess conse...es consecuencia del Pachecato.... Si no hubiera habido Pachecato... en los términos que lo hubo... Pacheco farreaba a la gente... se burlaba de la gente... (...) el parlamento le levantaba una medida de seguridad y él la ponía en la noche...! ¡Esa era una cosa que no la podíamos soportar!"⁵³.

"[Durante el período pachequista] la miseria se sintió muchísimo... [Pacheco] Prácticamente abolió las libertades sindicales... no se podía hacer.... huelga, te metían medidas de seguridad y salute! Desconocía el Parlamento, gobernaba con decretos del Poder Ejecutivo"⁵⁴.

"Yo ahora no encararía una cosa de ese tipo [en relación a su militancia armada]. Pero en aquel momento sí. En aquel momento sí. Ahora el país ha cambiado mucho, ... las ideas han cambiado mucho... y yo pienso, que colocado... como te dije al principio, colocado en un pachecato haría lo mismo, pero colocado en un gobierno, ni siquiera de Sanguinetti, haría lo mismo"⁵⁵.

52 Se refiere al gobierno del ex presidente Jorge Pacheco Areco, entre 1967 y 1972. En ese período, según expresan Nahum, *ob. cit.*, pp. 60-62, entre otros aspectos, se restringieron las libertades, se produjo un desconocimiento de decisiones del Poder Legislativo y del Poder Judicial, se militarizó a funcionarios públicos y privados y se desconocieron las autonomías funcionales.

53 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009.

54 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009.

55 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009.

En los relatos sobre el autoritarismo pachequista, destaca el énfasis en la suspensión de las libertades, así como en la actitud del Poder Ejecutivo en relación con el Parlamento. En el enunciado: “¡Esa era una cosa que no la podíamos soportar!” se conjugan el enojo ciudadano por el desconocimiento del Parlamento, y el planteo de acciones en defensa de la sociedad burlada por el régimen. La narración produce una legitimación de la opción por la lucha armada del MLN, como respuesta a los atropellos autoritarios. A su vez, en el último fragmento citado, se establece un corte entre el autoritarismo pachequista y otros gobiernos democrático-liberales. La disconformidad con los gobiernos anteriores, crece infinitamente con el pachequismo, que es presentado como un paradigma del mal gobierno, incluso en relación con otras propuestas inaceptables como las administraciones de Sanguinetti en el período postdictatorial. Al respecto del pasaje del liberalismo democrático a un liberalismo conservador autoritario en el Uruguay, con el período pachequista, Álvaro Rico ha planteado que “así como la reestructuración autoritaria del Estado en 1968 no tomó a éste en su conjunto –comenzó por alterar el régimen político– así también, en lo ideológico, el revisionismo del poder no toma a las ideas liberales en su totalidad sino que se remite a formular una de sus partes constitutivas: el componente democrático”⁵⁶. En el recuerdo de Ismael Bassini, la oposición al autoritarismo pachequista, emana sustancialmente de la anulación de las formas democráticas características del Uruguay por parte de este régimen.

Las narraciones de Bassini acerca de un MLN que surge como estrategia defensiva y crece como respuesta a los atropellos anti-democráticos, son las dos nociones que vertebran su discurso explicativo en torno a la aparición y el desarrollo del movimiento armado. Ambas nociones confluyen en un patrón narrativo clave que se estructura en relación con las nociones de consenso-democracia/ ruptura del consenso-negación de la democracia. Los politólogos Carina Perelli y Jorge Rial (1984) han estudiado la construcción social de estas nociones en el Uruguay de mediados del siglo XX. Precisamente señalan que uno de los mitos característicos de ese “Uruguay feliz” es el *mito del consenso o de la democracia*, vinculado a su vez al *imaginario social* (Baczko, 1999⁵⁷) de la excepcionalidad uruguaya, desarrollado en los años cincuenta y presente aún (a pesar de las críticas) en los años sesenta.

Mientras que algunas anécdotas en el discurso del entrevistado tienden a sustentar o respaldar esta narración general, centrada menos en la idea de cambio o revolución que en la de “defensa”, otros recuerdos pueden introducir elementos de

56 Rico, Álvaro, 1968: *el liberalismo conservador. El discurso ideológico desde el Estado en la emergencia del 68*, Montevideo: CEU, FHUCE, Banda Oriental, 1989, p. 10.

57 Señala Bronislaw Baczko (1999: 8) en torno a la noción de *imaginarios sociales*: “A lo largo de historia, las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones globales, otras tantas ideas-imágenes a través de las cuales se dan una identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder o elaboran modelos formadores para sus ciudadanos (...). Estas representaciones de la realidad social (y no simples reflejos de ésta), inventadas y elaboradas con materiales tomados del caudal simbólico, tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, en las múltiples funciones que ejercen en la vida social”.

tensión en dicha narración. En el primer sentido aludido, el relato siguiente respalda el sentido general del discurso:

“Cuando... el que fue jefe del movimiento uturunco, cae preso acá en el Uruguay por una... por una cosa común, que no tenía que ver con lucha armada ni con sus actividades... no sé si chocó o mató a alguien no se como... No me acuerdo el hecho, fue preso. Y... el Bebe [Raúl Sendic] a través de G.C. otro gran militante (...) toma contacto con... Sapelli... y le cuenta la historia a Sapelli.(...) Con Sapelli, van y lo sacan de Jefatura! Lo saca abrazado Sapelli! (...) A este argentino, sabiendo que se trataba, de qué se trataba. Justamente! Lo hizo a total conciencia”⁵⁸.

Más allá de que no se trató seguramente de Uturuncos (Movimiento Peronista de Liberación-Ejército de Liberación Nacional (MPL-ELN), sino del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), dados los marcos temporales de actuación de estas guerrillas (Uturuncos operó entre 1959 y 1960 y el EGP entre 1963 y 1964) y la indicación espacial⁵⁹ del entrevistado: “el movimiento Uturunco de Salta”, la anécdota evoca la acción excepcional de Jorge Sapelli⁶⁰, dirigente del Partido Colorado. Sapelli habilita, como abogado, la excarcelación de este “jefe guerrillero”: “lo saca abrazado”/lo ampara, de la Jefatura de Policía “a total conciencia”. Resulta significativo para situar al personaje, que Sapelli renunciara luego, ante el golpe de Estado de 1973, a la vicepresidencia de la República. La anécdota destaca el comportamiento de este político perteneciente al Partido Colorado, que desafía las reglas y saca de la cárcel a un guerrillero cuya situación era muy comprometida. En el contexto de los años sesenta, esta transgresión implica una suerte de recuperación de los “valores perdidos” aquellos que se refieren al imaginario social del “Uruguay feliz” de los años cincuenta, a la *sociedad amortiguadora* (Real, 1984) del conflicto, al modelo inclusivo o integrador desarrollado/preservado por el *transformismo* característico del batllismo⁶¹ y del neobatllismo⁶² ⁶³. Resulta posible vincular este relato y el que recuerda a Batlle y Ordóñez recibiendo, luego de rectificar la decisión de la policía,

58 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009.

59 Uturuncos operó entre Tucumán y Santiago del Estero. El EGP, en cambio, en Salta.

60 Jorge Sapelli, fallecido en 1996, fue Ministro de Trabajo y Seguridad Social entre 1969 y 1971 y vicepresidente de la República entre 1972 y 1973, negándose a acompañar el golpe de Estado encabezado por el entonces presidente Juan María Bordaberry, en junio de 1973.

61 Período comprendido por las tres primeras décadas del siglo XX que comprende las administraciones de José Batlle y Ordóñez entre 1903-1907 y 1911-1911. En este período se realiza lo que los analistas denominan “la segunda modernización” del Uruguay, desarrollándose importantes reformas a nivel social, político y económico. se denomina “batllismo” al período comprendido por las tres primeras décadas del siglo XX.

62 Período histórico donde se retoman ciertas las ideas batllistas (impulso a la industria, ampliación del Estado, legislación social) a partir de la presidencia (1947-1952) de su sobrino Luis Batlle Berres en el gobierno.

63 Al respecto de este modelo, expresa Francisco Panizza que el batllismo constituye un *transformismo*, en tanto que “proceso por el cual los sectores dominantes en una sociedad intentan bloquear la emergencia y consolidación de una fuerza antagonica a través de la absorción y neutralización selectiva de sus demandas”. Panizza, Francisco, *Uruguay: batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*, Montevideo: EBO, 1990. p. 14.

a Eduardo Gilimón, reconocido militante anarquista que había sido expulsado de Argentina en 1911⁶⁴, ya que ambos relatos aluden a los valores democráticos, a la tolerancia, y el respeto por el otro, característicos del imaginario social de la excepcionalidad uruguaya.

También respalda la narración general en relación a la amortiguación del conflicto y al respeto de los derechos, el recuerdo del entrevistado sobre el uso de la violencia en el MLN, guiado por una máxima atribuida al militante tupamaro Eleuterio Fernández Huidobro. Resulta significativo este recuerdo que evoca a la categorización de Real de Azúa (1988) acerca del accionar del MLN como “violencia cortés”, debido a la participación de Ismael Bassini en hechos de violencia durante la trayectoria del MLN.

“Nosotros provocábamos hechos políticos, por armas. Este... porque además teníamos...tremendo cuidado de... que el Ñato [Eleuterio Fernández Huidobro] lo llamaba, “el ahorro de glóbulos rojos”. No lastimar, lo menos posible!, viste? Era era... nuestro sueño que las acciones salieran limpias”⁶⁵.

Se “sueña” una violencia humanizada, producto quizás, en términos eliasianos, (Elías, 1993⁶⁶), de la moderación de *hábitos* y conductas, y de la *auto-regulación*, que formaron parte el proceso histórico de “modernización/civilización” política y social completado en Uruguay durante el primer batllismo⁶⁷. Esa “violencia soñada”, sin embargo, no sería siempre posible, aunque la siguiente descripción la rememora vívidamente a partir de un fuerte énfasis en lo performativo⁶⁸ desplegado en diferentes gestos y tonos de voz. Se observa también en el fragmento la adscripción de ciertas conductas y roles estereotipados/as a las mujeres (tanto militantes como no militantes), una señora era la que “se ponía nerviosa” en el banco, “le poníamos” una compañera “para acariciarla”.

“Nosotros asaltábamos un banco... y si una señora se ponía... nerviosa, le llevábamos agua, le llevábamos agua, le poníamos una compañera expresamente para que la acariciara: “No se ponga nerviosa, no va a pasar nada”. Teníamos ese trato nosotros con los... La gente que después apretábamos en la... cuando andábamos a la búsqueda de vehículos... Este.. ¿está con los a...? [hace gesto alusivo a dos manos atadas] atábamos... ¿Ta cómodo? ¿le apreta la cosa?... ¡No!. ¿Esta bien? ¿Respira bien?”⁶⁹.

64 Rodríguez Fabregat, Enrique, *Batlle y Ordóñez, el Reformador*, Buenos Aires: Claridad, 1942, p. 480.

65 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009.

66 Elías refiere al *proceso civilizatorio* como proceso de “cambio estructural de los seres humanos en la dirección de una mayor consolidación y diferenciación de sus controles emotivos y, con ello también, de sus experiencias (...) y de su comportamiento” (Elías, 1993: 11).

67 Según Francisco Panizza en el discurso batllista, el término civilización “cumple un papel ideológico opuesto a su función original: no es ya un artefacto para la exclusión de toda forma de participación popular sino que, al ser articulada con ‘la lucha por la vida y la miseria’ rompe los estrechos límites del tradicional discurso ‘civilizador’ y lo transforma en una modalidad de lo popular”. Panizza, *ob. cit.*, p. 32.

68 James, *ob. cit.*, pp. 184-185.

69 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009.

A pesar de la centralidad de la narración de los orígenes del MLN como defensivos, algunos recuerdos del entrevistado introducen tensiones en dicha noción. Es el caso del recuerdo de las repercusiones del asalto a un banco realizado el 11 de junio de 1964, por tres trabajadores cañeros Julio Vique, Nelson Santana y Ataliva Castillo, dirigentes de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA). Los militantes son detenidos por la policía y posteriormente se intenta fallidamente su rescate por parte los militantes del Coordinador:

“No sé como decirlo pero... la actividad marcadamente ilegal que empieza a hacer ese grupo que después termina en el MLN, gira en dos cosas: una, organizar la liberación de Vique, Santana y Castillo. Y la otra: mover al Bebe70 [Raúl Sendic]”⁷¹.

La idea “arruinarles la siesta” conlleva una crítica dura a la izquierda partidaria y a las organizaciones sindicales. Sobre todo, afirma a los militantes del Coordinador en tanto que “ilegales” en una posición más radical que la de “defensores”.

“Claro. Todo el Partido Socialista estaba enojado. (...)

- Y por qué estaban tan enojados (...)?

- Porque... le arruinábamos la siesta. Era la manera de decirlo, porque le ensuciaba la limpia trayectoria de las dirigencias sindicales [tono solemne] y toda esa historia”⁷².

La línea general de la narración de Bassini aparece también al cierre de una de las entrevistas, donde a modo de balance, se enfatiza la idea del MLN originado en base a una estrategia defensiva, y por otra parte, se destaca la contribución del MLN y en particular de su accionar (lo que remite paradójicamente al período armado del MLN) a la democracia actual y en particular al triunfo de la izquierda en las últimas elecciones nacionales.

“Haciendo un balance de aspectos positivos y negativos del MLN... a lo largo de tu militancia (...) que dirías?

-Como cosa más negativa, que todo el objetivo del nacimiento y desarrollo del MLN... era estar prontos para cuando viniera el golpe de Estado...pero cuando vino el golpe de Estado no estábamos... ya habíamos sido destruidos. Eso es lo más negativo que yo veo. Como que... empezamos demasiado temprano...! Y como positivo... yo creo que sin el MLN,... puede ser medio...este... autobombo.... porque yo creo que... sin el MLN, el accionar del MLN, no teníamos la izquierda en el gobierno”⁷³.

En esta visión que valora la democracia haciendo coincidir el accionar del MLN con su defensa, posee un sustento que está en la base de la concepción del

70 En referencia a la situación de clandestinidad de Raúl Sendic, a partir de la acción del robo de armas en el Club de Tiro Suizo, de Nueva Helvecia, departamento de Colonia, el 31 de julio de 1963.

71 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009.

72 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009.

73 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 10.II. 2009.

entrevistado acerca del surgimiento del MLN: la aspiración “de ser buena gente”, “gente querida”. En el recuerdo de Ismael Bassini esa no era simplemente una estrategia política:

“Cuando vos hablás de identidad o valores, ¿a que te estas refiriendo?

-Ya te cité algunos como la lealtad, el desprendimiento (...). No sé como llevar eso a valor, pero por ejemplo nosotros decíamos: cuando se descubre que fulano de tal, porque cae en cana, porque cae en la clandestinidad, es tupa... que en tu barrio puedan decir: “Mirá fulano tan buen tipo es tupa! ¡que bien!” ¡Nunca me hubiera imaginado tan buena persona!”... Tratábamos de que se tuviese ese concepto de nosotros. Como que éramos buena gente.

-Y vos crees que se logró eso?

-Ah! pienso que sí, pienso que sí Pienso que buena parte del respeto que se ha ganado el MLN es por eso. No había entre nosotros gente falluta, gente... con dobles intenciones. Éramos gentes serviciales, éramos gente querida en el barrio, todos”⁷⁴.

En este discurso, la ubicación espacial del militante tupamaro, es en el barrio: “Que en tu barrio puedan decir...”, “Éramos gente querida en el barrio”, un escenario de que hace referencia a la cotidianidad, a la vida sencilla y corriente de la gente común. La referencia al barrio, espacio público y a la vez propio, apropiable, evoca las nociones de cercanía y de medianía: ser un vecino igual a otros, apreciado por otros. Detrás de la sencillez del tupamaro/buen vecino, sin embargo, aparece el sacrificio, valorado desde la propia militancia: “cae en cana”, “pasa a la dura vida de la clandestinidad”.

Ese militante urbano que no se nota, que no se destaca aparentemente, que es igual a los otros vecinos del barrio, es presentado como una excepción, que evoca el país modelo soñado por el batllismo donde la *fineza de las costumbres*⁷⁵ y la civilización acompañarían el desarrollo de una sociedad mejor.

Bibliografía

Aldrichi, Clara, *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*, Montevideo: Trilce, 2001.

Alonso, Rosa y Carlos Demasi, *Uruguay 1958-1968. Crisis y estancamiento*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental (EBO), 1986.

Arocena, Felipe, *Violencia Política en el Uruguay de los 60. El caso de los tupamaros*, Montevideo: CIESU, 19889.

Ayuso de Vicente, María Victoria, García Gallarín, Consuelo y Solano Santos, Sagrario, *Diccionario Akal de términos literarios*, Madrid: Akal, 1997.

74 Entrevista a Ismael Bassini, Montevideo, 5.III. 2009.

75 A este respecto, véase el texto de la carta de José Batlle y Ordóñez a Arena y Manini, el 7 de febrero de 1908. En: http://donpepebatlle.com/cronologia/en_la_haya.htm

Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.

Blixen, Samuel, *Sendic*, Montevideo: Trilce, 2000.

Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia*, Buenos Aires: Norma, 2005.

Carnovale, Vera, "Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en al Argentina", en: Franco, Marina & Levín, Florencia (comps.), *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós, 2007.

Charaudeau, Patrick y Dominique Maingueneau, "Discurso" en Charaudeau, Patrick y Dominique Maingueneau (Directores), *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires/Madrid: Amorrortu, 2005.

Ducrot, Oswald y Tzvetan Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

Duffau, Nicolás, *El Coordinador (1963-1965). La participación de los militantes del Partido Socialista en los inicios de la violencia revolucionaria en Uruguay*, Montevideo: FHUCE, UDELAR, 2008.

Elías, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Fraser, Ronald, "La formación de un entrevistador", *Historia y Fuente Oral*, n°3, 1990.

Garcé, Adolfo, *Donde hubo fuego. El proceso de adaptación del MLN-Tupamaros a la legalidad y a la competencia electoral (1985-2004)*, Montevideo: Fin de Siglo, 2006.

Gatto, Hebert, *El cielo por asalto: El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguaya (1963-1972)*, Montevideo: Taurus/ Santillana, 2004.

Grele, Ronald J., "Movimiento sin meta: problemas metodológicos y teóricos en la historia oral", en Schwarzstein, Dora, *La historia oral*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991.

Halbwachs, Maurice, *La memoria colectiva*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

Harari, José, *Contribución a la historia del ideario del MLN Tupamaros. Análisis Crítico*, Tomo1, Montevideo: MZ, 1986.

James, Daniel, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires: Manantial, 2004.

Jelin, Elizabeth, "Exclusión, memorias y luchas políticas". En: Mato, Daniel, *Cultura, política y sociedad. Perspectivas Latinoamericanas*, Buenos Aires: CLACSO, 2005.

- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Nahum, Benjamín; Frega, Ana; Maronna Mónica y Trochón, Ivette, *El fin del Uruguay liberal*, Historia Uruguaya Tomo 8 1959-1973. Montevideo: EBO, 1990.
- Panizza, Francisco, *Uruguay: batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*. Montevideo: EBO, 1990.
- Perelli, Carina y Juan Rial, *De mitos y memorias políticas*, Montevideo: EBO, 1986.
- Portelli, Alessandro, "Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli". *Historia y Fuente Oral*, n°1, 1989.
- Portelli, Alessandro, "Lo que hace diferente a la historia oral", en Dora Schwarzstein, *La historia oral*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991.
- Portelli, Alessandro, "Memoria e identidad. Una reflexión desde la Italia postfascista", en Jelin, E. y Langland, V., *Monumentos, memorias y marcas territoriales*, Madrid: Siglo XXI, 2003.
- Portelli, Alessandro, "Research as an experiment in equality", en Alessandro Portelli, *The death of Luigi Trastulli and other stories. Form and meaning in oral history*, New York: SUNY, 1991.
- Rama, Germán, *La democracia en Uruguay*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987.
- Rey Tristán, Eduardo, *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-73*, Sevilla: CSIC/Universidad de Sevilla, 2005.
- Rico, Álvaro, *1968: el liberalismo conservador. El discurso ideológico desde el Estado en la emergencia del 68*, Montevideo: CEU, FHUCE, Banda Oriental, 1989.
- Rico, Alvaro, "1, 2, 3,... Apunten, ¡Fuego! (El duelo, el honor y la épica en los '60)", *Encuentros*. n°7, 2001.
- Ruiz, Esther, "El Uruguay próspero y su crisis", en: Frega, Ana; Rodríguez Ayçaguer, Ana María; Ruiz, Esther; Porrini, Rodolfo; Islas, Ariadna; Bonfanti, Daniele; Broquetas, Magdalena y Cuadro, Inés: *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Montevideo: EBO, 2008.
- Salas, Ernesto, *Uturuncos: el origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires: Biblos, 2003.
- Schwarzstein, Dora, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona: Crítica, 2001.

Fuentes

Entrevistas

- Ismael Bassini, (Montevideo, 10/II/2009 y 5/3/2009).
Guillermo Chifflet, (Montevideo, 20/IX/2006)
Ricardo Elena, (Montevideo, 12/IX/2006 y 9/IX/2007).
América García, (Montevideo, 10/X/2007).
Hebert Mejías Collazo, (Canelones, 23/IX/2007).
Luis Omar Puime, (Montevideo, 21/IX/2007).
Carlos Rivera Yic (Montevideo, 10/IX/2008).
Washington Rodríguez Beletti, (Montevideo, 21/IX/2006).
Jorge Torres, (Montevideo, 5/IX/2007 y 19/IX/2007).
Germán Vidal, (Montevideo, 22/X/2006 y 29/IX/2008).

Documentos

- Actas Tupamaras, *Una experiencia de guerrilla urbana*. Buenos Aires: Cucaña, 2003.
Campodónico, Miguel Angel, *Mujica*, Montevideo: Fin de Siglo, 1999.
Cultelli, Andrés, *La revolución necesaria. Contribución a la autocrítica del MLN-Tupamaros*, Montevideo: Colihue, 2006.
Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de los Tupamaros*, 3v, Montevideo: TAE, 1986- 87.
Jackson, Geoffrey, *Secuestrado por el pueblo*. Barcelona: Pomaire, 1977.
Mercader, Antonio y De Vera, Jorge, *Tupamaros: estrategia y acción*, Montevideo: Alfa, 1969.
Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), *Documentación Propia*. Caracas: Información Documental de América Latina (INDAL), 1973.
Núñez, Carlos, *Los Tupamaros. Vanguardia Armada en el Uruguay*, Montevideo: Provincias Unidas, 1969.
Pereira Reverbel, Ulysses, *Un secuestro por dentro*, Montevideo: Tradinco, 1999.
Real de Azúa, Carlos, *Partidos, política y poder en el Uruguay*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1988.
Real de Azúa, Carlos, *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*, Montevideo: EBO, 1984.
Rodríguez Fabregat, Enrique, *Batlle y Ordóñez, el Reformador*, Buenos Aires: Claridad, 1942.
Torres, Jorge, *Tupamaros: La derrota en la mira*, Montevideo: Fin de Siglo, 2002.

Prensa

- El País*, 1963 y junio 1964
El Popular, 1963-1964
El Sol, 1963-1964, 1966-1967
Época, 1963-1964, diciembre 1966- enero 1967
La Mañana, 1964
Marcha, 1962-1964
Revista *Barricada* 1964, N°1 (set.1964)- N°2 (oct.1964).

Historias y memorias de traición. Reflexiones en torno a la Conferencia de Prensa de los cuatro miristas de 1975

María Olga Ruiz Cabello*

En marzo de 1975, la Comisión Política del MIR publicó una declaración titulada "Castigo a los Traidores"¹. En ella podemos leer el siguiente extracto: "El MIR no habla ni delata ante la tortura ni la muerte y todo delator es un traidor al partido y a la clase obrera. El Partido condena a muerte y ajusticiará a los delatores y traidores. La casi totalidad de nuestros camaradas encarcelados han tenido un comportamiento ejemplar ante la tortura y el asesinato. Muchos héroes de nuestro partido y de la clase obrera han mostrado con el sacrificio de su vida que la tortura, cuando se es revolucionario de verdad, se la puede soportar hasta la muerte. Pero también hay entre el 11 de septiembre de 1973 y la fecha actual casi un centenar de asilados que han sido expulsados del partido y un pequeño grupo de delatores y traidores que serán ajusticiados. Damos a conocer los nombres del grupo de miserables que han comprado su vida con el bajo y sucio precio de la traición. Están condenados a muerte y cualquier chileno o revolucionario del mundo puede ejecutar la pena. Sus nombres son:

- Héctor González Osorio (Nicolás). Delator y traidor. Coopera con la DINA y llamó públicamente a deponer toda resistencia.
- Humberto Menanteaux (Lucas). Delator y traidor. Coopera con la DINA y llamó públicamente a deponer toda resistencia.
- Cristian Mallo (Gustavo). Id. anteriores.
- Hernán Carrasco (Marco Antonio). Id. anteriores.
- Marcia Merino (Alejandra). Delatora, traidora y torturadora, trabaja con la DINA.
- Leonardo Schneider (Barba). Delator y traidor.
- Emilio Iribarren (Joel). Idem.
- Marcia Gómez (Carola). Idem.
- Hugo Martínez (Tano) delator muerto por la DINA".

* Universidad de Chile.

1 *El Rebelde en la clandestinidad*, n 108 y 109, Suplemento, agosto de 1975. Archivo Chile. CEME.

Todas las personas de la lista, pese a sus diferentes trayectorias y experiencias, recibieron la misma pena. Al momento de ser publicada esta declaración y tal como ella misma lo señala, uno de los condenados a muerte, Hugo Martínez, ya había sido asesinado por la DINA en Villa Grimaldi. Marcia Merino y Marcia Gómez sobrevivirían y permanecerían vinculadas a los organismos de seguridad, (la segunda de ellas, hasta el momento de su jubilación). Menanteaux, Carrasco, González y Mallo participaron en la denominada Conferencia de Prensa en febrero de 1975. Los dos primeros, Carrasco y Menanteaux, morirían en manos de la DINA en noviembre del mismo año, luego de intentar sin éxito asilarse en alguna embajada. Mallo y González sobrevivieron no sólo a la cárcel, la tortura y los montajes de la dictadura, sino a la sospecha, el rechazo y la condena de sus ex compañeros. Justamente, en esta ponencia esperamos entregar elementos para la comprensión de este acontecimiento, el que ha sido escasamente estudiado, pero en torno al cual circulan diversas versiones, no pocas de ellas mitificadas.

“El mirista no se asila, el mirista no habla, el mirista muere”²

Este trabajo es parte de una investigación iniciada hace un año que se sitúa en el Cono Sur de América Latina, territorio que desde la década de los sesenta, y más allá de las particularidades nacionales, ha sido el escenario de procesos históricos comunes: creciente movilización social y política, la instalación violenta de dictaduras militares,³ procesos de transición a la democracia y luchas por la memoria. En los años sesenta y setenta hallamos a un nuevo protagonista que modifica drásticamente el escenario político de la región. Se trata de la denominada nueva izquierda revolucionaria, la que a diferencia de la izquierda tradicional, de raíz obrera y vinculada orgánicamente a los partidos comunista y socialista, convocó también a los sectores medios, intelectuales y jóvenes, privilegiando la lucha armada –bajo la inspiración de la tesis del puñado de hombres decididos y audaces– por sobre la lógica electoral. Tal como señala la historiadora Vera Carnovale, “si tras el fin de la Segunda Guerra Mundial los distintos procesos emancipatorios que tuvieron lugar en Asia y África parecían colocar al Tercer Mundo en los albores de un nuevo tiempo que ponía fin a la invencibilidad de los más poderosos, en América Latina la Revolución Cubana (1959) ratificaba el comienzo de aquella etapa para el continente y, al mismo tiempo, indicaba un camino preciso en la prosecución del cambio: la voluntad y las armas. Quedaba claro, en principio, que la transformación revolucionaria era posible aún en sociedades donde el capitalismo industrial no había alcanzado su madurez; pero más importante aún, el tiempo de espera de las llamadas *condiciones subjetivas* quedaba arrasado por la urgencia de las voluntades, puesto que la acción de los revolucionarios podía crearlas. Y esa acción, se entendía,

2 Testimonio de un ex mirista entrevistado por la autora.

3 Brasil 1964, Bolivia 1966, Argentina 1966, Bolivia 1971, Uruguay 1972-1973, Chile 1973, Argentina 1976.

llevaba el signo de la violencia; de una violencia nueva y necesaria, destructora de la opresión y creadora de un nuevo orden y de un *hombre nuevo*. Una violencia aceleradora de los buenos tiempos venideros y que, para muchos, llevaba el sello del sacrificio de sangre”⁴.

Para la nueva izquierda revolucionaria del Cono Sur, los golpes militares fueron la confirmación del fracaso del reformismo y más aún, un paso ineludible en el camino hacia la revolución. De ahí que el 8 de octubre de 1973 Miguel Enríquez explicara el fracaso de la Unidad Popular citando a Saint Just: “quien hace revoluciones a medias, no hace sino cavar su propia tumba”⁵. El nuevo escenario postgolpe fue leído en un primer momento como una oportunidad histórica que el MIR debía aprovechar para constituirse por fin en la vanguardia revolucionaria del pueblo.

Conferencia de Prensa de cuatro miristas, La Segunda 21 de Febrero de 1975

- 4 Carnovale, Vera, *Imaginario y moral en la construcción identitaria del PRT-ERP*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009, p.1.
- 5 “Conferencia de Prensa de Miguel Enríquez”, Santiago, 8 de octubre de 1974, Archivo CEME. Citado por Julio Pinto Vallejos “¿Y la historia les dio la razón? El MIR en dictadura, 1973-1981”, en Verónica Valdivia, Rolando Álvarez y Julio Pinto, *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*; Santiago: LOM ediciones, 2006.

Para el MIR la implementación de un proyecto político revolucionario y de vanguardia mediante la violencia armada requería de sujetos con ciertas características particulares: decisión, valor, coraje, fortaleza, convicción, voluntad de renuncia y entrega total. El abandono de sus familias de origen y de sus carreras profesionales, eran considerados gestos necesarios a la luz de un proyecto revolucionario cargado de certezas que no admitía dudas ni vacilaciones. Muchos militantes lo recuerdan como “un sacrificio gozoso”, que suponía vivir la vida de un modo casi ascético, alejado de los placeres burgueses. El proyecto descansaba sobre una visión de mundo y una concepción de la revolución como un absoluto, en torno al cual se organizaba toda la vida de los y las militantes. Se trataba de un modo de militancia “exclusiva y excluyente”⁶, que tal como señala el poema de Bertolt Brecht, necesitaba de “imprescindibles” que pusieran la vida a disposición del proyecto revolucionario. Lo cierto es que la militancia no descansaba únicamente en cuestiones de orden ideológico, sino que poseía una dimensión moral y valórica que imponía a los militantes –en especial a los profesionales o de tiempo completo– mandatos y estrictos patrones de conducta.

La dimensión subjetiva de la militancia y la nueva moral revolucionaria consideraba códigos de comportamiento claramente establecidos. Estos mandatos, escritos o no, se articulan en torno a figuras cargadas de sentido (héroe, sacrificio, entrega), a partir de la cual surgen estilos de militancia particulares. En el caso del MIR, y ya en el escenario postgolpe, se establecen políticas de resistencia en las que el no asilo y el mandato de “no hablar” en la tortura operaron como máximas que debían ser seguidas acríticamente por la militancia. Estas políticas descansaban en el convencimiento de que soportar o no soportar la tortura era un asunto de convicción ideológica. Quien se quebraba, quien flaqueaba, quien mostraba debilidad ante los tormentos, no era un buen revolucionario. Por lo mismo, la responsabilidad del quiebre recaía, al menos en parte, en el torturado, y no, exclusivamente, en el torturador.

En *El Rebelde* de junio de 1975 leemos un apartado titulado “La tortura se puede y se debe soportar” que señala lo siguiente “desde uno de los centros de detención de la dictadura, nos escribe una camarada: ‘la tortura es tremenda pero soportable. De acuerdo al nivel ideológico y al compromiso del que la sufre. Más que cualquier dolor puede la conciencia y la moral revolucionaria...por eso les digo a todos: la tortura se puede soportar físicamente y se debe soportar por convicción ideológica y porque la lucha lo exige’”⁷.

Aquellos que, por diversos motivos, no acataron las órdenes partidarias, sufrieron sanciones de diverso tipo: condenas a muerte, expulsión del partido o el alejamiento temporal del mismo, dependiendo del grado de trasgresión o desviación de la conducta. Casi un año antes, en octubre de 1974 y luego del combate de Calle Santa Fe, en el mismo *El Rebelde* aparece un comunicado que

6 Expresión de Gloria Elgueta, “Recuerdos de la muerte”; Revista *Página Abierta*, año IV, n 84, 1993. p. 2.

7 *El Rebelde en la clandestinidad*, Junio de 1975. Archivo Chile. CEME.

aborda el caso de Humberto Sotomayor, ex miembro de la Comisión Política que, luego de sobrevivir al ataque de la DINA en que Miguel Enríquez es asesinado, se asila en la embajada de Italia. Podemos leer lo siguiente: "Comunicamos a nuestros militantes y miembros que ha sido expulsado del MIR Humberto Sotomayor (...) por los cargos de desertión, cobardía y traición; El MIR es riguroso en la vigilancia del cumplimiento de las reglas partidarias y en la sanción de las faltas cometidas por sus miembros (...); abandonar las responsabilidades de dirección para buscar el cómodo resguardo del asilo, abandonar el puesto en medio de la batalla es un acto de increíble traición y cobardía; abandonar hombres, estructuras y material de guerra es doblemente traición"⁸.

Así como existen escasas investigaciones historiográficas relativas a este tema, la memoria de los débiles, de quienes no se ajustaron al ideario militante, se ha constituido en una memoria negada y excluida por los relatos hegemónicos sobre el pasado reciente⁹. Lo cierto es que en la mayoría de los análisis, la figura del traidor aparece como tanto o más repudiable que la de los propios agentes represivos; los relatos de "traidoras emblemáticas" como Flaca Alejandra o Luz Arce, más que despertar el interés por investigar los procesos de abatimiento o demolición identitaria de las personas enfrentadas a situaciones límite, provocan rechazo y reacciones de repudio más o menos apasionadas y no pocas veces quienes abordan estos temas desde distintas disciplinas deben justificar su interés en tan "controversial" objeto de estudio y sobre ellos recae la sospecha de estar haciendo una suerte de defensa u apología de la traición.

Si consideramos que las batallas por la memoria operan como luchas por la interpretación y los sentidos del pasado, en la que algunos relatos desplazan a otros y se constituyen en hegemónicos, el modo en que se recuerda y representa la historia reciente es objeto de disputas no sólo entre quienes apoyaron el terrorismo de Estado y quienes se opusieron a él; no únicamente entre aquellos sectores que han apelado al olvido de los crímenes como vía de pacificación social y estabilidad política, y los que reclaman memoria y justicia como únicas formas que aseguran un nunca más a la violación sistemática de los derechos humanos. Las batallas por la re-interpretación del pasado y, en este caso, las historias de traición, colaboración y delación se anidan conflictivamente al interior aquellos sectores que identificamos como 'emprendedores de memoria'¹⁰.

Para la investigación de estos asuntos, son provechosas las propuestas de Michael Pollak¹¹, quien advierte sobre la necesidad de abordar históricamente el problema del silencio. Para este autor, el silencio tiene funciones y por lo mismo, debe ser trabajado y no resuelto como si se tratara de un problema, sosteniendo

8 *El Rebelde en la clandestinidad*, Abril de 1975. Archivo Chile. CEME.

9 Ver Longoni, Ana, "Traiciones. La figura del traidor (y la traidora) en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión", en Elizabeth Jelin y Ana Longoni (comps.), *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Buenos Aires/Madrid: Siglo XXI, 2005.

10 Ver Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid/Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, 2002.

11 Pollak, Michael, *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*; Buenos Aires: Ediciones Al Margen, 2006.

que la posibilidad de testimoniar no sólo depende de la voluntad o capacidad de los sobrevivientes de narrar sus experiencias, sino de la existencia de condiciones sociales que las vuelvan comunicables y audibles. La frontera entre lo decible y lo indecible, entre aquello que el sujeto se confiesa a sí mismo y aquello que puede transmitir al exterior no es estática, de modo que los recuerdos deben esperar el momento indicado para ser expresados. Ante la imposibilidad de hacerse oír y comprender, el silencio sobre sí mismo puede incluso ser una condición necesaria para mantener el vínculo con el entorno social. La reflexión acerca de lo no dicho permite que nos acerquemos al lugar complejo de las voces y murmullos de los sobrevivientes cuya experiencia se resiste a ser encasillada en el esquema binario de la víctima o el héroe.

Asimismo, Pollak advierte sobre la existencia de memorias encuadradas y memorias subterráneas, las que están en permanente interacción. Todo grupo o comunidad –aún las de víctimas– despliega procesos de encuadramiento de memoria, relegando a un lugar periférico (u “olvidando”) ciertos hechos y/o relatos. Las memorias de los condenados por traición se configuran no sólo como memorias subterráneas, sino como memorias negadas o no autorizadas por los relatos hegemónicos sobre el pasado reciente chileno.

La conferencia de prensa del MIR y los huevos

La historiadora brasilera Beatriz Kushnir¹², señala que la dictadura de ese país implementó como parte de la guerra psicológica, los llamados “arrepentimientos públicos”. Se trataba de la captura de líderes y militantes de la Vanguardia Popular Revolucionaria, a quienes se les obligaba a arrepentirse de sus acciones militantes, frente a las cámaras de televisión y la prensa escrita. En 1970, el *diario Folha da Tarde* anunciaba “Terrorismo es una farsa, denuncian jóvenes presos”, exponiendo el arrepentimiento de cinco militantes que habían sido detenidos por la policía secreta de San Pablo en enero de 1969. Ese mismo grupo de combatientes debió escribir dos cartas reevaluando sus posiciones frente a la militancia armada. La primera, dirigida a la opinión pública internacional, señalaba que los presos políticos recibían un buen trato carcelario, desmintiendo las denuncias de tortura. La segunda tenía como destinataria a los jóvenes brasileros, a quienes advertían que el enrolamiento en la militancia de izquierda los conducía a la enajenación. La historia pesquiza el caso de cinco militantes “arrepentidos”, pero sabemos que fueron más, y que al menos uno de ellos, ya en libertad, se suicidó¹³. Según Kushnir, los arrepentimientos tuvieron una gran cobertura mediática. Programas grabados fueron divulgados minutos antes del único noticiero televisivo nacional de la época, el de la Red Globo, recientemente puesto en el aire. Las declaraciones de esos militantes en la prisión, recogidas bajo tortura, iniciaron una nueva división en los cuadros de la VRP. Sin

12 Kushnir, Beatriz, “Desbundar en la TV: militantes de la VPR y sus arrepentimientos públicos”. Ponencia presentada en el XXIV SIMPÓSIO NACIONAL DE HISTÓRIA, Brasil, 2007.

13 Massafumi Yosshinaga.

duda, un triunfo para la guerra psicológica emprendida por la dictadura brasilera en contra de sus opositores.

En el caso que estudiamos, la Conferencia de Prensa de 1975, no fue ni el primero ni el último de los montajes comunicacionales desplegados por la dictadura chilena. De acuerdo a los testimonios de los sobrevivientes de la Conferencia de Prensa, Cristian Mallol y Héctor Hernán González, la historia se inicia en enero de 1975 en el Cuartel Terranova, Villa Grimaldi, centro de tortura y exterminio al que ingresaron en diciembre de 1974. A diferencia de la enorme mayoría de quienes pasaron por la Villa, y cuya estadía se extiende por días o semanas, estuvieron alrededor de cinco meses. En un primer momento, fueron dejados en una pieza junto a otros detenidos, en su mayoría miristas. En la declaración jurada de Héctor González (1990) leemos lo siguiente "Estando todavía en esa pieza, en el mes de diciembre, algunos decidimos organizar una célula partidaria. Nuestra idea era que debíamos hacer todo lo posible por mantenernos vivos y poder salir de ahí en las mejores condiciones posibles. Creo que ninguno de nosotros quería aceptar que nuestro destino ya estaba decidido por la DINA y que sólo ellos podían modificarlo. La primer idea que discutimos una noche fue la de hacer un plan de fuga. Al día siguiente se abrió violentamente la puerta y entró Rodrigo Terranova, oficial y agente de la DINA que era en esa época el jefe de Villa Grimaldi y a quien reconocí en fotografía como Pedro Espinoza. Entró dando unos gritos terribles diciendo que sabía que había un plan de fuga y que lo pagaríamos caro. Mandó que nos pusieran cadenas con candados en los pies, inclusive a Gustavo (Mallol), a pesar de sus heridas en las piernas. Permanecimos con esas cadenas durante meses, no recuerdo cuántos. Nos apodaron los canguros, pues para ir al baño teníamos que andar a saltos. El trato a partir de entonces se hizo más duro y nos golpeaban mucho. Parece que los guardias recibieron órdenes en ese sentido, uno era el negro bestia (...) quien llegó a fracturar el esternón a Marco Antonio (Menanteaux) a culatazos; el otro era el llamado chico de los fierros, pues acostumbraba a entrar en la pieza, nos ponía en fila y nos golpeaba en la boca con una barra de fierro. En la noche de Navidad, el negro bestia nos hizo cantar a la fuerza a todos, inclusive a aquellos que estaban recién torturados, cada uno una canción, que tenía que ser alegre. Fue muy triste y deprimente. Algunos lloraban"¹⁴.

Pilar Calveiro realiza un interesante análisis acerca de las dinámicas que se despliegan al interior de los campos clandestinos, afirmando que en estos lugares existe una racionalidad que incorpora lo esquizofrénico como sustancial, y esa incoherencia en las acciones de los torturadores aumenta la desorientación de sus víctimas. "La extraña convivencia de la crueldad con la clemencia, sin solución de continuidad, aparece en muchísimos testimonios, en una suerte de mosaico 'enloquecido'"¹⁵. Se trata de situaciones ininteligibles de acuerdo a las habituales

14 Declaración Jurada Héctor Hernán González Osorio, 20 de septiembre de 1990, p. 15.

15 Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2004, p. 84.

categorías sociales o psicológicas, en que la realidad supera con creces la fantasía. La vivencia extrema provoca trastornos de conciencia ya que el sujeto no logra integrar en toda su magnitud dicha realidad, creándose vacíos o huecos en el ámbito simbólico, pues al decir de Giorgio Agamben¹⁶, lo imposible se introduce a la fuerza en lo real. En los campos de concentración los agentes de seguridad desplegaban un poder total y absoluto frente a detenidos que se encontraban completamente indefensos. Los torturadores se declaraban a sí mismos como dioses que podían decidir arbitrariamente el destino de los prisioneros y un modo de expresar su poder a la hora de decidir sobre la vida y la muerte de los detenidos, era evitar que algunos de ellos se suicidaran, lo que lejos de constituir un acto humanitario, era el modo de reafirmar su omnipotencia: eran ellos quienes mataban o dejaban vivir¹⁷.

Las psicólogas Elizabet Lira, Eugenia Rojas y Eugenia Weisntein¹⁸, señalan algunos puntos que me parece hay que considerar. Las reacciones frente a la tortura son siempre específicas y obedecen tanto a la experiencia física y síquica en el momento de trauma, como a la historia previa de la persona. El impacto y las secuelas de la tortura varían enormemente de una persona a otra, y en ello influyen no sólo cuánto y cómo se aplicaron los tormentos, sino también la biografía y la subjetividad de los sujetos, puesto que las agresiones son enfrentadas con los recursos individuales que posee cada víctima. Es así como en las situaciones límites y traumáticas aflora lo más particular e íntimo de cada persona, de modo que establecer patrones de comportamiento uniformes y homogeneizadores supone una negación de esa diferencia radical de lo humano. La tortura es una experiencia abrumadora que busca la máxima deshumanización y degradación; por lo mismo, se debilitan los niveles defensivos, las capacidades de respuesta y el campo de la conciencia se reduce en beneficio de la autoprotección. Asimismo, la tortura sitúa a las víctimas frente a un dilema extremo o "ilusión de alternativas"¹⁹: dejarse maltratar, violar, asesinar o, por el contrario, delatar a sus propios compañeros, ser verdugos de sus pares. Si bien esta segunda alternativa ofrece –tan solo como posibilidad– una disminución de los tormentos o la sobrevivencia misma, el autoperibirse como responsable de los tormentos de sus amigos o familiares, compromete al afectado con la maquinaria represiva. El abatimiento moral que esto provoca es un mecanismo más utilizado por los aparatos represivos. La persona está obligada a elegir entre su integridad física o su integridad síquica y moral; entre su vida o la vida de sus compañeros; entre la integridad de su familia o la integridad de su organización. Se trata de una situación paradójica y de una trampa sin salida; cualquier decisión que tomen conduce a la destrucción y el abatimiento; todas niegan su sobrevivencia síquica o física.

16 Ver Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, Valencia: Editorial Pretextos, 2002, p. 22.

17 Calveiro, Pilar, *ob. cit.*, p. 55.

18 Lira, Elizabeth y Eugenia Weinstein, María Eugenia Rojas, *Trauma, Duelo y Reparación*, Santiago de Chile: FASIC/Ed. InterAmericana, 1987.

19 Ver Díaz, Margarita, "Efectos psicológicos de la tortura sexual en mujeres: Una reflexión de nuestra experiencia terapéutica a treinta años del golpe militar". Documento de trabajo. Santiago: ILAS, 2003.

Una noche del mes de enero de 1975, Hernán fue trasladado a la casa grande de Villa Grimaldi, lugar en que en presencia de su esposa –a quien no veía desde el momento de la detención– Pedro Espinoza le dijo que él, dado que era el preso del MIR con mayor rango en ese momento, debía hacer una declaración pública llamando a detener la actitud suicida del partido y a abandonar la resistencia al régimen militar. Mientras Espinoza hablaba con González, Miguel Krasnoff hacía lo mismo con aquellos que estaban en la pieza grande. Una vez reunidos, el grupo discute acerca de cómo elaborar el documento. De acuerdo a Hernán “comenzamos a manejar la absurda idea de que la declaración pública que nos pedían nos permitiría mandar un mensaje al partido sobre cómo estaban realmente las cosas, muy distintas de la autoimagen triunfalista reflejada por nuestros propios comunicados internos, elaborados en libertad”²⁰.

El grupo de presos encargados de escribir la declaración (siete personas) fue trasladado a una pieza más pequeña que estaba ubicada frente a la sala de tortura. En ese lugar, recibían las visitas frecuentes de Krasnoff, quien supervisó el proceso en todo momento, realizando cambios y modificaciones al texto y a la lista de prisioneros muertos o encarcelados. La inexactitud de la lista no se debió a un gesto errático, sino que era parte del montaje de la DINA. En relación a esto último, González recuerda: “Se nos obligó a poner como exiliados a algunos militantes que nosotros habíamos puesto como presos, bajo el argumento de que ya habían sido dejados en libertad o lo serían en los próximos días. En especial me acuerdo de los casos de Marín Elgueta, que se nos dijo que había sido expulsado del país y de Bautista Von Schouwen, el cual, según el capitán Miguel, también sería liberado y expulsado en breve para mostrar que estaba vivo y terminar con la campaña de su liberación (...) necesitábamos creer alguna cosa de lo que nos decían, particularmente respecto a que los que habían caído antes de nosotros no estaban muertos, que existía la posibilidad de que quedaran vivos, lo que en cierta medida daba sentido a nuestra intención de salvar gente y desculpabilizaba nuestro propio deseo de vivir. En la lista aparecían también como detenidos El Richie (Ricardo Froeden) y Joaquín (Jaime Enrique Vásquez), sin embargo, un día antes de la declaración el Capitán Miguel nos exigió poner al Richie como exiliado, diciéndonos que lo dejarían en libertad y a Joaquín como muerto, diciéndonos que ese era su destino. Esto último me culpabilizó durante muchos años, pues me sentí como si estuviera firmando su sentencia de muerte”²¹.

El día 19 de febrero Mallol, Carrasco (quien fue traído desde Cuatro Álamos) y González, fueron trasladados a la casona grande de Villa Grimaldi y un agente de rasgos alemanes y con pistola al cinto los filmó con una cámara portátil en la oficina de Pedro Espinoza. Encadenados, Hernán González fue el elegido para leer la declaración. Krasnoff realizó las últimas modificaciones al documento y a los presos se les entregaron chaquetas para ocultar el penoso estado en que se encontraban. “Después de leer y grabar nos llevaron de vuelta a una celda. Uno o

20 Declaración Jurada Héctor Hernán González Osorio, 20 de septiembre de 1990, p. 17.

21 Declaración Jurada Héctor Hernán González Osorio, 20 de septiembre de 1990, p. 18-19.

dos días después, no recuerdo muy bien, nos mostraron un diario con la declaración del MIR condenándonos a muerte por colaboración con la dictadura. Esto provocó un profundo impacto entre nosotros, no sabíamos si esa condena era verdadera o no. Pasados algunos días, vinieron a buscarnos otra vez, nos pusieron ropa nueva, con corbata y todo y nos llevaron al edificio Diego Portales. Nos hicieron entrar a una sala grande, donde había un oficial uniformado diciendo a un grupo de periodistas que los autores de la declaración darían a continuación una conferencia de prensa, sin la presencia de personas del gobierno, para aclarar las dudas existentes y para demostrar que no habíamos sido obligados a hacer nuestro llamado. El se retiró, pero permanecieron en el recinto los agentes de la DINA de Villa Grimaldi, comandados por Moren Brito quien nos advirtió antes de entrar que no nos botáramos a pillos pues lo pagaríamos caro. La conferencia en cuestión fue catastrófica. Tratamos de decir la verdad de lo ocurrido mediante frases que no provocaran la reacción anunciada por Moren y sólo conseguimos confundir más las cosas, entrar en contradicciones y atropellarnos unos a otros. Esta segunda aparición nuestra en la televisión parece que produjo aún más impacto que la primera, no sólo fuera de la prisión sino que también adentro. Comenzamos a tener la casi seguridad de que nos iban a matar y luego iban a culpar al MIR por eso. En Grimaldi nos aislaron de los otros presos dejándonos permanentemente en la pieza chica, desde donde podíamos ver a los detenidos que pasaban al baño o que llevaban a torturar. El Guatón Romo acostumbraba a mostrarnos a los otros presos, como si estuviéramos en exposición en una jaula, diciendo que ahí estaban los huevos, pues nos habíamos quebrado apenas nos habían tocado. Este tratamiento provocó fuertes reacciones y hasta conflictos entre nosotros. Gustavo casi enloqueció y comenzó a golpearse la cabeza con fuerza en las paredes. Lucas se refugió en un profundo silencio. Marco Antonio hacía bromas y trataba de levantarnos el ánimo. Yo comencé a pensar seriamente en la necesidad de fugarnos y una vez en libertad, entrar en contacto con el partido para informar de lo que sabíamos y para aclarar que no nos habíamos pasado al bando enemigo²².

El día 28 de mayo, Carrasco, González y Menanteaux fueron trasladados a Cuatro Álamos, lugar en que permanecieron cerca de cuatro meses. El 4 de septiembre fueron puestos en libertad y cada uno fue llevado a la casa de su familia. Es el momento en que se inicia una nueva etapa en la historia de los condenados. "Tratamos de salir del país, pero no pudimos conseguir asilo o visas a tiempo. Ni la Iglesia ni el CIME (Comité Internacional para las migraciones europeas) nos acogió. Según nos dijeron, ningún país nos quería dar visa porque no podían garantizar nuestra seguridad a raíz de la condena del MIR²³. Finalmente, Hernán consiguió visa a España, no como asilado, sino gracias a un programa de reunificación familiar, mientras que Carrasco y Menanteaux permanecieron en Santiago intentando obtener asilo político en algún país para ellos y sus esposas. No lo consiguieron a tiempo y la

22 Declaración Jurada Héctor Hernán González Osorio, 20 de septiembre de 1990, p. 25.

23 Héctor Hernán González. Entrevista realizada por Gloria Elgueta. "Recuerdos de la muerte"; Revista *Página Abierta*, año IV, n 84, 1993. p. 4.

DINA, al tanto de sus intentos de reconexión con el MIR, los capturó nuevamente en el mes de noviembre. A inicios de diciembre del mismo año, sus cuerpos aparecieron mutilados en las afueras de Santiago en la Cuesta Chada, comuna de Paine.

Una vez en España, Hernán intento ponerse en contacto con el MIR, sin embargo recibió como respuesta un rechazo cerrado. Intentó volver a Chile, pero en conocimiento de la muerte de sus compañeros, entendió que ese proyecto era inviable. En Ginebra pidió asilo, pero le fue negado a causa de la presión de los refugiados chilenos. Lo consiguió en Bélgica en marzo de 1976 y luego de sortear numerosas dificultades y obstáculos, consiguió su primer trabajo estable como chofer de tranvía. La breve estabilidad se quebró cuando un medio de prensa de izquierda belga publicó un artículo sobre los agentes de la DINA en Europa. En la lista aparecía un torturador de la DINA conocido como Gino, Miguel Krassnoff y el propio Hernán. Al ponerlo en la misma lista de quienes habían sido sus torturadores, se homologaba

MIR condenó a muerte a cuatro dirigentes

El primer Ministerio de Izquierda Revolucionaria (MIR) condenó a muerte a los cuatro dirigentes de la organización detenidos que hicieron un llamado a depositar las armas de su grupo extremista. Así lo señaló una versión difundida por la agencia española EFE. Los cargos son: Traición, dilación, colaboración con el enemigo y actos contra el Gobierno.

En un comunicado que hizo llegar la comisión política del MIR a los medios internacionales, se indica que fueron sometidos a proceso Humberto Manzanera, Cristian Mallo, Héctor González y José Carrasco. El juicio se realizó a raíz de la intervención por televisión y la cobertura de prensa que sufrieron la semana pasada en los canales estatales que el MIR vive "una situación de guerra". También advierten que esa organización no se encuentra en condiciones políticas, militares, ni organizativas para iniciar acciones armadas contra el Gobierno militar.

La declaración del MIR sostiene que los cuatro acusados "se han comprometido a no volver a su vida con la traición".

HERNAN GONZALEZ. HUMBERTO MANZANERA.

JOSE CARRASCO. CRISTIAN MALLO.

Pág. 7 "LA TERCERA de la hora" miércoles 26 de febrero de 1975

La broma en vida

—PAPA, EL TIBURON DE GOMA NO LO HE INFLADO TODAVIA...

De visita en Santiago

cónsul chileno en Bolivia

Llegó a Santiago en un breve viaje de a días el cónsul general de Chile en Bolivia, Ministro Consejero Rigoberto Díaz. Este es el primer viaje del funcionario de carrera del servicio exterior, luego que se restablecieron las relaciones diplomáticas entre Chile y Bolivia, a raíz del traspaso de la Presidencia de la República de Chazara entre las Presidencias Augusto Pinochet y Hugo Banzer.

El representante de nuestro país ante el Gobierno de La Paz ha estado entrevistado en el Ministerio de RIEC, con el Subsecretario, y con el director general subrogante de la Cancillería. Al ser abordado por los periodistas sobre los objetivos de su visita a Santiago para visitar algunos trámites administrativos relativos a la instalación de la nueva embajada y al inmueble que ocupará, admitió que hasta el momento nada se ha determinado si se arrendará o se comprará. Nuestro país no tiene propiedad alguna en la capital boliviana.

Rigoberto Díaz se abstuvo de dar a conocer algunas novedades sobre el posible nombramiento de embajador de Chile en La Paz. Las gestiones hechas se han dado a conocer en momentos en que el cónsul general ya había sido nombrado por el Gobierno de Bolivia para asumir su cargo.

Por otro lado, se sabe que el cónsul general de Bolivia en Chile, coronel Eli Alamo Prado, está en un período de licencia. Su nombre también ha sido mencionado como posible embajador en Santiago.

Próximo fin de semana

Laura Allende

viaja a México

La ex parlamentaria socialista Laura Allende viajó a Ciudad de México el próximo fin de semana, según una información divulgada por la Agencia Asociada Press. Se trata de un despacho político a un despacho político. El representante del Gobierno de Chile al Congreso de la Unión, Laura Allende y el resto se encuentran en el campamento "Tres Alamos", en la comuna de La Florida. Allí permanecerán hasta el momento de su liberación.

De esta forma, se materializa la disposición autorizada por el Jefe de Estado la señora de Abovado de visitar a sus prisioneros en el mismo campamento.

Después de semanas de silencio, el Gobierno de Luis Echeverría aprueba su ingreso, pero reduciendo la lista a los afirmados tener antecedentes de que los otros si se quería salir de Chile.

INTERMEDIANARIA

La ex parlamentaria socialista se encuentra en libertad y sin problemas alguna hasta noviembre del año pasado, cuando fue detenida bajo la acusación de actuar como enlace entre elementos del grupo extremista MIR. En su momento se encontraron numerosos cartas y otras pruebas claras que respaldaban sus cargos.

El arresto de Laura Allende se produjo poco después del fin de la comuna de La Gracía en que murió Miguel Enríquez, jefe máximo del MIR, y

huyó Andrés Bello. Este último asumió la primaría de la organización en el momento de su partida.

En cuanto al viaje a México, se sabe que el Gobierno está haciendo los arreglos para un viaje especial de LAN Chile. Funcionarios de identificación cumplirán aceleradamente la tramitación de la documentación de los viajeros.

Condena a muerte a cuatro miristas, La Tercera 26 de Febrero de 1975

a víctimas y victimarios. Hernán, condenado por “colaboración voluntaria, activa y consciente contra la dictadura gorila” no sólo fue expulsado de su comunidad y grupo de pertenencia, sino que se le asimiló a quienes habían sido sus verdugos. A raíz de esta publicación, González huyó de Bélgica y retornó a Ginebra, lugar en que comenzó a trabajar y estudiar. Nuevamente los refugiados chilenos pidieron su expulsión de la Universidad y de Suiza, mientras se tejían historias respecto a los supuestos contactos que hacía con agentes de la DINA en los parques de la ciudad. Su nueva compañera, refugiada brasilera, también se vio afectada y debió enfrentar el rechazo de los exiliados de su propio país.

Hernán González termina su declaración jurada señalando lo siguiente: “Los costos de la represión para mí no se limitaron al sufrimiento físico y psicológico a que fui sometido en manos de la policía política del régimen militar. Aprovechando las debilidades y características emocionales de cada uno, la DINA montó conmigo y otros compañeros la maniobra de la declaración en televisión que describí en este relato. Las consecuencias de este hecho me acompañaron durante largos años de exilio. Fui rechazado y aislado por muchos de mis ex compañeros de militancia; me vi obligado a separarme de mi esposa e hija, a quienes sólo conseguí ver 15 años después (...) pasé así 15 años viviendo en la extraña condición de víctima-culpable, hasta que finalmente, en el día de los muertos de 1989, la Vicaría de la Solidaridad tuvo el valor de hacer el gesto que no había sido hecho en todos estos años, dándome la oportunidad de contar (esta historia), (...) rescatando así, definitivamente, mi condición de víctima de la represión. Esta historia es (...) patrimonio de todos los que sufrieron lo indecible en manos de órganos represivos de la dictadura militar. Particularmente ella es también la historia de Humberto Menanteaux y José Hernán Carrasco Tapia, con cuyas vidas la DINA intentó de manera macabra culminar su deshumana maniobra y que no tuvieron la oportunidad de contar su versión de los hechos. Espero que de algún modo, este relato sirva también para reestablecer su condición de víctimas de una represión que tiene responsables, con nombres y rostros conocidos”.

Preguntas...

Para terminar, me parece pertinente retomar la categoría de zona gris propuesta por Primo Levi, categoría que advierte en contra del peligro de las simplificaciones y llama la atención acerca de la complejidad de los comportamientos de los seres humanos en experiencias límites y particularmente en los campos. Al mismo tiempo, es enfático al señalar que confundir a los víctimas con los victimarios, es una enfermedad moral y sobre todo, es un servicio precioso que se rinde (deseado o no) a quienes niegan la verdad²⁴. Introducirse en la *zona gris* supone desconfiar de aquellos enfoques que pretenden encasillar en categorías fijas y estáticas la experiencia de las víctimas, clasificándolos entre fuertes o débiles, enteros

24 Primo Levi, Primo, *Los Hundidos y los salvados*, Barcelona: Editorial Muchnik, 2000, p. 59.

o quebrados, héroes o traidores. Ello entorpece la posibilidad de humanizar sus experiencias y dificulta la comprensión y el análisis crítico del pasado reciente.

Se hace necesario repensar un nuevo pacto entre historia y memoria, o en otras palabras “historizar nuestras memorias”²⁵, favorecer el desplazamiento de una memoria reificada y mitificada a un ejercicio intelectual capaz de interrogar el pasado. “La comprensión no significa negar lo que resulta afrentoso (...) Significa, más bien, examinar y soportar conscientemente la carga que nuestro siglo ha colocado sobre nosotros y no negar su existencia ni someterse mansamente a su peso”²⁶. Una memoria que considere que la experiencia en los campos clandestinos fue vivida de un modo singular por cada persona, y si bien los y las detenidas utilizaron diversas estrategias de sobrevivencia (lo que incluía poner en juego habilidades y conocimientos) la decisión acerca de quiénes vivían y quiénes morían estaba en manos de sus captores. La experiencia de los cuatro miristas y la horrorosa muerte de dos de ellos confirma que nada garantizaba la sobrevivencia.

Así como a los condenados por traición, colaboración y delación se les ha negado –en más una ocasión– la condición de víctimas, otras tantas se les ha asimilado a los verdugos y perpetradores de crímenes. El debate en torno a la posibilidad de que algunos de ellos hubiese participado activamente en violaciones a los derechos humanos se abrió en Argentina a partir del caso de siete militantes montoneros incluidos en un “experimento de recuperación” –en el que participó como guía espiritual el sacerdote católico Christian Von Wernich–, grupo que habría prestado colaboración a los represores, señalando a antiguos compañeros de militancia y participando en interrogatorios. Similar es la situación de Susana Leoni Auad, quien estuvo detenida durante un año y medio en un campo de concentración tucumano y que posteriormente fue acusada de colaboradora por sus ex compañeros. Su caso es paradigmático pues fue encarcelada bajo la figura de “funcionaria pública asimilada”, fallo que dividió al movimiento de derechos humanos: mientras algunos organismos sostuvieron que no se podría reconocer como sobreviviente a quien se hubiese sumado a los represores, otros señalaron que “acusar al torturado por la producción de los hechos de su torturador no sólo supone un desacierto penal (...) sino que también es una inmoralidad y una doble injusticia”²⁷. En relación a este asunto, Héctor Schmucler ha señalado “La categoría fundamental no es si es traidor o no es traidor, sino si cometió un crimen o no cometió un crimen”²⁸. El debate, por cierto, no está cerrado²⁹.

25 Jelin, Elizabeth, *ob. cit.*, p. 75.

26 Arendt, “Los orígenes del totalitarismo”, p. 26.

27 El “grupo de los siete” fue asesinado por los organismos represivos. En tanto, Susana Leoni fue puesta en libertad por falta de méritos en las acusaciones más graves. Estos casos han sido abordados en el interesante artículo de Daniel Badenes y Lucas Miguel “Ni héroes ni traidores”, *Revista Puentes*, año 7, número 21. agosto 2007, La Plata.

28 *Ibid*, p. 14.

29 Hay que señalar que ninguna de las personas que aparecen en la lista de condenados a muerte del MIR ha sido o fue condenada en causas de violaciones a los derechos humanos (información entregada por la Brigada de Derechos Humanos de la Policía de Investigaciones de Chile). En el caso de los protagonistas de la Conferencia de Prensa, la justicia no ha puesto en duda su condición de víctimas y han sido reconocidos como tales por el Informe Rettig y Valech.

Ana Longoni³⁰ señala que existen fuertes vínculos entre el estigma de la traición que pesa sobre los sobrevivientes, la dificultad (de gran parte de la izquierda) para admitir la derrota del proyecto revolucionario y la imposibilidad de realizar un balance autocrítico acerca de las formas y el rumbo que adoptó la militancia política de esa época. La historia de las condenas (de los condenados y los condenantes), nos invita a reflexionar acerca de una cultura política exaltaba la valentía, la renuncia total, el sacrificio, la disciplina y la disposición a morir sin vacilaciones, mientras desalojaba –o condenada abiertamente– la fragilidad, el miedo, el apego a la vida y la disidencia.

Asimismo, la historia de la Conferencia de Prensa y las memorias de sus sobrevivientes nos invita a reflexionar y hacer nuevas preguntas. ¿Es un campo de exterminio un espacio de deliberación política? Independiente de que siempre existen fisuras en que los prisioneros despliegan pequeñas acciones de resistencia, al menos en lugares como Villa Grimaldi³¹, esos gestos se inscriben más bien en el ámbito de la sobrevivencia. Aquí no hay espacio para la racionalidad, la deliberación, el debate y menos, la libertad, condiciones necesarias para la acción política. Al respecto, Jorge Montealegre, a partir de una lectura de Hanna Arendt, señala “Si asumiéramos *el modo de pensar griego*, podríamos sostener que el torturado está fuera de la *polis* en contra de su voluntad (...) Está secuestrado. En esa circunstancia no es un ‘ser político’. ¿Comete ‘traición política’? Sería inadecuado juzgarlo por un status que le ha sido arrancado con la fuerza y la violencia”³².

Por último, ¿existe la posibilidad de habilitar nuevas memorias acerca de lo ocurrido? ¿Hay voluntad para escuchar y abrir espacios sociales para memorias denegadas y no autorizadas?

30 Ver Longoni, Ana, “Traiciones. La figura del traidor (y la traidora) en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión”, en Jelin, Elizabeth y Ana Longoni (comps.), *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI, 2005. La autora analiza tres novelas: *Recuerdo de la muerte* (Miguel Bonasso); *Los compañeros* (Rolo Díez); y *El fin de la historia* (Liliana Heker).

31 Villa Grimaldi fue un centro clandestino de tortura y exterminio; otra fue la realidad de campos de concentración como Chacabuco o Puchuncaví, lugares en que los presos tenían existencia legal y en el que las posibilidades de resistencia colectiva y organizada fueron mucho mayores.

32 Jorge Montealegre (2009). Notas no publicadas. 2009.

Autoras y autores

Marina Cardozo: Profesora de Historia (Instituto de Profesores Artigas, Uruguay), Master en Derechos Humanos (Università degli Studi di Siena, Italia), Maestranda en Historia Rioplatense (Universidad de la República, Uruguay) y Doctoranda en Ciencias Sociales (Instituto de Desarrollo Económico y Social/ Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina). Integra el Núcleo Memoria del Instituto de Desarrollo Económico y Social. Docente de historia en liceos estatales y privados en Montevideo. Docente ayudante en el Instituto de Historia de las Ideas, Facultad de Derecho, Universidad de la República, Uruguay.

Vera Carnovale: Historiadora (investigadora y docente). Está finalizando el Doctorado en Historia en la UBA. Becaria del Conicet entre 2005 y 2007. Integra el Archivo Oral de Memoria Abierta desde 2001 y es miembro del Núcleo Memoria del IDES desde 2002. Ha publicado numerosos artículos en el país y en el exterior sobre temáticas asociadas a la violencia política, el terrorismo de Estado, la memoria social y el uso de testimonios en la investigación histórica y en la enseñanza. Es coautora de la colección de CD's *De Memoria. Testimonios, textos y otras fuentes sobre el terrorismo de Estado*, 3 vols (Buenos Aires: Sec. de Educ. del GCBA-Memoria Abierta, 2004-2005), del libro de texto *Derechos Humanos y Ciudadanía* (Buenos Aires: Aique, 2005) y de *Memoria, Historia y Fuentes Orales* (Buenos Aires: CEDINCI/ Memoria Abierta, 2005).

Andrea Cobas Carral: Licenciada en Letras. Docente de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Instituto de Literatura Hispanoamericana (UBA). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Realiza sus estudios de doctorado con un proyecto sobre las representaciones de la violencia de Estado en la narrativa argentina de los últimos años. Ha publicado diversos artículos académicos en los que indaga acerca de las representaciones del pasado reciente en la obra de narradores del Cono Sur.

Ludmila da Silva Catela: Doctora en Antropología Cultural y Magíster en Sociología por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Profesora e investigadora de la Universidad Nacional de Córdoba. Coordinadora del Programa de Estudios sobre la Memoria del CEA-UNC. Investigadora del CONICET en el Museo de Antropología-UNC. Es autora del libro *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de familiares de desaparecidos*. (La Plata: Ediciones Al Margen (2001-2002-2009)), editado también en portugués por HUCITEC; ha

compilado junto a Elizabeth Jelin: *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*. (Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI, 2002) y organizado el libro con textos de Michael Pollak, *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. (La Plata: Ediciones Al Margen, 2006). Ha publicado diversos artículos en revistas y capítulos de libros sobre temas de violencias, situaciones límites y memoria. Actualmente se desempeña como Directora del Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba-Argentina.

Claudia Feld: Doctora en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de París VIII e Investigadora Adjunta del CONICET, con sede en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) de Buenos Aires. Se especializa en el estudio de los vínculos entre memoria social y medios de comunicación. Ha publicado *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina* (Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI, 2002) y –en colaboración con Jessica Stites Morha– compilado el libro *El pasado que miramos: memoria e imagen ante la historia reciente* (Buenos Aires: Paidós, 2009). Sus artículos sobre estas temáticas se hallan publicados en libros y revistas nacionales y extranjeras.

Alicia Genovese: Nació en Buenos Aires, es poeta y ensayista. Publicó siete libros de poesía, entre ellos, *Puentes* (Libros de Tierra Firme, 2000), *Química diurna* (Alción, 2004) y *La hybrís* (Bajo la luna, 2007). Es autora del ensayo: *La doble voz. Poetas argentinas contemporáneas* (Biblos, 1998). Egresó como Profesora en Letras de la Universidad de Buenos Aires y se doctoró en Letras en University of Florida, Gainesville.

Margarita Iglesias Saldaña: Historiadora. Profesora Departamento de Ciencias Históricas/Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Directora de Relaciones Internacionales/Asuntos Estudiantiles Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Principales líneas de investigación: Historia de las Mujeres, Historia Colonial, Memoria e Historia Política.

Elizabeth Jelin: Investigadora Superior, CONICET–IDES, Buenos Aires, Argentina. Directora Académica del Núcleo de Estudios sobre Memoria (IDES) y docente en el Programa de Postgrado en Ciencias Sociales (UNGS-IDES). Autora del libro *Los trabajos de la memoria* y numerosos artículos y compilaciones sobre el tema. Sus temas de investigación son los derechos humanos, las memorias de la represión, la ciudadanía, los movimientos sociales y la familia.

María Teresa Johansson: Doctora en Literatura por la Universidad de Chile y Magister en Lingüística por Universidad de Chile. Sus áreas de especialización son literatura hispanoamericana, análisis del discurso y estudios sobre memoria. Académica del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado.

Loreto F. López: Licenciada en Antropología por la Universidad de Chile, Diplomada en Diversidad Cultural por el Instituto de Antropología e Historia de México y el Instituto Indigenista Americano, cursó el Magister en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Chile. Entre los años 1998 y 2005 formó parte del equipo de investigación del Departamento de Estudios del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile, con el cual desarrolló estudios sobre el sector cultural chileno. En 2005 inició su colaboración con la Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi, para el desarrollo del proyecto Museo de la Memoria y los Derechos Humanos Villa Grimaldi, y actualmente se desempeña como Coordinadora de proyectos de esa Corporación. Simultáneamente ha desarrollado docencia en distintas universidades chilenas.

Aldo Marchesi: Investigador y docente en el CEIU y el ICP de la Universidad de la República del Uruguay (UdelaR). Ha trabajado en torno a las políticas culturales de la dictadura uruguaya y en temáticas vinculadas a las luchas de memorias (conmemoraciones, informes «Nunca más») en relación al pasado reciente uruguayo y del Cono Sur. En la actualidad se encuentra trabajando en su tesis de doctorado (New York University): *Geografías de la protesta armada: guerra fría transnacional y «nueva izquierda» en el Cono Sur (1966-1976)*.

Vania Markarian: Doctora en Historia Latinoamericana (Columbia University, 2003) y Licenciada en Ciencias Históricas (Universidad de la República, 1996). Ha enseñado e investigado en la Universidad de la República, New York University, Columbia University, City University of New York, Princeton University y el CLAEH. Tiene numerosas publicaciones sobre el pasado reciente de Uruguay y Latinoamérica, entre las que destaca el libro *Left in Transformation: Uruguayan Exiles and the Latin American Human Rights Networks, 1967-1984* (Nueva York: Routledge, 2005) que fue también publicado en español como *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984* (Mexico City: Ediciones La Vasija/Correo del Maestro y Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayo, 2006). Actualmente trabaja en el Archivo General de la Universidad de la República e integra el Sistema Nacional de Investigadores del Ministerio de Educación y Cultura.

Tania Medalla Contreras: Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica de la Universidad de Chile y becaria Conicyt del Doctorado en Filosofía con mención en Estética y Teoría del Arte de la misma universidad. Actualmente se encuentra trabajando en su proyecto de tesis de Magister denominado *Para una épica de los vencidos: memoria y representación en el ensayo fotográfico NEXO, de Marcelo Brodsky*. Su línea de trabajo se concentra en el estudio de las representaciones de las memorias en las sociedades latinoamericanas postdictatoriales, poniendo especial énfasis en el vínculo entre ética- estética y política. Es integrante de la Red de Memorias de la Universidad de Chile.

Jorge Montealegre Iturra: Escritor y periodista. Doctor (c) en Estudios Americanos, en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Ha publicado 15 libros, de poesía y ensayo, entre ellos: *Historia del Humor Gráfico en Chile*, 2008; *Prehistorieta de Chile (del arte rupestre al primer periódico de caricaturas)*, 2008; *Frazadas del Estadio Nacional*, 2003; *Bien común*, 1995. Sus ámbitos de investigación son los estudios del imaginario, la memoria, el humor gráfico. Es integrante de la Red de Memorias de la Universidad de Chile.

Alondra Peirano Iglesias: Licenciada en Historia, Universidad de Chile, y Magister (c) Estudios Latinoamericanos, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma Universidad. Actualmente se desempeña como Ayudante del Área de Memoria de dicho Centro, y como Asistente de Coordinación de la Red de Memorias de la Universidad de Chile. Sus líneas principales de investigación en los últimos años han sido Historia Política y Social Contemporánea, y Memorias e Historia Oral en/para el Cono Sur.

María José Reyes: Psicóloga de la Universidad de Chile; Magíster y candidata a Doctora en Psicología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona. Académica del Departamento de Psicología de la Universidad de Chile, y académica de la Facultad de Psicología de la Universidad Diego Portales. Junto con realizar docencia de pre y post grado en el campo de la Psicología Social, se dedica a la investigación respecto a la construcción social de la memoria, en particular, a la relación entre memoria social, política cotidiana y procesos de subjetivación.

Álvaro Rico: Docente de Ciencia Política y Director del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Coordinador de la Investigación Histórica de la Presidencia de la República sobre Detenidos Desaparecidos (2005-2007). Coordinador de la Investigación Histórica de la Universidad de la República sobre la Dictadura y el Terrorismo de Estado en el Uruguay (2007-2009).

Pablo Rocca: Doctor en Letras (FFLCH, Universidade de São Paulo). Profesor Titular de Literatura Uruguaya en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República, Montevideo, Uruguay). Dirige el archivo cultural en esa institución universitaria pública y el Departamento de la especialidad. Ha enseñado en Universidades de Argentina y Brasil; participó en congresos en diversas partes de América Latina y de Europa. Traductor del portugués, entre otros, de Machado de Assis. Entre sus libros: *35 años en Marcha (Crítica y literatura en el semanario Marcha y en Uruguay)*, 1991; *Horacio Quiroga, el escritor y el mito*, 1996 (reed. 2007); *Historia de la literatura uruguaya contemporánea*, 1996-1997, codirección con Heber Raviolo; *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano*, 2006.

María Olga Ruiz: Licenciada en Historia. Magíster de Género y Cultura en América Latina. Magíster en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile. Actualmente cursa el Programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos en la misma casa de estudios. Es académica del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Humanidades, desde donde coordina la Red de Memorias. Se dedica a la investigación de problemáticas de la memoria, historia reciente del Cono Sur y movimientos políticos y sociales.

Alicia Salomone: Profesora y Magíster en Historia, Doctorada en Literatura Chilena e Hispanoamericana. Académica del Departamento de Literatura y del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Investiga en temas de historia cultural y literaria de América Latina, con énfasis en la producción intelectual de mujeres; y desde 2007, desarrolla un proyecto de investigación titulado: «Memoria, política y género en escrituras del Cono Sur (1973-2007)». Ha publicado artículos en revistas especializadas y también diversos libros, entre los cuales se encuentran: *Alfonsina Storni: mujeres, modernidad y literatura* (2006), *Modernidad en otro tono. Escritura de mujeres latinoamericanas* (2004), *Postcolonialidad y nación* (2003, en autoría con Grínor Rojo y Claudia Zapata).

Fundación Heinrich Böll

Cono Sur

Como Fundación política cercana al Partido Verde alemán, nuestras actividades nacionales e internacionales apuntan a divulgar conocimientos, debates y argumentos con el fin de apoyar a una ciudadanía políticamente consciente y activa, constitutiva de una democracia profunda.

Nuestro trabajo se dirige tanto a la sociedad civil como a instituciones y actores del ámbito público, gubernamental, económico e internacional, con un énfasis especial en las cooperaciones y el diálogo en el Cono Sur y América del Sur en general, para así complementar nuestros programas en los distintos países con una visión regional.

La sede de la Fundación Heinrich Böll en Santiago de Chile es - junto a las oficinas en Ciudad de México (México, Centroamérica y el Caribe) y Río de Janeiro (Brasil) - la tercera representación en América Latina.

Al instalarse en Santiago de Chile, la Fundación viene a reforzar un trabajo de cerca de veinte años en la región y estrechar las cooperaciones con contrapartes argentinas, chilenas, paraguayas, uruguayas y brasileñas en diversos temas: sustentabilidad; cambio climático; políticas energéticas y energías renovables; políticas económicas y de desarrollo sustentable; democracia y derechos humanos.



Heinrich Böll Stiftung

Cono Sur

Av. Francisco Bilbao 882, Providencia, Santiago, Chile

T (+56 2) 58 40 172 E info@boell.cl W www.boell.cl

RECORDAR PARA PENSAR

Memoria para la democracia

La elaboración del pasado reciente en el
Cono Sur de América Latina

Este libro es una contribución a la elaboración de la memoria de lo ocurrido en Argentina, Chile y Uruguay en los años setenta y ochenta del siglo pasado, durante el periodo de las dictaduras militares respectivas; su intención es indagar en las violaciones a la convivencia civilizada que entonces tuvieron lugar entre nosotros, en cómo esas violaciones ocurrieron y en las consecuencias que ello ha tenido para el desarrollo histórico posterior.

Consideran sus autoras y autores que la investigación acuciosa del pasado no solo obedece a una necesidad de conocimiento de ese pasado como tal, sino al rescate de las lecciones que el mismo deja para la consolidación de un presente democrático. Desde ángulos variados, espaciales, disciplinarios u otros, estos ensayos entregan nuevas y no pocas veces inesperadas miradas que enriquecen un debate que se halla muy lejos de haber concluido.

Ediciones Böll Cono Sur